

CARLOS V

PHILIPPE ERLANGER



**BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS**



CARLOS V

**BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS**



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

CARLOS V

PHILIPPE ERLANGER

SALVAT

Versión española de la obra original francesa: *Charles Quint*, publicada por Librairie Académique Perrin, París.

Traducción del francés a cargo de Jesús Fernández Zulaica.

Las ilustraciones de esta obra proceden del Archivo Salvat.

© Salvat Editores, S. A., Barcelona, 1986.

© Librairie Académique Perrin, París.

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa).

ISBN: 84-345-8211-2.

Depósito legal: NA-892-1986

Publicado por Salvat Editores, S. A., Mallorca 41-49. 08029 - Barcelona.

Impreso por Gráficas Estella. Estella (Navarra), 1986.

Printed in Spain.

Indice

	<u>Página</u>
Nota del autor	9
PRIMERA PARTE	
1. Los juegos del amor y la muerte (1479-1498)	13
2. Un príncipe con antepasados ilustres (1498-1502)	21
3. Juana la Loca (1502-1507)	29
4. Los tutores (1507-1515)	37
5. La entrada en España (1515-1517)	45
6. «Todavía no» (1517-1519)	53
7. La corona de Carlomagno (1519-1520)	60
8. La Iglesia, el Imperio y el maquiavelismo (1520-1521)	68
9. Las decepciones del amor y de la guerra (1521-1522)	76
10. La fascinación española (1522-1523)	82
11. El soldado perdido (1523-1525)	87
12. Los inconvenientes de la victoria (1525)	93
13. Los juramentos de Madrid (1525-1526)	100
14. El papa, Lutero y el Infiel (1526-1527)	107
15. Las vueltas de la fortuna (1527-1529)	114
16. César triunfante (1529-1530)	121
17. Carlos a los treinta años (1530)	127
SEGUNDA PARTE	
18. «La pura palabra de Dios» (1530-1531)	132
19. El peso del mundo (1531-1534)	140
20. Los caprichos del destino (1534-1537)	148
21. Desencanto y duelo (1537-1539)	156
22. Francia, Gante, Ratisbona, Argel (1539-1541)	162
23. Alianza impía, guerra inútil (1542-1544)	169
24. «¡Y Dios ha triunfado!» (1544-1547)	176
25. Habrá guerras de religión (1547-1549)	184
26. La monarquía universal (1549-1551)	192
27. El crepúsculo del Sacro Imperio (1551-1553)	199
28. La última esperanza (1553-1554)	206
29. Las últimas pruebas (1554-1555)	213
30. Las despedidas difíciles (1555-1557)	218
31. La ofrenda de un alma (1557-1558)	225
Notas	231
Cronología	233
Testimonios	239
Bibliografía	243

Carlos V (1500-1558)



Carlos I de España y V de Alemania, el soberano que llegó a reunir bajo su poder un inmenso imperio, nació en Gante en 1500. Hijo de Felipe el Hermoso y de Juana la Loca, pasó su infancia y juventud en Flandes hasta que, a la muerte de su abuelo materno, Fernando el Católico (1516), accedió al trono de España. Tres años más tarde, al morir Maximiliano de Habsburgo, su abuelo paterno, fue elegido emperador de Alemania gracias, entre otros factores, al dinero proporcionado por los banqueros más importantes de la época. Inició su reinado en España rodeado de un séquito flamenco y tuvo que hacer frente al alzamiento de las Comunidades de Castilla y a las Germanías de Valencia y Mallorca. Decidido a lograr una cohesión territorial y política que hiciera posible la restauración del Sacro Imperio Romano Germánico, y al tiempo que se extendían las conquistas españolas en tierras americanas, sostuvo guerras contra Francisco I de Francia, a quien derrotó e hizo prisionero en Pavía, contra el papa —conflicto que concluyó con el saqueo de Roma por las tropas del ejército imperial (1527) y la posterior Paz de Cambray— y, más tarde, contra la liga formada por los príncipes luteranos, aliados con Francisco I, quien a su vez había pactado con los turcos. El sostenimiento del Imperio fue posible, inicialmente, merced al firme apoyo de los reinos peninsulares, que continuamente abastecían de dinero y hombres las empresas del emperador. Sin embargo, a partir de 1554, los incesantes conflictos desatados en diversos frentes, la crítica situación financiera y la ruptura religiosa propiciada por la Reforma luterana echaron por tierra sus grandes proyectos. Desilusionado y enfermo, Carlos V abdicó en Bruselas, en 1556, legando el imperio germánico a su hermano Fernando y España y el resto de sus territorios en Europa y América a su hijo Felipe. Retirado al monasterio extremeño de Yuste, murió en 1558.

◀ *Retrato de Carlos V perteneciente al Libro del Toisón, obra del miniaturista flamenco del siglo XVI Bening. Instituto Valencia de Don Juan, Madrid.*



Nota del autor

Carlos V llegó a poseer uno de los mayores imperios de la Historia en un momento en que Occidente cambiaba de rumbo. El hombre, sometido hasta entonces a Dios, quería afirmarse en cuanto hombre, dominar la naturaleza y descubrir sus secretos. La ciencia había iniciado sus conquistas: era el comienzo del ciclo en cuyo final nos encontramos.

De tanto que saben, los sabios chocan en la actualidad con lo incognoscible, los progresos de la técnica nos llenan de espanto, la nostalgia de una naturaleza intacta se une a la de un ideal perdido. En el terreno político, el nacionalismo ha dejado de ser un símbolo sagrado, mientras que una Europa todavía quimérica ha recuperado su antiguo poder de seducción. El ecumenismo es otro sueño.

Por eso, Carlos V se nos presenta bajo una nueva luz. Había luchado con heroísmo y hasta con desesperación para salvar al mundo antiguo, para unirlo, conservando sus valores tradicionales. Este combate de vanguardia adquiere una significación diferente desde el momento en que el emperador lo pierde y deja el campo libre a fuerzas que durante mucho tiempo se han considerado beneficiosas, pero que hoy nos hacen temblar. La historia del último César, «gerente de la Cristianidad», del hombrecillo enclenque que soportó cuarenta años el peso de innumerables reinos y quiso obligar a la Iglesia a regenerarse, es una historia que puede ayudarnos a entender mejor el proceso por el que los pioneros del Renacimiento nos han hecho llegar al punto en que nos encontramos.

◀ El portaestandarte del emperador Carlos V, según un dibujo del siglo XVI que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Primera parte

EL SUEÑO BORGONÓN
(1479-1530)



Retrato de Carlos V, por Tiziano. Pinacoteca de Munich.

1. Los juegos del amor y de la muerte (1479-1498)

El siglo XV llegaba a su fin y comenzaban a germinar todas las semillas de las que iba a nacer la época que hemos visto terminar con la bomba atómica y la llegada del hombre a la Luna. En un momento en que los turcos amenazaban con hundir a la Cristiandad, se abría paso un hombre nuevo, que todavía podemos reconocer en nosotros. El célebre humanista Marsilio Ficino decía de él, con cierto temor: «El cielo no le parece demasiado alto, ni el centro de la tierra demasiado profundo. El tiempo y el espacio no le impiden correr por todas partes, en todo momento. Ninguna muralla le detiene, ninguna frontera es suficiente para él. En todas partes intenta dominar, ser alabado, ser eterno como Dios.» Su universo «pasaba del singular al plural».

Ante la presión de este émulo de Prometeo, sediento de saber y de cambio, las viejas estructuras comenzaban a agrietarse antes de saltar en pedazos. Se vivía una época de gran mutación, una revolución intelectual, un «desarraigo planetario», en expresión de Pierre Chaunu. La unidad de convicciones, armazón del Occidente medieval, estaba a punto de romperse. El individuo llegaba por fin a descubrirse a sí mismo. Tras no haber pensado más que en el cielo, y una vez recuperada la Antigüedad, comenzaba a buscar una felicidad terrestre. El Renacimiento, que modelaba al mundo en una nueva escala, hacía aparecer el «espejismo de la belleza y la verdad» ante sus ojos embelesados.

Tomaba impulso el proceso que acabaría triplicando, en tres siglos, el consumo de energía.

La evolución general de la economía y el aumento de las riquezas hicieron posible el ascenso de la burguesía, el poder casi regio de los banqueros (Médicis, Fugger) y el triunfo del arte. Sin embargo, la Edad Media, en plena decadencia desde el siglo XIII, se mantenía viva con una tenacidad y una violencia extraordinarias. La imprenta servía para difundir tanto las ideas antiguas como las nuevas. La superstición ocupaba muchas veces el lugar de la fe y la decadencia de la espiritualidad encontraba una compensación deplorable en el recrudecimiento del fanatismo.

Todo se transformaba y las contradicciones aparecían por todas partes. Nunca se había exaltado tanto a la caballería como en el momento preciso en que la artillería y la infantería comenzaban a convertirla en una institución caduca. La generación que exaltaba las imágenes paganas sufría la Inquisición. Los humanistas contemplaban la multiplicación de las brujas. Erasmo era contemporáneo de Torquemada, Leo-

nardo de Vinci diseñaba submarinos y ametralladoras mientras que Sprenger trazaba el mapa de la demonología.

Divididos entre las tradiciones feudales y el deseo de adorarse a sí mismos, personificándose, los pueblos estaban igualmente desgarrados. Los feudos, las viejas ciudades particularistas desaparecían poco a poco ante el avance de la nación. El Estado, que adquiriría su forma centralizadora y despótica, menospreciaba las leyes divinas, creaba su propia moral. La razón de Estado se convertía en imperativo casi sagrado.

Isabel de Trastámara, que luego sería la Católica, invocó dicha razón de Estado para usurpar el trono de Castilla y arrebatárselo a su hermano Enrique IV y a su sobrina Juana la Beltraneja. A pesar del carácter ilegítimo de su poder, preparó la unidad de España casándose con Fernando de Aragón, conquistó Granada, hizo posible que Cristóbal Colón descubriera América, y supo formar un Estado excepcionalmente unido y fuerte. Hizo también de la Inquisición una institución de Estado.

Era hija de una loca, Isabel de Portugal, que vivió durante cuarenta y dos años como prisionera en el castillo de Arévalo, presa de sus inclinaciones melancólicas y de sus arrebatos. La reina de Castilla no estaría exenta de esos arrebatos, de esas violencias maternas. Durante mucho tiempo se ha presentado a la posteridad como motivo de admiración su matrimonio con el rey de Aragón, el hombre más pérfido, el político más marrullero de su tiempo. En realidad, a pesar del amor que tenía hacia su marido, la vieja rivalidad entre Castilla y Aragón siguió vigente entre sus soberanos, que, ocupados cada uno en sus propios asuntos, sólo se encontraban para perpetuar su dinastía. Así tuvieron un hijo, el infante don Juan, príncipe de Asturias, y cuatro hijas, las infantas Isabel, Juana, María y Catalina.

Las ambiciones de los padres estaban depositadas en el infante. No se preocupaban gran cosa de las infantas, cuyo único destino sería servir para sellar tratados. Juana, nacida el 7 de noviembre de 1479, fue educada por sirvientes y religiosas. Sólo tenía nueve años cuando se comenzó a hablar de su matrimonio. El archiduque Maximiliano de Austria, viudo de María de Borgoña (hija de Carlos el Temerario), buscaba la alianza de España contra Francia. Quería casarse con la mayor de las infantas, Isabel, y unir a Juana con su hijo Felipe.

Estos proyectos no se cumplieron de forma inmediata. Isabel estaba prometida a un descendiente de la monarquía portuguesa, Juana parecía demasiado joven todavía. Pero Maximiliano era tenaz. Cuando llegó a ostentar la dignidad de emperador, consiguió el doble matrimonio del infante don Juan con su hija Margarita y el de Juana con el archiduque Felipe.

Presunto heredero de los Habsburgo, Felipe de Austria, que tenía también antepasados portugueses, era el último al que estas infantas «melancólicas», es decir, desequilibradas, debían legar una parte de su peligrosa belleza. También se le llamaba Felipe el Hermoso. Tenía, entre otros, el brillante título de duque de Borgoña, aun cuando a la muerte de su abuelo, Carlos el Temerario, Luis XI hubiera recuperado para Francia aquel feudo dependiente de la Corona.

La anexión no había sido aceptada. Entre los contemporáneos, el concepto de *Borgoña* conservaba toda su fuerza. Tenía su símbolo en el Toisón de oro, emblema de aquellos grandes duques de Occidente que eclipsaron durante un tiempo a los demás príncipes cristianos.

Hijo de una portuguesa, nieto de un inglés, Carlos el Temerario había olvidado sus relaciones de sangre con los Valois y había separado definitivamente de Francia la región de Flandes, a pesar de que en principio estaba en relación de vasallaje con el reino vecino. Con sus dominios, innumerables y dispersos, había querido hacer un imperio, una fuerza intermedia entre la Galia y la Germania, imponer su impronta en Europa. Más tarde Luis XI intentó hacerse con todos sus estados, haciendo nacer en el corazón de María de Borgoña un odio que iba a transmitirse de generación en generación.

Las ciudades flamencas, que defendían con uñas y dientes sus particularismos, se oponían a los proyectos del rey de Francia, lo mismo que se habían opuesto a los del Temerario. Sus burgueses, cuyo poder y riqueza basados en la economía presagiaban el mundo moderno, no querían someterse a un amo centralizador. Obligaron a Maximiliano a casar a su hija Margarita con el pequeño delfín Carlos, con el Franco Condado y Artois como dote. Gracias a ello aseguraron su independencia, que muy pronto aprovecharon para entregarse a una guerra fratricida que enriqueció a Francia.

Si Margarita de Austria hubiera sido reina de Francia, la Historia habría seguido otra dirección, pero no se casó con el delfín que luego sería Carlos VIII, pues éste había preferido a Ana de Bretaña, mejor dicho, su ducado. Sin embargo, estaba ya casada por poderes con Maximiliano, ¡el padre de Margarita! En la Casa de Austria el odio hacia Francia llegaba al paroxismo.

Los Habsburgo tenían ambiciones ilimitadas. *Austria Erit In Orbe Ultima*, había escrito el padre de Maximiliano, el emperador Federico III, frase cuyas iniciales algunos tenían por mágicas. Debían poner el imperio del mundo en manos de los descendientes de unos pequeños señores salidos del castillo de los Vautours. Y, sin embargo, el prestigio de la familia imperial era muy inferior al de las dinastías francesa, inglesa o borgoñona.

Felipe el Hermoso, que reinaba en Flandes, la comunidad más floreciente de Europa, y llevaba la aureola de los duques cuyo nombre ostentaba, era un príncipe mucho más rico que su padre, quien, a pesar de llevar la corona de los césares, estaba siempre escaso de dinero.

Maximiliano, *condottiere* deslumbrante y desafortunado, se pasó la vida concibiendo gigantescos proyectos, corriendo de reino en reino sin conseguir gobernar ninguno. Sus estados austríacos estaban en continua agitación y los flamencos le habían retirado la tutela de sus propios hijos.

Aunque hubiera perdido el Artois y el Franco Condado, con Margarita, era Francia quien dominaba el panorama mundial. Carlos VIII acababa de inaugurar el interminable ciclo de las guerras de Italia. Había ido con la intención de conquistar el trono de Nápoles, ocupado en aquel

momento por un príncipe de la Casa de Aragón y ambicionado por el rey Fernando.

Cuando se decidieron los matrimonios austroespañoles, el emperador creía que había hecho una jugada maestra. Por el sur, por el norte y por el este, el imprudente Carlos VIII iba a tener su reino asediado, mientras que el papa y los príncipes italianos se asociaban contra él. La hora de la revancha, tanto tiempo soñada, parecía haber llegado, a pesar de la mala voluntad de los flamencos, firmemente fieles a la amistad del rey de Francia, su proveedor de fondos.

Los relatos de los cronistas sobre los primeros años de la infanta Juana de Aragón y Castilla son contradictorios. Según algunos, la princesa era «la belleza de la familia». Todos reconocían que se parecía mucho a su abuela paterna, la reina de Aragón, Juana Enríquez, cuya bisabuela había sido una bella judía casada con Federico de Castilla. Su madre, Isabel la Católica, la llamaba, entre risas, «la suegra».

Los distintos retratos que tenemos de ella se parecen poco. La infanta debió de ser muy morena, con ojos verdes, uno de ellos con un ligero defecto, heredado de Fernando de Aragón. Era la más inteligente de los hijos de los reyes, la que aprendía con mayor facilidad. Tocaba diversos instrumentos de música, hablaba varios idiomas, en particular el latín. Sus padres la mostraban con orgullo a los desconocidos, pero la niña tenía pánico a aparecer en público. Si en lo físico salía a su familia paterna, su espíritu y su carácter recordaban los de su línea materna, las extravagancias y melancolías de sus antepasados portugueses.

Juana rendía a su padre un culto casi morboso, que ella ocultaba con todo esmero. No quería a su madre, que se quejaba de su carácter poco sociable, de su falta de cariño, de sus silencios, que rompía a veces bruscamente con una frase dura o sarcástica. Su hermano y sus hermanas no tenían la menor intimidad con ella. De todos ellos tenemos cartas; de Juana, ninguna. Tenía celos de su hermana menor, la infanta Catalina, la preferida de su padre, que estaba destinada al príncipe de Gales, Arturo, hijo del rey Enrique VII de Inglaterra.

Desde 1491, la primogénita, la infanta Isabel, estaba ya viuda del heredero de Portugal. Un primo, Manuel, fue nombrado rey de dicho país en 1495 y pidió en seguida su mano, con gran alegría de los soberanos españoles. La infanta, que había adoptado una vida devota casi demencial, se negó en un primer momento. Cedió con la condición de que el matrimonio se celebrara sin ninguna pompa y que los judíos fueran expulsados de Portugal, como lo habían sido de España en 1492. Se cumplieron sus deseos.

Los Reyes Católicos, que era el nombre con que se conocía a Fernando y a Isabel, triunfaban, y con razón. Después de haber tomado Granada y haber liberado la península entera de los musulmanes, echaban sus redes en Europa, con la excepción de Francia, su rival. Las uniones de sus hijos iban a conseguirles la alianza del Imperio, de los Países Bajos, de Portugal y de Inglaterra.

En un primer momento se celebraron los matrimonios por poderes: el del infante don Juan y Margarita de Austria en noviembre de 1495, el

de Felipe y de Juana a comienzos de 1496, en Valladolid. Quedaba todavía lograr la unión de los esposos, separados por mares llenos de peligros. La reina Isabel aprovechó la ocasión para mostrar al mundo, y sobre todo a Francia, lo que las Españas habían conseguido en cuanto riqueza, poder y esplendor. Se formó una *armada* como no se había visto nunca a fin de llevar a la infanta hasta su esposo y, de regreso, llevar a la archiduquesa hacia el suyo. Ciento treinta barcos transportaron a veinte mil tripulantes, gran número de chambelanes, de damas de honor, de jinetes, de tesoreros, de maestresalas, de capellanes, de criados de la Casa de Su Alteza, inmensas cantidades de alimentos, ochenta y cinco mil libras de carne ahumada, cincuenta mil arenques, mil pollos, diez mil huevos y cuatrocientos toneles de vino. El almirante don Federico Enríquez, jefe de la expedición, tenía un séquito de cuatrocientas cincuenta personas.

Hubo que esperar al verano antes de que todo estuviera listo. La reina —pero no el rey, con gran pena de Juana— acompañó a su hija hasta Laredo, donde el 20 de julio se produjo el embarco. El mal tiempo obligó a la flota a esperar dos días, durante los cuales Isabel permaneció a bordo. Juana había mantenido hasta entonces una actitud enigmática. En el último momento no pudo dominarse y prorrumpió en inconsolables sollozos, como si se hubiera revelado ante sus ojos el terrible destino que le esperaba.

El viaje fue, en cierta manera, su prelude y presagio. En un primer momento, las cosas salieron bien, luego se presentaron tremendas tempestades que hicieron naufragar a dos de los barcos. Juana no conocía la mar y se moría de miedo. Quizá hubiera sido mejor para ella que hubiera muerto de verdad.

La flota consiguió llegar a las costas inglesas y buscó refugio en el puerto de Portland. Hasta septiembre no comenzó a dirigirse lentamente hacia Zelanda, no sin sufrir nuevos sobresaltos. El barco que llevaba el ajuar de la princesa se fue a pique. Tras dos meses de suplicio, Juana, enferma, empapada y aterida de frío, puso por fin pie en la tierra firme de Middelburg.

Felipe el Hermoso no estaba esperándola. No sabía que su mujer había salido de España, pues, curiosamente, el correo encargado de anunciárselo había viajado en la misma flota que la princesa. El duque-archiduque se encontraba entonces en el Tirol, dedicado a cazar en compañía del emperador. En cuanto le llegó la noticia partió a marchas forzadas.

Mientras tanto, los flamencos, muy impresionados por la belleza morena de su nueva soberana y por la suntuosidad de algunos vestidos, afortunadamente salvados de las aguas, no cesaban de aclamarla y de organizar fiestas. Juana trataba de sonreír, mientras temblaba de frío con las lluvias de un país tan diferente al suyo. Hizo su entrada solemne en Amberes, engalanado de tapices magníficos, en medio de los gritos de entusiasmo de la población. El calor de aquella acogida le dio fuerzas. Fue la primera y última vez en que se sintió feliz durante una ceremonia pública.

Pero tenía fiebre y hubo de guardar cama. En aquellas condiciones recibió a la archiduquesa Margarita, la novia despreciada por Carlos VIII que se había convertido en cuñada suya por doble motivo, luego a los caballeros del Toisón de oro, y finalmente a la duquesa viuda de Borgoña, Margarita de York, viuda de Carlos el Temerario, a la que Felipe y Margarita debían su educación.

Se había convenido que el matrimonio se celebrara en Lierre, a mitad de camino entre Malinas y Amberes. Juana, una vez restablecida, se dirigió hacia dicha ciudad, adonde llegó el 19 de octubre. Felipe se presentó al día siguiente.

Los duques de Borgoña habían inventado la etiqueta y los chambelanes pensaban hacerla respetar en el primer encuentro entre los dos jóvenes. No lo consiguieron. En el mismo momento que el rubio Felipe y la morena Juana se vieron sintieron un flechazo. Sin decirse una sola palabra (ninguno de los dos sabía hablar el idioma del otro), se cogieron de la mano y se alejaron de los cortesanos estupefactos.

Buscaron un sacerdote. El primero que encontraron era un español, don Diego Villauessa. Felipe no podía decirle nada y fue Juana quien le ordenó que los uniera en el acto. Se arrodillaron en plena calle, y don Diego pronunció las palabras sacramentales y les bendijo. Inmediatamente, y sin fijarse para nada en cuantos les rodeaban, los esposos salieron corriendo hacia la casa que habían preparado para ellos, donde se cerraron por dentro. Sólo a la mañana siguiente se prestaron a acudir a una pomposa ceremonia en la que el obispo de Cambrai los bendijo por segunda vez. Sonaron las bandas militares, las campanas repicaron y los cañones rugieron con estrépito. Hubo un baile cortesano, bailes populares y un monstruoso banquete cuyos comensales consumieron mil doscientos litros de vino.

Los príncipes no participaron en ninguno de los regocijos. Sólo vivían para su deseo. Uno y otra tenían una abuela portuguesa. Quizá aquella sangre ardiente y maléfica actuara como el filtro que perdió a Tristán e Isolda.

Felipe era un muchacho de dieciocho años, ligero, de risa fácil, voluptuoso, aficionado a los placeres. El entusiasmo que había provocado en él la belleza algo exótica de su joven esposa no era como el que había trastornado la razón de la española, de carácter mucho más grave. Juana nunca se había sentido querida por nadie. Por fin, alguien le demostraba cariño, o así se lo imaginaba, y aquello aumentó los efectos del impacto causado por la cabellera dorada y los grandes ojos azules de su marido, ojos fascinantes en que el ensueño se entremezclaba con el furor de vivir. Quedó afectado todo su ser. En adelante, todo va a tener relación con aquel desenfreno de los sentidos y del corazón: lo que no guardaba relación con aquello, pasó a ser irreal. La hija de la gran Isabel no podía poner límite a su pasión, y todavía menos someterla al menor compromiso. Se estaba preparando para un futuro cruel.

Margarita de Austria debió esperar a la primavera de 1497 antes de hacerse a la mar. Presos del mal tiempo, los españoles se vieron obligados a vivir entre aquellos flamencos escandalosos a los que su arrogancia

hacía insoportables. Tuvieron que soportar vejaciones sin número y hasta se negaron a venderles alimentos. Algunos marineros murieron de hambre. El clima, tan diferente al que ellos conocían, diezmó también a los infortunados. Cuando la armada pudo por fin desplegar las velas, sólo quedaban seis mil.

Margarita, como su cuñada, tuvo que enfrentarse con el mar embravecido. También ella creyó morir y, como queriendo dar muestras de valor, compuso su propio epitafio:

*Ci gît Margot, la gentille demoiselle
Qu'eut deux maris et qui mourut pucelle.*

(Aquí yace Margot, la gentil señorita
que tuvo dos maridos y murió virgen.)

Desembarcó no en La Coruña, puerto previsto para su llegada, sino en Santander. Su prometido, don Juan, y el rey Fernando salieron rápidamente hacia allí. La archiduquesa, de diecisiete años, produjo gran impresión, con sus ojos negros y sus cabellos como un campo dorado de trigo, según afirmación de Petrus Martyr, monje que recogía hasta los menores acontecimientos en sus cartas y en sus tratados.

Y de nuevo se produjo el milagro. De nuevo, el encuentro entre el Norte y el Mediodía provocó un amor desmedido, pero esta vez hubo que someterse al ceremonial. De castillo en castillo, los jóvenes príncipes fueron cabalgando bajo un baldaquino, en medio de fiestas y aclamaciones. La reina Isabel les esperaba en Burgos. Tenía puestas todas sus esperanzas en aquel matrimonio, en la posteridad, gracias a la cual las Españas quedarían unidas para siempre. Regaló a Margarita el célebre collar de rubíes de la reina Juana Enríquez, piedras preciosas, diamantes, esmeraldas y ciento cincuenta perlas.

El matrimonio se celebró el 3 de abril y la pareja desapareció en seguida en sus habitaciones. Pasaron semanas, pasaron meses sin que nadie les viera salir de ellas. El príncipe y la princesa de Asturias no asistían ni a las fiestas ni a las cazas, ni siquiera a las solemnidades religiosas. Corrió la voz de que don Juan, víctima de la «locura de amor», no dormía ni comía, obsesionado como estaba con el cuerpo de su esposa.

La reina se preocupó. Su hijo era de frágil salud —también mentalmente, cuchicheaban voces malintencionadas— y ella le había rodeado de continuos cuidados, inusitados en aquella época. Por orden suya, los médicos forzaron la puerta de la habitación matrimonial. Encontraron al infante «como si fuera un fantasma» y recomendaron que lo alejaran de Margarita. Como cabía esperar, los esposos reaccionaron con gran indignación.

—No se puede separar a unos amantes tan apasionados —suspiró la reina.

Llegó el otoño. La infanta Isabel, que había mejorado con el tiempo, se resignó finalmente a abandonar sus vestidos de monja, a ir a Lisboa y a casarse con el rey Manuel. La Reina Católica creía que se ha-

bían cumplido todos sus deseos. En realidad estaba a punto de producirse una danza mecabra a su alrededor.

Don Juan, encargado de llevar a su hermano a la frontera, debió ceder y marchar sin su esposa, que estaba encinta. No fue muy lejos. En Salamanca la fiebre le obligó a interrumpir la marcha. Margarita corrió a su lado a pesar del estado en que se encontraba. Juan le dijo que su alma habitaría en ella y expiró. Todo el mundo pensó que había sido víctima de la locura de amor. De hecho, llevaba en él los gérmenes de una enfermedad que con sus excesos resultó mortal.

—Dios me lo ha dado, Dios me lo ha quitado, ¡Dios sea alabado!, dijo la reina al enterarse de la noticia (según las cartas de Pedro Mártir).

Había adorado a su hijo y desde aquel momento comenzó la cuesta abajo.

Margarita dio a luz un niño, pero éste sólo vivió unas horas. «La princesa imperial nos ha dado un trozo de carne informe en lugar de un heredero», escribió el inagotable Petrus Martyr. Después de una despedida desgarradora, Margarita regresó a su país.

Felipe el Hermoso, instigado por el emperador, hizo valer en seguida los derechos de su mujer a la sucesión al trono español. Los Reyes Católicos no pensaban de la misma manera. La heredera era la mayor de sus hijas, Isabel, entonces reina de Portugal y encinta. Las Cortes de Aragón y de Castilla así lo reconocieron solemnemente, tras algunas dificultades.

El 13 de agosto de 1498 Isabel dio a luz un príncipe, que recibiría el nombre de Manuel, y murió a consecuencia del parto, cuando sólo contaba veintiocho años, en los brazos de su madre desconsolada y «anonadada», dice Petrus Martyr.

Las Cortes se reunieron de nuevo para prestar juramento al pequeño don Manuel, llamado a reunir en su persona todas las coronas de la Península Ibérica. Por desgracia, era un niño muy endeble. Los Reyes Católicos comprendieron, aterrorizados, que si el niño desaparecía sus estados irían a manos de la melancólica Juana, a quien no habían preparado para recibir aquella carga y sobre la que habían recibido informes alarmantes.

Nunca el amor y la muerte habían intervenido tanto en la Historia.

2. Un príncipe con antepasados ilustres (1498-1502)

Felipe el Hermoso se debatía entre los fantasmas de su padre, el emperador, y el realismo de sus ministros o consejeros flamencos. No obstante, fueron estos últimos quienes influyeron en definitiva en un príncipe mucho menos atolondrado de lo que se ha dicho, pero muy joven y fácilmente influenciable.

Los flamencos, que querían evitar las desavenencias con Francia y sobre todo una guerra que ellos sufrirían más que nadie, no veían con buenos ojos la alianza con España. Trataron de ocultar a Juana toda información política, de someterla a la vigilancia de damas y caballeros flamencos. Expulsaron a los españoles de su séquito, con excepción del tesorero Moxica, que les era fiel y les entregaba gran parte de las sumas destinadas a mantener la «casa de la princesa».

La archiduquesa-infanta no se preocupaba ni por el desorden que reinaba a su alrededor ni por la marcha de sus compatriotas. No echaba de menos su país, ni siquiera escribía a sus padres. Estaba dominada por la pasión del amor, un amor que adquirió tonos salvajes y atormentados, pues Felipe, que siempre se mostró solícito con ella, prestaba también atención a sus bellas súbditas.

La reina Isabel no sabía lo que estaba ocurriendo y envió a los Países Bajos al prior Tomás de Matienzo. Juana recibió muy mal a aquel emisario encargado de observarla. Matienzo se quejó de ello a la reina. No le ocultó que la princesa manifestaba grandes trastornos morales y parecía sufrir una *turbación*. Lamentaba su frialdad y su desconfianza. «La princesa no habla nunca abiertamente.» Juana sufría por no poder disponer de su propio dinero, que iba a perderse en los bolsillos de los comensales de su marido. «La princesa sufre tantas humillaciones que no se atreve ya a llevar la cabeza erguida.» En eso quizá se equivocara el prior. Lo que más humillaba a Juana era el comportamiento de Felipe.

En noviembre de 1498 dio a luz por primera vez. Por desgracia, fue una niña, la archiduquesa-infanta Leonor, a quien también se asignó un importante patrimonio, del que Juana no llegó a tocar ni un ducado.

El nacimiento no sirvió para tranquilizar la vida conyugal. A Juana la atormentaban unos celos enfermizos que sacaban de quicio a su esposo. Se produjeron escenas violentas y hasta intercambios de golpes, pero todavía seguían enamorados. Felipe volvía siempre a ella y protagonizaba reconciliaciones frenéticas que precedían a nuevas tormentas.

En 1499 se produjo un acontecimiento político que vino a sumarse a la amargura de la joven princesa. Carlos VIII había muerto el año an-

terior. El nuevo rey de Francia, Luis XII, que se había hecho proclamar también rey de Nápoles y duque de Milán, quería recibir el homenaje feudal del archiduque en nombre de las provincias dependientes de su Corona: Flandes, Artois y Charolais. Por consejo de sus asesores, entre los que el oro francés había corrido con generosidad, Felipe aceptó prestar el antiguo juramento a su soberano. Grande fue la cólera del emperador y de los Reyes Católicos. Juana se sintió ultrajada. Aquello no fue obstáculo para que quedara embarazada por segunda vez.

Era el 24 de febrero de 1500, día en que los estados flamencos celebraban su fiesta en el Prinsenhof, residencia piacentera situada cerca de Gante, detrás de la imponente y arisca torre del Gravenkasteel. Juana estaba ya a punto de dar a luz. Los embajadores, los ministros, la nobleza desfilaban ante el archiduque y la archiduquesa, sentados en la sala de piedra bajo un baldaquino cubierto de oro. Felipe el Hermoso dirigía a cada uno una sonrisa y la palabra justa, sin prestar atención a su esposa, cargada de pesados atavíos y que sentía moverse a la criatura que llevaba en su seno.

Se ha dicho muchas veces que sus celos desmedidos habían impulsado a Juana a hacer caso omiso de todos los consejos recibidos y había preferido estar al lado de su marido y vigilarlo, como siempre, con una actitud de desconfianza y arrobamiento. Las cosas no fueron así. En aquella época no se tomaban tantas precauciones sanitarias como en nuestros días y, celosas o no, las mujeres embarazadas seguían acudiendo a los bailes. Se preparaba para ellas un excusado especial, o *evacuador*, donde se refugiaban si la naturaleza les obligaba a ello.

Bruscamente, la archiduquesa se levantó, corrió hacia el citado lugar y se encerró sola. Nadie la siguió. Su marido ni siquiera volvió la cabeza. Al prolongarse la ausencia, las damas de honor se inquietaron, llamaron y, por fin, hicieron derribar la puerta.

La ceremonia seguía desarrollándose con todo su esplendor ante el impasible príncipe. Pero, de repente, se oyó un fuerte murmullo, acompañado de un gran desorden y luego de vivas entusiastas. Sola, sin ninguna ayuda, Juana acababa de traer al mundo al hijo que podía llegar a reunir en su frente la mayor parte de las coronas de la Cristiandad.

El bautismo se celebró poco después y dio lugar a una de aquellas fabulosas celebraciones tan queridas por un pueblo cuya exuberancia dejaba perplejos a los españoles. «Parecía —escribió un testigo— que la ciudad de Gante estuviera en llamas. Los fuegos artificiales encendidos en lo alto de la iglesia de San Nicolás eran visibles seis leguas a la redonda. Diez mil antorchas acompañaron al cortejo que, en forma de procesión, se dirigió del palacio a la iglesia de San Juan.»

La archiduquesa Margarita, recién llegada de España, hizo de madrina; los padrinos fueron el príncipe de Chimay y el señor de Berghes. Pusieron al niño el nombre de Carlos, nombre del grandioso y fúnebre bisabuelo, el duque de Borgoña, conocido en su tiempo con el apelativo de *el Terrible*. Era como proclamar que Borgoña no había dejado de existir en cuanto Estado y que un día recuperaría la bella provincia perdida. Carlos de Luxemburgo —tal será su primer título— o Carlos de Gante,

por el lugar donde nació, encarna ya esta esperanza que con el tiempo llegará a obsesionarle.

Es cierto que tiene menos antepasados que el común de los mortales a causa de las múltiples alianzas entre las mismas familias, pero, por otra parte, es posible que nadie los haya tenido nunca tan famosos ni tan diversos. Su origen está en una extraordinaria mezcla de linajes.

¡Cuántos fantasmas rondan su cabecera y le transmiten una parte de lo que han sido! Numerosos Capetos pertenecientes a la primera y a la segunda Casa de Borgoña y, entre estos últimos, algunos Valois; un número mayor de españoles y portugueses con genealogías entremezcladas (Isabel la Católica es prima segunda de su propia madre, sobrina nieta de su bisabuela y nieta de un primo carnal de su padre); anglofranceses, los Plantagenet; polacos, encabezados por la tatarabuela, la gigantesca Cimbarca de Masovie, capaz de doblar una herradura entre sus dedos; lituanos, emparentados con la línea materna de dicha princesa; condes de Flandes; italianos (Visconti). Además, a lo largo de los siglos, muchos personajes inesperados: húngaros y, a través de ellos, khanes mongoles; los abuelos judíos de Juana Enríquez; los bereberes que Alfonso V de Castilla tuvo por abuelos; los moros, cuya sangre corría por las venas de los Trastámara y de los Toledo; el mismo Mahoma, antepasado, según la tradición, de una morisca, Jimena de Sevilla, concubina de Alfonso VI y madre de Teresa de Castilla, que se casó con el primer conde de Portugal (un Capeto borgoñón) y fue madre de sus reyes.¹ No faltan ni los Paleólogos, emperadores de Bizancio.

Entre todo este gentío, ¿dónde se encuentran los Habsburgo que, en opinión de algunos historiadores, arrollaron a todos los demás e imprimieron al hijo de Felipe el Hermoso su sello indeleble? En la sexta generación no hay más que uno. Un solo alemán entre treinta y dos antepasados, catorce de los cuales eran ibéricos. El total resultante ha sido un europeo. Cuando Carlos se haya convertido en Carlos V, no empleará nunca la palabra Habsburgo, tan utilizada por nosotros. En sus múltiples cartas decía o bien «nuestra Sangre» o bien «nuestra Casa». Quizá se sintiera más cerca de los grandes duques de Occidente y de los príncipes españoles, a los que los genealogistas de la Corte, olvidando los casamientos desiguales, hacen descender de Pelayo, rey de los visigodos, e incluso de Príamo y de los reyes de Troya.

Del emperador Maximiliano recibirá, no obstante, los ojos azules, el mentón prominente, la interminable nariz, la enorme mandíbula, la propensión a las quimeras, pero no la inestabilidad ni la frivolidad ni la alegría de vivir. La inagotable paciencia, la necesidad de reflexionar detenidamente y los escrúpulos a la hora de tomar una decisión recordarán los rasgos personales de otro emperador, Federico III.

Por el contrario, el famoso labio habsburgués, que recibe de su padre, no procede de los Habsburgo. Se remonta a los duques de Borgoña, el primero de los cuales, Felipe el Atrevido, lo tenía ya. No será la única huella borgoñona. Tendrá también la benévola afabilidad de un Felipe el Bueno y una ambición desmedida que se confunde con un sueño grandioso.

Los españoles y portugueses no confieren a su sucesor nada que sea específicamente meridional. Le transmiten la funesta «melancolía», la piedad que lleva a veces hasta el misticismo, la fascinación ante la muerte. Todos le inspiran el valor, el amor a la guerra, la pasión por la caza; Fernando de Aragón le transmitirá el sentido de las sutiles combinaciones políticas.

En cuanto al interés por el trabajo sedentario y por el papeleo, que hará de él el primer soberano burócrata, es difícil de precisar su origen.²

Este hijo de un padre superficial y de una madre demasiado seria será superficial y serio, pero con el paso de los años se irá imponiendo su vertiente más grave. Por ahora es un enigma. Sus padres apenas han salido de la adolescencia, lo que debería imponerle una larga espera antes de desempeñar un papel de protagonismo, pero la muerte puede cambiar las cosas. Puede incluso sorprenderle en la cuna, como parece hacer con excesiva frecuencia.

Isabel la Católica se entera del nacimiento de su nieto estando en Granada, donde intenta recuperar su deteriorada salud y cuida la de su tesoro, el pequeño don Manuel. La noticia no le produce demasiada alegría, pues ni le alivia sus penas ni disipa sus temores. Sus razones tenía. Don Manuel muere el 20 de julio de 1500. En dos años la Parca ha trastornado dos veces las leyes sucesorias y el futuro mosaico de los reinos europeos.

Tenemos ya a Juana convertida en heredera de Castilla y de Aragón. Es una catástrofe para sus padres, sobre todo para Fernando, que tanto ha trabajado en la gran empresa de la unidad española y que ve cómo esta unidad se va a realizar en beneficio de su yerno, ¡un austro-borgoñón! Es de todos conocido que Juana es esclava de su marido y no posee la menor capacidad para gobernar.

Comienzan a urdirse intrigas. El emperador, Luis XII y hasta el rey de Inglaterra intentan sacar provecho de la situación y tienen los ojos fijos en el archiduque. No va a ser necesario que dejen pasar el tiempo. Los Reyes Católicos se adelantan y envían mensajeros a Flandes. Invitan a Felipe y a Juana a presentarse ante ellos sin tardanza. Es preciso que las Cortes tomen juramento a la infanta. En cuanto a su esposo, los reyes se reservan el derecho a estudiarlo antes de tomar una decisión.

Ni Felipe el Hermoso ni sus mentores se alegran con el mensaje. Los flamencos temen que corran peligro sus buenas relaciones con Francia, aun cuando Luis XII y Fernando de Aragón se hayan repartido poco antes el reino de Nápoles. Hay también otros motivos menos serios para su desconfianza. España es un país pobre, severo, repelente, fanático. El embajador de Castilla, Gómez de Fuensalida, escribe que «quieren evitar este viaje a toda costa, pues para ellos la felicidad está en los placeres de la boca y todo lo que con ello se relaciona. Y temen que no puedan encontrarlo en España». A los ojos de Fuensalida, estos bebedores de cerveza, que bailan al aire libre, comen hasta hartarse, levantan las faldas a las jóvenes, llevan indumentarias abigarradas y derrochan el dinero, son malos cristianos, por no decir ateos.

Felipe conoce la mentalidad que reina más allá de los Pirineos. Tiene gran apego a su independencia y a sus placeres, y teme que le priven de la una y de los otros. Teme también mostrar a los Reyes Católicos el espectáculo desolador de su matrimonio.

Isabel y Fernando no podrán dominar la indignación al ver llegar, en lugar de a sus hijos, al arzobispo de Bensaçon y al señor de Veyre, a quienes detestan por saber que estaban dominados por el rey de Francia. Estos emisarios explican que la infanta está de nuevo encinta y no se puede mover y que su señor está agobiado de obligaciones que le impiden desplazarse.

Otros correos salen al galope hacia Bruselas. Si Felipe no quiere desplazarse, ¡que venga la infanta sola! Su futura ascensión al trono tiene ese precio. Pero Juana, que no siente ninguna prisa por volver a ver a su madre, no tiene la menor intención de alejarse del dios cruel a quien se ha sometido.

El 15 de junio de 1501 da a luz a una hija, la infanta Isabel, futura reina de Dinamarca. Ya no tiene pretexto para hacerse esperar. Felipe y sus consejeros han encontrado también el medio de realizar su propio juego, deshaciéndose de antemano de la influencia española.

Efectivamente, sus altezas desdeñarán la flota que les han enviado. Prefieren atravesar Francia y, con tal ocasión, el archiduque prestará a Luis XII el homenaje prometido. Además, conciben la posibilidad de preparar el matrimonio del pequeño Carlos, que tiene año y medio, con la hija del rey, Madame Claude, su primogénita, que sólo tiene unos meses. Poco importan las reacciones de los suegros.

Estos creen volverse locos. Por fortuna, los preparativos de un viaje como aquél son demasiado largos. Fonseca, obispo de Córdoba, enviado por Isabel, tiene tiempo de llegar y de hablar muy en serio con Juana. Más hábil que Matienzo, consigue hacerse escuchar. Explica a la infanta las intrigas de que es víctima, las razones de un aislamiento que más bien parece una cautividad.

Juana, presa de sus obsesiones amorosas, se encuentra en un estado inquietante. Tiene ataques de neurastenia, desvanecimientos. En general, no le interesa nada que no esté relacionado directamente con su pasión. La política le resulta por completo indiferente, pero Fonseca consigue tocar la fibra del orgullo de su estirpe. ¿Se va a dejar humillar y ridiculizar? ¡Jamás! Juana pide al obispo que le aconseje lo que debe hacer en sus relaciones con los franceses. Ni siquiera Felipe le obligará a rebajarse.

Con esta disposición de ánimo sale la pareja el 16 de noviembre de 1501, seguida de un séquito considerable de seiscientos caballos y carros en los que se amontonan los objetos de plata, los muebles y los tapices.

Juana no sufre por tener que separarse de sus hijos. Su amor a Felipe es tiránico, hasta el punto de que llega a ahogar el sentimiento materno.

Carlos y sus hermanas quedan confiados a la viuda de Carlos el Temerario, Margarita de York, conocida con el nombre de *Madame la*

Grande. Esta princesa a la que, según se dice, su extraño esposo no quiso dar hijos, ha educado ya a María de Borgoña, a Felipe y a Margarita. El príncipe recibirá así sus primeras impresiones de una inglesa y de los señores flamencos domiciliados en los Países Bajos, sobre todo del principal de ellos, el gran chamberlán Guillaume de Croy, señor de Chièvres. Le enseñan a hablar francés, alemán (mal), flamenco y, más tarde, latín, pero no español.

Cuando todavía está pronunciando sus primeras palabras y dando sus primeros pasos, Europa se preocupa por su matrimonio. En ausencia de Luis XII, que está combatiendo en Italia, los embajadores del archiduque han solicitado a la reina Ana de Bretaña la mano de la princesa Claudia. La reina les ha acogido encantada.

La situación es verdaderamente extraña. Sin haberlo visto nunca, Ana había amado a Maximiliano, denominado *el Arcángel*, con quien se había desposado por poderes. No puede olvidarle y se toma la revancha en la unión de su hija con el hijo de un marido fugitivo convertido en una especie de mito.

Ana ha tenido otros hijos de Carlos VIII, todos muertos al poco tiempo de nacer. Cuando se vuelve a casar con Luis XII espera con impaciencia tener un delfín, aunque duda si, en caso de nacer, podría durar mucho tiempo. En este caso Claudia sería la heredera del ducado independiente de Bretaña, de la que ella es soberana.

Ana, a quien Carlos VIII ha tomado como si de una plaza fuerte se tratara, no ama a Francia ni desea ver cómo se anexiona su propia tierra. Prefiere entregarla, como testimonio de su amor novelesco, al heredero de Maximiliano.

Cuando Luis XII vuelve de Italia, se da cuenta del peligro que esta alianza podría suponer con el tiempo para su reino, pero, después de apoderarse de Nápoles y de Milán, necesita la investidura imperial para legitimar sus conquistas. La edad de los dos niños, piensa él, le dejará tiempo suficiente para romper sus compromisos, después de sacar todos los beneficios posibles. Por eso, concede su aprobación y prepara a los viajeros una recepción espléndida.

El archiduque y la infanta avanzan con lentitud rodeados por un inmenso gentío que quiere contemplar su magnificencia. Los apretones son tan grandes que varias personas mueren ahogadas. El 7 de diciembre, al caer la noche, el cortejo entra, bajo la luz de las antorchas, en el patio del castillo de Blois.

Muchos son los relatos de la tragicómica estancia de los archiducos en aquel recinto. Antoine de Laling, Jean d'Auton, Padilla (cronista de la Corte de Bruselas), Saint-Gelais (cronista de la Corte de Francia), nos han transmitido hasta los menores detalles. Desde el primer momento, Juana, ya descontenta, se pone furiosa, considerando que el ceremonial es todo un ultraje, pues sólo la han llevado a presencia del rey media hora más tarde que su marido.

La infanta no se considera inferior a la reina-duquesa y los incidentes entre ellas se irán multiplicando hasta llegar al punto culminante a la salida de una iglesia. Juana abomina la pompa con que le abruma;

la comida demasiado abundante le pone enferma. A pesar de todo, se ve obligada a sonreír a la pequeña Claudia, a quien aborrece desde el primer momento, y a ofrecerle una corona de diamantes.

Cuanto más se enfurece su mujer, más alegre está Felipe.

—¡Un príncipe de verdad! —exclamaría Luis XII.

Le considera como conde de Artois, primer par de Francia, y le permite ocupar un lugar en el Parlamento. Juana no puede soportarlo. Se abstiene de participar en las cacerías durante las cuales el rey y el archiduque arreglan sus asuntos. Todo el mundo se queja de ella, lo cual no impide que se firme un tratado. Claudia de Francia se casará con Carlos de Luxemburgo y, cuando haya nacido el delfín, se casará con una de sus hermanas. Juana expresa su desaprobación presentándose, en el último banquete, con un vestido español.

A pesar de todo, tendrá que jurar por el Santo Sacramento que los matrimonios aprobados se llevarán a cabo. Su marido y los soberanos franceses hacen lo mismo. Finalmente, se despiden.

Al pasar del Loira a los Pirineos, los esposos se reconcilian. Entran en España. Casi a pesar suyo, Juana experimenta una sensación de placer al volver a su patria. Está sobre todo orgullosa de presentar a los españoles a su maravilloso marido, pero entonces es Felipe quien se enfurruña. En comparación con los Países Bajos, ¡qué árida, inhóspita y miserable parecía España! Sólo los grandes señores tienen inmensas fortunas. Hasta los hombres de la nobleza media se ven obligados a veces a caminar descalzos. ¿Qué decir de los campesinos, que parecen animales encerrados en sus guaridas?

Cuando llegan a Madrid se levanta el duelo observado desde la muerte de don Miguel. Los flamencos se quedan desconcertados ante la gravedad, la *serenidad* de los españoles; se desesperan ante la austeridad de sus costumbres y las interminables misas que comienzan a las seis de la mañana; les horrorizan los penitentes que atraviesan las calles flagelándose en medio de grandes alaridos.

En el pueblo de Olías, Felipe cae enfermo de sarampión. El rey Fernando, que le esperaba en Toledo, va a verle, incapaz de reprimir su curiosidad e inquietud por conocer a aquel yerno llamado a sucederle. Juana no estaba preparada para aquella visita. Al verle descender del caballo, su conmoción es tan grande que se olvida de toda etiqueta y corre a arrojarle, llorando, al cuello de su padre. Dejando de lado las manifestaciones furiosas de su amor, ésta será la única explosión de sus sentimientos ocultos.

El rey se sienta a la cabecera de Felipe, le dirige palabras corteses y le observa intensamente. La pobre Juana sigue derramando lágrimas de ternura. No le cabe la menor duda de que aquellos dos hombres a quienes adora se van a convertir en enemigos mortales.

En cuanto Felipe se recupera de la enfermedad, el cortejo vuelve a emprender la marcha. El archiduque y la infanta hacen su entrada solemne en Toledo, donde la reina Isabel, sentada en su trono, los recibe ceremoniosamente. Por la tarde se celebra con un gran banquete la reunión familiar. Felipe, que lleva un traje bordado en oro debajo de una

capa violeta, contrasta con los soberanos españoles, vestidos con trajes de lana negra. Juana sufre por ello. Además, desde que ha vuelto a ver a su madre, se ha mostrado de nuevo inestable, nerviosa, rara. Por su parte, Isabel examina a la pareja, que no puede disimular sus relaciones tumultuosas.

¡Qué herederos! ¿En qué se va a convertir, entre sus manos, el formidable monumento que los Reyes Católicos acaban de levantar? Según los cronistas, fue poco después de ver las relaciones de sus hijos cuando la gran Isabel se convirtió en una anciana.

3. Juana la Loca (1502-1507)

Juana estaba de nuevo esperando un hijo, y Felipe, que no encontraba entre las españolas la complacencia de las flamencas, tascaba el freno. No le agradaba nada de lo que veía en aquel país, ni las corridas de toros, ni los torneos, ni las procesiones, ni los autos de fe. Las cosas llegaron al extremo cuando se recibió la noticia de la muerte prematura (¡otra más!) de Arturo, príncipe de Gales, recientemente casado con la infanta Catalina. La Corte se puso de luto y no se aceptaron más distracciones que las misas y los *requiem*, con excepción, claro está, de los autos de fe.

Felipe estaba, por tanto, de muy mal humor cuando su suegro trató de explicarle la manera de llevar los asuntos de España. Ni el propio Maquiavelo habría sido mejor maestro que él en el arte de la política, pero el joven archiduque, muy engreído, no quería aceptar lecciones de nadie. Es cierto que, según el embajador veneciano, Quirini, «tenía una inteligencia muy brillante».

El 22 de mayo, las Cortes de Castilla prestaron juramento a la pareja de príncipes. La ceremonia constituyó un nuevo motivo de irritación para Felipe, pues las insignias de su mujer pasaron antes que las suyas. Quedaba por obtener el juramento de las Cortes de Aragón, empresa mucho más difícil. Los dos reinos tenían leyes distintas. De hecho, cada soberano imponía a su antojo las de su sucesión. El padre de Fernando, Juan II de Aragón, había establecido que la corona podía ser transmitida por las hijas si no había heredero varón, pero que ellas no podían ser nunca las titulares del trono. Este debía pasar a sus hijos.

Fernando fue a Zaragoza para tratar de cambiar aquel estado de cosas. Las negociaciones fueron difíciles y los meses pasaban sin que se llegara a una solución. Españoles y flamencos se entendían cada vez peor, siendo frecuentes las riñas entre ellos. Llegó el abrasador verano, que causó numerosas bajas entre aquellos hombres del Norte; la más importante fue la del arzobispo de Besançon, amigo de Felipe. Este comenzaba a sentir verdadero odio por aquella tierra funesta de la que quería alejarse. Sin embargo, su físico, sus ademanes, su fasto y sus larguezas habían conquistado a muchos españoles. Para mal de Fernando, el archiduque se había hecho popular.

No podía pensar en marcharse antes del juramento de las Cortes aragonesas que, en octubre, aceptaron un compromiso. El archiduque y la infanta pudieron entonces dirigirse a Zaragoza, donde nuevas humillaciones esperaban a Felipe. En efecto, mientras que a Juana se le reconocía públicamente como heredera del trono, él tenía que confor-

marse con la condición de príncipe consorte. En resumen, si el rey Fernando enviudaba, se casaba de nuevo y tenía un hijo, la corona iría a parar a éste.

Mientras tanto, en el reino de Nápoles había estallado la guerra entre franceses y aragoneses. En represalia, Luis XII envió fondos a su aliado, el duque de Gueldre, que, al frente de ochocientos caballeros, invadió Flandes, donde hizo estragos. Felipe aprovechó la ocasión. Dejó a su mujer en Zaragoza y salió a toda prisa para ver a sus suegros en Madrid y les anunció que volvía a sus estados. Isabel, desconcertada, trató de convencerle de que abandonara tan lamentable proyecto. Debía quedarse en España bastante más tiempo para convertirse en un príncipe español. Juana estaba encinta. ¿Cómo exponer en tales circunstancias al heredero de los reinos a un viaje interminable y peligroso?

Hubo discusiones violentas. Felipe no se dejó convencer y dijo que, si su mujer no podía seguirle, renunciaría encantado «al tálamo de la señora». Lejos de allí, en Nápoles, los aragoneses sufrieron varios reveses y Fernando pensó que podía sacar provecho de aquella marcha, mucho menos dramática a sus ojos que a los de Isabel, pues comenzaba a dudar de un yerno demasiado popular. Le pidió que pasara por Francia y que negociara un tratado de paz con Luis XII.

Felipe preparó en seguida su viaje. Ordenó a su mujer que saliera de Zaragoza y fuera a su encuentro en Alcalá de Henares. Juana no sabía todavía nada. Un mensaje de su madre le pidió que hiciera todo lo posible por retener a su marido y le puso al tanto de lo que ocurría. La impresión fue terrible. Pedro Mártir nos precisa que la desventurada se pasó toda la noche llorando.

Cuando se reunió con Felipe, pareció olvidarse de su orgullo. Sollozó, suplicó y hasta se echó a los pies de su esposo. Según Pedro Mártir, éste se mantuvo «más duro que el diamante». El 19 de diciembre de 1502 inició su marcha. Juana cayó en una depresión profunda. No dormía, no comía; estaba como ausente. Sólo parecía salir de su ensimismamiento al oír pronunciar el nombre de su marido. Algunos pretendían atribuir su situación al embarazo.

El 10 de marzo de 1503 la infanta tuvo su segundo hijo varón. Era el primero de sus hijos que nacía en España y, para subrayar el hecho, Fernando hizo que le pusieran su mismo nombre. El bautismo tuvo lugar con gran pompa en Alcalá.

La situación de Juana cambió, pero no mejoró. Se entregó a arrebatos de celos delirantes. Convencida de que su marido la engañaba, quería por todos los medios reunirse con él y se vengaba con cuantos le rodeaban por considerarse prácticamente cautiva. La reina la mandó llevar a su lado, a Segovia, lo que empeoró las cosas. Juana comenzó a sentir verdadero odio contra su madre. Las dos tenían un carácter dominante y violento. Isabel, para quien, fuera de la religión, la razón de Estado era la ley suprema, no podía hacer razonar a su hija, totalmente esclava del amor, y los enfrentamientos entre ellas fueron cada vez más graves. Tras escenas que dejaron horrorizada a la Corte, la reina cayó enferma y hubo que sangrarla.

Se hizo saber a Juana que podría marcharse cuando se estableciera la paz con Francia. La idea de verse inmovilizada, convertida casi en un rehén, acabó por desesperar a la infanta. Se mostró tan insoportable que logró autorización para retirarse al castillo de la Mota, fortaleza erizada de torres. Abandonada por su marido, prisionera de sus padres, tal era la suerte en que se encontraba la archiduquesa-infanta, heredera de las Españas, de Nápoles y del Nuevo Mundo, y nuera del emperador.

Mientras tanto, Luis XII y Felipe se habían reunido en Lyon. Se firmó la paz y se confirmaron los compromisos entre Carlos y Claudia. A ellos irían a parar, en definitiva, los reinos de Nápoles y de Sicilia.

Hubo muchas fiestas. Luego, el archiduque prosiguió su viaje. Antes de llegar a su destino, se enteró de que Fernando no aceptaba el tratado. El aragonés sólo había querido lograr un respiro para dotar a su ejército de nuevos refuerzos. Su general, Gonzalo de Córdoba, atacó a los franceses, desprevenidos, y los alejó de la Italia meridional.

Molesto por haber sido instrumento involuntario de aquella traición, Felipe fue a ofrecerse como rehén a Luis XII. Cayó gravemente enfermo y se creyó que estaba envenenado. Cuando se recuperó, el rey le devolvió la libertad. Margarita de Austria se había vuelto a casar con el joven duque Filiberto de Saboya. El archiduque se recuperó de su enfermedad en casa de Margarita, y luego se reunió en Innsbrück con su padre, el emperador, enredado como siempre en problemas que la falta de dinero hacía inextricables. Los dos trataron de olvidar sus preocupaciones cazando en el Tírol.

Hasta el mes de noviembre de 1502, casi un año después de su salida de España, Felipe no llegó a sus estados. En Malinas vio a sus hijos, con los que se mostró muy afectuoso. Durante las fiestas oficiales en honor del recién llegado murió Margarita de York. Carlos, con menos de cuatro años, se veía así privado de la que había hecho de madre para él. Entonces se le puso en manos de la señora de Ravenstein.

¿Consideraba Felipe que la presencia de su mujer era indispensable? ¿O, más bien, llevado por el odio a Fernando, quería acabar con él para siempre? Sea como fuere, el hecho es que escribió a Juana pidiéndole que acudiera a su lado, lamentando casi con ternura su larga separación.

A pesar de estar al acecho, la reina Isabel no pudo evitar que la carta llegara a su destino. Juana dio entonces muestras de una excitación que, según Pedro Mártir, recordaba a la de una leona de Africa. En cuanto lo supo, la reina envió a la Mota al obispo de Córdoba, Fonseca, provisto de plenos poderes.

El prelado llegó al castillo en el momento en que la princesa iba a salir. Discutieron, al principio con dignidad, luego violentamente. Juana estaba decidida a marcharse a pesar de la oposición de su madre, aunque no quisiera dejarle ni caballos ni barcos. Ya iba a marcharse cuando Fonseca, recurriendo a sus poderes especiales, mandó levantar el puente levadizo.

La infanta, encerrada en la ratonera, tuvo un arrebatado de rabia tan violento que Fonseca, asustado, corrió a encerrarse en lugar seguro.

Luego, Juana quedó sumergida en un total abatimiento. Se puso de rodillas, con el rostro apoyado en las cadenas del puente levadizo y así permaneció toda la noche, a pesar de los esfuerzos de sus doncellas.

Al día siguiente consintió que la llevaran hasta la modesta casa del guardián. No tenía la menor intención de volver al castillo. La reina envió a la Mota al almirante Enriquez y al arzobispo de Toledo y canciller de Castilla, Jiménez de Cisneros. Juana los recibió de tal manera que el omnipotente Cisneros no la perdonó nunca.

La misma reina fue a verla, a pesar de que no se encontraba nada bien. La hija se había negado a moverse y a recibirla, y tuvo que sufrir la humillación de ir a la casa del guardián. La conversación fue terrible. Isabel comentaría luego a Fuensalida: «Me ha hablado con tal falta de respeto y de forma tan indigna que, de no haber sido por el estado de su espíritu, nunca le habría tolerado tales palabras.» Recordaba horrorizada los arrebatos de su propia madre, Isabel de Portugal, la reina loca. Los sacerdotes y los médicos le aconsejaron que cediera. Juana recibió la promesa de que podría iniciar el viaje en primavera y aceptó volver al castillo.

El 11 de abril de 1504 se reunió en Bruselas con su marido adorado, pero los celos no la dejaron ya ser feliz. Convencida de que Felipe la engañaba, trató de identificar a sus rivales. Sus sospechas se centraron en una dama de honor pelirroja a quien mandó rapar, arañó, mordió y finalmente trató de desfigurar a tijeretazos. Felipe la sorprendió y la molió a palos. El le había puesto el mote de «el Terror». Ella seguía llamándole «el más hermoso de todos los maridos». Inmediatamente después, el archiduque encargó a Múgica, el único español que le inspiraba confianza, que enviara a los Reyes Católicos informes que les permitieran estar al tanto del comportamiento de su mujer. Este comportamiento se conoció muy pronto tanto en España como en Flandes y provocó reacciones diversas.

Múgica fue el primero que habló de locura. Juana lo supo y se indignó: «No me extraña —escribía ella a una amiga— que den falso testimonio en contra de mí, pues también lo dieron de Nuestro Señor.»

No obstante parece que trata de justificar a Múgica. Sus celos alcanzaron una intensidad desenfrenada. Sólo se rodeaba de jóvenes esclavas moriscas venidas de España a quien mandaba desfigurar. Eran métodos más propios de un déspota oriental. Felipe puso el grito en el cielo, se negó a ver aquellos rostros horribles y amenazó con renunciar a la vida conyugal. Juana capituló en seguida y no tardó en quedar encinta, pero las desgracias reaparecieron sin tardanza. El archiduque encerró a su esposa, que respondió con una huelga de hambre. Se pasaba las noches enteras dando bastonazos en el suelo de su habitación. Felipe tenía los nervios tan destrozados que, según algunos, estuvo a punto de suicidarse.

Cuando volvió la calma, intentó buscar alguna ocupación para Juana, e incluso asociarla a las tareas de gobierno. Pero nada podía distraerla de su idea fija. Pasaba horas enteras inmóvil en una habitación oscura. A veces canturreaba. Por fortuna no demostraba mucho interés

por sus hijos. Carlos se crió lejos de ella y se libró de las terribles consecuencias que habría podido tener para él tan terrible espectáculo.

Luis XII había vuelto, derrotado, de una nueva expedición a Italia, país que le obsesionaba tanto como los celos a la infanta. Había tenido dos hijos, pero ambos habían muerto en la cuna. Enfermo, deprimido y, sin embargo, aferrado a su sueño transalpino, cayó por completo bajo la influencia de su mujer, que tenía ambiciones desmedidas en favor de la pequeña Claudia, por entonces su único hijo. Los franceses hubieran deseado que la princesa se casara con el heredero del trono, Francisco de Angulema. La reina Ana no quería ni oír hablar de ello. Claudia debería reinar sobre la Cristiandad, pero unida a Carlos.

El emperador y el archiduque se habían aproximado a Luis XII después de los altercados con Fernando. El 22 de septiembre de 1504 los tres príncipes firmaron en Blois un nuevo tratado que garantizaba al Valois la investidura imperial para el ducado de Milán y para el reino de Nápoles, pero preparaba el desmembramiento de Francia en favor de Carlos de Luxemburgo. Al casarse con él, Claudia aportaría Borgoña, Bretaña, el condado de Blois y, por otra parte, el Milanésado, Nápoles, Génova y Asti. El heredero de la Casa de Austria y de los Reyes Católicos tendría un imperio comparable al de Carlomagno.

Dos meses más tarde, el 26 de noviembre, expira Isabel la Católica. En un testamento fechado el 23 de octubre, pide a sus súbditos que consideren a su hija Juana como «verdadera reina y propietaria» de sus reinos y tierras hasta el otro lado de los mares y que presten «la misma obediencia» al archiduque Felipe. Mientras se produce la llegada de éstos, el rey Fernando hará las veces de regente.

Ya tenemos a Juana como reina de Castilla, de Granada y de León y soberana de las Indias. Al parecer, no siente el menor interés por todo aquello. Debe ser la única. Todo el mundo codicia la herencia que la princesa «melancólica» no puede administrar. Fernando no quiere dejar el principal reino de la península al archiduque, que ha dado muestras de estar más que dispuesto a intervenir.

Felipe recibe el título de rey. Se forma un partido contra el «aragonés». En él abundan los nobles, convencidos de que con un príncipe extranjero podrán recuperar su antiguo poder, y los grandes comerciantes, interesados en fomentar los vínculos entre Castilla, productora de materias primas, y los centros importadores de Flandes. Por el contrario, los juristas, las clases medias de las ciudades y la nueva administración están del lado de Fernando.

En otro escenario, Luis XII ha caído gravemente enfermo. Creyéndose a las puertas de la muerte, consigue liberarse de la influencia de su mujer y se aterroriza ante la idea de dejar una Francia desmantelada. Redacta un testamento en que se rompen los compromisos entre su hija y Carlos de Luxemburgo. Claudia se casará con Francisco de Angulema, como exigirán muy pronto los Estados Generales.

El tablero diplomático experimenta una gran conmoción. Luis XII cura de su enfermedad y rompe con Felipe el Hermoso. Fernando intenta acercarse a él. Se casa con su sobrina, la bella Germana de Foix,

con la esperanza de tener un hijo que evite que Aragón y el reino de Nápoles vayan a parar a manos del odiado Habsburgo. Contra toda previsión, Juana protesta y se queja de haber sido despojada. Era demasiado tarde: ya no podía hacer nada. El 15 de septiembre de 1505 da a luz a una tercera hija, la archiduquesa-infanta María. El rey de Aragón guarda celosamente a su segundo hijo, el infante Fernando. Quería que este príncipe, educado como español, recibiera la Corona de Castilla.

Ante tantos peligros, Felipe decide regresar a España. El 10 de enero de 1506, después de haber nombrado a Chièvres tutor de Carlos, embarca con su esposa en Flessingue. Por capricho de las tormentas, se ven obligados a desembarcar en Inglaterra, donde tienen que esperar tres meses. Sin duda los jefes de Estado de aquella época se extrañarían mucho de la precipitación de los del siglo XX.

La permanencia en la Corte del rey Enrique VII Tudor habría sido muy agradable, sin los cambios de humor de Juana. Luis XII pide a Enrique VII que le entregue a su huésped. El Tudor se mofa de él: quiere estrechar su alianza con los austro-españoles casándose con Margarita de Austria, viuda por segunda vez. Margarita no acepta; dice que da mala suerte a sus maridos.

Poco importa, pues el pequeño Carlos está ahora libre. Al poco tiempo, ya está comprometido con la princesa María de Inglaterra, hija del rey. El tiene seis años, ella diez. Enrique VII y Felipe firman un tratado comercial muy beneficioso para sus estados y se despiden. La pareja reanuda el viaje.

El 26 de abril de 1506 los jóvenes soberanos de Castilla desembarcan en La Coruña. Para recibir a sus hijos, Fernando ha preparado tropas y concentrado parte de la artillería en sus fronteras, pero el partido «felipista» ha trabajado con eficacia. Los castellanos, que no sienten simpatía por los aragoneses, aclaman a sus nuevos señores.

Aquello convence al viejo zorro de que debe llegar a un acuerdo. Se presenta ante su yerno, le reconoce como regente de Castilla, promete retirar sus tropas y, poco después, redacta una declaración secreta: le han obligado a firmar el tratado por la fuerza y, por tanto, su firma es nula. Parece demostrado que realizó esta comedia de acuerdo con su hija, extraviada por los celos. La reconciliación se celebra con grandes festejos.

Juana asiste a ellos inmóvil, más taciturna que nunca. Sólo se anima cuando se trata de quejarse de su marido. En aquel infierno conyugal, la política y el amor unen sus fuerzas para atizar las llamas. Fernando comprueba que cada vez es más impopular en Castilla y considera oportuno alejarse. El 23 de agosto se marcha de España y se retira a Nápoles.

Felipe, ayudado por sus flamencos, administraba bien sus estados. No sabía nada de España y la codicia de los flamencos les hace todavía más odiosos que en el primer viaje. Los nobles chocan con los intrusos y comprueban que han hecho un mal negocio. La Inquisición, encantada de poder perseguir a los aragoneses, en los que judíos y moros habían dejado tantas huellas, provoca violentas reacciones. En cuanto a

Juana, «quiere ser reina, pero no quiere reinar». Era imposible obtener de ella una firma.

Las cosas ya iban muy mal cuando, el 19 de septiembre, en Burgos, Felipe el Hermoso, al finalizar una partida de cartas, se levanta y bebe un vaso de agua que no ha probado el hombre destinado a tal misión. A la mañana siguiente, tiene fiebre, sufre violentos vómitos y seis días después muere en los brazos de su mujer, que no deja de dar alaridos.

Tenía calor y había bebido agua helada: según los médicos, era inevitable que se produjeran consecuencias trágicas. Para evitar que una autopsia pudiera contradecir su opinión, embalsaman el cuerpo y extraen rápidamente las entrañas.

Todos están convencidos de que se ha producido un envenenamiento. Algunos lo atribuían a los celos de Juana, otros a Fernando, que podía beneficiarse mucho con la desaparición de Felipe y cuya conciencia estaba más que acostumbrada a soportar alegremente tales pesos. A falta de pruebas, es difícil renunciar a esta sospecha.

Sea como sea, Fernando sale beneficiado de la situación. El cardinal Cisneros, que se ha hecho cargo del gobierno con el apoyo de gran parte de la nobleza y del antiguo personal aragonés, le pide que vuelva y se ocupe de la regencia. No será la pobre reina quien lo impida.

Algunos historiadores han afirmado, desde hace mucho tiempo, que Juana se volvió loca a causa de la muerte de su marido y que así lo demuestra su conducta extravagante. Si examinamos las cosas con objetividad, tal conclusión parece un poco precipitada.

Una vez celebrados los funerales, la reina no quería separarse del ataúd. Como le parecía que Burgos era un lugar indigno para su esposo, se empeñó en que lo llevaran a enterrar en la cripta real de Granada, a pesar de la oposición de Fernando, que no había reconocido nunca el título real de Felipe.

Juana se aprovechó de la ausencia del tirano. En enero de 1507, seguida de una inmensa comitiva, tomó el camino de Granada en compañía de su segundo hijo. Con ellos iba también el cuerpo embalsamado de Felipe. Juana sólo viajaba por la noche, pues, decía ella, «una viuda que ha perdido la luz de su alma no debe exponerse a la luz del día». No permitía que ninguna mujer se acercara al ataúd. En una de las paradas, se enteró de que estaban acampados cerca de un convento de religiosas y mandó continuar la marcha al instante. El 14 de enero tuvo una hija póstuma, la archiduquesa-infanta Catalina.

Acudieron a su encuentro mensajeros procedentes de Inglaterra. Pidieron su mano en nombre de su señor, Enrique VII. Este había tenido que escuchar las objeciones de sus consejeros, asustados por el estado mental de la reina, pero les había respondido que aquel detalle no sería obstáculo para que él se convirtiera en rey de España.

Juana no aceptó: no estaba libre, esperaba que su esposo se despertara de un momento a otro. Según los rumores populares, un monje le había contado la historia de un príncipe que había resucitado después de llevar catorce años enterrado y ella se la había creído.

4. Los tutores (1507-1515)

El cortejo fúnebre no llegó a Granada. Fernando había vuelto a España. Obligó a su hija a desandar el camino. De la trágica entrevista celebrada entre los dos sólo sabemos que Fernando arrebató a Juana la regencia de Castilla. Luego mandó encerrar a la desdichada en la fortaleza de Tordesillas con la pequeña Catalina. El mismo siguió encargándose de la educación de su nieto, Fernando.

El pueblo creía que la reina, más que loca, estaba embrujada. Lo cierto es que las murallas de Tordesillas no permitían conocer nada de lo que ocurría en su interior y sólo se oían rumores contradictorios.

¿Estaba loca Juana? El obispo de Málaga, enviado, por así decirlo, para hacer una inspección, redactó un informe. La reina, que en un primer momento había sufrido crisis terribles semejantes a las de su abuela, se había tranquilizado un poco. Ya no maltrataba a sus criadas. Sin embargo; no se peinaba ni se lavaba la cara, se negaba a cambiarse de ropa, dormía en el suelo y comía en un plato colocado en él. Y algo todavía más grave: no iba a misa.

En verdad, Juana debió de sufrir el mal misterioso prodecente de la Casa de Portugal y que se había transmitido, a través de las mujeres, a las Casas de Borgoña y de Castilla antes de cebarse en los Habsburgo: «la melancolía». Esta «melancolía» era la negación de la realidad, la huida hacia el ensueño, la delectación taciturna. En Juana el dolor había llevado su situación a límites extremos.

Aquella mujer que, según las ideas de la época, iba a convertirse en propietaria auténtica de un imperio, quería ignorar las cosas terrenas, si bien de cuando en cuando tenía que reconocer su existencia, aunque no fuera más que para rebelarse contra ellas. Seguía huyendo de la luz y cubriéndose el rostro con un velo negro, pasaba de la violencia al ensueño, dejaba transcurrir las horas sin hacer nada, inmóvil y muda en un abatimiento total. Esto no significaba que estuviera totalmente privada de sus facultades mentales, pero su familia tenía demasiado interés en que así lo creyeran todos y no hizo nada por curarla. A los ojos de sus súbditos la reina Juana se fue convirtiendo progresivamente en Juana la Loca.

Carlos, a sus pocos años, ha quedado huérfano de un padre con el que ha tenido escasos contactos y se ve privado de una madre a la que casi ni ha conocido. Esta doble ausencia se dejará notar en su formación.

El testamento de Felipe el Hermoso es poco claro. Chièvres, lugarteniente general y gran chambelán, convoca a los Estados Generales. Los flamencos han aborrecido siempre al emperador Maximiliano y le han llenado de humillaciones. Sin embargo, se da la circunstancia curiosa de que ponen en sus manos la tutela de Borgoña —se mantiene el nombre oficial— y de su nuevo soberano. Entusiasmado ante la perspectiva de sacar de apuros sus finanzas, el arruinado y fantasioso emperador se pone en seguida en camino. La cabeza le da vueltas hasta el punto de que reclama la regencia de los reinos de Nápoles y de Castilla.

Luis XII y Fernando de Aragón reaccionan violentamente. Los flamencos se asustan. Maximiliano emprende la retirada. Nombra como sustituta a su hija Margarita, que, después de haber erigido en recuerdo de su segundo marido el magnífico sepulcro de Brou, abandona Saboya. A partir de entonces va a consagrar sus esfuerzos a los habitantes de Flandes, de Brabante, del Franco Condado, de Artoix, a todos aquellos pueblos felices y dispuestos en todo momento a combatirse, convertidos en objeto de la codicia universal. Chièvres cede el primer plano a Margarita, no sin segundas intenciones. La archiduquesa se trae a algunos miembros de la Corte saboyana, sobre todo a su canciller, Mercurino Gattinara, a quien esperaba un gran porvenir.

Ya no es la joven cautivadora que hizo morir de amor al desafortunado don Juan. Tiene veintisiete años, pero sus penas y desgracias han deformado sus rasgos hasta darle una apariencia casi masculina, que un inoportuno vello vendrá pronto a acentuar. Su misma voz tiene acentos demasiado sonoros, y su aspecto en general no tiene casi nada de femenino. Algunos comentarán, en tono burlón, que había extremado su celo hasta el punto de transformarse en un verdadero regente.

Margarita, hija de un hombre extravagante, «muy admirado y amado», dice ella en su correspondencia, tiene una gran sensatez y realismo, gran fuerza de carácter y una indudable capacidad de gobierno. Sabe elegir a los hombres, imponer su voluntad, conciliar lo que parecía irreconciliable, pero también sabe seducir, hacer comentarios jocosos, redactar cartas admirables, componer poesía y escribir cuentos. No podrá satisfacer la necesidad de ternura maternal que Carlos experimentó siempre.

El 18 de julio de 1507 se celebra en Gante la solemne misa de réquiem en honor de Felipe el Hermoso. Carlos de Habsburgo, archiduque de Austria, infante de España, duque de Borgoña y conde de Flandes y de Luxemburgo, se dirige a caballo hacia la iglesia. El caballo y las ropas de Carlos son de color negro. El niño tiene siete años. Los caballeros del Toisón de oro marchan a su alrededor, seguidos del Consejo de Regencia, de altos dignatarios, de representantes de la nobleza y del clero. Ante el altar, en un sarcófago de piedra, se encuentra la armadura del príncipe difunto en medio de centenares de velas, de espadas y de estandartes. Carlos ocupa un lugar desde el que puede dominar a la concurrencia. Se arrodilla y el obispo de Arras comienza el funeral.

Terminado el oficio, el heraldo del Toisón de oro exclama:

—¡El rey ha muerto!

Otros cuatro heraldos repiten el conjuro y se arrodillan.

Entonces el heraldo primero vuelve a levantar la voz:

—¡Carlos de Austria!

—¡Presente! —responde el niño a media voz.

—¡Nuestro rey vive! ¡Viva el rey! —dice el heraldo.

Entrega a Carlos una espada en una vaina de oro y le quita la capa de luto. El príncipe arma a los caballeros a sus pajes, arrodillados. Es el comienzo de un reinado de cincuenta años que dejará huellas imborrables en la Historia.

Pocos podían imaginárselo al ver a aquel hijo de Juana la Loca, pálido, frágil y taciturno. Muchos recuerdan las muertes prematuras ocurridas entre los suyos y dudan que viva mucho tiempo. Sus abuelos no le quieren: Maximiliano porque lo cree demasiado español, Fernando porque piensa que no lo es lo suficiente. Los dos prefieren a su hermano menor, mucho más movido, fuerte y espontáneo.

Margarita prefiere alejarse de las grandes ciudades flamencas, tan turbulentas, y se instala en Malinas, en un gran palacio de nuevo estilo, embellecido con tapices y cuadros.

La educación de quien puede llegar a dominar la Cristiandad se ha confiado al sabio Adriano Floriszoon, decano de Utrecht, vicerrector de la Universidad. Este humanista es hermano de la «Vida Común». Tiene la fe de un monje de la Edad Media y no puede dejar de condenar los escandalosos abusos de la Iglesia. Logrará transmitir a su alumno certezas inquebrantables.

Tiene como ayudantes a Roberto de Gante, a Adriano Wiele y a Juan de Anchiata. Luis Vaca se encarga de ilustrar el espíritu del príncipe; Charles de Poupet, de preparar su cuerpo mediante ejercicios físicos. Este último parece ser quien mejores resultados obtiene en un primer momento.

Desde muy pronto Carlos manifestará su pasión por los caballos y las armas. Le gusta llevar a su séquito a un ritmo frenético, para terror de sus hermanas. Descubre la caza con entusiasmo, y Maximiliano dirá que, en eso al menos, se notaba que llevaba la sangre de los Habsburgo. Demuestra un apetito feroz, una glotonería que nadie hizo nada por

frenar. No era aquella época donde se prestara importancia a las atenciones dentarias. Imposible corregir una horrible mandíbula cuyos dientes no llegan a juntarse, de tal manera que los alimentos casi ni son masticados. Esto causará luego grandes sufrimientos al futuro señor de Occidente.

Su tía vela por sus estados y su herencia más que por él mismo. No debió de inspirarle demasiado cariño. Además, la archiduquesa, que guardaba cuidadosamente las apariencias de una buena flamenca, no tenía casi tiempo para lo que no fueran sus obligaciones políticas.

Se ha dicho de ella que fue el gran hombre de la familia, el remoto precursor de la emperatriz María Teresa. Desde luego, necesitó una gran personalidad para reprimir los graves problemas de las provincias, en continua lucha entre sí, oponerse lo mejor posible a las locuras imperiales de su padre, rivalizar en astucia con Fernando de Aragón, mantener la alianza con Inglaterra sin aceptar por ello la mano del rey Enrique VII, y echar una red alrededor de Francia, a quien no perdonará nunca su humillación cuando fue desterrada en lugar de coronada.

Intenta por todos los medios conservar la amistad con Inglaterra, indispensable para el comercio con los Países Bajos y para la seguridad de sus líneas de comunicación.

En 1508 la hostilidad general inspirada por Venecia, que ha quitado tierras a todo el mundo aprovechando la confusión de las guerras de Italia, le permite una maniobra tortuosa. El belicoso papa Julio II quiere destruir la Serenísima República, pero son las manos expertas de Margarita las que unen en la liga de Cambray al pontífice, al emperador, a Luis XII y a Fernando de Aragón. Ingenuamente, Luis XII cumplirá su parte para ver poco después cómo Venecia, tras hacer a los otros las concesiones necesarias, une a sus aliados y a sus enemigos en contra de él.

Trabajo de artista que la terrible rival —sabe utilizar como nadie sus armas femeninas— no podrá completar a plena satisfacción, pues, si bien las ciudades flamencas comparten sus puntos de vista y sobre todo su anglomanía, la gran nobleza tiene otra opinión. En 1509 impone la vuelta de Chièvres, que es nombrado tutor de Carlos.

Chièvres no quiere ni oír hablar de una guerra con Francia. A partir de entonces habrá dos políticas: la suya y la de la regenta. Podrían anularse mutuamente. Pero se equilibrarán tan bien que los Países Bajos se mantendrán en paz, en lugar de servir de campo de batalla —como ocurrirá tantas veces en el futuro—, y el niño predestinado, en contra de todas las previsiones, no perderá nada de su fabulosa herencia.

Los historiadores de los diferentes países en los que reinó Carlos V han hablado mucho y mal de Guillaume de Chièvres, borgoñón de los pies a la cabeza. Walther Tritzsch y Andrés Walther constituyen una excepción. «Un niño tan peligrosamente constituido como Carlos —ha escrito este último— no pudo contar con mayor fortuna que la de encontrar una personalidad tan fuerte, dulce y sana como la de Chièvres... El se le entregó espontáneamente... Con toda naturalidad buscaba refugio en Chièvres, quien, con su serena seguridad interior, representaba el equilibrio.»

Por primera vez desde la separación de Margarita de York, cuando él tenía tres años, encuentra un refugio, una solicitud incansable. Chièvres duerme en la habitación de su pupilo, participa en sus alegrías y en sus penas, le cuida durante sus enfermedades, llega a vencer la melancolía de aquel muchacho cuya seriedad precoz podía dar paso a manifestaciones de alegría violentas e imprevistas. Carlos había tenido siempre la impresión de que nadie le comprendía, ni siquiera Adriano de Utrecht, ni su confesor. Chièvres le permite, por fin, abandonar su cárcel interior. No se sorprende de sus cambios de humor, de sus desalientos, de su apatía, a la que sucede bruscamente un torbellino de acción. Si Margarita, cuando encuentra para ello tiempo libre, enseña a su sobrino la paciente tenacidad de los Habsburgo y trata de imponer el sello de su familia, Chièvres, por el contrario, lo modela a la imagen de sus antepasados borgoñones. Le inculca el gusto a la magnificencia, a los torneos, a la etiqueta. Carlos se considerará siempre como jefe de la Casa de Borgoña, y, para su desgracia, no cesará de intentar la recuperación del ducado perdido. En cada uno de sus numerosos testamentos pedirá que le entierren en Dijon, en la cartuja de Champmol, donde descansan Juan sin Miedo y Felipe el Bueno.

No es éste el único terreno en que se enfrentan la regente y el gran chambelán-tutor. Bajo la influencia de su canciller, Gattinara, Margarita es una jefa de Estado moderna, favorece todo lo que puede la centralización y la autoridad de los funcionarios directamente sometidos al soberano. Chièvres siente horror hacia aquellas tendencias. Hijo de una ilustre familia feudal, los Croy, que gobernó durante la ancianidad de Felipe el Bueno, conserva tercamente sus tradiciones y desea restaurar el sistema de los dignatarios feudales. Según él, éstos debían recibir del príncipe una delegación de su poder y ejercerlo sin límites en tal o cual región. Chièvres es enemigo del nacionalismo que se va abriendo paso desde finales del siglo anterior. Este hombre, situado en la retaguardia de su tiempo, se encuentra, curiosamente, bastante cerca de las preocupaciones del nuestro.

Entra también por medio una concepción de la Cristiandad, es decir, de Europa. El querría verla unida tal como Francia había logrado su unidad, o como la había conseguido Borgoña en tiempo de los duques. Como es lógico, él considera a Borgoña como la única digna de crear aquella especie de federación, pues el Imperio, a quien en principio corresponde dicho papel, sólo presenta una multitud de luchas confusas entre los estados, las ciudades, las provincias y las facciones rivales.

El enclenque, tímido y bulímico Carlos, ¿tendrá la fuerza necesaria para llevar a cabo tal obra? Chièvres intenta prepararle para ello, sin regatear esfuerzos. Encarga a Charles de Lannoy, señor de Seuzelle, que le enseñe el arte de la guerra y el de los torneos. Pero, al tiempo que intenta dotar al archiduque del valor militar y de la preparación física de un capitán de la Edad Media, procura también atender otro aspecto: que sepa leer los documentos de Estado, estudiar lo que nosotros llamamos expedientes, conocer la situación de sus cuentas. Este segundo aspecto constituyó una innovación revolucionaria.

Desde el momento en que el niño cumple los diez años, todos los despachos diplomáticos se abren en su presencia. Debe leerlos y aprender a hacer informes para el Consejo. Así, poco a poco, la educación se irá identificando con el gobierno y se producirá el nacimiento de un personaje todavía desconocido, un príncipe formado en la tradición caballeresca y dedicado a una actividad administrativa, un caballero burócrata, fogoso en la batalla, frío, metódico y lento entre sus papelotes.

Un día, los embajadores Du Bellay y Genly expresan a Chièvres su extrañeza de que quiera conseguir tanto de su discípulo.

—Soy tutor y responsable del joven —responde con su habitual calma y cortesía—; cuando yo muera, quiero que él sepa actuar libremente, pues si por entonces no es todavía capaz de dirigir él mismo sus propios asuntos, necesitará de otro tutor que le ayude a realizar su trabajo. Lo que significa que siempre tendrá que depender de otro.

Chièvres no tenía nada de idealista. No podía decirse lo mismo de Adriano Floriszoon, que, a pesar de la aridez de su enseñanza, ejerció sobre él gran influencia. El fervor ascético del decano de Utrecht, su perfeccionismo sin concesiones suscitaron en regiones oscuras del alma infantil angustias y hasta neurosis ancestrales. En vez de combatir los ensueños del muchacho, los justifican. Gracias a Chièvres, Carlos llegará a ser un diplomático astuto y un financiero de gran habilidad, y sin embargo demostrará también, por influencia de su preceptor, la oscura pasión por el absoluto, el desprecio de los términos medios, una concepción abstracta de su deber y una espiritualidad tan exigente, que le llevará a oponerse a la Santa Sede.

Adriano abominaba las costumbres disolutas y el fasto insolente de la Corte pontificia, sus métodos para conseguir que el oro de los creyentes fluyera hacia sus palacios. Como él, Carlos llegará a convencerse de que había que reformar la Iglesia. Se ha dicho que su fe fue, en cierta manera, sacerdotal más que católica.

Chièvres, Margarita, Floriszoon... No son éstos los únicos que dejarán en el joven archiduque impresiones profundas y, muchas veces, contradictorias. Según va avanzando en edad, aumenta el número de señores venidos a Malinas desde los múltiples países que algún día llegará a gobernar. Toda la variedad de los Países Bajos, de las Alemanias, de Austria, del Tirol, de Italia y de Castilla estará representada en las personas que le rodean. Todos los señores de aquellas regiones, por diferentes que fueran, soñaban con influir en él, con imprimirle su propio sello, con gobernar bajo su nombre. El inmenso imperio que se está gestando abre inmensas posibilidades a los ambiciosos.

Los españoles que habían apoyado la causa de Felipe el Hermoso y habían cometido numerosos excesos durante sus meses de reinado habían buscado refugio en Flandes. Esperaban que las cosas cambiaran a su favor.

Fernando de Aragón estaba inquieto por aquella situación. Envió ante su nieto a dos hombres de confianza, Juan de Aragón y Juan de Lanza, acompañados de una numerosa comitiva. Las rivalidades eran feroces, las intrigas estaban a la orden del día. Se llegará a detener a uno

de los aragoneses, Diego de Castro, por sospecharse que se había hecho agente de Luis XII.

Carlos comprendía a la perfección por qué tantos jóvenes y ancianos, prelados y *condottieri*, cortesanos y embajadores se esforzaban en complacerle y en calumniar a los demás. Supo siempre descubrir las trampas que le tendían y protegerse tras la barrera de una desconfianza general, que seguirá siendo uno de los rasgos de su carácter.

No tenía confianza ni en Margarita. En efecto, su tía muestra una versatilidad, heredada sin duda de su padre, y cede a arrebatos «portugueses» cuando su política choca frontalmente con la de Chièvres.

A los trece años, Carlos está perfectamente instruido. Tras numerosas peripecias, Luis XII ha tenido que abandonar Italia y se ha formado otra liga contra él. Desde 1509 hay un nuevo rey en Inglaterra, el joven Enrique VIII, esposo de la viuda de su hermano, la infanta Catalina. Este yerno rico y fanfarrón es una víctima propicia para Fernando, que le embauca, le sonsaca hombres y dinero con los que, en lugar de atacar a Francia, conquista Navarra hasta los Pirineos. En cuanto a Maximiliano, arruinado como siempre, se pone al servicio de Inglaterra. Todo un emperador convertido en simple *condottiere*.

Consigue frente a los franceses la victoria de Guinegate, toma Tournai y Théroouanne. Margarita rebosa de júbilo. Una vez más es posible la gran revancha. Hay que reconquistar el ducado, restablecer la antigua frontera imperial Ródano-Saona, hay que repartir Francia entre el Imperio e Inglaterra. ¿No tiene Enrique VIII el título de rey de Francia?

Por muy borgoñón que fuera, Chièvres se oponía a tan grandiosos proyectos. Margarita replicó obteniendo de los Estados Generales la ordenanza de Lille del 19 de octubre de 1513. En adelante la política del archiduque estará dirigida por un triunvirato formado por los dos abuelos y por el rey de Inglaterra, cada uno de ellos representado por un señor de su elección. Para fortalecer la alianza inglesa, el propio Carlos se dirigirá a Londres a confirmar su compromiso con la princesa María.

En aquella época, el futuro Barba Azul es un atleta de agradable aspecto. Admira sinceramente los recursos que el enclenque Habsburgo sabe sacar de su cuerpo en los torneos y otros juegos brutales organizados en su honor, pero siente un auténtico malestar ante la imperturbable gravedad y la misteriosa mirada del adolescente.

El éxito de aquel viaje será efímero. El deporte favorito de los príncipes era el de engañarse mutuamente, y Enrique VIII había tardado en darse cuenta. Cuando descubrió que sus dos aliados le traicionaban, intentó aproximarse a Francia, entregó a su resplandeciente hermana —otra María, de diecisiete años— al enfermizo Luis XII, viudo de Ana de Bretaña. Este matrimonio provocará en diez semanas la muerte del rey de Francia y el advenimiento de Francisco de Angulema con el nombre de Francisco I.

Margarita había sufrido una derrota. Chièvres intentará aprovechar la ocasión. La regente había procurado siempre mantener un buen entendimiento entre el abuelo y el nieto, y seguía siendo la fiel aliada de Fernando de Aragón. Ahora bien, éste no había logrado nunca imponer

por completo su autoridad en Castilla, gobernada con mano de hierro por el cardenal Jiménez de Cisneros, conquistador de Orán e implacable perseguidor de los musulmanes, de los judíos y, sobre todo, de los marranos (es decir, los judíos que habían fingido su conversión al cristianismo). La rivalidad entre Castilla y Aragón sigue vigente, con la diferencia de que ahora Aragón está tan poblado como Castilla, gracias a la anexión del reino de Nápoles. Castilla resiste al «imperialismo aragonés, reivindicación de un eje norte-sur de comunicación atlántica frente al eje oeste-este del *mare nostrum* catalán», y su aristocracia choca con los financieros y juristas de Fernando.

Hay, por tanto, lucha entre los dos reinos. Don Juan Manuel de la Cerda, embajador de Castilla en los Países Bajos, utiliza todas sus armas contra el rey de Aragón, hace correr el rumor de que va a desheredar a Carlos en favor de su hermano, el pequeño Fernando, y compra a un chambelán de la regente, a la que tiende trampas.

Margarita, indignada, lo manda detener. ¡Qué imprudencia! Don Juan Manuel es caballero del Toisón de oro. Su detención constituye una violación de los estatutos de la orden. Chièvres aprovecha la ocasión y reúne al cabildo bajo la presidencia de Carlos, su gran maestro. El archiduque, a la cabeza de aquella cohorte, se dirige a su tía y, ante su estupefacción, le indica que debe liberar al cautivo.

—¡Ah! Si yo fuera un hombre, verías lo que iba a hacer con vuestros estatutos... —exclamó la nieta del Temerario.

Pero se sometió ante la ingratitud de aquel hijo adoptivo cuyos Estados ella había sabido conservar. La ingratitud va a ser en adelante una virtud que Carlos practicará sin miramientos. Don Juan Manuel fue enviado al emperador, quien lo puso en libertad.

Chièvres no se da por satisfecho. El 5 de enero de 1515, en Bruselas, los Estados Generales proclaman la mayoría de edad de Carlos. Fernando, que no quiere ser desposeído, logra que su nieto no acceda al trono de Castilla hasta cumplir los veinticinco años.

Margarita ni siquiera ha recibido información de los hechos. Es una mujer abandonada hasta el punto de que tendrá que exigir el pago de su pensión. Lo sabemos por una bella carta en que da cuenta de su regencia y que no dice mucho en favor de su sobrino.

Carlos no posee todavía una voluntad propia. El poder está por completo en manos de Chièvres. Lo ejerce en compañía de un grupo de nobles de Brabante, del Franco Condado o de Valonia dominados por el canciller Le Sauvage. Son hombres codiciosos; el mismo Chièvres tiene fama de venal. No debía avergonzarse de ello, pues era práctica habitual en un gran señor.

Mantiene su política francófila. Francisco I, subido al trono a los veinte años, el 1 de enero de 1515, envía al duque de Borgoña, conde de Flandes, un mensaje cuya pomposa cortesía está llena de insolencia. Invita a tan gran vasallo a la coronación. Chièvres es lo bastante astuto para eludir el problema sin provocar tensiones. Es más: el 2 de abril Carlos firma con Francia un tratado de amistad que le libera de toda obligación para con el rey de Aragón, su abuelo. El pacto se sellará natu-

ralmente con un matrimonio. Ya es el tercer compromiso. En este caso, con la hija menor de Luis XII, la hermana política de Francisco I, Renata de Francia. Fernando trata por todos los medios de romper el cerco. El tratado se jura en Notre-Dame.

Mientras tanto, Maximiliano sigue concibiendo proyectos descabellados (¡hasta sueña con llegar a papa!) y extiende hacia el este las ambiciones tentaculares de su dinastía. Había luchado mucho tiempo contra Hungría, que, según viejos acuerdos, debía volver a sus manos si el rey Ladislao Jagellón moría sin descendencia. No será el caso, pues la reina de Hungría había tenido una hija, Ana María, que el emperador ha prometido en seguida con el menor de sus nietos, Fernando, pero el rey de Aragón rompe el compromiso.

Cuando la reina vuelve a quedar embarazada, Maximiliano manda venir a una hermana de Carlos, la archiduquesa infanta María. Su intención es casarla con el príncipe que va a nacer. Afortunadamente, es un niño, Luis. Pero Maximiliano no renuncia a la hermana.

El 22 de julio de 1515 la catedral de Viena se convierte en escenario de una ceremonia singular. Luis de Hungría (nueve años) se desposa con María de Austria (diez años), mientras que el propio emperador (cincuenta y seis años) se promete en matrimonio con la princesa Ana de Hungría (doce años).

Tu, felix Austria, nube («Tú, feliz Austria, despósate»). Las guerras quedan reservadas para otros. La Casa de Austria consigue mucho más gracias a las bodas de sus hijos. Su sombra se proyecta del Danubio a las Américas, de Sicilia al Escalda. Extraño imperio cuyo nacimiento sólo el azar parece justificar. El alumno pensativo y laborioso de Chièvres, ¿tendrá la talla suficiente para dominar aquella Babel?

5. La entrada en España (1515-1517)

El día en que Francisco I cabalgó por primera vez por las calles de París, su figura, su rostro altivo y alegre, su aspecto de fauno sedujeron al pueblo parisiense, como seducirían luego a la posteridad. Su llegada al trono parecía rejuvenecer y dar nuevo vigor a una Francia abatida tras los reveses sufridos durante los últimos años de Luis XII.

Por otra parte, ¿qué reino podía compararse con el de Francia? Frente a sus catorce o quince millones de habitantes, Inglaterra tenía menos de cuatro; Castilla, cuatro; Aragón, casi otros tantos si se incluían sus súbditos italianos, y los Países Bajos, dos. Aunque el oro americano comenzara a llegar periódicamente a España, nadie tenía sus riquezas, la autoridad de su gobierno, la facilidad de sus líneas de comunicación, el poder de su ejército, la fuerza de su administración. Por eso, Fernando de Aragón había intentado siempre contener al coloso; Chièvres, no provocarlo.

Luisa de Saboya, madre del rey, se había convertido en verdadera jefa de Estado. Francisco sólo soñaba en la gloria, en el Milanesado, obsesión de los Valois, como Borgoña lo era para la descendencia del Temerario. Sin pensárselo dos veces salió hacia Italia. El paso de los Alpes por sus tropas dejó a Europa estupefacta y significó el triunfo de la infantería, acontecimiento revolucionario.

Los franceses debían enfrentarse a los mejores combatientes del mundo, los suizos. El acontecimiento se conoció con el nombre de «batalla de los gigantes», en Marignan, ganada gracias a la conjunción de medios tradicionales y modernos. Nunca la caballería había realizado proezas más brillantes, mientras que la artillería —otra revolución— había decidido la victoria.

Victoria que logró para Francisco una gloria casi legendaria. ¿Cómo aprovecharía la situación que le confería bruscamente su condición de árbitro de Occidente, el único fuerte cuando todos los demás eran débiles? Podía imponer su protectorado a Italia, provocar la revolución que se estaba incubando en Alemania y quizá impedir la expansión de los Habsburgo.

Luisa de Saboya, que era su fuente de inspiración, no tenía del mundo y del futuro las mismas ideas que Enrique IV o que Richelieu. Prefería conseguir ventajas limitadas, pero sustanciosas: la anexión del Milanesado, la alianza con los suizos y, sobre todo, el concordato en virtud del cual el papa entregaba al rey los obispados y los beneficios eclesiásticos, cediéndole el derecho de concederlos o de venderlos a hom-

bres de su elección. Este último recurso constituiría un medio de gobierno irresistible y una fuente de ingresos inagotable.

A los veintidós años, Francisco I había llegado a su precoz apogeo. «Emperador en sus estados», según la fórmula de sus legistas, debía a Bayard la aureola de valiente y a Leonardo de Vinci la de mecenas ilustre. Se decía de él que era el predilecto de la naturaleza, el hijo favorito de la fortuna.

No podía haber mayor contraste con él que el que ofrecía Carlos de Austria. A pesar de su pasión por la caza y de su extraordinario apetito, todos le concedían pocos años de vida, dado su aspecto enclenque y frágil. Un día se cayó al suelo durante una misa solemne y pensaron que estaba epiléptico. «Sus rasgos —escribía un embajador— son tan informes como los de un niño de doce años.»

—Tiene la indiferencia glacial de un ídolo —había exclamado su abuelo, Maximiliano, exasperado tras hacerle una visita.

¿Qué ocultaba aquel adolescente tras su máscara de piedra?

El trabajo frenético a que le sometía Chièvres no parecía ayudarle a desarrollar su mente, aunque su mirada siguiera inquietando a los desconocidos. El príncipe no manifestaba ni siquiera el orgullo habitual en las personas de su rango y, en cuanto a su voluntad, era imposible distinguirla de la de su mentor.

Felicitó, como vasallo, al vencedor de Marignan y llegó a dar la enhorabuena a «su buena madre», Luisa de Saboya. Chièvres intentó inútilmente que el Milanésado constituyera la dote de su prometida, Renata de Francia. Tampoco logró impedir que el rey concediera ayuda a Juan d'Albret, rey de Navarra, que quería reconquistar sus tierras perdidas.

De repente, en lo alto se oyó un trueno. Fernando de Aragón había muerto el 23 de enero de 1516, diez años antes del plazo que se había fijado. Adriano de Utrecht, enviado a España unos meses antes como representante de su nieto, le había convencido *in extremis* de que no arrebatara a este último la regencia de Castilla, que le estaba destinada en el testamento de Isabel la Católica, ni la de Aragón. Las regencias, sí, pues, en las profundidades del castillo de Tordesillas, Juana, apartada del mundo y custodiada por hombres que no vacilaban en tratarla con la mayor violencia, no había sido calificada oficialmente de loca. Seguía siendo la reina de Castilla y se convertía en reina de Aragón.

Era una carga abrumadora que caía sobre los hombros de un muchacho de diecisiete años a quien su reino nominal no había proporcionado más alegrías que su extraña familia. De repente, se encontraba obligado a intervenir en miles de asuntos, cada cual más complicado que el otro, dirigidos hasta entonces por un pícaro genial, y en los problemas de las Españas.

Por fortuna había un hombre fuerte, Cisneros, a quien Carlos, es decir, Chièvres, confió inmediatamente la regencia «hasta su llegada». Cisneros reprimió los desórdenes que se produjeron inmediatamente entre la nobleza, el clero, el pueblo y las ciudades. Algunos de los dignatarios de quienes prescindió habían sido servidores de Fernando. Se di-

rigieron sin pérdida de tiempo a Bruselas, donde se aliaron con sus antiguos adversarios, los castellanos. Unos y otros presentaron una falsa imagen de la situación de los reinos.

Había un peligro muy real y fácil de percibir. Carlos tenía un rival: su propio hermano, el infante Fernando, educado como puro español y en torno al cual el viejo rey, que había perdido un hijo nacido de su segunda mujer, había formado un partido para tener a raya al heredero legítimo. Cisneros no perdió de vista al joven príncipe ni un solo instante por temor a alguna iniciativa de su grupo.

A pesar de la opinión en contrario mantenida por la nobleza castellana, Chièvres zanjó el problema dando un golpe de Estado y decidió hacer proclamar a Carlos como rey. Pero había un obstáculo: la «Loca de Tordesillas», que no debía de estar tan loca, pues, adivinando el peligro de que se produjera una guerra civil, se negaba a firmar nada. Chièvres encontró una solución. En la catedral de Santa Gúdula, de Bruselas, se oyó la exclamación: «¡Vivan sus Católicas Majestades, Juana y Carlos!» Cisneros, aunque molesto por esta «chiquillada flamenca», intentó sin ningún resultado obtener la abdicación de la reina, que vivía en la oscuridad y cubierta con un velo negro. Sin embargo, Madrid y Toledo habían dado su consentimiento y Castilla hizo luego otro tanto. Las Cortes de Aragón exigieron que el nuevo soberano jurara su Constitución en Zaragoza.

Parecía indispensable que viniera cuanto antes a España. Así se lo hizo saber Cisneros, e incluso Enrique VIII, que habría deseado ver cómo declaraba la guerra a Francia y apoyaba a Maximiliano, que todavía estaba luchando contra ella en Lombardía.

No era ésta la política de Chièvres. El embajador inglés intentó inútilmente hablar con el joven rey. Siempre le contestaban que estaba cazando. El tratado de Noyon, firmado el 13 de agosto de 1516, dio a Carlos una nueva prometida: Luisa de Francia, hija mayor de Francisco I, que sólo tenía por entonces un año de edad, sustituía a su tía Renata. Para tranquilizar a Francia, que comenzaba a manifestar su temor de verse cercada, se le prometió el abandono de Nápoles. Se establecería así un equilibrio italiano entre la Sicilia del Habsburgo y el Milanésado del Valois. Carlos se comprometió a no ayudar al emperador, su abuelo. Este último debió aceptar el tratado unos meses después y Enrique VIII se resignó a imitarle, no sin haber obtenido nuevos acuerdos comerciales. Chièvres pudo vanagloriarse de haber logrado una paz general y salvaguardado los intereses de los Países Bajos.

En lo sucesivo contó con la oposición de Cisneros, a cuyos ojos Carlos era esencialmente un rey español y Francia el enemigo hereditario. Surgieron disensiones entre la nobleza borgoñona y la nobleza castellana, entre el Gobierno de Bruselas y el de Toledo, que tardaban dos meses en ponerse en comunicación. Chièvres, a fin de disminuir el despotismo del cardenal-regente, nombró a varios aragoneses para puestos importantes. Circuló el rumor de que aquellos hombres habían comprado sus cargos. Luego aparecieron en España flamencos a quienes se había concedido importantes poderes. Cisneros presentó su dimisión. Pero su

persona era todavía necesaria y Carlos le escribió una larga carta para calmarle.

El ilustre anciano veía cómo España tomaba el vuelo y se transformaba. Desde hacía tiempo había habido una antinomia entre Aragón, cuyas ambiciones marítimas se orientaban hacia el este, hacia el Mediterráneo (conquista de Baleares, de Cerdeña, de Sicilia y, finalmente, de Nápoles), y una Castilla continental impregnada profundamente por la lucha secular contra el Islam. Pero, desde las expediciones de Cristóbal Colón, Castilla se había hecho por su parte una potencia marítima orientada hacia el Atlántico. Cisneros comprendía que aquella situación podía convertir a España en una potencia mundial, de la que los Países Bajos sólo serían satélites.

Ahora bien, según el señor borgoñón, los Países Bajos debían constituir el centro de irradiación, el corazón del imperio de su alumno. Los reinos españoles serían una especie de anexo, de tierras de expansión, de proveedores, pues Castilla contribuía con su lana a la industria flamenca. Los contactos ya organizados entre Sevilla y Amberes permitían a este gran puerto ser el distribuidor de los tesoros del Nuevo Mundo. Lo que hacía falta era tranquilizar a Francia, no luchar contra ella, demostrarle que no tenía nada que temer de aquella relación de hermandad.

Vista desde Bruselas, aquella concepción parecía moderada, noble y realista. Por desgracia, Chièvres, demasiado vinculado a su país, no era capaz de comprender a los otros pueblos incluidos en los dominios de Carlos, y menos todavía de percibir la formidable mutación que se estaba operando en el mundo.

El embajador inglés consiguió por fin audiencia ante Su Majestad Católica. «Me ha recibido con mucha amabilidad —escribía luego a Enrique VIII— y me ha dicho que creía sinceramente en la verdad de mis palabras, pero que todavía no podía tomar una decisión.» Y, sin embargo, los problemas se iban agravando en España. Las ciudades parecían ponerse de acuerdo en formar una especie de poder autónomo. Burgos invocaba el de las Cortes, actitud contra la que Cisneros protestó violentamente. Todo el mundo exigía la presencia del rey, que parecía no enterarse. Se explicaba el inmovilismo de Chièvres atribuyéndole los motivos más ruines, sobre todo su avaricia. La verdadera razón era su temor a poner en peligro la salud del soberano, que le inspiraba grandes preocupaciones. Los médicos coincidían con los astrólogos. «Verdaderamente, no le quedan más de dos años de vida», señaló el embajador de Inglaterra. ¿No era mejor esperar a que el destino pronunciara su fallo?

Mientras tanto, se resucitaban los viejos sueños de los duques de Borgoña. La fiesta del Toisón de oro, celebrada en Bruselas el 16 de noviembre de 1516, revistió un esplendor excepcional. Asistió hasta el rey de Francia y se habló una vez más de unir a toda la Cristiandad para intentar la conquista de Constantinopla.

Es cierto que las invasiones turcas seguían amenazando lo que antes había sido el mundo carolingio.³ Parecían una fuerza de la naturale-

za, se producían con un ritmo implacable y regular. La piratería de los berberiscos asolaba las costas mediterráneas, de donde se llevaban como esclavos gran cantidad de cautivos. Por tierra, la oleada procedente del fondo de Asia había anegado los Balcanes y llegaba a las fronteras de Hungría. Peligro inmenso contra el que los papas levantaban su voz e invitaban constantemente a los reyes a unirse, pero los papas habían perdido su antigua autoridad y los reyes estaban ocupados en otros asuntos.

Chièvres comprendió finalmente que los asuntos de España no podían llevarse tal como él lo estaba haciendo. Por instigación de Enrique VIII, que se comprometía a correr con los gastos, preparó con todo sigilo el viaje de Carlos hacia sus reinos. ¿Qué pensaba de todo ello el interesado?

«El rey —comentaba Pedro Mártir— es manejado por sus consejeros como si fuera una marioneta. Hacen de él lo que quieren, aprovechándose de su juventud y de su carácter indeciso. Desde niño ha mamado sus enseñanzas y ahora es incapaz de dar un paso sin consultar antes la opinión de Chièvres y de Sauvage.»

Ya sabemos los enormes séquitos y equipajes que acompañaban a los príncipes en sus desplazamientos. Los preparativos duraron mucho tiempo. Durante el verano se formó una flota de cuarenta barcos; por primera vez, llevaban el lema de Carlos I, rey de España: *Non Plus Ultra*.

La flota estaba dispuesta, pero los vientos no eran propicios. Esperaron a que cambiaran de signo en Middelburg. Allí descubrieron algo inaudito. Sin haber pedido autorización a nadie, la hermana mayor del rey, la archiduquesa-infanta Leonor, a punto de dirigirse también hacia España, había iniciado una relación sentimental con uno de los comensales de su hermano, Federico de Baden, conde del Palatinado. Aunque ella podía aspirar a una alianza más ilustre, aquel partido no era indigno de ella. Su tía Margarita y hasta el propio Chièvres eran partidarios de la comprensión. Por el contrario, y con sorpresa de todos, Carlos abandonó sus sombríos silencios para dar muestras de una terrible indignación. Su hermana estaba sometida a la razón de Estado y en ningún caso tenía derecho a manifestar una preferencia ni a elegir por su cuenta.

Esta vez se mostró sordo a los consejos de quienes le rodeaban, interesados sobre todo en evitar el escándalo. Carlos arrojó de la Corte al desafortunado pretendiente y mandó levar anclas, a pesar de la inestabilidad de los vientos. Aquella actitud sería considerada hoy como inhumana. Sin embargo, en aquel momento sirvió para rodear al rey de un prestigio que nunca había tenido. Todos admiraron la rapidez con que había impuesto su autoridad y, sobre todo, su sentido del honor. Los mismos vientos parecieron impresionarse y la travesía fue perfecta hasta el golfo de Vizcaya.

Allá tenía su guarida el dios de las tempestades, que aprovechó el momento para desencadenar su furia. Los barcos fueron desviados de su ruta, varios se hundieron, llevándose al fondo del océano ciento cincuenta hombres, doce damas y la totalidad de los caballos del rey. El 18 de septiembre de 1517, día duodécimo del viaje, divisaron no el

puerto de Laredo, cerca de Santander, que era el que figuraba en el proyecto, sino la costa inhóspita de Asturias. Carlos y su hermana desembarcaron los primeros en el miserable puerto de Villaviciosa.

Los habitantes, casi salvajes, habían tomado las armas creyendo que se trataba de un ataque de los turcos. Cuando reconocieron a su soberano, lo aclamaron, le entregaron seis bueyes, veinticuatro carneros, pan y odres de vino, y organizaron una corrida de toros. Era todo lo que podían hacer. Ni se les ocurrió ofrecerle una cama, mueble desconocido en aquellas regiones. Su Majestad Católica y los señores flamencos, tan amantes de las comodidades, tuvieron que dormir sobre haces de paja.

Hubo que buscar carros y caballos, pues los suyos habían desaparecido bajo las aguas. No pudieron reunir más que cuarenta monturas para doscientas personas. La expedición avanzaba muy lentamente por aquellas tierras pedregosas, atravesando colinas, precipicios y barrancos. Aquello permitió a una población miserable, orgullosa y desocupada organizar en cada alto del camino fiestas pomposas con cantos, bailes y procesiones. Lorenzo Vital, ayudante de cámara del rey, nos ha dejado una descripción de aquellos actos y de la truculenta ironía de los flamencos ante tales espectáculos.

Por su parte, Carlos observaba con expresión enigmática, sin decir una palabra. No sonrió ni ante la aparición de una cohorte de magníficas muchachas que salieron a su encuentro.

Había soportado bastante bien las molestias del viaje en barco, pero no pudo resistir el aire de las alturas y tuvo que guardar cama (¡por fin una cama!) durante quince días en San Vicente. Luego, el cortejo reemprendió la marcha hacia Valladolid. Cerca estaba la ciudad de Tordesillas, y hasta allí quería Chièvres llevar a su pupilo cuanto antes. Procuró evitar las grandes ciudades, que le parecían poco seguras. Tuvieron que recorrer caminos intransitables cubiertos de nieve y de barro, en medio de un frío polar. El rey tuvo que descansar en tiendas improvisadas. En una ocasión le sirvió de palacio un humilde cobertizo.

Nada más recibir la noticia, el cardenal Cisneros había salido a su encuentro en compañía del infante Fernando y del Consejo de Castilla. Uno de sus agentes, Ayala, le había escrito desde Bruselas: «Sería conveniente entrar en contacto con el rey en el mismo momento del desembarco para ocultar algunas cosas que conviene mantener en secreto. No porque él tenga alguna tara, sino porque su educación lo ha hecho tan tímido y disimulado que puede parecer distinto de lo que es en realidad.» En pocas palabras: había que evitar que los españoles se llevaran una mala impresión.

Estando ya de camino, el octogenario cardenal cayó enfermo y tuvo que detenerse en el monasterio de Aguilera. Allí recibió un mensaje del rey: nadie debía hacer nada ni, mucho menos, presentarse ante Su Alteza. Luego llegó una segunda orden, todavía más imperiosa: debía disolverse la Casa del Infante y se prohibía a Fernando tener contactos con sus compañeros habituales. Aquello provocó tales conflictos que, desde su lecho de dolor, el cardenal amenazó con hacer intervenir a la

guardia. Esperó la llegada de nuevas noticias, pero en vano. La única respuesta a sus cartas eran exhortaciones a la paciencia.

El rey siguió avanzando de pueblo en pueblo. Tras recorrer cuatro leguas se detenía, a veces hasta siete días. ¿Esperaba Chièvres la muerte de Cisneros?

Desde luego, el desenlace no se había producido todavía cuando, a finales de noviembre, divisaron las murallas de Valladolid. Pero aún no habían llegado al final de aquella odisea iniciada dos meses antes. Chièvres no quería mostrar a Carlos a los habitantes de las ciudades importantes antes de que hubiera recibido plenos poderes de su madre —que se negaba a abdicar—, y el cortejo se dirigió hacia Tordesillas.

Tras ganarse a los caballeros de honor y al confesor de la reina, el borgoñón actuó por sorpresa.

Un día, Juana, siguiendo su costumbre, dormitaba en la oscuridad cuando se le anunció la llegada del señor de Chièvres. Sin esperar respuesta, éste se presentó delante de ella. Ante la indiferencia de la reina, le contó interminables historias sobre Flandes. Luego, sin darle importancia, le comunicó que su hijo y su hija mayores querían saludarla.

Carlos y Leonor se encontraban en la habitación de al lado. Entraron inmediatamente. El ayuda de cámara, Lorenzo Vital, a quien debemos el relato de estos hechos, quiso iluminar la escena con una antorcha. Carlos lo arrojó con malos modos:

—¿No sabes que mi madre no puede soportar la luz?

Los jóvenes se inclinaron profundamente ante ella y Carlos dijo, en francés:

—Señora, vuestros obedientes hijos se alegran de comprobar que os encontráis bien. Sólo desean demostraros su sumisión filial.

Juana estuvo callada un largo rato. Luego dijo:

—¿Vosotros sois mis hijos? ¿Lo sois de verdad? Me parece que habéis crecido mucho en tan poco tiempo. Este viaje tan largo os habrá fatigado. ¿No preferiríais retiraros para descansar un momento?

Carlos y Leonor obedecieron. Chièvres se quedó y aprovechó para soltar otra larga parrafada. Juana le escuchaba distraída. Sabía sus intenciones y adivinaba sus mentiras. Pero, en el fondo, su mente perturbada debió de captar una verdad: sin un señor legítimo, España iba a caer en la anarquía más absoluta. Fuera por esta razón, por cansancio o por indiferencia, el hecho es que, después de haberse negado a firmar nada desde hacía once años, firmó el acta en virtud de la cual su hijo podía ejercer el poder. Aquella firma, y sólo ella, iba a permitir a Carlos gobernar sobre un imperio en que no se ponía el sol.

Mientras Chièvres empalmaba su bellos discursos, Carlos y Leonor establecían contacto con su hermana menor, Catalina, de diez años, que vivía recluida con su madre. «La humilde y solitaria princesa», como la llama Vital, vivía en una habitación cuya única puerta daba a la de su madre. Iba vestida como una campesina, con un vestido de cuero y los cabellos recogidos en una sola trenza.

Su hermano y su hermana, indignados, decidieron que había que sacarla de allí. No fue fácil. Hubo que excavar en la habitación de la

niña un boquete por el que pudo huir. A la mañana siguiente la reina se dio cuenta. Tuvo una crisis terrible, prorrumpió en gritos y sollozos, se negó a beber, a comer y a acostarse hasta que le devolvieran a su hija. Carlos no tuvo otro remedio que acceder, pero impuso la condición de que la infanta llevara en adelante una vida más normal. La paz lúgubre de las tumbas recayó sobre Tordesillas.

Carlos se encontraba allí todavía cuando recibió la noticia de la muerte de Cisneros. Acababa de escribirle diciendo que sólo Dios podía recompensar sus servicios. El rey, tras haber tomado posesión de sus reinos, sólo podía quitarle de encima la pesada carga de sus obligaciones y permitirle disfrutar de un descanso tan merecido. Muchos autores han afirmado que el gran cardenal murió de desesperación ante tan gran ingratitud. La verdad es que no llegó a leer la terrible carta: murió antes de que llegara a sus manos.

Así pues, el camino quedaba totalmente libre. El 18 de noviembre de 1517, el rey fue aclamado en Valladolid, donde hizo su entrada triunfal. Bajo la coraza llevaba una capa con sus colores, de brocado de oro, de plata y de escarlata, cuajada de joyas. De su gorro de terciopelo negro con una pluma blanca colgaba una enorme perla sostenida por un rubí. Se hizo rodear de toda la pompa borgoñona y, sin embargo, ¡oh sorpresa!, la magnificencia española no desmerecería lo más mínimo. De unas casas a otras habían tendido arcos de triunfo, guirnaldas de flores y estandartes. Las calles estaban cubiertas por tapices de flores. Los grandes señores del país, cada uno de ellos seguido de centenares de caballeros, resplandecían con las joyas que llevaban.

Durante cuatro meses se sucedieron las fiestas, banquetes, desfiles, corridas de toros, torneos y justas, donde el rey, a pesar de su escasa estatura y de su poca corpulencia, maravilló a los asistentes con su habilidad y su destreza en el manejo de las armas y del caballo. Adriano de Utrecht recibió con gran pompa el capelo cardenalicio. La pobre Leonor, que sólo tenía dieciocho años, quedó prometida al viudo de sus dos tías, Isabel y María, el rey Manuel de Portugal, que ya había cumplido los cincuenta y tres. Este monarca, paralítico de una pierna, era padre de diez hijos naturales.

En apariencia, la alegría lo invadía todo, pero ya habían comenzado las hostilidades entre españoles y flamencos.

No sabemos si Carlos fue informado de que, el 31 de octubre anterior, un monje alemán llamado Lutero había colocado en la capilla del castillo de Wittemberg noventa propuestas incendiarias contra las indulgencias.

6. «Todavía no» (1517-1519)

En uno de los torneos más brillantes, muchos se asombraron de ver al rey con un escudo blanco en el que había mandado inscribir en letras de oro la palabra *Nondum, es decir, Todavía no*. Con ello Carlos pedía a sus pueblos que tuvieran paciencia. A los dieciocho años no sentía la menor necesidad ni el más mínimo deseo de ejercer su poder, o bien juzgaba sensatamente que no estaba todavía en condiciones de hacerlo. Se ha dicho que en él luchaban al mismo tiempo la obstinación de Isabel la Católica y la versatilidad de Maximiliano.

En efecto, parecía que la naturaleza había vacilado en el momento de aplicarle las misteriosas leyes de la herencia. No se había decidido claramente ni por el digno heredero de los grandes Reyes Católicos, ni por el descendiente neurasténico de los príncipes de la «melancolía». La misma incertidumbre había sobre su vitalidad. Los españoles, algo desconcertados ante un soberano cuyo nombre (Carlos) no les resultaba demasiado familiar, admiraban el hecho de que, no contento con sus victorias en los torneos, fuera un enamorado de las corridas de toros. Sin embargo, su salud era frágil, padecía cólicos y tenía una halitosis insupportable, según su admirador Lastanosa; tenía ya varios dientes picados, «pelo lacio y ralo —sigue diciendo Lastanosa— y daba la impresión de haberse revolcado desnudo en un campo de avena, pues este remedio es el más eficaz contra la sarna».

Chièvres podía invocar esta razón de peso para evitar los contactos directos entre el rey y sus nuevos súbditos. Es claro que tenía la intención de seguir dominando sobre su alumno. Además —hecho determinante—, el rey de Castilla y de Aragón no hablaba ni una palabra de español.

Cuando se supo esta circunstancia, la indignación llegó a su colmo entre los señores y prelados, ante los que se alzaba una barrera infranqueable de flamencos entre los que se encontraban algunos «españoles vendidos», como el marqués de Villena y el obispo de Badajoz. En general, Chièvres, Adriano de Utrecht y Le Sauvage eran los únicos interlocutores de los miembros nacionales de la Corte. El arzobispo de Zaragoza, hijo natural de Fernando de Aragón y por tanto tío del rey, recibió el mismo trato que los demás. «Chièvres es el dueño absoluto —escribían los embajadores—, y todos los demás consejeros están atentos a su voluntad y pendientes de su menor gesto.»

Por desgracia, Chièvres no había querido conocer a Cisneros ni recibir sus últimos consejos. Por eso no sabía nada de España. Por muy

noble que fuera, tenía las ideas mercantiles de un país donde la economía ocupaba el lugar primordial. Los borgoñones debían sacar beneficios de las circunstancias gracias a las cuales ellos controlaban reinos, por lo demás muy pobres desde su punto de vista. El conjunto de las rentas de la Corona no pasaba de ciento cincuenta mil ducados, ochenta mil de los cuales procedían de las Indias (nombre con que se designaban las posesiones de ultramar). Casi todo el resto pertenecía a unas cuantas familias. La miseria de la población y la de la pequeña nobleza eran extremas. Había que conseguir beneficios de alguna parte.

Chièvres ya había concedido muchos a los flamencos y tenía intención de reservar el principal, el arzobispado de Toledo, para su sobrino, el cardenal Guillaume de Croy, de veinte años. Ya antes se había puesto de acuerdo con el papa León X —a quien había reservado su parte— para romper el testamento del anterior arzobispo, Cisneros, y utilizar con otros fines las sumas que éste había dejado para los pobres. Pero al ver la irritación de los españoles, mostró cierta prudencia hasta el juramento de las Cortes.

El primer problema que se planteaba era el del archiduque-infante Fernando. Según las tradiciones de las dinastías ibéricas y austriaca, el hijo menor de Juana la Loca tenía derecho a una parte de la herencia. Su abuelo aragonés deseó durante mucho tiempo dejarle la totalidad de sus reinos y había señores que lamentaban que se hubiera renunciado a aquel proyecto.

Era imposible encontrar dos hermanos más diferentes. Carlos, educado en el norte, era serio, taciturno, un poco inquietante, como la hija de los Trastámara y de los portugueses en su juventud. Fernando, que no había salido nunca de España, tenía el encanto, la alegría, la libertad de espíritu, la facilidad de palabra de su padre austro-borgoñón.

Los dos jóvenes no se habían visto antes. El encuentro se produjo con gran ceremonia y Fernando tuvo la habilidad de dejar bien claro el respeto que sentía hacia su hermano mayor, para acabar con las posibles sospechas. Las disensiones entre hermanos habían sido innumerables en la historia de sus familias españolas. Isabel la Católica había arrebatado el trono a su hermano Enrique IV, y Fernando de Aragón debía el trono al asesinato del suyo. Pero, aquel día, los vínculos de la sangre, muy fuertes en los Habsburgo, demostraron su solidez.

Carlos tenía poco más de dieciocho años; Fernando, quince. No obstante, se dieron perfecta cuenta de que una rivalidad entre ellos significaría la ruina de su Casa, mientras que su unión serviría para confirmar su esplendor. Los asistentes vieron, asombrados, cómo se demostraban claramente su afecto, un afecto que casi nunca olvidaron durante el resto de sus vidas.

Carlos echaba de menos los Países Bajos y sus bosques, las cacerías por los alrededores de Bruselas. Si se hubiera dejado llevar por su inclinación personal habría vuelto sin pérdida de tiempo a su país natal y habría dejado España en manos de Fernando. Pero el sentimiento del deber se lo impedía. Además, Chièvres le había hecho ver que la razón de Estado no le permitía tomar aquella decisión. En cualquier caso, no

se podía llegar a ninguna conclusión importante antes de la reunión de las Cortes.

Las Cortes de Castilla, representantes simbólicas del pueblo, sólo lo eran, en realidad, de las dieciocho ciudades principales, cada una de las cuales delegaba a un *procurador*. El papel esencial de éstos consistía en votar el impuesto, aun cuando los *procuradores*, pertenecientes por lo general a la nobleza media, no estuvieran obligados a pagarlo. Por otra parte, las Cortes tenían derecho a exponer algunas reivindicaciones.

Se reunieron en Valladolid el 5 de marzo de 1518 en condiciones poco adecuadas para justificar la importancia que les han atribuido los historiadores del siglo XIX. El canciller Le Sauvage y el obispo de Badajoz ocupaban la presidencia; los asesores eran borgoñones o españoles recién llegados de Flandes. Hubo un fuerte intento de oposición protagonizado por el doctor Rumel, procurador de Burgos, que expresó las quejas no del pueblo sino de la alta aristocracia. Recordó en particular que el rey estaba al servicio de la nación. El rey juró respetar los privilegios de las Cortes, a cambio de lo cual recibió su juramento y seiscientos mil ducados. Además, se especificó que abandonaría el gobierno en caso de que sanara su madre, a quien pertenecía «el derecho íntegro y completo, y la dominación de los reinos de Castilla y de León».

La asamblea no se conformó con esto. Redactó un cuaderno de votos en ochenta artículos, y Carlos, sorprendentemente flexible, consintió a todo; se casaría con su prima, Isabel de Portugal (hija de Manuel, su tío y cuñado); el infante Fernando no se marcharía de Castilla antes de tener hijos; no se concedería ningún cargo a los extranjeros; el oro castellano no saldría del reino.

No se mantuvo ni uno de dichos compromisos. En cuanto se clausuró la sesión, el rey insistió a su hermano en que saliera hacia los Países Bajos, donde Margarita era de nuevo regente. A su llegada a Bruselas, Margarita, y luego el emperador, le trataron con gran mimo y pensaron en reservarle un puesto importante. Maximiliano soñó con crear en su favor un reino formado por Italia, Austria, Bohemia y Hungría. Aquella nueva quimera no preocupó demasiado a Chièvres, encantado de ver que su pupilo no tenía que hacer frente a una amenaza precisa.

Fernando había demostrado tener mejor visión del futuro cuando propuso reservar al menor de sus nietos las posesiones de los Reyes Católicos. Carlos habría tenido un territorio enorme si se hubiera conformado con los estados austríacos y los Países Bajos, sin contar con la posibilidad de recibir la corona imperial. Si se hubiera llegado a un reparto de esta naturaleza se habría conseguido una Europa más equilibrada y se habrían evitado muchas guerras y sufrimientos.

Es imposible saber si la resolución de no renunciar a nada la había tomado ya el indescifrable adolescente o era obra de su mentor. Sea como fuere, la codicia de Chièvres y la de sus amigos quedaron muy pronto desenmascaradas, pues actuaron sin la menor vergüenza. La Corte se abalanzó sobre España como si se tratara de un país conquistado. La única concesión hecha a las Cortes fue la de otorgar cartas de ciudadanía a los borgoñones que ocupaban los mejores puestos.

El joven cardenal De Croy consiguió el arzobispado de Toledo y la suma colosal de doscientos cincuenta mil ducados.

El sobrino de Chièvres era ya obispo de Cambrai y en ningún momento ocultó que no tenía la menor intención de poner los pies en España. El propio Chièvres ocupó el cargo muy lucrativo de contador mayor de Castilla y el derecho de distribuir todos los cargos de las Indias. Su esposa recibió con tal ocasión un bonito regalo: seiscientas quince perlas. Adriano de Utrecht, ya cardenal, fue nombrado obispo de Tortosa; el médico del rey, Marlian, obispo de Tuy. La lista podría prolongarse hasta el infinito.

El oro español se iba hacia los Países Bajos —otro juramento violado—. Cuando se veían una de las pocas monedas de oro que iban quedando se solía decir:

*Doblón de oro,
te guarde Dios,
que el señor de Chièvres
no topó con vos.*

Nos sorprende que Chièvres no tuviera inconveniente en arruinar las finanzas públicas y, con ello, la popularidad del rey. Una explicación es que se había propuesto el objetivo de reservar para Borgoña todos los recursos de las posesiones de Carlos para hacer de sus país natal la clave de bóveda del futuro Imperio.

Castilla vio cómo se agravaba todavía más la situación con una epidemia de tifus que se había declarado en el mes de diciembre. La Inquisición, considerándose amenazada por el despotismo flamenco (las Cortes habían pedido su fortalecimiento), atizó el descontento. Este se manifestó al principio en forma de oleada antisemita y de nuevas persecuciones contra los judeocristianos, los marranos.

Dejando de lado aquellos incidentes, Chièvres había llevado al rey a Aragón, donde había que convocar otras Cortes. Jurídicamente había tres reinos, Aragón, Valencia y Cataluña, con unos trescientos mil súbditos, mucho menos ricos en conjunto y bastante menos unificados que Castilla. Las Cortes de Zaragoza concedieron doscientos mil ducados tras largas discusiones, suma considerable teniendo en cuenta la situación del país. Se proclamó la unión de los reinos de España, así como su carácter indivisible. En adelante, no podrían dividirse como consecuencia de matrimonios ni de arreglos familiares. Chièvres, al realizar esta revolución, seguía el ejemplo de Maximiliano, que se había esforzado por hacer de sus diversos ducados una sola Austria. Las piezas del Imperio se iban reuniendo poco a poco, como si de un gigantesco rompecabezas se tratara.

El tifus había llegado también a Zaragoza. Chièvres estuvo al borde de la muerte. La Sauvage murió víctima de la epidemia el 7 de junio de 1518. Chièvres, una vez restablecido, nombró como sucesor del canciller a una persona que no era criatura suya. Quizá cediera en ello a las presiones de Margarita. Quizá comprendiera que los tiempos habían

cambiado. El hecho es que el gran señor feudal nombró a un italiano que quería destruir el sistema feudal, apoyar el Imperio en bases modernas y darle como centro no Borgoña sino el mundo mediterráneo. Era Mercurino Gattinara.

Mientras esperaban su llegada, Carlos recorrió Aragón, provocando una vez más la cólera de los castellanos, con quienes había estado sólo cuatro meses y sin salir de la ciudad de Valladolid. Pero Aragón estaba orientado hacia Italia, centro de todas las preocupaciones internacionales.

Gattinara iba a acentuar dicha orientación. Se hizo cargo de sus funciones el 15 de octubre y, por instigación suya, el rey se instaló en Barcelona, donde obtuvo cien mil ducados de las Cortes de Cataluña. España pasaba ya al segundo plano de las preocupaciones de los ministros. Maximiliano había tenido un primer ataque de apoplejía y se esperaba que muriera de un momento a otro. Barcelona constituía un excelente lugar estratégico para preparar la sucesión, lo contrario de Castilla, situada en un extremo de Europa y tratada en cierta forma como una colonia, con profunda indignación entre los conquistadores del Nuevo Mundo.

Carlos no ocultaba su forma de pensar. Durante las discusiones sobre temas económicos dijo a las Cortes:

—A pesar de los asuntos que reclaman nuestra presencia en Flandes, tierra tan abundante en ciudades y riquezas, tan religiosa, tan civilizada, y en la que somos amado, respetado y servido..., a pesar de todo esto hemos cerrado los oídos a la voz del amor natural a la tierra donde hemos nacido... sin dejarnos convencer por las lágrimas de dichos pueblos...

Cometió un nuevo error olvidándose de visitar Valencia, que quedó amargamente ofendida.

Gattinara no tuvo oportunidad de reparar el daño. El jurisconsulto piemontés tenía entonces cincuenta y tres años. Había conocido a Margarita en Saboya y, desde entonces, estaba al servicio de Borgoña, y a veces del emperador. Humanista dotado de una cultura universal, formado a la vez en la tradición medieval y en la de los césares romanos, tenía, sin renunciar al realismo, la firme convicción de que la corona imperial, despojada de su antiguo esplendor pero rodeada todavía de un prestigio sagrado, debía dominar aquella Europa que entraba en una nueva era. «Ningún hombre —ha escrito P. Chaunu— ha influido tan profundamente en la construcción del Imperio y quizá sin él no habría sido posible. Por encima del rigor, se observa en Gattinara la chispa de locura de la gran construcción imperial. Los españoles, pueblo de frontera abierta, acabarán tomándose a pecho una construcción imperial sin frontera y sin límites.»

Pero en 1519 la situación era todavía muy distinta. España seguía ajena a la gran idea. En cambio, ésta había calado en el espíritu del rey. Las locas esperanzas de Carlos el Temerario, los sueños portugueses, las quimeras de Maximiliano tomaban de repente cuerpo en el muchacho que sólo parecía interesarse en sus torneos, en sus cacerías y en

las fabulosas comidas que muchas veces le ponían enfermo pero no le hacían engordar ni un gramo. El gusto por lo absoluto encontraba también una nueva satisfacción en la perspectiva de suceder a Carlomagno.

Así, Gattinara culminó la obra de Chièvres y de Adriano de Utrecht. «Carlos, educado en la tradición dinástica borgoñona, no había podido... hacerse a la idea de un Estado secularizado... Gattinara, formado por el humanismo en el ideal del imperio, iba a enseñar al príncipe a dirigir él solo todos sus países y todos sus pueblos. La confusión entre el principio dinástico y el concepto de imperio fue precisamente lo que permitió a Carlos descubrir su futuro político», ha escrito K. Brandi en su biografía del emperador. El seguía ofreciendo la imagen de un príncipe indiferente, tímido, abúlico. Pero, bajo una corteza tan decepcionante, se ocultaba una poderosa personalidad.

Esta tardaría todavía cierto tiempo en afirmarse. El futuro dueño del mundo no tenía la impetuosidad característica de la mayoría de los príncipes y caballeros de su época. Era lento, hasta el punto de que a veces se acusó a aquel idealista de actuar como un comerciante. Tenía costumbres extrañas. Por ejemplo, su pasión por los relojes. Los poseía en gran número y quería que todos sonasen al mismo tiempo. Ponía en ello tanto interés que parecía como si su felicidad dependiera de aquella concordancia.

Maximiliano hizo todo lo posible por la elección de Carlos como «rey de romanos», sucesor designado del Imperio. Durante el verano de 1518 presidió por última vez la Dieta en Augsburgo. Con tal ocasión, Alberto Durero, a quien trataba con amistad, realizó su retrato: es un anciano, pero todavía majestuoso y seductor.

Hacía falta mucho dinero para ganarse a los electores y era evidente que el emperador no lo tenía. Había consumido hasta la dote de su nieta, la archiduquesa María, prometida con el rey Luis de Hungría. Por fortuna, le apoyaba la banca Fugger, que consideraba beneficiosa para su comercio la candidatura de quien tenía en sus manos los Países Bajos y España. aquella institución era tan poderosa como un soberano, y le concedió letras de cambio, gracias a las cuales los electores se comprometieron a votar a Carlos.

En seguida llegaron embajadas pontificias y francesas, cargadas de sacos de oro. Francisco I era el candidato apoyado por el papa León X, pues no quería un César instalado en Nápoles, a cuarenta leguas de la Ciudad Eterna. Los acontecimientos tomaron un nuevo giro. Los electores objetaron a Maximiliano que, como no había sido coronado en Roma, seguía siendo él mismo el rey de romanos.

El emperador concibió entonces la idea de organizar contra los turcos una inmensa cruzada cuyo jefe sería, naturalmente, él mismo. El papa proclamaría una «Tregua de Dios» de cinco años y todos los estados cristianos pagarían un impuesto especial. Buen medio de sacar de apuros la caja del Habsburgo, que no pensaba en otra cosa.

El papa dio su consentimiento y Maximiliano, satisfecho, salió de Augsburgo. Se detuvo en Innsbruck, donde sufrió la humillación de verse acosado por los posaderos de la ciudad, que le reclamaban sus deu-

das. Tuvo un segundo ataque y, casi sin restablecerse del todo, salió hacia Viena. El 12 de enero de 1519 murió cuando se acercaba a Wels, en la Alta Austria. En cumplimiento de sus deseos, su corazón fue trasladado a Brujas y colocado en la tumba de María de Borgoña, la esposa a quien tanto había amado.

Maximiliano había representado en su época una especie de *condottiere* deslumbrante y desafortunado. No había logrado nada para él mismo, pero había asegurado la grandeza de la Casa de Austria. Los grandes se mofaban de él, pero el pueblo le adoraba. Entre la larga serie de los Habsburgo taciturnos, hieráticos, con frecuencia desgraciados, representa la figura inesperada de un arcángel caprichoso y alegre.

7. La corona de Carlomagno (1519-1520)

El Sacro Imperio Romano Germánico había decaído mucho desde sus momentos de esplendor. En la medida en que Francia se había unificado, el Imperio se había desintegrado. Políticamente era una mezcla confusa: siete electorados, treinta y tres soberanos de dinastías alemanas, unos treinta no alemanes, ciento siete condados, cuatro arzobispados, cuarenta y seis obispados, sesenta y tres abadías, trece monasterios y ochenta y cinco ciudades libres, todos ellos «inmediatos», es decir, soberanos, sometidos teóricamente a un emperador al que sólo obedecían si él les compraba su consentimiento.

El sucesor de Carlomagno no tenía poder real más que en sus dominios patrimoniales y, dado el caso, gracias a su tesoro. El espíritu feudal había triunfado sobre la Corona de la misma manera que, en sentido inverso, los Capetos se habían impuesto por encima del feudalismo.

En todas partes había disputas entre nobles, burgueses, caballeros, obispos, abadías y ciudades libres. En Suabia la situación era casi de guerra civil. Las controversias de Lutero con los teólogos ortodoxos inquietaban a los espíritus. Algunos exigían ya la confiscación de la Iglesia, cuya riqueza producía graves escándalos. Las revueltas campesinas estallaban sin cesar.

A pesar del deterioro de la dignidad imperial, de la situación casi ridícula de un César menesteroso y sin poder, no había mermado en lo más mínimo su aureola mística. Si bien la evolución del mundo obligaba al viejo *imperium* a dar marcha atrás ante el nacionalismo y la independencia territorial, su irradiación moral seguía prácticamente intacta.

Su poder material había caído muy bajo en tiempo de Maximiliano. No obstante, éste había comenzado a darle cierta consistencia introduciendo una administración coherente en los dispersos dominios de los Habsburgo. Dos elementos contribuyeron a dicha restauración: por una parte, la efervescencia social, la agitación de los campesinos, que buscaban en el emperador un recurso frente a los abusos de los príncipes; por el otro, el miedo al Islam, frente al que la Cristiandad parecía perdida si no volvía a formar un bloque homogéneo.

Enrique VIII de Inglaterra presentó su candidatura: por vanagloria y porque su omnipotente ministro, el cardenal Wolsey, esperaba llegar a papa.

Algunos historiadores han atribuido también a Francisco I motivos poco serios. Es un grave error. Era vital para Francia detener el ascenso de Carlos, que, al heredar posesiones propias de la Casa de Austria, constituía por sí solo una coalición. Revestido de la púrpura imperial y

con posibilidades de dominar las Alemanias, tendría bajo su cetro un conjunto de estados como nunca se había visto. Por eso el Valois no se dejó llevar ni por la megalomanía ni por la extravagancia al alzarse contra quien se había convertido en su rival.

Si llegaba a constituirse emperador, Francisco evitaría el cerco de su reino, y además, siendo soberano de la Italia del norte y teniendo medios para extenderse hacia el este, podría cercar al menos en parte aquel imperio naciente formado por fragmentos dispersos. Los Países Bajos estarían en grave peligro, y el proyecto de «La Borgoña» podría morir definitivamente.

La apuesta era de importancia capital, y Carlos, aunque no lo hubiera deseado nunca, no habría podido evitar verse comprometido, aun cuando no había pisado nunca Alemania ni sabía casi hablar alemán.

Los españoles no compartían esta opinión. Castilla veía ya con malos ojos su repentina unión con países lejanos como Austria, Alsacia y el Tirol, que nada podían ofrecerle. Todavía tenía mayor temor a unirse al Imperio, cuya supremacía no quería reconocer.

Francisco I proclamó:

—Juro que tres años después de mi elección estaré en Constantinopla o habré muerto.

Pero el heroísmo no representaba mucho en la batalla que entonces se libraba. Si las guerras se ganaban con la artillería, en las elecciones el arma decisiva era la corrupción. El oro francés corrió a raudales. El joven arzobispo de Maguncia, que servía de modelo a sus colegas, se dejaría comprar hasta seis veces. Sólo el de Hungría y Bohemia estaba comprometido con los Habsburgo. Los otros seis electores prometieron sus votos al francés.

Era imposible dirigir aquel juego infernal desde España. Carlos, o al menos sus consejeros, pusieron su causa en manos de su tía Margarita, hija del emperador fallecido y sin duda el mejor diplomático de su tiempo. Margarita se lanzó a la lucha armada con letras de cambio de los Fugger, pero en seguida, asustada ante los obstáculos que tenía que superar, aconsejó a su sobrino que cediera la candidatura a Fernando.

El papa no tendría ningún motivo de queja contra el joven príncipe, pues entonces no se plantearía el problema de Nápoles. Fernando, ya muy popular en los Países Bajos, tenía también a su favor el hecho de residir dentro del territorio imperial. Finalmente, sabía conquistarse las simpatías y los corazones con su presencia. La tía, por delicadeza, no añadía que el hermano mayor no poseía aquellos dones.

Por primera vez Carlos reaccionó sin pedir consejo. Por primera vez manifestó su voluntad personal y al mismo tiempo definió el concepto que se había formado de su futura misión, concepto que no modificó hasta el momento en que renunció a sus coronas.

El era el primer interesado en mostrarse generoso con su hermano, pero el reparto propuesto sólo serviría para favorecer los intereses franceses. «Sería la destrucción de nuestra Casa... Como emperador podré hacer grandes cosas, podré no sólo conservar, sino *augmentar los dominios que Dios nos ha confiado. Podré restablecer la paz y la seguri-*

dad en la Cristiandad... Sólo unidos podremos los dos realizar nuestra gran misión.»

El mutismo del hijo de Juana la Loca ocultaba sus ambiciones inmensas: extender todavía más sus innumerables posesiones y, sobre todo, devolver al emperador su vocación universal, a la vez espiritual y temporal. Inspirándose en la Antigüedad y en la Edad Media, el posible sucesor de Carlomagno quería imponer una nueva *Pax Romana*, reformar lo que nosotros llamamos la unidad europea. Esta forma de pensar podría ser la de un jefe de Estado moderno. En 1519 reflejaba una peligrosa vinculación al pasado, un menosprecio consciente de la situación real, de la mentalidad de los pueblos. Y, en efecto, aquel austro-flamen-co crecido entre los hombres más materialistas de su época valoraba en poco las realidades cuando las comparaba con sus responsabilidades ante Dios.

En un mundo en ebullición, su camino estaba ya trazado. No iba a lanzarse a locas aventuras, como Carlos el Temerario, sino a mantener o, más bien, a conservar el orden milenario; a impedir que el individuo pusiera en peligro las instituciones consagradas, o que la razón humana atacara las verdades eternas; a consolidar la escala de valores establecidos desde que el papa y el emperador dominaban la jerarquía cristiana; a salvar a la Iglesia, ayudándola y hasta obligándola a purificarse. Luego, cuando el Occidente hubiera vencido sobre el mal, resucitaría el verdadero espíritu de las cruzadas, arrojaría a los infieles de Europa y liberaría la Tierra Santa.

Todo esto estaba en germen en la carta de Carlos a su tía. En ella se reflejaba igualmente la intransigencia de un idealismo incapaz de inclinarse ante el imperativo de los hechos.

Así pues, la sagaz Margarita trataría de ganarse a la Dieta reunida en Francfort para que votara en favor del mayor de sus sobrinos. No escatimó ningún medio de presión. Fugger notificó que sus letras de cambio, generosamente distribuidas, sólo se pagarían después de la elección. Se prometió modificar la estructura constitucional del Imperio. Durante las frecuentes ausencias del soberano, gobernaría en su lugar una especie de república federal de príncipes. El rey de España se comprometía a no enviar nunca tropas españolas a Alemania.

El papa contraatacó violentamente y ordenó a los electores eclesiásticos que votaran en favor de Francisco I. Su estruendosa intervención produjo efectos negativos. Se censuró a la Iglesia por gastar en Roma el dinero de los alemanes. Además, las ideas de Lutero comenzaban a tener numerosos adeptos. De repente, se produjo un fenómeno hasta entonces desconocido: la opinión pública se manifestó de tal manera que el Habsburgo, adversario decidido de los nacionalismos, se vio apoyado por un movimiento nacionalista. Desde finales de mayo, la causa francesa estaba perdida.

León X y Francisco I presentaron entonces la candidatura de un hombre de paja, el duque Federico de Sajonia, llamado *el Prudente*, protector de Lutero y gran coleccionista de reliquias. El duque señaló que su pobreza no le permitía tales aspiraciones. El rey de Francia le entre-

gó una cantidad de dinero y le prometió una pensión anual. Convencidos mediante nuevos subsidios, los electores se pronunciaron por él, pero no tuvieron tiempo de proclamar el resultado de su votación. Tres ejércitos de mercenarios (y no de patriotas alemanes, como dirán los historiadores austríacos) habían sitiado Frankfurt a las órdenes de Enrique de Nassau y Franz von Sickingen. Federico el Prudente renunció de inmediato y sin pensarlo demasiado, pues conservaba el dinero recibido.

El 28 de junio de 1519 Carlos fue elegido emperador por unanimidad, aunque el elector de Brandeburgo declaró ante notario que actuaba por temor y no por libre elección. La noticia llegó diez días después a España, donde fue muy mal recibida. Por el contrario, Gattinara exclamó, entusiasmado:

—¡Señor, estáis en el camino de la monarquía universal, vais a reunir a la Cristiandad bajo un solo cayado!

El 12 de julio redactó una memoria destinada a facilitar el funcionamiento del nuevo mecanismo político. Exponía cómo debían armonizarse el gobierno general y los gobiernos locales. Los principios no revelaban nada original. El Imperio renacía en su tradición histórica, como defensor de la religión, de la paz y de la felicidad de todos.

No era aquél el mejor procedimiento para calmar las inquietudes españolas. El emperador tuvo que promulgar una Pragmática y afirmar: «Es nuestra intención y voluntad que la libertad y exención de los dichos reinos de España y de sus reyes... de no reconocer a nadie como superior se mantenga y observe en adelante y se guarde inviolablemente y que disfruten de dicho estado de libertad y de integridad.» No se produciría, por tanto, ninguna subordinación de España al Imperio, sino una comunidad de lazos con el mismo soberano. Estos principios tendrían vigencia hasta el final del reinado.

La apoteosis del nuevo César había costado ochocientos mil ducados, más de dos mil kilos de oro. Aceptaba así una deuda abrumadora cuyas consecuencias sufriría el resto de su vida. Sus adversarios estaban furiosos. Venecia propuso formar contra él una liga en la que participasen Francia, Inglaterra, la Santa Sede y Suiza. El proyecto no cuajó, pues cada uno de los posibles aliados, con excepción de Francia, consideró preferible vender su neutralidad.

Gattinara pudo proclamar a su señor «rey romano, emperador romano electo, siempre agosto, rey de España —era la primera vez que se mencionaba este título—, de Sicilia, de Jerusalén, de Baleares, de las islas Canarias y de las islas y del continente situados al otro lado del océano, archiduque de Austria, duque de Borgoña, de Brabante, de Estiria, de Carintia, de Carniola, de Luxemburgo, de Limburgo, de Atenas y Patras, conde de Habsburgo, de Flandes y de Tirol, conde palatino de Borgoña, de Hainaut, de Ferrette, del Rosellón, landgrave de Alsacia, príncipe de Suabia, señor en Asia y en Africa». Para la posteridad, todos aquellos títulos se resumieron en el de Carlos V.

Como si todo esto fuera poco, aquella misma primavera de 1519 Hernán Cortés fundaba en México la ciudad de Veracruz, punto de partida de un nuevo imperio inesperado.

Lo que acababa de nacer no se explicaba por ninguna consideración política, económica, geográfica ni racial. Era fruto del azar, no de la necesidad, resultado del fracaso de determinados matrimonios, de la fecundidad de otros y, sobre todo, de los caprichos de la muerte. Llevado a sus límites extremos, el sistema dinástico había engendrado un monstruo en el que estaban integrados, codo con codo, la patria de Lutero y la de Torquemada, Holanda y Sicilia, el Franco Condado y las Indias occidentales.

Conviene señalar que el joven emperador y sus consejeros no veían así las cosas. En el Louvre hay una escultura que representa el perfil de Carlos V en aquella época, imagen espantosa en que la «mandíbula de cocodrilo», según la expresión de Michelet, parece efectivamente dispuesta a devorar el mundo y justifica el nuevo lema: *Non Plus Ultra* («No hay límite»).

No obstante, sería un error completo atribuir al Habsburgo la ambición desmedida de un Napoleón o de un Hitler. Estos quisieron una Europa a su manera y Carlos también, pero en nombre de un ideal religioso. Nadie tuvo tanta conciencia de su deber, de que un día debería dar cuenta de sus acciones. Se indignaba al observar el cinismo y el desdoro de un Francisco I, de un Enrique VIII, demasiado propensos a considerar su propio antojo como ley suprema.

Quedó muy impresionado cuando el fraile dominico Bartolomé de las Casas le expuso la abominable explotación que los indios de sus posesiones de ultramar sufrían a manos de sus funcionarios y soldados. Fernando de Aragón, obrando en nombre de su hija, había ya promulgado las llamadas leyes de Burgos a fin de proteger a los indígenas, pero nadie las respetaba. Las Casas se opuso rotundamente a las afirmaciones del obispo de América central, la Tierra Firme, según el cual los indios debían ser tratados como esclavos.

Unos meses después, Carlos publicó un acta relativa a la fundación de una orden cuya finalidad sería convertir a los indios y, al mismo tiempo, velar por ellos. Aquellos caballeros, con su capa blanca y su cruz roja, traerían en el Nuevo Mundo un «camino evangélico». Otto de Habsburgo ha resaltado la identidad entre esta expresión y la que, en aquel mismo momento, empleaba Martín Lutero al condenar los abusos de la Iglesia.

El joven soberano se preocupaba más por fustigar que por ampliar y afianzar las conquistas realizadas casi a sus espaldas por los conquistadores en el otro extremo de la tierra. Aquello formaba también parte de su misión.

Una misión tan difícil como grandiosa. Desde el primer momento tropezó con el más prosaico de los obstáculos: la falta de dinero. Hacía falta mucho para que la Corte, ahora imperial, pudiera trasladarse desde España a los Países Bajos, y luego a Alemania. Castilla estaba descorazonada ante la perspectiva de la marcha de su rey, y furiosa ante la idea de tener que correr con los gastos, después de los sacrificios que habían tenido que realizar y del pillaje realizado por los flamencos. Algunos comentaban:

—El rey no gobierna, ha caído en manos de salteadores.

Una derrota de la flota española ante los turcos, cerca de Argel, intensificó el resentimiento de los castellanos. Pero Chièvres y Gattinara no parecían percibirlo. Estaban demasiado pendientes del Imperio y del malestar que se estaba produciendo en Austria.

Había que convocar a las Cortes. No fue posible reunir las hasta el 20 de mayo de 1520. Provocó gran descontento el hecho de que se convocaran en Santiago, cerca del puerto de La Coruña (el nuevo reino de España no tenía capital).

La Mota, obispo de Badajoz, pronunció un solemne discurso en el que intentó halagar el orgullo de los castellanos. ¡Qué inmenso honor para un país tener un soberano que llevaba la corona de Carlomagno y que se había convertido en César romano, como lo habían sido Trajano, Adriano y Teodosio, españoles de ilustre memoria! Los historiadores no están de acuerdo sobre el impacto producido por sus palabras. El principal fue que provocó una división en Castilla. Los representantes de las ciudades periféricas votaron un *servicio* de cuatrocientos mil ducados, mientras que los de las ciudades del centro se negaron a ello. Había muchos otros puntos importantes en el orden del día. No obstante, Carlos proclamó la disolución de la asamblea, nombró regente de España a Adriano de Utrecht, no demasiado impopular porque al menos tenía las manos limpias, y se dispuso a salir del país. Una flota de cien barcos le esperaba en La Coruña.

Todavía no había abandonado la tierra firme cuando tuvo la noticia del alzamiento producido en Toledo y en Salamanca, ciudades donde se respiraba una especial hostilidad al Imperio. La pequeña nobleza (hidalgos, caballeros) habían desencadenado el movimiento comunero, al que el pueblo iba a dar el carácter de una verdadera revolución.

Carlos quería entrar en contacto con los rebeldes. Su simple presencia habría bastado, probablemente, para calmar los ánimos, pues la principal causa del malestar era su misma marcha. Pero Chièvres y Gattinara le convencieron de que zarpara en la fecha prevista. Obsesionados por la gran política internacional, dejaban a España en un segundo plano.

La flota levantó anclas, mientras el incendio se propagaba a Burgos, Valladolid y Segovia. Se acusaba a los malos consejeros del rey de que le habían hecho cometer una traición. Se decía que la reina, que de loca no tenía nada, era su prisionera. Finalmente, había enorme malestar por los impuestos aprobados por las Cortes... El cardenal regente, a pesar de todo su valor, era el menos indicado para contener aquel torrente. ¿Qué valor tenía su autoridad? ¿No había jurado el rey que no colocaría a ningún extranjero en un puesto de importancia? Se acordaron de ello demasiado tarde, en alta mar, y Carlos nombró dos adjuntos españoles, el almirante de Castilla y el condestable de Velasco, que no demostraron ninguna prisa por encargarse de su misión.

El ejército enviado contra los rebeldes incendió la ciudad de Medina del Campo, dejando así el campo libre a los extremistas. Por iniciativa de Toledo, se convocó en Avila una asamblea que representaba a

las dieciocho ciudades con derecho a voto. La Junta se comprometió a obtener la anulación del *servicio*, la vuelta a un sistema tributario igual que el vigente en tiempo de Fernando e Isabel, la prohibición de sacar dinero en metálico y la designación de un príncipe para hacerse cargo de la regencia.

La *Comunidad*, injustamente comparada con la Comuna de París, era «antifiscal, xenófoba, nacional, sectorial» y esencialmente urbana. «No iba —ha escrito Chaunu— contra los ricos, sino contra los traidores... Su ideal político significaba una vuelta al pasado, era la proyección en el futuro de una referencia idealizada del pasado.»

El 23 de agosto la rebelión llegó a Tordesillas. Los rebeldes se hicieron con el ayuntamiento y pidieron ver a la reina. Varios centenares de hombres entraron en el siniestro castillo donde la pobre Juana vivía rodeada de sus fantasmas. La «Loca» se negó a discutir delante de tal gentío y sólo aceptó recibir a una delegación.

La Junta se presentó ante ella el 29 de agosto. La reina pronunció algunas frases confusas que muchos se apresuraron a interpretar como una aprobación, pero se negó en redondo a firmar documento alguno. Mantuvo su negativa en septiembre, con ocasión de una segunda visita de los comuneros, y aquella obstinación bastó para quitar al movimiento toda eficacia. La situación era muy distinta de la que encontramos en las revoluciones modernas. La rebelión siguió su marcha, pero había perdido la posibilidad de vencer y de poner en peligro el poder del soberano.

Durante aquel tiempo, Carlos había realizado una travesía excepcionalmente fácil y rápida. Al cabo de siete días llegó a Douvres, y luego fue a celebrar la Pascua de Pentecostés en Canterbury, donde su tío Enrique VIII y su tía Catalina de Aragón le colmaron de atenciones.

Las cosas habían cambiado en Europa, e Inglaterra ocupaba entonces la posición de árbitro. Toda la simpatía de Chièvres hacia Francia era incapaz de cambiar la marcha de los acontecimientos e impedir un enfrentamiento entre los antiguos candidatos al Imperio. Enrique podía inclinar la balanza a uno u otro lado y él lo sabía. Llegó a afirmar, orgullosamente:

—El que cuente con mi apoyo se saldrá con la suya.

Las ideas proclamadas por Enrique tenían como inspiración al cardenal Wolsey. Este ministro demostró tener todas las cualidades de un gran hombre de Estado, salvo su desmedida venalidad. Contaba con la ayuda económica de los dos rivales, y su ambición y su vanidad le obligaban a cavar un foso entre ellos. Para ello procuraba por todos los medios poner a uno en guardia contra el otro.

El papa, que practicaba una política no menos retorcida, le preguntó cuáles eran sus verdaderas intenciones. Wolsey le hizo saber que sólo respondería si antes recibía dos obispados y un beneficio de veinte mil ducados.

Una vez celebrada la elección, Francisco I y Enrique VIII habían llegado al acuerdo de reunirse en Francia durante el mes de junio. El Tudor, empeñado en convertirse en rey de reyes, quería humillar con su

boato al Valois; éste, por su parte, estaba decidido a no dejarse vencer en aquel terreno. Chièvres tuvo tiempo para renovar discretamente los tratados comerciales, a pesar de que eran desfavorables a los flamencos, y de esbozar un nuevo proyecto de esponsales entre su señor y la pequeña María Tudor, hija única de Enrique.

Las torpezas de los franceses favorecieron su propósito. En el momento de la entrevista, Enrique y Francisco, que entonces tenían veintiocho y veintiséis años respectivamente, parecían únicamente interesados en rivalizar ante las damas.

Francisco desplegó una magnificencia abrumadora y, torpemente, venció en la lucha a quien debería haber halagado. La dudosa amistad del Tudor se convirtió en odio declarado.

Carlos volvió a entrevistarse con el rey de Inglaterra en Gravelinas. Vestido con sencillez, tímido y respetuoso, no parecía un emperador, sino un sobrino solícito de un tío cariñoso. Enrique se emocionó. Carlos había ganado la partida.

Otro éxito: el jefe de la flota española, Hugo de Moncada, tomó la revancha, aplastó a los turcos y los arrojó del Mediterráneo. Saldaba de alguna manera las deudas de su señor con los Fugger, cuyo comercio tendría de nuevo vía libre: primera victoria del reinado.

También hubo contratiempos, y graves. Castilla seguía revuelta. El singular obispo de Zamora, don Antonio de Acuña, se había puesto al frente de los comuneros, organizando sus tropas con capellanes de campaña y realizando espantosas correrías. También el reino de Valencia se sublevó. Se trataba de un movimiento diferente de la Comunidad castellana. Era la Germanía, animada por las corporaciones. Un pañero y un confitero lanzaron contra los nobles a las milicias reclutadas poco antes para hacer frente a los piratas.

Carlos y su Consejo no podían dominar una situación de la que casi no tenían noticias. Francia interceptaba los correos del desafortunado regente.

No era éste el único problema. La falta de dinero impedía pagar a los marinos victoriosos que desembarcan en Nápoles. Dieron rienda suelta a su indignación saqueando la Italia meridional, hasta la frontera de los Estados Pontificios. Toda Italia se enfureció. En el otro extremo del Imperio, los ducados austríacos se rebelaron y parecía que la agitación iba a llegar hasta los Países Bajos. En cuanto a los territorios alemanes, la anarquía era su estado normal, agravado entonces por los problemas religiosos. Aquellas convulsiones casi generales no se debían a ningún esfuerzo concertado, sino a la formidable mutación que significaba el cambio de una época a otra.

El Imperio que acababa de nacer podía caer víctima de aquella situación. ¿Cuál era el primer problema que debía abordar el emperador para restablecer el orden? Sus consejeros vacilaban, pero no el alumno, que había asimilado a la perfección sus lecciones. Menospreciando los tumultos populares, decidió hacerse coronar en Aquisgrán. Sólo así sería un personaje por encima de los demás mortales y toda rebeldía contra él sería también un sacrilegio.

8. La Iglesia, el Imperio y el maquiavelismo (1520-1521)

Carlos V experimentó en su propia carne el desorden reinante en Alemania cuando, el 23 de octubre de 1520, tuvo que esperar varias horas ante las puertas de Aquisgrán por una violenta disputa de protocolo entre el duque de Juliers y el príncipe de Anhalt. No pudo hacer su entrada solemne hasta el anochecer. Los siete electores que salieron a recibirle pronunciaron bellos discursos a los que no supo qué responder, pues no dominaba el alemán. La impresión fue tan deplorable como la que había producido poco antes en España por la misma razón. ¿Qué César era aquél?

Los electores se llevaron una gran sorpresa al comprobar que era más altivo, más distante y hasta más majestuoso que sus predecesores. Maximiliano, bonachón, se comportaba como uno más de ellos. Ahora, el jefe de la Cristiandad hacía valer su rango a pesar de su juventud y de su pequeño tamaño. Podía hacerlo gracias a su poder territorial, mucho mayor que el de los últimos emperadores. Este poder se consolidaría con la adquisición del ducado de Wurtemberg, que unía las posesiones austríacas de los Habsburgo con sus provincias renanas.

La coronación tuvo lugar con la acostumbrada pompa. Al hacer los juramentos tradicionales, Carlos se comprometía a ampliar el Imperio: no era para él una mera fórmula ritual. Su frente, sus hombros, su pecho y sus brazos recibieron la unción del santo óleo. Luego, el soberano se postró, con los brazos en cruz, delante del altar. Entonces se oyó un inmenso clamor:

—¡Viva el rey por toda la eternidad!

Carlos se levantó y se puso la casulla de Carlomagno. Le fue entregada *Joyeuse*, la legendaria espada del emperador carolingio, la corona, el cetro y el globo, y se dirigió hacia el trono de piedra de la época de los francos. Tenía veinte años y sobre sus hombros recaía el peso de un mundo, de una civilización. Muchos de los asistentes le tenían por hombre frágil, pero él no sentía vacilar su decisión ni su valor.

El austríaco Polheim se equivocaba al escribir: «El emperador es un niño incapaz de reaccionar. Se limita a dejarse llevar por los flamencos, gentes que no buscan ni el bien ni el honor.»

La verdad es que Carlos comenzaba, con gran prudencia, a ejercer el poder. Aunque conservaba su afecto hacia Chièvres, sospechaba que había cometido grandes errores en España y había perdido la confianza ciega que tenía en su mentor. Cuando descubrió la valía de Gattinara, prestó bastante atención al canciller, aunque desconfiaba de los impulsos de aquel genio violento a quien estimaba pero no amaba. El señor

de Berghes, que había llevado a buen fin el asunto de Wurtemberg, vio también cómo aumentaba su influencia. Recibió la grave responsabilidad de los asuntos imperiales.

Mientras llegaba la fecha de la primera Dieta, que debía celebrarse en Worms, Carlos pasó varias semanas en Colonia. El nuncio pontificio, Aléandre, le recordó una indicación que ya le había hecho antes de salir de los Países Bajos. El papa exigía, de forma apremiante, que se quemaran los libros del monje Martín Lutero y que el autor de los mismos fuera desterrado del Imperio.

¿Lutero? ¿Tanta importancia tenía aquel hombre? En uno de sus despachos, don Juan Manuel, embajador de España en Roma, proponía que se sirvieran de él para hacer presión sobre el Santo Padre.

Carlos había aprobado ya el entredicho. Lo confirmó y el nuncio se apresuró a organizar el auto de fe de los espantosos escritos. «Los libros ardieron —escribió triunfalmente al papa— antes de que los consejeros del emperador y el emperador mismo hubieran caído en la cuenta de que habían dado su aprobación.»

Pronto se desengañó. Carlos se negó a desterrar a Lutero del Imperio, diciendo:

—No se puede condenar a nadie sin haberle dado la posibilidad de justificarse. El problema será tratado en la Dieta.

Aléandre, y luego León X, sospecharon en seguida que el joven soberano podía ser un Maquiavelo en ciernes y que estaba utilizando el juego aconsejado por don Juan Manuel. ¿O quizá era simplemente temor a enfrentarse a la opinión pública? Había que reconocer, como escribía Aléandre, que el populacho parecía adicto al hereje y había llegado a insultar y a amenazar a los sacerdotes pertenecientes al séquito del nuncio. El mismo jefe del ejército, Sickinge, figuraba entre los protectores de Lutero. ¿Le tenían miedo?

Lo cierto es que Carlos no se dejaba influir por ninguna de aquellas consideraciones. Educado entre humanistas, respetaba a estos pensadores, admitía sus críticas contra el bajo nivel intelectual de los teólogos, contra las estructuras de la Iglesia, su ansia de riqueza y sus intromisiones en los asuntos públicos. Admiraba a Erasmo, a quien protegería más adelante de las iras de los dominicos.

La Iglesia —no la fe— debía sufrir una reforma profunda, de eso no le cabía la menor duda. Adriano de Utrecht así se lo había hecho ver y el espectáculo ofrecido por Alemania fortalecía singularmente su convicción.

La Santa Sede tenía allí un poder temporal único. Gran parte de las inmensas rentas eclesiásticas servía para construir las basílicas y los palacios romanos. El comportamiento de los obispos era causa de escándalo y la elección imperial acababa de dar pruebas de la corrupción de los más importantes de ellos. Finalmente, el comercio de las indulgencias, causa inicial del alejamiento de Lutero, se practicaba sin el menor miramiento. El papa había llegado a conceder a las mujeres el derecho de firmar contratos de indulgencia que sus maridos tenían la obligación de cumplir.

Carlos no podía ya captar la verdadera naturaleza de un movimiento de diversos orígenes, entre los que destacaban una exigencia espiritual que buscaba la «justificación por la fe», la indignación contra las exacciones del alto clero, el despertar tardío de un nacionalismo alemán que se manifestaba en el odio hacia Roma y, más sutilmente, el deseo de la clase en ascenso, banqueros y legistas, de suprimir los intermedios que había entre ellos y la autoridad suprema.

Pero aunque se le escapara la significación profunda del fenómeno, el emperador descubrió su fuerza y sus consecuencias. Era un grave problema que venía a sumarse a todos los ya existentes. Quizá nunca un joven de veinte años había tenido que hacer frente a una situación tan comprometida.

La afluencia a la Dieta de Worms superó todo lo imaginable. Llegaron tantos príncipes, con sus enormes séquitos, tantos prelados, dignatarios, delegaciones y embajadores, que escasearon los víveres, la avena y los lugares de alojamiento. Hubo muchas peleas por conseguir una cama. El mundo tenía la vista puesta en la ciudad que iba a ver el amanecer de una nueva era.

El 28 de noviembre hizo su entrada el emperador. Ordenó en seguida al elector de Sajonia, Federico el Prudente, protector de Lutero, que llevara al monje para que compareciera ante «hombres sabios y llenos de sentido común». El garantizaba la seguridad del rebelde.

El nuncio puso el grito en el cielo. El papa había condenado a Lutero y ningún poder temporal podía oponerse al cumplimiento de aquella decisión. El 17 de diciembre Carlos dio un giro de ciento ochenta grados e hizo saber a Federico que todos los lugares donde residiera el hereje serían declarados en entredicho. El elector debía garantizar su abjuración. Un mes más tarde, nuevo cambio de rumbo: Su Majestad confirmaba el salvoconducto enviado en noviembre y esperaba a Lutero en Worms.

¿Indecisión? ¿Falta de voluntad? ¿Vacilaciones de un hombre demasiado joven ante una situación para la que no estaba preparado? En absoluto. Su postura variaba en función de las cínicas maniobras de León X, que negociaba al mismo tiempo una alianza con él en contra de Francia y una alianza con Francia en contra de él.

El cardenal De Croy, arzobispo de Toledo, cuyo nombramiento tantos malestares había causado, había muerto de repente. Francisco I pidió que fuera sustituido por el terrible obispo de Zamora, verdadero jefe de los comuneros, y el papa dio a entender que eso era lo que pensaba hacer. Hubo de conceder, a toda prisa, un obispado español a su sobrino, el cardenal de Médicis. «La desvergonzada codicia de los prelados romanos supera todo lo imaginable», escribía don Juan Manuel. Tras obtener aquella satisfacción, el papa tranquilizó a Carlos y dejó de negociar con Francia el precio del nombramiento del rebelde.

¡Qué difícil era manejar a los hombres! ¡Hasta qué punto se mostraban éstos codiciosos, intrigantes, ferozmente ambiciosos e indiferentes a sus deberes para con Dios! Alrededor del trono se agitaba una multitud de pedigüños impacientes y rapaces. Sacerdotes o caballeros,

grandes señores o magistrados, todos pedían un cargo, una tierra, dinero; los más hábiles camuflaban sus intereses personales bajo un fingido deseo de servir al bien público. Por ejemplo, los príncipes alemanes pedían también la reforma de la Iglesia, pero con la esperanza de hacerse con sus bienes.

Carlos, desconfiado por naturaleza, comprendió en seguida que no podía fiarse de nadie. Para no caer en las trampas que le tendían, adoptó un comportamiento imprevisible, tomando sucesivamente decisiones contradictorias, avanzando y retrocediendo alternativamente. El nuncio escribió al papa que no se trataba de un aprendiz fácil de manejar y que debía prepararse a recibir muchas sorpresas.

Perdieron dos meses discutiendo sobre los asientos que debían ocupar unos y otros. Como no era posible alcanzar un acuerdo, al final se llegó a la conclusión de que todos estuvieran de pie. El 27 de enero de 1521 se inauguró con gran pompa la Dieta, y el emperador, que había realizado grandes esfuerzos, consiguió leer un discurso en alemán. El Sacro Imperio, dijo, tenía ocasión de recuperar su antiguo esplendor gracias al poder de España y de Borgoña. Debían resolverse los conflictos internos, había que acabar con el bandolerismo y un gobierno fuerte debía reunir a las numerosas provincias que se habían desgajado. El emperador tenía como única ambición realizar dicha tarea antes de dirigir a la Cristiandad unida contra el Islam.

Sus objetivos no provocaron demasiado entusiasmo. Nadie tenía interés en unificar el Imperio ni en resucitar el poder de su jefe. Se produjeron en seguida mezquinos debates que descorazonaron a Carlos. No obstante, consiguió regular la composición y atribuciones del Consejo del Imperio y del Tribunal del Imperio, este último destinado a resolver los conflictos entre las ciudades y los señores. Se adoptó una especie de Constitución, término medio entre la concepción monárquica del soberano y la concepción feudal de los príncipes. Los diferentes estados perdieron el derecho a concluir *motu proprio* alianzas con países extranjeros. Por el contrario, se opusieron firmemente a la creación de aduanas imperiales y se limitaron a votar los impuestos necesarios para reclutar un ejército que permitiera al César ser coronado en Roma. Dichas tropas obedecerían únicamente a capitanes alemanes. El rey de Dinamarca recibió dentro del Imperio la región de Holstein, y el rey de Polonia los Países Bálticos; Wurtemberg quedó unido definitivamente a Austria.

¿Y Lutero? El nuncio quería que lo condenaran a la hoguera. Durante un paseo a caballo, Chièvres le respondió:

—Procurad que el papa no se oponga siempre a los intereses del emperador. Pero si Su Santidad se obstina, sabremos ponerle en tales dificultades que le resultará difícil librarse de ellas.

Se encomendó a una comisión que formulara las innumerables quejas del Imperio contra la Santa Sede. El resultado fue una requisitoria impresionante. Todos estaban de acuerdo en que el emperador debía poner fin a aquellos abusos. Carlos tenía la firme intención de extirparlos sin tocar para nada los problemas dogmáticos y esperaba que el

turbulento monje se diera por satisfecho y renunciara a las teorías revolucionarias.

Su confesor, el padre Glapion, trató de preparar el terreno por mediación de Federico el Prudente y de Sickingen. Era difícil convencer a Lutero, más interesado en salvar su alma que en pactar con los grandes de la tierra. Estaba decidido a proclamar su verdad ante la Dieta, «aunque entre los asistentes hubiera más diablos que pizarras en un tejado»; asimismo, estaba dispuesto a no pedir perdón y a proponer, dado el caso, planes de reforma.

Hizo el viaje en un coche descubierto, precedido de un heraldo imperial que se encargaba de su protección. Lo cierto es que no corría el menor peligro. Su paso provocaba el delirio en las poblaciones, que lo aclamaban locas de alegría. Era, en forma religiosa, la explosión del nacionalismo que había nacido en la mayoría de los países europeos y que en Alemania había provocado una oscura frustración.

El 16 de abril, el emperador estaba sentado a la mesa cuando se le anunció el gran acontecimiento:

—¡Ha llegado el jefe de los herejes!

A pesar de su emoción y de la gran curiosidad que tenía, no manifestó el menor sentimiento. Quizá, encontrándose semiprisionero de tantos hombres mezquinos y corrompidos, experimentaba una oculta simpatía hacia el pobre monje que, como él, quería purificar la Iglesia.

Lutero compareció ante una asamblea impresionante. El emperador estaba rodeado de los cardenales y de los más altos dignatarios laicos y eclesiásticos. El gran tribuno quería proclamar su fe. Le presentaron fórmulas para que aceptara unas y abjurara de las otras. Lutero, intimidado al principio, pidió que le dejaran reflexionar. Luego se dejó llevar por su temperamento y pronunció con voz atronadora su célebre declaración:

—¡Aquí me tenéis! ¡No puedo hacer otra cosa...!

Los representantes de los estados alemanes estaban entusiasmados. Carlos se quedó paralizado de espanto. El simple aspecto de aquel hombre profético le escandalizaba. Sus palabras, mucho más. Lutero, al hablar de sus sentimientos personales, demostraba un individualismo y un orgullo criminales. ¿Cómo se atrevía a evocar sus relaciones con Dios, a oponer tal egocentrismo a los decretos de la Iglesia?

—¡Vaya reformador! —murmuraba el emperador mientras el rebelde daba rienda libre a su elocuencia—. ¡No será él quien me haga hereje!

Le prohibió que reapareciera ante la Dieta y le ordenó que se marchara de Worms inmediatamente. Su salvoconducto seguiría vigente otros veinte días.

El nuncio acosó al emperador y le persiguió hasta en la iglesia en que éste estaba oyendo misa. Ni un salvoconducto bastaba para proteger a un hereje contumaz. Así lo había considerado en otro tiempo el emperador Segismundo, que había hecho quemar a Juan Huss. Carlos se salió con la suya. Se negaba a faltar a su palabra.

A pesar de todo, Federico de Sajonia no se fiaba. Para proteger a Lutero organizó su secuestro, pero, para evitarse problemas de concien-

cia, prefirió ignorar el lugar que le serviría de asilo. El monje fue llevado al castillo de Wartburgo, donde se lamentó amargamente por haber huido en lugar de hablar al pueblo; luchó contra el diablo que, según cuenta él, se le apareció en el castillo; realizó también una tarea de gran trascendencia: la traducción al alemán del Nuevo Testamento.

El emperador había esperado hasta el 8 de mayo para desterrarle del Imperio y firmar la orden de arresto. Envió a la Dieta un mensaje que resumía la política religiosa que mantendría obstinadamente hasta el final. Hay pruebas de que fue él quien redactó personalmente el documento. Quería conservar la doctrina y la unidad de la Iglesia sin rechazar *a priori* las ideas nuevas. Por eso pedía que se convocara un concilio, con la intención de regenerar el cristianismo y limpiar sus manchas.

Llegaron malas noticias. Considerando inevitable la guerra, Francisco I había decidido comenzarla él. Lo hizo con un método moderno, a través de países satélites. Roberto de La Marck, duque de Bouillon, conocido con el sobrenombre de *Jabalí de las Ardenas*, invadió Luxemburgo, alegando que tenía derechos sobre el territorio; mientras tanto, el derrocado rey de Navarra intentaba una vez más recuperar sus tierras. Se produjeron tumultos en Nápoles y en Austria. El papa mantenía una actitud tan ambigua que don Juan Manuel aconsejó a Su Majestad que se sirviera de Lutero para crear una Iglesia nacional. En cuanto a España y a sus comuneros, carecían de noticias. Los franceses interceptaban diligentemente los correos.

Carlos comprobó, con pesar, su incapacidad para controlar solo una situación tan complicada desde Viena a Valencia y desde los Países Bajos a Italia, por no mencionar a México, recientemente conquistado por Cortés. Por otra parte, tenía que dar una parte de la herencia a Fernando, a quien no podía tratar como a Margarita. Después de la muerte de su padre, Maximiliano, ésta sólo había recibido una suma de dinero que, como se comentó en la Corte, habría parecido insuficiente para un servidor de Chièvres.

Se tomó una decisión importante. Fernando, tan popular en España, tan querido en Flandes desde que pudieron conocerle allí, recibió la parte oriental de los inmensos dominios, dándose por supuesto que dicho conjunto sería en adelante indivisible. Era un nuevo bloque que comprendía los cinco archiducados de Austria y las tierras llamadas «países anteriores», Wurtemberg, el Tirol, Vorarlberg, Sundgau y Alsacia. Fernando fue nombrado lugarteniente general y presidente del gobierno del Imperio; se casó con la antigua prometida de su abuelo, Ana Jagellón, heredera del rey de Hungría y de Bohemia, unido a su vez con la archiduquesa María.

Así se creaba una segunda dinastía de la Casa de Austria. El archiduque-infante, favorito del viejo aragonés, debía ocuparse de un mundo germánico, eslavo y magiar, mientras que el borgoñón, el flamenco, iba poco a poco a convertirse en español. Los dos hermanos no habían heredado, era evidente, las funestas inclinaciones de los Trastámara. Eran conscientes de que la unión familiar constituía el mejor soporte de su fantástico Imperio.

La Dieta llegaba tristemente a su fin. Una primavera glacial helaba las semillas y provocaba una epidemia de lo que podríamos calificar de gripe maligna. El 28 de mayo de 1521 fallecía Chièvres víctima del contagio.

El acontecimiento representó un viraje decisivo en el reinado. Carlos había comenzado ya a emanciparse, pero reconocía todavía la autoridad de su antiguo tutor, convertido en defensor decidido de la paz. A partir de entonces, sólo contó con Gattinara.

El embajador veneciano, Contarini, describe así al hombre en cuyas manos las circunstancias colocaban la suerte del Imperio:

«Es un hombre de temperamento sanguíneo, alegre, prudente y práctico..., de gran fuerza de voluntad y muy trabajador... Por él pasan todos los asuntos públicos y privados... Casi siempre, después de consultarle, se hace lo que el canciller cree que se debe hacer... Un día, hablando con su sobrino, le dijo: "Su Majestad imperial necesita al canciller más que éste a Su Majestad." No tiene demasiada simpatía por los españoles y aborrece a los franceses... Es fiel al soberano pontífice, sobre todo desde que recibió un breve de Su Santidad nombrándole cardenal.»

Al contrario de Chièvres, el piomontés seguía pensando que el centro de la política mundial se encontraba en Italia y que el emperador debía concentrar allí sus esfuerzos. Francisco I había declarado la guerra el 22 de abril. Gattinara convenció a su señor de que replicara enviando a Lombardía al ejército colocado bajo las órdenes de Lannoy y de un gran estratega, Pescara.

Habría sido una imprudencia dejar así las manos libres a Robert de La Marck, si Wolsey, intentando hacer de árbitro, no hubiera intimidado al rey de Francia. Wolsey hacía todo lo posible para que se llegara al enfrentamiento entre los dos rivales. La diplomacia de aquel prelado venal y soberbio, que, olvidándose de su rey, decía altivamente: «Yo decido...», no era menos retorcida que la de León. Maquiavelo tenía buenos discípulos.

El cardenal inglés convocó en Calais a sus colegas Gattinara y Duprat, canciller de Francia, para buscar una solución pacífica al conflicto, y les amenazó con actuar contra el que se convirtiera en agresor. En realidad, ya había tomado una decisión. Su sueño obsesivo era la tiara y le convenía ponerse del lado del César, señor de Nápoles.

Aquella perspectiva era casi el único consuelo de Carlos cuando, el 31 de mayo, se marchó de Worms, descontento de los decepcionantes resultados de la Dieta, preocupado por el futuro. ¡Qué irrisorias parecían las esperanzas, las ilusiones que había concebido al dirigirse a Aquisgrán! ¡Cuántos motivos de preocupación, cuántos fantasmas, desde Juana la Loca a Lutero, entonces invisible! En aquellas condiciones, ¿cómo se podía preparar la misión esencial, la cruzada?

La Corte imperial se embarcó y descendió lentamente por el Rin. Cuando llegaron a Maguncia les estaba esperando un mensajero que, pasando por Amberes, había podido evitar las emboscadas francesas. Las noticias que traía se habían producido seis semanas antes. Los co-

muneros, desorientados después de la desaprobación de la reina, se habían enfrentado con los nobles y éstos habían adoptado una actitud contraria al movimiento; la invasión de Navarra había unido a Aragón alrededor de la Corona; el rey de Portugal había enviado al cardenal-regente fondos que le permitieron reclutar miles de mercenarios; Tordesillas había sido reconquistada; el ejército rebelde había sufrido un descalabro en Villalar, y el obispo de Zamora había sido capturado cuando intentaba huir a Francia. Sólo continuaban resistiendo la Germanía de Valencia y un grupo de sublevados desesperados, agrupados en torno a doña María Pacheco. España estaba definitivamente sometida a la Casa de Austria.

Al día siguiente se supo que Enrique de Nassau había derrotado al *Jabalí de las Ardenas*, que abandonaba su presa. En Navarra, los asuntos de los franceses, dirigidos por el duque de Lesparre, iban mal. En efecto, el duque será aplastado a finales de junio.

Parecía que en el cielo, antes tan negro, comenzaba a verse un rayo de sol. El gobernador del Milanesado, Lautrec, hermano —como Lesparre— de la amante de Francisco I, cometió tan graves torpezas que, de repente, el papa renunció a su doble juego y se puso de parte del emperador, le reconoció como rey de Nápoles y puso a su disposición a los suizos reclutados con dinero de Francisco I.

Con el ánimo algo más tranquilo, Carlos llegó a sus queridos Países Bajos, mientras se inauguraba la conferencia de Calais y sus tropas asolaban sin contemplaciones el norte de Francia, sin respetar una tregua que Wolsey había simulado exigir.

En Calais, el bondadoso apóstol finge todavía que desea restablecer la paz. Como sabía a qué atenerse, Gattinara muestra una arrogancia inaudita. Reclama los antiguos dominios borgoñones; el ducado, naturalmente; las ciudades del Somme y una indemnización; el Delfinado, Provenza, el Milanesado, la Champagne, antes unida a Navarra, y el Languedoc, que era una dependencia de Aragón.

—El emperador — dice — muestra así su intransigencia, pues el papa Julio II ha privado a Luis XII de todo el reino de Francia.

La discusión es violenta. Duprat exclama:

—Me apuesto la cabeza...

Gattinara le interrumpe:

—Preferiría la de un cerdo.

Todo ello con el fin de hacer posible la negociación que, con la mayor discreción, van a firmar Carlos V y Enrique VIII. Este último se comprometía a invadir Francia. Se confirmaban los compromisos matrimoniales entre su hija y el emperador. Cuando terminó la conferencia, sin resultados positivos, se hizo pública la formación de la Liga.

Mientras tanto, los turcos se habían adueñado de Belgrado y pronto le tocaría el turno a Rodas, formidable bastión cristiano en el Mediterráneo. Carlos se desesperaba ante la imposibilidad de cumplir su misión. Su única preocupación debería ser detener al Infiel. Pero el destino había decidido otra cosa. Lo que va a producirse es un gran duelo entre los Habsburgo y los Valois, un duelo que duró dos siglos.

9. Las decepciones del amor y de la guerra (1521-1522)

El veneciano Contarini, observador incomparable, realizó una descripción bastante completa del joven Carlos V que, en cierta manera, ilustra el retrato de la escuela flamenca conservado en el Louvre, retrato de un joven amable de ojos soñadores, un tanto indolente y confiado:

«Su Majestad imperial es de talla media, ni muy alto ni muy bajo, con una piel más blanca que rosa, bien proporcionado, con ojos míopes, aire grave, pero ni cruel ni severo. No tiene otro defecto que el de la mandíbula, que es tan grande y tan larga que no parece natural, sino postiza, lo que hace que, cuando cierra la boca, los dientes de arriba no encajen con los de abajo... Por eso, cuando habla, sobre todo al acabar las frases, balbucea palabras que no se entienden bien... Es muy religioso, muy justo, no tiene ningún vicio ni muestra *la tendencia al placer propia de los jóvenes*, y no se divierte con ninguna distracción. Sólo disfruta con los asuntos públicos y en los Consejos, que preside con asiduidad. Es muy poco afable y tiene más de avaro que de generoso, razón por la que no se le ama demasiado...

«Es más bien silencioso y muy modesto. No se entusiasma cuando los acontecimientos le son favorables ni se deprime en la adversidad. Es cierto que siente más el dolor que el placer, lo que coincide con su manera de ser, donde predomina la melancolía. Tiene, como inclinación natural, un rasgo poco recomendable, por lo que me ha dicho su confesor, con quien he llegado a entablar una gran amistad [los embajadores venecianos eran magníficos espías]: recuerda las ofensas y no las olvida fácilmente.»

A sus veintiún años, Carlos asombraba e inquietaba a quienes le rodeaban por no tener «la tendencia al placer propia de los jóvenes». A pesar de sus numerosas prometidas, no demostraba el menor deseo de casarse y no había tenido nunca amantes. ¡Qué poco se parecía a su padre! Todos los cortesanos soñaban con poder ofrecerle, por fin, la ocasión de demostrar su virilidad y, con la complicidad de alguna bella mujer, conseguir sobre él un ascendiente remunerador. Carlos, muy consciente de aquellas intrigas, estuvo siempre en guardia y demostró una gran desconfianza hacia las mujeres.

Aquella situación parecía tan extraña que comenzaron a circular leyendas:

El emperador había salido de caza en España y se había quedado impresionado por la belleza de una pastora. Cuando quiso acercarse a ella, ésta se había alejado haciendo sonar la carraca de los leprosos.

En Gante, el azar le había puesto en contacto con una joven a cuyos encantos había sucumbido. En aquella ocasión se trataba de una bruja que al salir del castillo se convirtió en una vieja espantosa...

La imaginación popular fue tan activa que todavía sigue envuelta en cierto misterio la verdadera iniciación del joven soberano. Los historiadores se han dividido en dos grupos rivales que discrepan hasta en el nombre de la elegida. ¿Se llamaba Margarita o Jeanne van Gheenst? Sin entrar ni salir en la controversia, nos inclinaremos en favor de Margarita y de la versión más novelesca. Es sorprendente que un Victor Hugo o un Alejandro Dumas no la utilizaran en sus obras. Esta es la versión:

La vuelta del emperador a Flandes se celebró con grandes fiestas y *kermesses*. Durante un baile celebrado en Oudenarde, Carlos se fijó en una triste huérfana de la que se encargaba la señora de Lalaing y que estaba destinada al claustro. Encomendó a uno de sus chambelanes que le preparara una entrevista con la joven. El chambelán invitó a Margarita a bailar, le habló de lo que ocurría y la sacó de la gran sala de baile.

Momentos después, fue a decir a su señor que la bella joven le estaba esperando, pero que, como era muy vergonzosa e inexperta, ella fingiría que estaba dormida. Carlos, muy emocionado, encontró en efecto a Margarita tendida en una cama, desnuda y con los ojos cerrados. La comedia le gustó, pues le permitió superar su timidez. Vio en todo ello una demostración de pureza y de amor a su persona, no a su rango.

Sólo después de haber demostrado su ardor a Margarita comprendió la verdad: estaba inconsciente, el sueño no era fingido. Cuando se despertó, pasado un tiempo bastante largo, lanzó un grito y rompió a llorar. Sólo se acordaba del chambelán, quien le dijo que el emperador quería conocerla, y de la bebida (mezclada con un narcótico) que le había ofrecido. Para poner bello fin a la historia, se contaría que Margarita fue directamente del castillo a un monasterio del que ya no salió.

Las cosas debieron ser menos dramáticas. Carlos sólo abandonó a su amante en la primavera siguiente (1552), bien por propia iniciativa o, lo que es más probable, por presiones de su tía, preocupada por aquella relación.

El 1 de agosto, Margarita dio luz una hija en la casa de su tío materno, el señor De Coye. La archiduquesa se hizo cargo de la niña, a quien educó y puso su mismo nombre. Esta tercera Margarita estaba llamada a ser también regente de los Países Bajos. En cuanto a la madre, el emperador le concedió una pensión tan insignificante que todos se escandalizaron de su avaricia. La mujer desapareció pronto de escena, quizá en un convento.

Aquella aventura, dicen algunos biógrafos, llenó a Carlos de felicidad y de una sensación de independencia. No fue así. La decepción había sido brutal, pues, después de haber creído en un impulso compartido, el joven se dio cuenta de lo contrario. Aquello le dejó huella, pues también en el amor exigía el absoluto, la unión total del alma y del cuerpo. Parecía que aquello no era posible.

Desde entonces Carlos se dejó sumergir en el abismo de su soledad interior, lejos de las pasiones. En cierta manera puso su corazón a

salvo, permitiéndose sólo lo que satisfacía sus apetitos menos nobles, la glotonería y las conquistas, en las que no entraban los sentimientos. Tuvo aventuras, por lo general muy rápidas, con mujeres hacia las que demostró siempre una actitud despectiva y dura, aun en el caso de la deslumbrante hija del conde de Nogarola. Por el contrario, se preocupó mucho por sus hijos naturales, concediéndoles, por así decirlo, la atención que no había prestado a sus madres.

Con este ánimo, fue pasando sin transición de una adolescencia casi infantil a la edad adulta. Todas las fuerzas no consumidas en los placeres de su edad las consagraba al trabajo, a la acción. Sus contemporáneos se asombraban de su obstinación, de su aplicación, poco frecuente en los príncipes, así como de la «taciturna» atmósfera que le rodeaba. Algunos le comparaban a un diablo, pues una originalidad tan fuerte tenía que llevar la huella del Maligno. «Sabe calcular como un diablo —ha escrito Walther Tritzsch—. Es ávido y glotón, y rápido como el diablo. Y, sin embargo, no es un diablo exuberante y sonriente... Actúa más bien como un sonámbulo, con los párpados bajos, los labios secos y ligeramente entreabiertos, y la cara siempre impasible y pálida como la muerte.»

Nos resulta muy difícil comprender las guerras del siglo XVI, libradas casi en su totalidad por mercenarios para quienes las maniobras y batallas eran operaciones comerciales. Aquellos hombres tenían contratos que les garantizaban el saqueo de determinado número de ciudades. Ocurría algunas veces que, una vez saqueada la ciudad, la tropa se daba por satisfecha y se dispersaba, dejando al vencedor de repente en una situación comprometida. Suponiendo que la citada tropa no se volviera de repente contra él. No interesaba ocupar durante mucho tiempo un territorio ni atacar un lugar donde no hubiera nada que robar.

Los jefes de Estado debían obtener dinero y más dinero, si querían tener ejércitos. Además, debían entregar pensiones a sus aliados. Así, Carlos se había comprometido a pagar al papa y a Wolsey las que su rival dejaría de enviarles cuando tuviera conocimiento de su traición, todavía secreta. A pesar de la prosperidad de Francia, a pesar de la importación del oro americano (reducido a la mitad durante el periodo 1516-1525), Francisco I y Carlos V iban a sufrir, durante todas sus guerras, graves apuros económicos.

Wolsey, que no quería romper con ninguno de los dos bandos, hizo una propuesta para llegar a un acuerdo. Gattinara envió entonces a su señor una memoria belicosa. Carlos estaba convencido de antemano.

—Todavía no he hecho nada importante —dijo.

Y añadió, piadosamente:

—Dios sea alabado, no soy yo quien ha comenzado esta guerra.

Se puso al frente de los grupos dirigidos por Nassau y Sickingen y, de nuevo, causó estragos en el norte de Francia. Aquellas tierras sufrieron horrores olvidados desde la guerra de los Cien Años. Francisco I necesitaba un mes para reunir los fondos necesarios para reclutar un ejército. Bayard le concedió aquel respiro defendiendo heroicamente Mézières. El 22 de octubre, las tropas francesas aparecieron ante Valen-

ciennes. El ejército imperial estaba dividido en dos cuerpos, uno de ellos a las órdenes del propio Carlos, y el otro a las de Enrique de Nassau. Por imprudencia, los dos cuerpos estaban separados. La mayoría de los capitanes franceses presionaban al rey para que atacara. Quizá aquello hubiera supuesto el final de la guerra. Pero Francisco, que no debía tener excesiva confianza en unos soldados reclutados con demasiada precipitación, prefirió dominar su habitual fogosidad y seguir los consejos más precavidos del mariscal de Chatillon (padre de Coligny), y dejó pasar la ocasión.

«Parece —escribiría Mézeray— que a pesar de que nunca abrazó a la fortuna cuando ésta le tendió los brazos, le hubiera jurado huir siempre de él y no presentarse nunca.» Por otra parte, Carlos no pudo aprovecharse de la situación. Su tesoro estaba agotado y sus regimientos se negaban a luchar. Tuvo que batirse en retirada. Hubo muchos comentarios jocosos sobre la incapacidad militar de los dos rivales.

El emperador no se inmutó. Aunque concedía poca importancia a los astrólogos, por lo general muy influyentes en los príncipes, sabía que, según su horóscopo, cada uno de sus fracasos daría paso a una oportunidad inesperada, que luego dejaría de nuevo paso a la mala fortuna. Encontró dinero gracias a los Fugger, a la enorme herencia de Chièvres y sobre todo a los banqueros de Florencia, que, después de haber prometido cuatro mil escudos al virrey del Milanesado, Lautrec, cambiaron de opinión y se los entregaron al César.

Así se pudieron reclutar numerosos soldados suizos. Fueron enviados no a Francia, sino a Italia, donde Lautrec, arruinado, veía cómo sus propios suizos le abandonaban y las ciudades lombardas se declaraban en rebeldía. El 19 de noviembre de 1521, las tropas imperiales se presentaron ante Milán, que se sublevó y persiguió a los franceses.

Dos días después moría el papa León X, según algunos de alegría, al recibir la noticia. El cónclave se inauguró en medio de una tremenda confusión. Los cardenales pensaban en todo, menos en la Iglesia: en la política, desde luego, pero sobre todo en los beneficios que podría proporcionarles el hombre que eligieran.

El cardenal de Médicis era el candidato de los franceses. El embajador don Juan Manuel no tenía tiempo de consultar a su señor. La elección de Wolsey, con quien el emperador se había comprometido, sería una catástrofe. Don Juan Manuel dijo bromeando:

—Ahí tenéis al cardenal de Tortosa, es un hombre santo y os concederá todos los beneficios de la Cristiandad.

Se entabló un duelo a muerte entre el cardenal de Médicis y el cardenal Farnesio, sin que ninguno de los dos pudiera reunir la mayoría de los dos tercios. Médicis, temeroso de Wolsey, se acordó de la humorada de don Juan Manuel. Con gran estupor por parte del Sacro Colegio e indignación del pueblo romano, al ver que se imponía la tiara a un «bárbaro», Adriano Floriszoon, obispo de Tortosa, decano de Utrecht, fue elegido por unanimidad.

El hecho parecía confirmar la misión divina del emperador, quien, no obstante, no demostró la menor alegría. Envío un mensaje a su an-

tiguo maestro para pedirle que restableciera la paz entre los cristianos y que los invitara a unirse contra el sultán, cuyas tropas acababan de invadir Croacia. En cuanto al nuevo pontífice, estaba desconcertado, quería renunciar. Se consideraba demasiado anciano para el cargo. Pero no podía hacerse nada contra la manifestación del Espíritu Santo.

Adriano escribió una carta muy afectuosa a su discípulo. Los dos tenían la misma ideología y parecían destinados a reformar la antigua asociación entre el papa y el emperador. Por desgracia, el correo de Carlos tardó mucho tiempo. En cambio, llegó bastante pronto a Tortosa una larga carta de don Juan Manuel. El embajador, considerándose responsable de lo ocurrido, explicaba minuciosamente al anciano, desconocedor de las intrigas romanas, la conducta que debía seguir. Aquello indignó a Adriano VI. ¡Debía su elección únicamente a Dios y no iba a desacreditar a la Iglesia convirtiéndose en el brazo derecho del emperador!

Mientras tanto, Carlos y Gattinara intentaban por todos los medios calmar la indignación de Wolsey y salvar la alianza. Quizá habrían fracasado si, por instigación de los franceses, el duque de Albany, tutor del pequeño rey Jacobo V de Escocia, no hubiera invadido Inglaterra.

El peligro era grande, pues Lautrec, que había podido reunir un considerable ejército de cuarenta mil suizos y venecianos, había penetrado en Lombardía. Para su desgracia, un cargamento de oro enviado desde París fue interceptado por los imperiales. Sus soldados suizos, que no habían cobrado, le impusieron la estrategia de su codicia. Tras haber tomado y saqueado Novara, obligaron a su general a atacar en las peores condiciones la Villa Bicocca, donde se había refugiado el general imperial Colonna con soldados españoles y suizos.

Fue una batalla moderna que demostró, una vez más, que las lanzas no servían demasiado ante la artillería. Los suizos de Lautrec fueron aniquilados. Los de Colonna discutieron sobre el precio que recibirían si perseguían a los francovenecianos en su huida. Aquello proporcionó a Lautrec el tiempo suficiente para escapar.

La gran victoria de Bicocca se había producido el 27 de abril, y gracias a ella Carlos se convertía en dueño del norte de Italia, pues Venecia cambió inmediatamente de lado. Un mes más tarde, el 29 de mayo, Enrique VIII declaraba finalmente la guerra a Francia.

Los dos soberanos se encontraron en Canterbury. Carlos saludó a su prometida de seis años, la princesa María. Se hicieron planes de campaña y se preparó el asedio de Bolonia. Entonces llegó un mensajero del papa. Respondiendo al deseo que su hijo espiritual había expresado unos meses antes, Adriano VI exhortaba a los príncipes a reconciliarse para luego poder enfrentarse a los turcos. El mensaje llegaba en un momento poco propicio. Enrique VIII quiso responder en tono grosero. Carlos lo hizo de forma cortés, lamentando la agresividad y la mala fe de los franceses. Mientras no vencieran a su rey, sería imposible pensar en la cruzada.

El emperador quizá hubiera escrito en diferentes términos si hubiera recibido ya la noticia de la toma de Génova. Los suizos de su ejército se habían apoderado de aquella opulenta metrópoli y se habían apropia-

do de tantas riquezas que pudieron volver a casa. El ejército imperial casi desapareció y no había dinero suficiente para crear otro.

De nada servía que Cortés se hubiera apoderado de los tesoros de México. Sólo los Países Bajos eran ricos, pero no tenían obligación de pagar impuestos. Cada provincia decidía los subsidios que iba a entregar al emperador, pudiendo establecer las condiciones de los mismos. En aquel caso, los Estados Generales, opuestos a la guerra y descontentos por los despilfarros de la Corte, impusieron como requisito la posibilidad de controlar el destino de los fondos.

Carlos no aceptó. Quería liberarse de aquella tutela, reunir sus estados dispersos y formar un imperio donde reinara la solidaridad. ¡Qué envidia tenía de la unificación de Francia!

Regresó a Flandes y estuvo algún tiempo meditando sobre la dificultad de su misión, sobre la curiosa circunstancia de que una tarea prescrita por Dios estuviera sometida a las mezquinas contingencias materiales. Muchas veces se quedaba trabajando hasta entrada la noche. Cuando abandonaba su mesa llena de papeles era para cazar o para realizar largas cabalgadas en solitario. Vivía aislado, incluso en medio de las fiestas (siempre fastuosas a pesar de las dificultades económicas), o cuando comía en público o asistía a los torneos. Era una especie de autómatas que representaba a la monarquía. Juana la Loca se había abismado en su propio interior. Sin perder el equilibrio, Carlos experimentaba también la misma fascinación por el mundo interior. Estaba decidido a servir a la humanidad, pero no le gustaba el contacto con los hombres, cuyas debilidades le inspiraban terror. Sólo Gattinara tenía cierto ascendiente sobre Carlos, y éste no se lo perdonaba tan fácilmente.

Aun cuando se encontraba más a gusto entre los flamencos, decidió regresar a España, donde la huida de María Pacheco y de sus sublevados había significado el fin de la rebelión. Quería poner el país en orden y, de paso, ver al papa, que, seis meses después de su elección, seguía residiendo en Tortosa.

Antes de partir, redactó su testamento. En él no hacía la menor alusión al Imperio ni a Austria. Pedía que le enterraran en su país, en Borgoña y, si esto no fuera posible en Brujas, junto a su abuela, María de Borgoña, la hija del Temerario. Se dirían treinta mil misas en su memoria y se distribuirían miles de ducados entre los ancianos, los estudiantes y las jóvenes.

El emperador encomendó una vez más la regencia de los Países Bajos a la archiduquesa Margarita. Para realizar su misión contaría con la ayuda de un personaje curioso, escandalosamente rico, aborrecido por el pueblo, pero protector de las artes, Carondelet, arzobispo de Palermo, aunque nunca había puesto los pies en su diócesis.

El 16 de julio de 1522 desembarcó en Santander. Sus noventa barcos transportaban tres mil lansquenets alemanes, contratados haciendo un esfuerzo supremo, dos mil cuarenta y cuatro miembros de su Corte y mil quinientos caballos.

Al enterarse de su llegada, Adriano VI, decidido a no entrar en ninguna combinación política, salió precipitadamente hacia Italia.

10. La fascinación española (1522-1523)

Como en su primer viaje, Carlos evitó las ciudades poco seguras y hasta los caminos más transitados. Abandonó su inmenso séquito y sólo se hizo acompañar por algunos familiares. Fue una larga marcha a caballo entre campos áridos, pueblos cuyos habitantes lanzaban gritos de alegría y proclamaban su entusiasmo, sin conseguir disipar los sombríos pensamientos de su soberano.

El emperador seguía sin comprender los abusos cometidos por sus consejeros flamencos y el odio desencadenado contra ellos. Sólo pensaba en que sus pueblos se habían rebelado, sacrilegio irreparable, y en que la gran nobleza y la burguesía, a merced de la política del momento, habían combatido en distintas ocasiones a la Corona.

¿Debía mostrarse clemente, siguiendo los consejos del duque de Alba y de su tía, la reina Catalina de Inglaterra? No. Carlos no era hombre de temperamento cruel, pero en aquella época no se tenían en cuenta las razones de un culpable. La mansedumbre se interpretaba como una señal de debilidad, que podía comprometer el prestigio real. Un interés superior prohibía que las intrigas locales entorpecieran el camino de quien pretendía salvar al Occidente y a la Iglesia. El emperador no pensaba cumplir las promesas hechas a los comuneros a fin de lograr su sumisión. Sólo él tenía en su mano el poder de la justicia. Y los grandes, como el condestable de Castilla, que habían llevado a cabo operaciones sufragadas con sus propios medios, no recibirían ninguna compensación. Si al menos hubieran reaccionado antes...

Habría, por tanto, una represión implacable y grandes confiscaciones que permitirían sacar a flote la comprometida situación del Tesoro. Sin embargo, el nieto de la gran Isabel no podía librarse de la fascinación que España ejercía sobre él. Carlos estaba decidido a repudiar a los príncipes de Chièvres. El dinero que obtendría del castigo de los rebeldes no lo utilizaría ni en pagar sus deudas ni en reclutar tropas. Lo emplearía en la renovación de España, con la intención de alcanzar el grado de prosperidad de Francia y de Flandes.

Sus reinos carecían de homogeneidad, su primitiva economía no tenía ni flexibilidad ni diversidad. Los judíos habían sido expulsados y se seguía persiguiendo a los moriscos. Carlos no imaginaba hasta qué punto influiría el fanatismo en el futuro de sus estados. Todo lo contrario. Intentaba seguir aquella política con el fin de obligar a los españoles —ilusión de un joven sin experiencia— a ser tan laboriosos como los flamencos. Soñaba en el Nuevo Mundo desconocido, y en sus riquezas, como medio de favorecer tal metamorfosis.

En aquellos años los conquistadores seguían buscando por el norte y el sur de América la ruta hacia Asia que había constituido el objetivo de Cristóbal Colón. Aquello explicaba la sorprendente rapidez con que habían descubierto y ocupado inmensas franjas costeras, después de diezmar a la población. Eran transmisores de microbios que causaban terribles epidemias. Los supervivientes se veían obligados a trabajar en las minas en condiciones espantosas, que provocaron también numerosas muertes, dado el arcaísmo de las técnicas utilizadas. Los ocupantes creaban el vacío a su alrededor, lo que contribuía a «impulsarles constantemente hacia nuevos espacios, es decir, hacia nuevos hábitats humanos que destruir». En 1522 llegaban todavía a España barcos cargados con metales preciosos, con perlas y cochinillas, después de viajes que podían durar de seis a dieciocho meses. Pero el primer imperio colonial, el de los Reyes Católicos, estaba ya en ruinas.

En los doscientos cincuenta mil kilómetros cuadrados que Carlos había heredado en las Antillas y en las orillas del istmo, había unos diez mil colonos que vivían del trabajo de trescientos mil indios, resto de una población de siete millones de habitantes. El centro de la conquista se había desplazado unos mil quinientos kilómetros hacia el oeste y unos cuatro mil al sudoeste, lo que triplicaba las dificultades. La crisis comenzada varios años antes sólo se superaría hacia 1530 gracias a la «segunda América». Cortés controlaba entonces casi las dos terceras partes del Imperio azteca.

Con los informes que recibía, el emperador se formaba una idea bastante confusa de la situación. No se daba cuenta de que el gran espejismo oceánico, la sed de riquezas y de aventuras hacían salir de España a sus hijos más emprendedores, castellanos sobre todo, pues «las Indias» eran territorios de Castilla. Se ha dicho que si los descubrimientos hubieran sido obra de los aragoneses o de los catalanes, hombres de negocios menos sensibles a los fantasmas y al fanatismo, América habría enriquecido prodigiosamente a España, en vez de hundirla en la miseria.

Carlos no podía prever aquella evolución de los acontecimientos. Su intención era utilizar el botín de la conquista para transformar sus reinos en un Estado moderno. Sin darse cuenta, se dejaba llevar por la poderosa corriente de ideas que dominaba en Europa. Inconscientemente, el César, paladín de la unidad cristiana, terminaba convertido en un nacionalista español.

Después de todo, ¿no eran los españoles el mejor instrumento de su gran proyecto imperial? Eran piadosos, heroicos, guiados por un ideal y hasta por ilusiones, siempre dispuestos a defender el honor con las armas. ¡Qué contraste con los flamencos, esclavos de su bienestar y de sus intereses, con los anárquicos y venales alemanes y con los pícaros italianos!

Aunque el resto del mundo estaba en ebullición, Carlos decidió fijar su residencia en España.

Había establecido lo que podríamos llamar las prioridades de su gigantesca tarea. Remodelaría sus posesiones ibéricas, en lugar de complicarse la vida en el avispero italiano; luego se haría coronar en Roma

y, finalmente, sometería a los alemanes. Podía trazarse un plan tan ambicioso contando con el valor de sus ministros y de sus generales, y sobre todo, con el extraordinario ascendiente que ejercía sobre hombres que intelectualmente podían ser superiores a él.

La fidelidad absoluta que inspiraba en ellos no era fruto ni de componendas ni de favores ni de bellas palabras. Nadie demostró tan a las claras que la ingratitud era la virtud de los reyes, nadie se mostró más insensible a las peticiones que no quería oír. La fe de sus servidores en un emperador enclenque procedía de su indomable firmeza, de su convicción contagiosa en que toda desobediencia a sus órdenes era un acto impío.

Si, por una parte, Carlos se dejaba arrastrar por su sangre española, por la otra iba a dejar también su impronta en unos súbditos que acabarían transformándole en un ídolo. Se le ha alabado por «haber sabido crear un tipo de hombre firme, resuelto y sediento de la verdadera grandeza», un hombre incapaz de concesiones en lo referente al honor, y tan seguro de los designios de la Providencia que llegaría a menospreciar la realidad. Se le ha acusado de haber fomentado la intolerancia religiosa, el orgullo racista, el menosprecio a los extraños, la sed de dominio. Baumgartner le reprocha haberse servido de fuerzas medievales para imponer su ley a un mundo moderno.

Los numerosos archivos desperdigados a los cuatro vientos y felizmente recuperados dan a su acción un aire diferente: es una acción comparable a la de los reformadores más eficaces. No desaparece el espíritu aventurero, pero ya no es la nota distintiva de su gobierno. Se creó una policía y la justicia quedó sometida a unas normas fijas, que garantizaban una especie de seguridad hasta entonces desconocida. El bandolerismo, que constituía toda una institución, desapareció casi por completo, y las familias nobles tuvieron que renunciar a sus tradicionales *vendettas*. La Inquisición conservó su terrible poder, pero sin llegar a poner en tela de juicio a la autoridad del rey, como ocurriría más tarde.

El gran problema era el de las finanzas. Carlos, educado por flamencos, intentaba conocer exactamente sus ingresos para saber los gastos que podía permitirse. No podía lograrlo con los desfasados métodos castellanos. El emperador realizó una revolución administrativa que provocó tempestades. Creó un Consejo de Hacienda presidido por el que había sido su superintendente en los Países Bajos, Enrique de Nassau Dillenbourg, y en el que figuraban también el «borgoñón» Jacques maurin y don Juan Manuel. Varios años más tarde, cuando se fortaleció la tendencia española, dicho organismo prescindió de sus miembros extranjeros. Funcionó bajo la dirección de Francisco de los Cobos, y luego de su yerno, Juan Vásquez de Molina. El Consejo recibía todos los ingresos de la Corona y debía aprobar todos los gastos.

El Consejo se reunía todos los días y trabajaba con gran dedicación, aunque sus miembros no fueran insensibles a los sobornos, práctica entonces habitual en los funcionarios. Pero pronto comprendió que le había tocado cargar con la roca de Sísifo. La política casi planetaria de Gattinara hacía imposible todo equilibrio.

Pero ¿había otra alternativa? Los turcos habían ocupado Rodas y Belgrado y había que realizar un último esfuerzo para impedir que devoraran a la Cristiandad. Además, había que hacer frente a Francia, mantenerse en Italia, defender los Países Bajos y proteger los estados austríacos.

Carlos había ordenado a su tía Margarita que no renunciara a ningún sacrificio en favor de Fernando, empeñado en levantar una barrera frente al Infiel. Estaban en juego, naturalmente, las riquezas de los Países Bajos. El embajador del archiduque, Martín Salinas, seguía también con atención las actuaciones del Consejo español. Ya en 1523 hizo saber a su señor que la obra emprendida era sobrehumana y que ni el príncipe más poderoso del mundo podría evitar la bancarrota.

Los ingresos ordinarios de la Corona de España, incluyendo a las Indias, no permitían cubrir los gastos ordinarios. En cuanto a los gastos extraordinarios, crecían a un ritmo vertiginoso. Hubo que recurrir a la Deuda, es decir, bonos vendidos a banqueros a quienes se garantizaba un interés del tres al siete por ciento. Su pago se garantizaba con ingresos muy concretos. Conforme iba pasando el tiempo, eran más los ingresos destinados a cubrir nuevos préstamos. Pronto quedaron comprometidas también las rentas futuras y los tipos de interés se hicieron desorbitantes.

El desafortunado emperador no lograría nunca tener una Hacienda saneada que le permitiera dominar el mundo. Hasta el último momento de su reinado, intentó por todos los medios encontrar soluciones extremas, con las que pudo retrasar treinta años el cumplimiento de la sombría predicción de Salinas.

¡Si hubiera podido hacer de los españoles un pueblo realista! ¡O si hubiera dejado que judíos y moriscos administraran la economía! Sus convicciones, que coincidían con un sentimiento generalizado, le impedían la segunda solución. En cuanto al desinterés de los españoles por tareas ajenas a sus sueños, no era él el más indicado para reprochárselo. Sabía demasiado bien lo que representaba la búsqueda del absoluto. En perjuicio de sus intereses materiales, los ideales lograron una especie de conjunción entre el pueblo y un soberano a quien su melancolía, su reserva y su leyenda de infalibilidad rodeaban de una aureola casi fabulosa.

El papa holandés se encontraba muy a disgusto en Roma. Las intrigas, la codicia, la relajación de las costumbres y el boato de los prelados causaban horror a un hombre de vida ascética. La violencia de la población le aterrorizaba. Por su parte, los italianos seguían considerándole un «bárbaro», y no le perdonaban su humildad, su austeridad, su desmedida piedad. ¡Le criticaban hasta por decir misa todos los días!

Una epidemia de peste hizo huir al alto clero. Adriano VI se quedó casi solo, viviendo como un ermitaño. Desde la toma de Rodas no cesó de predicar la cruzada, de proponer la unión contra los turcos. El emperador quería, antes de nada, acabar con Francisco I. Terminó convenciendo a su antiguo maestro de que el rey de Francia apoyaba a los herejes alemanes y trataba con consideración al sultán; el papa, cuya

muerte era ya inminente, accedió a firmar una alianza con él. Pero Adriano VI no pudo resignarse a abandonar así su puesto de árbitro supremo, a reclutar tropas destinadas a combatir a cristianos. Unos días después de la firma del tratado, el 14 de septiembre de 1523, murió.

Para el emperador fue un golpe muy duro. En el cónclave, que duró dos meses, Julio de Médicis, hasta hacía poco candidato de los franceses, había pasado a ser el suyo, pues había logrado convencerle de sus buenas intenciones. Los franceses apoyaban oficialmente al cardenal Farnesio. En el momento decisivo dieron sus votos a Julio de Médicis, permitiendo así su elección, a pesar de que era un hijo bastardo. Además, hicieron creer al nuevo pontífice, Clemente VII, que el emperador había estado en contra de él. Clemente VII no se lo perdonaría nunca.

11. El soldado perdido (1523-1525)

La lucha contra Francia era cada vez más encarnizada. Cada rival prometía al otro «convertirle en uno de los príncipes más pobres de la Cristiandad». Carlos estaba seguro de ganar la partida, pues no sólo contaba con la ayuda sin reservas de Enrique VIII, sino que desde hacía meses disponía en Francia de un aliado valiosísimo, el príncipe y comandante en jefe del ejército, el condestable duque de Borbón, que había sido uno de los vencedores de Marignan.

Gracias a su mujer, heredera de la rama mayor de su familia, gracias a la hija de Luis XI, Ana de Beaujeu, su suegra, y gracias también al amor, no correspondido, que le profesaba Luisa de Saboya, Carlos de Borbón había conseguido convertirse en un señor feudal formidable y representaba una auténtica amenaza para la Corona de Francia. Con su altivez y ferocidad, sus ambiciones confusas y su inquietud, era una «excepción manifiesta» en medio de un reino tan difícilmente reunido. Peligro que un Capeto no podía ignorar.

Carlos V había pensado desde el primer momento en ganarse a aquel personaje insaciable y soberbio. Antes, las casas de Borgoña y de Borbón habían estado estrechamente unidas. Ya en 1519 el emperador envió mensajeros al condestable y le propuso, si se daba el caso, la mano de su hermana Leonor, viuda del rey de Portugal (la duquesa de Borbón era mujer de salud muy delicada). Aquella iniciativa no tuvo el menor resultado.

Dos años más tarde las cosas cambiaron. El Borbón perdió a su mujer y el rey comenzaba a sentirse celoso de su magnificencia. Luisa de Saboya concibió la esperanza de ocupar el lugar de la fallecida. Al ser rechazada, se convirtió en enemiga mortal del condestable y reclamó la prodigiosa herencia de su mujer, pues era su pariente más próximo. El Borbón respondió insinuando la posibilidad de casarse con la hermana del emperador.

Francisco I escuchó entonces a sus legistas, que consideraban necesario reducir al último enemigo natural de la monarquía «a la condición de un gentilhombre de cuatro mil libras». Poco antes, habría caído bajo la espada. En aquel momento pareció más oportuno tenderle trampas jurídicas. Fue un proceso que significó el final del guerrero. Sus bienes fueron embargados. La hija de Luis XI, Ana de Beaujeu, que había salvado y luego puesto en peligro la obra de su padre, recordó en el lecho de muerte a su yerno el antiguo pacto Borgoña-Borbón. Había que unirse con el emperador para reducir al rey:

—Prometedme que haréis todo lo que esté en vuestra mano y moriré contenta.

El Borbón siguió tan funesto consejo. Envió emisarios a Carlos V y a Enrique VIII. Estos picaron el anzuelo con avidez. El emperador prometió al rebelde en potencia la mano de su hermana y doscientos mil escudos, y al inglés, una suma semejante; ambos le prometían la Provenza, el Lyonesado, la Champagne, un auténtico reino, con la condición de que el primero recuperara «su» Borgoña y el otro fuera reconocido como rey de Francia. ¿No lo era legalmente en virtud del tratado de Troyes de 1422?

El condestable negoció, tratando de engañar a los dos soberanos, que intentaban también engañarse mutuamente, pues Carlos no habría podido desmembrar el reino si Enrique lo hubiera tenido en su totalidad.

«Este virtuoso príncipe —escribía Wolsey—, viendo la mala conducta del rey y la enormidad de los abusos, quiere reformar el reino y mejorar la situación del pueblo, hundido en la miseria... Nunca ha habido un rey tan odiado como éste. Ha provocado la mayor pobreza y una situación de gran alarma. Ha sacado tanto dinero que, si saca más, pondrá a todos en su contra.» Wolsey pintaba el cuadro con tonos muy negros, pero es cierto que existía cierta agitación en Francia, donde había reaparecido una miseria desconocida desde hacía tiempo. El Borbón parecía con posibilidades de ganarse a una parte importante de la población.

Durante varios meses actuó con astucia y se libró de prestar juramento a Enrique VIII y de recibir el Toisón de oro, que le habría convertido en vasallo del emperador. Francisco I tuvo información de sus maniobras y se produjo entre ambos un fuerte altercado. El condestable abandonó la Corte y se dirigió a su castillo de Chantelle. Poco después pasó el Rubicón, firmando un tratado con el señor de Beaurain, representante del emperador. Se estipulaba en él que antes del 1 de septiembre de 1523 se produciría en Francia una cuádruple invasión, mientras que el Borbón reuniría a sus numerosos vasallos y a la nobleza descontenta, con cuya lealtad contaba. Se comprometía también a reclutar diez mil lansquenets alemanes.

Francisco I, ignorante de la avalancha que estaba a punto de venirse encima, preparaba una nueva expedición al Milanésado. Había abandonado París, nombrando regente a su madre y dejando al propio Borbón como lugarteniente del reino. En Nivernais, un mensaje de Luisa de Saboya le puso al corriente del complot, revelado por dos caballeros normandos. Ya había un ejército desembarcando en Calais y los lansquenets alemanes estaban atravesando el Franco Condado. Sin embargo, el condestable había pedido a sus aliados que reprimieran sus impulsos hasta que el ejército francés hubiera atravesado los Alpes. Por su parte, él fingía estar enfermo.

Francisco I fue a verle e interrogarle. El Borbón, lejos de defenderse, afirmó que sólo había querido descubrir las intenciones del emperador. El rey fingió que se dejaba convencer y pidió a su primo que le acompañara. Por desgracia, el héroe de Marignan se encontraba demasiado

débil. Se pondría en camino en cuanto se hubiera recuperado. Poco después, se separaron. El 7 de septiembre, los españoles entraron en Gascuña y los alemanes en Champagne. En la noche del 9 al 10, el condestable, informado de que cuatro mil soldados se disponían a cercar Chantelle, huyó en compañía de un solo hombre llamado Pompéran. Tras una odisea llena de aventuras consiguió llegar al Franco Condado, tierra imperial.

Luego, ingenuamente, esperó; Carlos y Enrique VIII hicieron lo mismo. Aguardaron durante tres meses que se produjera la gran sublevación, tres meses durante los cuales el condestable habría podido sorprender a París al frente de sus lansquenets. Nadie se movió. Resultaba claro que los tiempos habían cambiado. Las guerras ya no eran reflejo de las querellas feudales, sino que se producían entre naciones.

Francia no estaba todavía a salvo. Veinte mil soldados imperiales vinieron a reforzar a los quince mil ingleses reunidos en Calais. Un ejército tan numeroso no habría encontrado casi resistencia, pero hubo discusiones, pues Enrique VIII quería conquistar sobre todo Boulogne, mientras que Carlos se inclinaba por las ciudades del Somme, antes pertenecientes a Borgoña.

Estos acontecimientos coincidían en el tiempo con la celebración del cónclave. Wolsey, que esperaba de nuevo la tiara, convenció a su señor de que cediera. Las líneas de vanguardia estaban a once leguas de París cuando le llegó la noticia de la elección de Clemente VII. ¡Le habían traicionado por segunda vez! «Hace demasiado frío ahora —escribió—; ni hombres ni animales podrían soportarlo.» Y el invasor des hizo el camino.

En definitiva, el condestable, que creía poder resucitar en beneficio propio el antiguo reino de Arlés, sólo había prestado su espada al emperador. ¿Cómo iba a agradecersele éste después de una decepción tan grande? Se respetaba demasiado para olvidar tan pronto sus promesas, pero se amaba demasiado para mantenerlas. Ofreció al Borbón que aceptara su hospitalidad en España o que se ocupara de mandar sus tropas en Italia, es decir, que se convirtiera en un cortesano o en un simple capitán, aunque llevaría el título de lugarteniente general.

El Borbón, que tuvo siempre la esperanza de casarse con Leonor de Austria, comprendió que no lo conseguiría sin haber prestado antes a su hermano algún servicio importante. Se encargó de destruir el ejército francés, inmovilizado en Lombardía por el frío y a cuyo frente estaba su acérrimo enemigo y favorito de Francisco I, un cabeza loca, el almirante De Bonnivet.

Antes de morir, Adriano VI había conseguido la hazaña de unir en contra de los franceses a la mayoría de los estados italianos, incluyendo a Venecia, a la que el emperador prometía ceder Friul, poco antes arrebatada a Austria. Clemente VII no tuvo ni tiempo ni medios para invertir la tendencia. Las tropas afluyeron a la península: alemanes a sueldo de Venecia; napolitanos a las órdenes de su virrey flamenco, Lannoy, viejo maestro de Carlos; españoles capitaneados por dos grandes hombres de guerra, el italiano Pescara y Antonio de Leyva.

Lo que estaba ocurriendo constituía, en aquella época, algo extraordinario. Se preparaban violentas batallas en Italia, mientras que el emperador, lejos de dirigir a sus tropas, estaba en Madrid, arreglaba sus relojes y se ocupaba de la administración. Aquello parecía indigno de un caballero. Si Francisco I seguía en Francia era por culpa de la conjuración del condestable, cuyas consecuencias se dejaban todavía sentir. En cuanto tuviera las manos libres, saldría para ponerse a la cabeza de su ejército.

En cuanto al Borbón, seguía haciendo alarde de su celo y reclutaba otros seis mil alemanes. Bonnivet, que disponía de una artillería formidable, había llegado a tres leguas de Milán. Podría haber tomado fácilmente la ciudad. No lo hizo, y tuvo que retroceder cuando el Borbón le atacó con una rabia inusitada. Tuvo que evacuar el Milanesado. Durante la retirada cayó Bayard. ¿Qué estudiante no sabe sus últimas palabras, tal como las reproduce Martin du Bellay? ¿Es cierto que el caballero irreprochable echó en cara al condestable que había obrado «contra su príncipe, su patria y su juramento»? ¡No importa! Estas palabras, que pronto se harían legendarias, reflejan perfectamente la indignación que inspiraba a los franceses de la época moderna su traición.

El Borbón, por su parte, seguía haciéndose ilusiones. Estaba seguro de arrastrar tras su persona la Provenza, donde se construiría el famoso reino de Arlés, bajo la soberanía imperial, lo que no le impedía escribir a Enrique VIII que le reconocía como rey de Francia: de toda Francia, en oposición a los intereses del Habsburgo.

Aunque no conocía este doble juego, Carlos no tenía demasiada confianza en el tráfuga. Aceptó su plan y le confió un ejército, pero colocó a su lado a tres guardianes, los generales Lannoy, Pescara y De Leyva, que, naturalmente, no podían soportarle.

El 9 de agosto de 1524 el condestable entró en Aix. Habría querido atravesar el Delfinado, apoderarse de Lyon, avanzar hasta el centro del país, hasta el Borbonesado. Allí estaría en su casa. No dudaba que entonces podría arrastrar a sus vasallos, sublevar a la Francia central y hacerse con París.

El emperador no lo entendía así. Temía crear un nuevo poder cuyo control podía escapársele pronto de las manos. En su nombre, Pescara indicó al conquistador que tomara antes Marsella, puerto importante y de gran utilidad para las comunicaciones con España e Italia. El Borbón habría desobedecido si hubiera contado con los medios económicos para ello. Pero España había dejado de pagar a las tropas y Wolsey, devorado por el rencor, había interrumpido también sus pagos.

Para evitar que el ejército se dispersara había que prometerle el saqueo de Marsella y de sus riquezas. El Borbón pensaba además que podría hacerse fácilmente con la plaza, pues tenía allí partidarios interesados en el renacimiento del antiguo reino. De creer sus palabras, parecía que los propios cónsules iban a acudir en persona a entregarle las llaves.

No había contado con otro tráfuga, Renzo Orsini, proscrito por la Santa Sede y conocido con el nombre de capitán Rance. Rance galvanizó a la población, en la que subsistía un viejo resquemor contra los

aragoneses, que un siglo antes habían saqueado la ciudad. La resistencia fue heroica.

—¡Ahí vienen los cónsules a entregarte las llaves! —decía Pescara al condestable mientras caía una lluvia de balas.

Todos los asaltos fueron rechazados. El Borbón levantó el asedio del 28 de septiembre. Su retirada se convirtió en un desastre, pues los soldados de aquella época se abandonaban tan fácilmente a la maldición de la suerte como al entusiasmo de la buena fortuna. El mariscal de Montmorency aplastó a la retaguardia. La artillería se perdió.

Mientras tanto, Francisco I había tenido tiempo de reclutar catorce mil suizos y de reunir a su nobleza. Francia entera se agrupaba en torno a un soberano a quien, hacía poco, dirigía amargos reproches.

En contra de la opinión de algunos historiadores, el rey tuvo razón al no dejar que pasara inútilmente aquel gran impulso nacional. Por otra parte, ¡había que alimentar a tanta gente! La única salida posible estaba en Lombardía, si no quería extenuar al reino.

Como en 1515, el ejército francés atravesó los Alpes a pesar de las inclemencias atmosféricas, y en esta ocasión se apoderó de Milán. Por el contrario, perdió la ocasión de conseguir una victoria definitiva en Lodi. Seis mil soldados imperiales pudieron refugiarse en Pavía, plaza fortificada, a las órdenes de Antonio de Leyva, que, a pesar de estar enfermo y tullido, conseguía hacer verdaderos milagros.

Francisco I comenzó el asedio de la ciudad el día 28 de octubre de 1524. Había posibilidades de que la tomara sin tener que combatir, pues los cinco mil alemanes de la guarnición, que no habían cobrado las cantidades convenidas, hablaban de entregar la fortaleza. Leyva salvó la situación envenenando a su jefe. Demasiado seguros de vencer, los franceses parecían no tener ninguna prisa. El rey se atrevió incluso a enviar un cuerpo de tropa a la conquista de Nápoles. Así pasaron cuatro meses.

Durante aquel tiempo Lannoy y Pescara habían congregado a parte de sus soldados y se habían instalado en las inmediaciones del campamento enemigo. El Borbón, por su parte, había conseguido hacerse con las joyas de la duquesa, y luego se había precipitado hacia Augsburgo, donde había conseguido reclutar más tropas alemanas. El jefe de aquellas bandas terribles era un capitán no menos terrible, un luterano —¡pero aquellos detalles no se tenían demasiado en cuenta!—, Georges Frundsberg. En enero de 1525 estas fuerzas entraron en contacto con las de Lannoy y de Pescara. Entonces pusieron sitio a los que estaban sitiando al ejército español refugiado en Pavía.

Una vez más, comenzó a escasear el dinero. Lo mismo ocurrió con los víveres. Generales y caballeros vendían sus cadenas de oro, sus insignias, sus objetos de plata. ¡Una gota de agua en el mar! Los soldados podían salir en desbandada cualquier día. Pescara los retuvo con grandes dificultades, prometiéndoles que podrían saquear el campamento francés, donde sobraba de todo.

Carlos estaba reponiéndose lentamente de una fiebre maligna cuando le llegaron tan inquietantes noticias. Las de Alemania eran todavía peores. Desde el mes de junio de 1524, la guerra de los campesinos su-

blevados contra los señores se extendía, con consecuencias espantosas, por Suabia, Franconia, Sajonia y Alsacia. Los compañeros (obrerros) de las ciudades se iban sumando al movimiento. Más adelante, Lutero condenaría sin contemplaciones a los sublevados y de esa manera se conciliaría con los príncipes. Pero el emperador no tenía entonces la menor duda de que las predicaciones del monje eran las causantes de una rebelión desencadenada en nombre de los evangelios y con el fin de fundar el «reino de Dios». Fernando era incapaz de dominar tan terrible tempestad. Por otra parte, tenía los ojos fijos en Hungría, amenazada por el avance inexorable de los turcos.

En los Países Bajos la regente recurría a todos los procedimientos imaginables para obtener nuevos ingresos. Entre la población, el descontento alcanzaba proporciones alarmantes. También allí la doctrina de Lutero comenzaba a producir sus efectos. En Bois-le-Duc comenzaban a maltratar a los religiosos.

El Imperio de los Habsburgo, de reciente formación, parecía venir-se abajo.

12. Los inconvenientes de la victoria (1525)

Durante el invierno, mientras parecía oscilar la balanza del destino, el emperador y sus consejeros buscaban el medio de recuperar la iniciativa, es decir, de obtener grandes cantidades de dinero. En España las reformas administrativas no habían producido todavía efectos apreciables; Cortés se había apoderado de toda Nueva España, pero aún no había llegado el momento de ver cómo aflúan sus tributos; de los flamencos no se podía esperar nada. Gattinara propuso la creación de un fondo especial en el que también colaboraría la Iglesia; de esta manera el soberano podría actuar en los diferentes territorios en que tuviera que intervenir con urgencia. Los Estados Generales de los Países Bajos se opusieron al proyecto. Sólo quedaba un recurso: casar a Su Majestad y obtener de la elegida una dote considerable. ¿Podría contar con ella su séptima prometida, la pequeña princesa María de Inglaterra? Nadie se fiaba de un tío caprichoso ni del temible Wolsey. Por otra parte, sus posibilidades eran limitadas. Un solo rey, el de Portugal, primo hermano y cuñado de Carlos, contaba con un tesoro inagotable. Los españoles habían esperado en todo momento que su soberano siguiera una tradición, cuyos peligros ignoraban, y que se casara con la hermana del Creso de su tiempo, Isabel de Portugal.

La infanta poseía la belleza mágica, el encanto y el misticismo de las princesas de su país que habían transmitido ya su «melancolía» o su exaltación a las casas de Borgoña, de Castilla y de Austria. Aunque no la había visto nunca, Carlos la veneraba. Sólo ella, pensaba, le permitiría encontrar, por fin, el amor puro. Desde su aventura de Oudenarde, no había tenido más que contactos ocasionales con mujeres por las que no sentía el menor afecto.

Pero el sentimiento no debió de influir demasiado. La cifra de la dote no permitía la menor duda. El rey de Portugal ofrecía novecientos mil ducados. La monarquía española le debía mucho dinero, que habría que deducir de tan fabulosa suma. Aun así, quedaban cuatrocientos mil ducados, cantidad suficiente para cambiar el curso de la Historia. Permitiría al emperador realizar su «gran plan», el reparto de Francia, y organizar la cruzada tras haber vencido a sus enemigos y recibido la corona de manos del papa.

Todos estos proyectos ocupaban la imaginación del emperador a comienzos de marzo de 1525, mientras desde los cuatro puntos cardinales llegaban noticias funestas. En una carta a su hermano, larga y lle-

na de quejas, Carlos explicaba sus dificultades y desnudaba su alma atormentada. «Me estoy consumiendo poco a poco», escribía.

Su mayor pena era la de tener que morir sin dejar un recuerdo glorioso. Por otra parte, no podía hacer la paz —porque ésta dependía de un adversario irreductible— ni la guerra, por falta de medios. Si los obtenía gracias a su matrimonio, se dirigiría a Nápoles y desde allí trataría de acabar con Francia. «Pero todas estas probabilidades no sirven para inspirar confianza.»

El 10 de marzo el emperador reunió su Consejo, formado por dos italianos —entre ellos Gattinara—, cuatro flamencos y dos españoles; el principal de éstos era Hugo de Moncada, émulo de César Borgia, personaje siniestro, según el decir de sus contemporáneos. En aquel momento, Moncada estaba en manos de los franceses: lo habían capturado durante el ataque contra Provenza.

Carlos confesó que le parecía que en Italia todo estaba perdido. Incapaz de contenerse, recorría la enorme sala a grandes pasos. En aquel momento se anunció la llegada de un correo procedente de Pavía. El emperador no tuvo ocasión de autorizar su entrada. Olvidándose de toda etiqueta, el comendador Penascola apartó a la guardia y se puso de rodillas diciendo:

— ¡El 24 de febrero hubo una batalla! ¡La victoria fue nuestra! ¡El ejército francés ha quedado destruido y el rey francés es vuestro prisionero!

Carlos se quedó petrificado. Murmuró dos o tres veces:

— ¡El rey prisionero!

Luego, sin más comentarios, se dirigió a su oratorio y se dejó caer sobre su reclinatorio. En su interior se desencadenó un huracán de sentimientos contradictorios. Por una parte, se sentía humillado. Sus generales habían conseguido una gran victoria mientras que su jefe estaba lejos de ellos, rodeado de pergaminos. La victoria había tenido lugar el 24 de febrero, día en que cumplía veinticinco años, clara señal de su predestinación, pero, a sus veinticinco años, él, el gran maestro del Toisón de oro, no había participado personalmente en ninguna batalla.

Luego cambió el viento. ¿Qué importaba el gran maestro del Toisón de oro en comparación con el César cuando, por primera vez, se hacía plenamente merecedor de dicho título? Renacían en él los proyectos grandiosos de sus antepasados, los de Rodolfo, el primer emperador Habsburgo, y los del Temerario. Dios había realizado un milagro en su favor. Nada se oponía ya a la unidad de Occidente. La Cristiandad iba a reconocer a su jefe natural y, bajo su estandarte, reconquistaría Constantinopla y Jerusalén.

El arrebató no duró mucho. Carlos sabía las trampas que le tendía el destino, después de haber colmado todas sus esperanzas. Quiso informarse con todo detalle, mandó llamar a Penascola y le pidió que le contara lo ocurrido.

Se sorprendió, al principio, de que el comendador hubiera llegado tan pronto. Había sido gracias al rey de Francia. Lannoy, que quería adelantarse al condestable Borbón, cuyo correo iba a embarcar en Génova,

había pedido a Francisco —que, según el código de caballería, era su prisionero personal, casi su propiedad, ya que había recibido su espada— un salvoconducto que permitiera a Penascola atravesar Francia. El rey había aceptado sin la menor objeción, aunque pidió, como contrapartida, que un gentilhomme, también cautivo, M. de Montpezat, fuera a llevar una carta a su madre. Petición inmediatamente atendida.

Para demostrar su lealtad, Francisco había leído en voz alta su carta. En ella figuraba una frase que se haría famosa: «De cuanto tenía no me ha quedado más que el honor y la vida, que no corre peligro.» Penascola había llevado a Montpezat hasta Saint-Just-lès-Lyon, donde estaba la regente Luisa de Saboya; allí recibió el salvoconducto y salió a toda prisa hacia España. Ni él ni Lannoy sabían, y Carlos tardó mucho en saberlo, que Montpezat, además de la carta, había llevado el anillo del rey y que dicho anillo iba destinado al sultán Solimán el Magnífico, el Gran Turco, ¡la encarnación del diablo!

Las terribles desgracias que iba a causarle aquel anillo eran todavía un secreto que sólo el futuro podía desvelar. Por un momento, el emperador se limitaba a considerar las desgracias de su rival. ¡Cuántos errores había cometido! Podría haber esperado a que los imperiales se dispersaran por falta de dinero en vez de lanzarse alegremente a la batalla, como le había aconsejado Bonnivet. Habría podido dejar que su artillería le garantizara un avance decisivo en lugar de reducirla a la impotencia con una carga inoportuna.

Se habían cometido otros errores de los que Carlos no se rió. Eran, en general, consecuencia del espíritu caballeresco, de una tradición medieval que causó la pérdida del Temerario y que no era compatible con los métodos modernos, pero que seguía siendo el ideal supremo a los ojos del Habsburgo y a los del Valois. Vencido en una hora, Francisco I había conseguido una nueva aureola gracias a sus grandes estocadas. De nuevo Carlos se entristecía al pensar en la imagen de escriba, de burgués, que debía de tener él en comparación con el rey francés.

A pesar de la ayuda estimable del Borbón, de la habilidad táctica de Lannoy y de Antonio de Leyva, el honor de la victoria recayó, en definitiva, sobre Pescara. Este se había comportado como un auténtico capitán de su época. Sus mil quinientos arcabuceros habían atacado por los flancos a la caballería enemiga y destruido con su fuego a los valientes señores que cargaban como si estuvieran todavía en el tiempo de las cruzadas. La flor de la nobleza francesa quedó abatida en el campo de batalla.

Carlos tampoco se alegró de esto. Alonso de Avalos, marqués de Pescara, esposo de Vittoria Colonna, la primera dama de Italia, era también discípulo de César Borgia. Desde 1521 había tenido innumerables éxitos. El emperador no se fiaba de su ambición ni de su popularidad. No le enviará ni una palabra de agradecimiento. Mejor todavía: le arrebató el condado de Capri, que el general se había apropiado en un momento de entusiasmo. Las recompensas serán para el fiel Lannoy.

Penascola había hecho todo lo posible para poner a Su Majestad de buen humor haciendo resonar ante él las trompetas de la gloria. Aun-

que el augusto rostro no se hubiera iluminado todavía, debía entregarle su segundo mensaje, un mensaje mucho menos agradable. A pesar del saqueo del campamento francés, a pesar de los numerosos prisioneros que tendrían que pagar rescate, los soldados creían que sus jefes estaban todavía en deuda con ellos. Se debían catorce meses de sueldo a los seis mil lansquenets de la guarnición de Pavía, cinco meses a los veinticinco mil reclutados por el Borbón, siete meses a los soldados de infantería españoles. Los caballeros llevaban esperando dos años.

Por fortuna, unos y otros habían dado a Lannoy tiempo para poner al rey en lugar seguro, dentro de la fortaleza de Pizzighettone. Al día siguiente, se sublevaron. Atacaron el castillo de Pavía, donde los generales vencedores habían buscado refugio, y lo invadieron y saquearon. Lannoy y Pescara se habían ocultado, uno debajo de una escalera y otro en un armario. Los mercenarios los habían descubierto, pero en vez de matarlos habían preferido obligarles a comprometer sus propios bienes. Pescara había tenido que hipotecar además las contribuciones de Milán, mientras que Lannoy, que era muy rico, había firmado gran cantidad de letras de cambio. De esa manera se había calmado la tormenta. Pero si Su Majestad quería conservar un ejército, sacar provecho de su victoria, tenía que enviar oro a sus lugartenientes.

Carlos no respondió, y con razón. Había comprendido la fragilidad de su victoria. No era posible organizar festejos públicos por una victoria conseguida contra otros cristianos. Se limitará a dar gracias al cielo con una misa y una procesión a la que acudirá personalmente. A los españoles les gustó mucho su gesto.

Llegaron otros dos mensajes, uno del Borbón, que hábilmente se había alejado de Pavía antes de la rebelión, y el otro del rey de Inglaterra. El condestable se atribuía el mérito de la victoria. Después de haber besado las manos a Francisco I, e incluso haberle servido en la mesa para demostrarle que respetaba el código de la caballería, quería vengarse del soberano que había pisoteado aquel código sagrado. Francia estaba indefensa, decapitada, sin tropas, sin jefes militares, sin más gobierno que el de Luisa de Saboya, mujer desacreditada.

El Borbón pedía autorización (y medios) para lanzarse sobre la presa. De un salto llegaría hasta Lyon o ¡hasta París!

También Enrique VIII hacía cábalas. Formuló una propuesta que, según él, Carlos tendría que aceptar: que Carlos se casara sin demora con su prometida, la princesa María. Inglaterra colaboraría con doscientos mil escudos de oro y daría otros ciento cincuenta mil al Borbón para que pudiera conquistar Francia (sus ideas coinciden), una Francia en la que el Tudor sería solemnemente proclamado rey en aplicación del tratado de Troyes. María era la única heredera. Cuando muriera Enrique, su yerno recibiría Francia e Inglaterra, y sería el amo del mundo. Mientras tanto, que el Borbón tomara las provincias que quisiera.

Por su parte el papa, aterrorizado, Venecia y la mayoría de los estados italianos hicieron saber que se ponían unánimemente del lado del emperador victorioso. Naturalmente, Clemente VII esperaba mucho a cambio.

Si Carlos hubiera tenido la fogosidad, la audacia y hasta la imprudencia de Francisco I, quizá se hubiera decidido a fundar la monarquía universal. Pero no. No pierde la cabeza y busca sinceramente la mejor solución. Sólo le entusiasma una idea: la recuperación de Borgoña. Independientemente de la política que se deba seguir y de los tratados que haya que imponer, esta exigencia será primordial. ¡El bisnieto del Temerario descansará en Champmol, entre los suyos! En cuanto a los demás asuntos, espera las opiniones de sus consejeros y, en particular, de Gattinara.

No tiene la menor tentación de ir a recoger los laureles. ¿Qué sentido podía tener organizar una expedición ruinosa, arriesgarse a un cambio de la fortuna, cuando tenía a su rival a su merced y no podía negarle nada? Es éste un cálculo que no encaja demasiado bien con los principios del Toisón de oro. También cabía la posibilidad de manifestar una generosidad magnánima, ganarse el agradecimiento del cautivo, atraerlo hacia su vencedor. Desde la perspectiva imperial, esta actitud digna de un paladín sería, quizá, la mejor táctica. Sí, pero significaría la renuncia a Borgoña, cosa imposible.

Carlos debía creer que se podían conciliar todas aquellas actitudes cuando escribe a su canciller: «Será más honrado conseguirlo con dulzura, si es posible, pues no quedaría muy bien hacer la guerra a un prisionero que no puede defenderse.» Mientras que sus ministros reflexionan sobre el tema, se pasa el momento de aplastar a Francia y el de convertirla en aliada. No renacerá el Imperio de Carlomagno.

Gattinara no quiere ni dar al Borbón una importancia excesiva ni poner a Enrique VIII en condiciones de amenazar a los Países Bajos. El canciller no tendrá en cuenta ninguno de sus proyectos al redactar la *Memoria* —programa destinado a su soberano.— Es interesante comparar la pesimista carta de Carlos a su hermano con este documento cuya forma, voluntariamente serena, oculta pretensiones desmesuradas, muy poco realistas.

Gattinara recuerda en primer lugar los derechos del emperador sobre Francia. El propio Dante los había reconocido en su *De Monarchia*. Sin embargo, el César debe mostrarse generoso como un león y clemente como Dios. No hace falta aniquilar el reino de los Valois; además, con ello se favorecía en exceso a Inglaterra. Enrique VIII podría, en caso de necesidad, reconquistar Normandía, Guyena y Anjou, posesiones de sus antepasados. En cuanto a las de la Casa de Borgoña, es decir el ducado y la Picardía, volverán, naturalmente, a su señor legítimo. Francia abandonará Italia y la soberanía sobre Flandes y Artois. El Borbón recibirá la Provenza, sus antiguos dominios y la mano de Leonor. Cuando el emperador haya celebrado su matrimonio, se trasladará a Italia, donde recibirá la corona imperial y obligará al papa a convocar un concilio que resuelva los problemas religiosos. La reconciliación general se sellará con el matrimonio del delfín y de una hija de Leonor. Entonces la Cristiandad estará en condiciones de hacer frente al Infiel.

No se trataba de destronar al prisionero. Sólo un Wolsey podía concebir tal idea. En el siglo XVI, las derrotas no significaban cambios dinás-

ticos y la deposición de un héroe desafortunado provocaría la indignación del mundo.

Sin embargo, Moncada, liberado tras un cambio con el mariscal de Montmorency, Lannoy y Pescara (bestia negra de Gattinara), tienen otras ideas. Según ellos, el emperador no debería pedir nada a Francisco I, quien, a cambio de su generosidad, le dejaría libertad para confiscar los estados italianos. Hay vacilaciones y discusiones.

Mientras tanto, Luisa de Saboya ha proclamado:

—El rey está prisionero, ¡pero Francia es libre!

Esta sorprendente mujer, sucesivamente genio bueno y malo del reino, atiende a todos los frentes. Domina al Parlamento y, en compensación, le permite perseguir a los reformados, tranquiliza a la ciudad de París, dispuesta a sublevarse, repatria a los restos del ejército vencido, recluta a aventureros errantes, atiende a la seguridad de las fronteras...

En medio del estupor general, paga las deudas de la Corona a los soldados y a los cantones suizos. Todo el país —un país que comienza a convertirse en una nación— se une en torno a la reina. Es una manifestación sorprendente de la solidaridad de las provincias, hasta entonces desconocidas entre sí; el embajador veneciano se maravilla de lo que ocurre y manifiesta su admiración hacia las instituciones monárquicas de Francia.

La regente cuenta con la fuerza que le da esta unanimidad cuando el señor de Beaurain le entrega las condiciones del emperador. Su Majestad no pedirá rescate, entregará a su prisionero «gratuitamente». Sólo pide lo que es suyo, así como lo que es del rey de Inglaterra y del condestable.

La regente ni siquiera consulta a los grandes reunidos a su alrededor. El rescate de su hijo es algo que está dispuesto a discutir, pero no cederá ni una pulgada de su reino.

Luisa ofrece una suma enorme, tres millones de coronas, el abandono de Italia y de la soberanía sobre Flandes y Artois. Se ofrece incluso, en secreto, a ayudar al emperador a vengarse de Venecia y de su doble juego.

Gattinara, al contacto con la realidad, se ve obligado a adoptar una actitud más razonable. Estaría dispuesto a examinar tan seductora propuesta. ¿No ha considerado siempre a Italia como la base del poder imperial? Carlos no le escucha en esta ocasión, quiere «su» Borgoña. Se olvidará de otras perspectivas más amplias mientras no haya recuperado su tierra.

Mientras tanto, su embajador en Inglaterra ha recibido una misión delicada: hacer que la princesa María renuncie a su compromiso pero sin que retire su dinero. ¡El dinero! Es la verdadera obsesión del sucesor de Carlomagno. A través de su representante se declara dispuesto a casarse con su prometida con la condición de recibir inmediatamente la dote, seiscientos mil ducados. Si el rey, su tío, no está de acuerdo, ¡que le preste al menos cuatrocientos mil!

Enrique VIII, que comprende perfectamente lo que ocurre, se pone furioso. De todas las maneras, tendría muchas dificultades para pagar

cualquier suma, pues su Parlamento, cansado de la guerra, le ha cortado los suministros y la perspectiva de obtener impuestos extraordinarios, que habían provocado revueltas en sus condados. El emperador, que rompe sus compromisos matrimoniales, no le dará la Corona de Francia. Ya no tiene interés permitirle que incremente su poder. Wolsey tiene la vista puesta en la indomable regente y en sus cofres siempre llenos.

—¡El que cuente con mi ayuda se saldrá con la suya! —alardea Enrique una vez más.

En Italia las tropas imperiales sólo han recibido ochenta mil ducados en lugar del millón esperado. Siembran el terror y la desolación. Viendo que el vencedor no se movía, el papa, Venecia y los otros olvidan sus temores y comienzan a buscar los medios de liberarse de su dominio. Morone, canciller del duque titular de Milán, Francesco Sforza, teme ver despojado una vez más a su señor. Confabula con Pescara y le pide que se convierta en salvador de su patria. El reino de Nápoles sería digno de él, y le compensaría de la ingratitud imperial. Se forma una conspiración, pero Pescara, herido, enfermo, no da —todavía— su consentimiento.

En Alemania las cosas van de mal en peor. A pesar de la desaprobación de Lutero, la rebelión campesina sigue ampliándose. Hay matanzas por todas partes, muchas ciudades son saqueadas, los castillos son pasto de las llamas, algunas abadías sufren violentos saqueos. Tantas devastaciones consiguen vencer por una vez el espíritu anárquico de los príncipes, que se organizan finalmente para resistir. Es el emperador quien debería encargarse de restablecer el orden. ¡Qué ocasión de afirmar su prestigio y su autoridad si pudiera al menos iniciar una actuación centralizadora! Pero el menesteroso emperador sigue impotente en el fondo de su lejano reino.

Dos meses después de su victoria, Carlos habría perdido prácticamente sus frutos si no tuviera todavía cautivo al rey, a cambio del cual pensaba obtenerlo todo y, en primer lugar, la tierra sagrada y mítica de Borgoña.

13. Los juramentos de Madrid (1525-1526)

En el campo de batalla había surgido una amistad, digna de los antiguos hombres de pro, entre Lannoy y su ilustre prisionero, cuyo valor le produce gran admiración. Francisco I es bien tratado en Pizzighettonne; recibe incluso a las damas lombardas, llenas de piedad y de admiración. Pero ¿cómo podía soportar la cautividad un caballero que siempre había estado en movimiento? Escribe a Carlos cartas humildes, le pide que no le hunda en la desesperación y se declara esclavo suyo. Mientras espera una improbable respuesta, compone bonitos versos:

*Nymphes qui le pays gracieux habitez
Où court ma belle Loire arrosant la contrée...
Où est votre seigneur que tant vous aimez?*

Entonces llegó el señor de Beaurain. Rechazado por Luisa de Saboya, viene a comunicar al rey en persona las condiciones de su señor. Francisco había declarado que su posición le impedía hacer tratados. Sin embargo, leyó la larga lista de exigencias imperiales y las anotó. Aceptó todo lo que no atentaba contra el patrimonio real, así como convertirse, no en el vasallo, pero sí en el segundo del emperador y ayudarle en sus empresas.

¿Y Borgoña? Tras haber dado una negativa, el rey se ofreció a someter el problema al Tribunal de los pares. Si éste no reconocía el derecho de Carlos, el Valois se casaría con Leonor de Austria (haciendo así una buena jugada al condestable) y el ducado volvería a manos de sus hijos.

Hugo de Moncada transmite estas ofertas el emperador. Lannoy y él le aconsejan encarecidamente que las acepte. Tienen razones para ello. Carlos tendría así ocasión de terminar gloriosamente una guerra que no puede proseguir, por falta de medios financieros. Podría dominar a los Capetos —«emperadores en sus Estados»— y unificar Europa. Carlos, obsesionado por Borgoña, animado por un deseo bastante mezquino de revancha contra un rival demasiado brillante, no aprovechó la ocasión. A sus veinticinco años no concebía todavía claramente una política universal, a pesar de las lecciones de Gattinara. La reacción de protesta de Luisa de Saboya le servirá de excusa.

Francisco era hombre de espíritu altivo que se creía igual a su vencedor y estaba convencido de que todo se arreglaría en un momento si pudieran verse personalmente. Lannoy era partidario de aquella entre-

vista, pero tenía que contar con los otros: Borbón, Pescara y Antonio de Leyva, muy interesados en conservar al rey a su merced. Tras un enconado debate, se decidió trasladar al valioso rehén al Castillo Nuevo de Nápoles.

Francisco protestó. Dijo que querían acabar con él. Pero terminó aceptando. Fue trasladado a Génova, donde se embarcó. Iba rodeado de diecisiete galeras, que el mal tiempo bloqueará en seguida en Portofino. El mal tiempo era un pretexto. De hecho, la flota del famoso *condottiere* Andrea Doria, entonces al servicio de Francia, y la que la regente había enviado a las órdenes de Montmorency, se habían hecho dueñas del mar. Podrían liberar al rey si éste no tuviera que cumplir sus obligaciones caballerescas hacia Lannoy, tan señor.

Se llega a un extraño acuerdo entre el virrey y Montmorency. En vez de atacar los navíos enemigos, éste les enviará seis de los suyos para que escolten al prisionero hasta España. Una paz total reinará en el mar durante el trayecto. Lannoy ha burlado a Pescara y, sobre todo, al Borbón, que se consumirá de rabia al verse en Génova, abandonado, sin tropas y sin dinero. En cuanto al emperador, ni se le ha consultado. «Os llevo al rey —le escribe Lannoy—, y estoy seguro de que la noticia os agradará, pues sólo Vuestra Majestad puede solucionar con prontitud sus asuntos.»

Carlos presidía en Toledo las Cortes y estaba reclamando subsidios. Se irritó mucho cuando recibió el mensaje del virrey y, poco después, las quejas furiosas del Borbón y de Pescara. Su irritación fue en aumento al enterarse de la acogida que Barcelona, Valencia y las otras ciudades habían dado al vencido.

¿Un vencido? No, a los ojos de los españoles era un héroe, una especie de Cid desafortunado. Se le concedieron los mayores honores, levantaron tronos en las iglesias donde oyó misa, las damas se postraban ante él, la multitud se amontonaba a su paso. Carlos sabía bien que sus súbditos, amantes de lo grandioso, comparaban a aquel gigante cubierto de gloria con su señor, enclenque y amigo del papeleo. Mandó encerrar al rey en el fuerte de Játiva, y luego en el alcázar de Madrid.

El gran maestro del Toisón de oro no es demasiado dado a la caballería. Quiere obtener, mediante una tortura moral, lo que no puede conseguir en reñida lucha. Quiere también saciar los rencores de su familia. Hacía menos de medio siglo que el Temerario había caído víctima de las maquinaciones de Luis XI. El rencor, mal consejero en la mayoría de las ocasiones, constituye un importante factor en la política de los príncipes y, más adelante, en la de los pueblos.

En Madrid, el alojamiento del rey, su jaula más bien, es espantoso. Tiene cinco pasos de largo por cinco de ancho, una sola puerta, una sola ventana con doble verja sujeta al muro por los cuatro lados; una ventana tan alta que hay que subir varios peldaños para descubrir, dominando la árida orilla del Manzanares, un abismo de cien pies y dos batallones que montan la guardia día y noche. Bajo el clima ardiente de la polvorienta Castilla, cabe suponer que un hombre joven, fuerte, sexualmente insaciable (a quien estaban prohibidas las visitas femeninas),

encerrado en aquellas condiciones, comenzaría pronto a flaquear en su decisión y estaría dispuesto a pagar su libertad a cualquier precio.

La regente había enviado embajadores a Toledo. El emperador hace gala de su generosidad, firma una tregua de seis meses, autoriza a la hermana querida del rey, duquesa de Alençon, la Margarita de las Margaritas, futura reina de Navarra, a venir a consolar a su hermano, y ve con buenos ojos el matrimonio entre Francisco y Leonor, pues el cautivo se declara enamorado de aquella dama a quien nunca había visto. Los franceses, por su parte, le conceden todo... menos Borgoña. Ni el propio rey, dice Luisa de Saboya, puede separarla de la Corona.

Carlos, furioso, se va a cazar... durante quince días. Cálculo erróneo: si bien el tiempo que pasa altera la salud y la resistencia moral del cautivo, permite a su madre actuar en Inglaterra y en Italia. Francia es muy rica, en comparación con el Imperio, en cuyos dominios no se ponía el sol. Ofrece dos millones de coronas a Enrique VIII y un millón a Wolsey. El Tudor y su mentor no dudan ya en invertir sus alianzas. Unos meses más tarde, el tratado de Moore, obra maestra de la saboyana, cambiará el equilibrio de las potencias.

En Italia el oro francés es también eficaz. El papa se pone de acuerdo con Florencia y con Venecia. Morone, reanimado, ofrece de nuevo el reino de Nápoles a Pescara, que responde con ambigüedad: «Si lo hiciera, sería únicamente para demostrar al emperador que soy más importante para él que algunas personas que él estima más que a mí.» El papa, sin hacer más precisiones, promete justificar teológicamente la operación. Morone la da por hecha.

Carlos comienza a sospechar todo aquello cuando malas noticias terminan por estropearle sus partidas de caza. Los luteranos de los Países Bajos se agitan peligrosamente y la victoria conseguida por los príncipes sobre los campesinos no consigue llevar la tranquilidad a Alemania.

Pero no era eso lo peor. Francisco, abatido, ha caído gravemente enfermo; tiene una inflamación en la cabeza. ¡Qué catástrofe si moría, dejando a su vencedor un cadáver inútil! De repente el emperador se convierte en caballero. Acompañado de Lannoy, se dirige rápidamente hacia Madrid, recorre al galope seis leguas en menos de tres horas, va directamente a la habitación del rey y se arroja a sus brazos.

Los dos enemigos están un momento abrazados.

—Señor —dice Francisco levantándose con esfuerzo—, he aquí a vuestro prisionero y vuestro esclavo.

—No, no —protesta Carlos—, sois mi buen hermano y verdadero amigo a quien considero en libertad.

—Vuestro esclavo —repite Francisco.

—Mi buen hermano y amigo que pronto será libre. Sólo deseo vuestra salud, no penséis más que en ella. Todo lo demás se hará como deseéis.

—Será como ordenéis, vos sois quien debe dar las órdenes. Pero, señor, os suplico ¡que no haya intermediario entre nosotros!

Con aquella comedia mejora sensiblemente el estado del enfermo. Al día siguiente llega su hermana y la curación parece inminente. Por

desgracia, el 29 de septiembre el mal se agrava. Todo parece perdido. Carlos no refleja su emoción:

—El Señor nos la da —dice— y el Señor nos la quita.

Luego, inesperadamente, el milagro: la inflamación desaparece, el rey está a salvo.

Se reanudan las negociaciones, dirigidas esta vez por Margarita. No se consigue nada, aun cuando se sepa ya la defección inglesa, que ha dejado a Carlos estupefacto. Pero a pesar de todo no varía su opinión sobre Borgoña. Gattinara se lo comenta, con tono grosero y violento, a la desafortunada princesa. En el mismo momento, Pescara toma una resolución. Tiene úlcera, pronto va a morir. ¿Para qué le sirve un reino? El marqués manda detener a Morone y denuncia ante el emperador a cuantos confiaban en él. Carlos se lamenta:

—¡Dios mío! ¿Por qué tendrá que estar siempre el papa entre los traidores?

Su intransigencia es cada vez mayor. Quizá se deba a la misteriosa deficiencia que algunos de sus antepasados han transmitido a su espíritu. Cuando necesitaba mostrar el realismo maquiavélico de su abuelo materno, Fernando de Aragón, es el otro antepasado, Maximiliano, quien parece llevar la voz cantante. Su idea fija le aleja del mundo de lo real. Se convence de su propia generosidad, del derecho que tiene a formular sus exigencias. Lo que le ofrecen le parecen insignificante en comparación con lo que quieren sacar de él. Francisco no se está comportando honradamente.

Los mismos españoles no comparten esta opinión. Les encantaría un gesto teatral de benevolencia.

El rey, viendo que se encontraba en un callejón sin salida, se decidió a buscar él mismo una solución. Carlos había temido encontrarse con un cadáver. Ahora se va a encontrar con un cadáver político, es decir, con un simple particular. El rey de Francia desaparece, abdica.

El arzobispo de Embrun, el presidente de Selve y el preboste de París, La Barre, los tres embajadores de la regente, se reunieron en su habitación con Montmorency. El prisionero firmó ante ellos las cartas patentes que traspasaban la corona a su hijo, el delfín, y ordenaban proceder, según las normas, a la coronación del niño. Francisco de Valois se ha convertido en un simple gentilhomme; informa de ello al emperador y se declara dispuesto a quedarse para siempre cautivo. Sólo le pide alojamiento más decente y sesenta servidores.

Carlos le tomó la palabra. Abdicara o no, el rey seguiría en Madrid mientras no le devolvieran la Borgoña. Sin embargo, Luis de Brujas, embajador imperial ante la regente, y Pescara, moribundo, piden a su señor que renuncie a dicha provincia. Luis de Brujas queda sumamente impresionado ante el espectáculo que ofrece Francia. Por primera vez, la ausencia del soberano no ha provocado ningún problema. El embajador escribe que hay que poner «al rey y a su reino en un lugar tan bajo que no pueda levantarse», cosa entonces casi imposible, «o tratarle tan bien, ganárselo de tal manera que en lo sucesivo no quiera hacer mal... Es mejor retenerle que dejarle marchar no del todo satisfecho».

Pescara piensa lo mismo al ver cómo aumentan los peligros. Italia tiene un valor muy distinto que Borgoña. Carlos no se inmuta. Es una de las más formidables obstinaciones que registra la Historia.

Francisco intenta entonces evadirse. Lo habría conseguido, disfrazado de esclavo negro, si un ayuda de cámara a quien había humillado no se hubiera vengado revelando su plan. Se estrecha la vigilancia y Carlos prepara, impávido, sus bodas con Isabel de Portugal.

El círculo se ha cerrado.

Se ha llegado a un punto muerto. Pero había que contar también con la astucia y la pasión maternal de la regente. Luisa no quiere perder a su hijo. Se gana la benevolencia del papa, que puede anular toda clase de juramentos, y envía a España a Chabot de Brion con nuevas instrucciones. Esta vez, la reina capitula, renuncia a todo, hasta a Borgoña.

En seguida se nombran plenipotenciarios y comienzan las negociaciones previas a la firma de un tratado. Francisco, prevenido, interpreta magníficamente su papel. También él acepta sin condiciones la ley del vencedor y sólo expone un deseo: el de casarse con Leonor. ¿No está enamorado de ella?

Ingenuamente, Carlos se felicita por aquella alianza familiar. Pero ¿no ha prometido su hermana al Borbón? Este había llegado también a España para hacerse pagar sus servicios. Su único objetivo, desde el primer momento de su aventura, había sido aquel matrimonio, garantía de que seguiría siendo un gran príncipe pasara lo que pasara.

Carlos no había permitido nunca a su hermana que tuviera sentimientos personales. Cambia bruscamente y declara que no puede casarla contra su voluntad. ¡Que elija ella! Lannoy, encargado de recibir su respuesta y enemigo declarado del condestable, pregunta a la joven, ya viuda de un marido que podría haber sido su padre, si prefiere al rey Caballero o a un duque menospreciado. Un grande de España había quemado su casa después de haberse visto obligado a alojar en ella al tráfuga. Evidentemente, Leonor elige al señor del reino más bello del mundo. El condestable había cometido su traición en balde.

Después de haber faltado a su palabra, ¿iba a fiarse Carlos de la de su enemigo? ¡Pues sí! Cree a aquel hombre destrozado y, confundiendo sus deseos con la realidad, quiere mostrar al mundo en una postura de humillación a aquel cuyas hazañas habían empañado su prestigio. Francisco no cometió ningún error. El emperador le presentó a su hermana, que bailó ante él una zarabanda morisca. Leonor tenía veintisiete años y los españoles admiraban su belleza morena. Los franceses la encontraron «de talle grueso, de cuerpo largo y piernas cortas». No importaba. El más galante de los reyes la calificó de divina y ella exhibió todos sus encantos.

A comienzos de enero se había redactado el tratado. El rey renunciaba a Italia, a las soberanías en litigio y a Borgoña, y devolvía sus bienes al Borbón. Entregaba como rehenes a sus dos hijos mayores. Si los Estados Generales y el Parlamento no ratificaban el tratado, volvería a quedar prisionero. Naturalmente, para conseguir dicha ratificación debía estar en persona en París.

Lannoy, amigo fiel, convence de ello al emperador. Gattinara adivina la maniobra:

—Señor, ¿es que no le conocéis? En cuanto pueda volver a cazar, se olvidará de sus juramentos y de sus hijos. No podemos liberarlo sin tener Borgoña o, de lo contrario, mejor liberarlo inmediatamente y no pedir nada a cambio. ¡Entonces sería capaz de darnos toda Francia!

El canciller estaba dispuesto a abandonar su cargo antes que firmar una paz como aquella. Pero su influencia había decaído. La tregua está a punto de expirar y Carlos no quiere reanudar la guerra, pues ahora tiene en su contra a Inglaterra, al papa y a Venecia. Su mejor general, Pescara, acaba de morir. ¿Y el oro? La dote de su prometida apenas permitirá cubrir sus deudas.

Había algo más. El idealista se arrepiente, en el fondo, de haber actuado como lo ha hecho. Francisco parece un hombre sincero. ¡Qué alivio sería dejar de comportarse como un carcelero y unirse al modelo de caballero con una amistad caballeresca y familiar! El español se impone al flamenco. No tiene nada que temer si el sucesor de San Luis da su palabra de honor.

Se equivocaba. El 13 de enero, el rey reúne misteriosamente en su habitación a los franceses enviados a Madrid por su madre (su hermana ya había vuelto a Francia). En su presencia «declara ante Dios que cede ante las presiones y el largo tiempo de encarcelamiento..., pero declara que todo lo convenido en el tratado será nulo y sin efecto y que tiene la decisión de conservar intactos los derechos de la Corona de Francia». No falta a las leyes de la caballería. Un prisionero tiene derecho a intentarlo todo para huir de la cárcel. Se redacta un acta en este sentido, y los asistentes la firman.

Al día siguiente, 14, se levantó en el mismo lugar un altar donde dijo misa el arzobispo de Embrun, uno de los testigos de su declaración. Se leyó el tratado y el rey juró sobre los evangelios cumplirlo fielmente. Firmaron él y los franceses, como habían firmado el día anterior. Lannoy y Moncada firmaron a continuación en nombre del emperador y pidieron al rey que se comprometiera como caballero. Francisco se sorprendió. Luego, poniendo su mano en la de Lannoy, «da su palabra al emperador Carlos, Rey Católico». Seis días después se desposa con Leonor, representada por el virrey.

Gattinara quedó muy molesto con todo lo ocurrido y se negó a reafirmar el documento. Discutió con Carlos durante casi un mes. Este no se dejaba convencer. Ratificó él solo el tratado y escribió, entusiasmado, a Luisa de Saboya: «Ahora que he encontrado un hermano en la persona de Francisco, vuestro hijo y rey, ahora que os confío a mi hermana como hija vuestra, creo que debo utilizar el apelativo que ya empleé con anterioridad, y llamaros mi buena madre.»

El 13 de febrero los dos soberanos se entrevistaron en una ceremonia de gran pompa, se abrazaron con grandes muestras de afecto y entraron en Madrid. Durante ocho días cenaron, cazaron, acudieron a fiestas y oyeron misa juntos. El 16 de febrero fueron solemnemente a visitar a Leonor.

El 19 se separaron, uno para casarse en Sevilla y el otro para tomar el camino de la libertad bajo la protección del indispensable Lannoy.

—Hermano, dijo Carlos, ¿os acordáis de vuestros compromisos?

—Desde luego. Podría repetirlos dormido. Nada me impedirá cumplir mi palabra.

—Nunca os he querido mal, pero si ahora traicionáis a mi hermana, y a mí en mi hermana, intentaré haceros todo el mal que me sea posible.

—Quedad tranquilo, cumpliré mi palabra.

En este último momento se produjo un contratiempo. Los guardias del castillo de Madrid se negaban a escoltar al rey hasta la frontera mientras no les pagaran. Aquello retrasó el viaje hasta el 11 de marzo.

Luisa de Saboya, acompañada de sus dos nietos sacrificados y de numerosas damas dispuestas a consolar al héroe, había ido hasta Bayona, donde los príncipes quedaron bajo la protección del mariscal de Lautrec.

Se había colocado una balsa en medio del Bidasoa. Se acercaron dos barcas: en la primera iban el rey, Lannoy y ocho soldados españoles; en la segunda, los infantes, Lautrec y ocho soldados franceses. Llegó el momento decisivo. Lannoy dijo:

—Señor, Su Alteza está libre.

No pudiendo reprimir una preocupación, tras haber aceptado tantas responsabilidades, añadió:

—¡Qué Su Alteza cumpla lo que ha prometido!

—Os doy mi palabra de caballero —dijo el rey, lo que era muy comprometedor, pues había dejado de ser un prisionero.

No pensó en ningún momento cumplir lo que decía. Abrazó cariñosamente a sus hijos, pasó a la otra barca y llegó a la orilla contraria.

Un caballo turco, «de increíble velocidad», le esperaba. Montó en él y salió a todo galope hacia San Juan de Luz, gritando:

—¡Gracias a Dios, sigo siendo rey, sigo siendo rey!

Al tener conocimiento de lo ocurrido, Maquiavelo tachará al emperador de imbécil. Carlos no era un imbécil, pero carecía de la experiencia suficiente a causa de la terrible época que le había tocado vivir. Su gran fallo lo había cometido como consecuencia del combate que libraban en él los conceptos de dos generaciones. No había podido someterse por completo ni a las tradiciones de la Edad Media ni a la razón de Estado. Había tenido la ingenuidad de creer que su fogoso adversario se mostraría cada vez más respetuoso de aquéllas que de ésta. En último término, le había cegado el mito borgoñón. La ocasión había pasado por delante de su puerta y el joven César no había sabido aprovecharla.

14. El papa, Lutero y el Infiel (1526-1527)

Mientras Francisco «experimentaba vivamente la felicidad de haber sido desgraciado», en expresión de Gaillard, Carlos disfrutaba la de creerse vencedor y estar en camino hacia el puro amor. Encantadas con la alianza portuguesa, las Cortes le habían concedido sin resistencia los medios para pagar sus bodas, sus deudas con Inglaterra y la dispensa pontificia, indispensable en aquel caso, ya que la infanta era hija de su tía María de Aragón, nieta de los Reyes Católicos.

El matrimonio debía tener lugar en Sevilla con el fin de complacer a una región, es decir, a unos reinos que su soberano no había visitado todavía. Fue para Carlos unos de los escasos momentos felices en que, a punto de consumar la unión mística de sus sueños, descubría a la vez un paraíso.

Aquel hijo de las brumas germánicas y flamencas no conocía del Mediodía más que los duros contrastes de la España septentrional. Según la leyenda, aprendió finalmente a reír entre los esplendores exuberantes de Badajoz, de Granada y de Andalucía. Para él fue una grata sorpresa disfrutar de aquel clima y conocer los restos todavía gloriosos de la civilización árabe. Los musulmanes pertenecientes a las clases menos favorecidas habían tenido que convertirse o refugiarse en las montañas. Los príncipes, los comerciantes, prodigiosamente enriquecidos por sus relaciones con las Indias (las de Asia), habían huido, abandonando sus palacios de hadas, llenos de maravillas. Deslumbrado, aunque intentara disimularlo, Carlos pasaba de la opulencia materialista de su país natal y de la austeridad castellana a la atmósfera voluptuosa de las *Mil y una noches*. Pasaba del invierno a una primavera cuyas flores exhalaban perfumes desconocidos.

Con el descubrimiento de las Indias occidentales, Sevilla había llegado a eclipsar a la misma Venecia. Era el principal mercado de la Cristiandad, una de sus ciudades más opulentas, más coloristas, más diversas; un lugar de encuentro, en la católica España, entre el exotismo del Nuevo Mundo y el espejismo del Oriente. Se habían levantado siete símbolos que podían provocar inquietud y cólera en otros estados, siete arcos de triunfo donde se reflejaba con claridad la voluntad de crear una monarquía universal.

*Maximus in toto regnat, nunc Carolus orbe
Atque illi merito machina tota subest.*

El mundo entero iba a someterse al nuevo Carlomagno.

El arzobispo de Toledo y los duques de Calabria y de Béjar se habían adelantado a la infanta, que llegó el 3 de marzo. El 10, los prometidos atravesaron los arcos de triunfo y se dirigieron a la catedral, la primera después de San Pedro de Roma. Recibieron la bendición nupcial del cardenal legado, Salviati.

«La emperatriz escribió el embajador veneciano — fue calificada por todos como una de las mujeres más bellas del mundo.» Era una belleza frágil, casi inmaterial, un ángel. Así la consideró Carlos, emocionado al encontrar, ampliados, algunos de sus propios rasgos en aquella esposa de su misma sangre. Sería en verdad su segundo yo, la antítesis de las pecadoras hacia las que le había empujado Satanás.

La piedad de Isabel le confirmaba en aquella idea. La joven emperatriz tenía una fe tan profunda que nos resulta difícil de comprender. Para ella, el hombre rendía culto a Dios al acercarse a su compañera. Esta cometía una falta grave si se atrevía a apropiarse del amor de que era objeto, a tomarlo como ocasión de placer profano. Simple depositaria de aquel amor, debía ofrecerlo a Dios y, de esa manera, hacerlo indestructible. Carlos había encontrado un alma, dominada por el absoluto, como la suya. Era una felicidad inmensa. Era también un peligro para un príncipe demasiado inclinado a soñar.

El destino había decidido que aquel hombre no disfrutara nunca tranquilamente de todos los dones recibidos. El 15 de marzo se supo la muerte de la hija mayor de Juana la Loca, la reina Isabel de Dinamarca, y las fiestas se convirtieron bruscamente en un duelo.

El 27 se produjo un hecho de distinta naturaleza. El antiguo jefe de los comuneros, el terrible Acuña, obispo de Zamora, había sido ejecutado. El emperador se había opuesto a toda actitud compasiva hacia los rebeldes. No obstante, su impresión fue muy grande. ¿No habría cometido un pecado mortal al negar su perdón a un prelado? Asustado, envió un mensajero a su enemigo, Clemente VII, a fin de obtener la absolución. El papa se la dio y tuvo la delicadeza de no pedir nada a cambio. Hasta el 30 de abril, fecha en que llegó su respuesta, el emperador no quiso recibir la comunión y permaneció encerrado en sus habitaciones, alejado hasta de su joven esposa. Nada podría demostrar mejor el patético combate que se libraba entre su culto a los valores antiguos y las exigencias de los tiempos modernos. El mismo papa, a quien había tachado ya de traidor, iba a convertirse en rival suyo.

Clemente VII ha pasado a la historia como un monstruo de doblez. En realidad, quería la paz en Europa y el equilibrio de las fuerzas extranjeras en Italia, política constante de la Santa Sede. Siguió el ejemplo de sus predecesores, utilizando a la vez sus armas espirituales y temporales. El nuncio proclamó en Toledo la nulidad de los pactos firmados bajo presión.

La triste Leonor estaba sufriendo. Se aburría en Vitoria, a la espera de noticias de un prometido que parecía haberla olvidado por completo. Carlos comenzó a desconfiar, cuando ya era demasiado tarde, y envió a Lannoy ante Francisco I. El rey le dio buenas palabras. ¿No sabía que había que someter el tratado a los Estados Generales?

Mientras tanto, el papa había puesto en acción a sus representantes. El 22 de mayo de 1526 se había formado en Cognac una Santa Liga colocada bajo su égida y dirigida en principio contra el Turco. En ella formaban parte la Santa Sede, Francia, Inglaterra, Venecia y Florencia. Francisco abandonó a Sforza el Milanésado, ocupado y esquilado por las antiguas tropas de Pescara. ¿Tropas? No, una horda de mercenarios convertida en una especie de república militar. El emperador encargó al Borbón que pusiera orden allí y que se hiciera cargo de dirigir la situación.

No sabía entonces los peligros que le acechaban. De Sevilla había ido a Granada, donde disfrutó de las maravillas de la ciudad. Allí estaría unos días, sin Gattinara, que parecía haberse distanciado algo, lejos, demasiado lejos de las tempestades desatadas en sus territorios. Envío a sus generales y a sus embajadores instrucciones que tardaron meses en llegarles. Meditativo, enigmático, un poco menos melancólico desde su boda, parecía indiferente al inmenso tumulto cuyos ecos se apagaban en sus jardines encantados. Pero su máscara de piedra se agrietó ante los golpes recibidos en aquel fatídico verano.

Lo primero fue la conminación de la Santa Liga, que, con sangrante ironía, utilizaba los términos mismos del tratado de Madrid y declaraba su intención de «lograr una paz verdadera y duradera entre todos los jefes de la Cristiandad». Se invitaba al emperador a adherirse a ella después de haber dejado el Milanésado a Sforza y liberado en el plazo de tres meses a los Hijos de Francia mediante un rescate. El papa se sentiría entonces muy dichoso de coronarle en Roma, siempre que fuera sin ejército.

La Santa Liga había enviado tres embajadores. Fue el francés, Jean de Calvimont, quien transmitió el mensaje. Ofensa imperdonable por parte de Francisco I, que se olvidaba así de su firma y de sus juramentos.

Carlos respondió con su habitual dignidad. Dijo que, si se tratara de una paz universal, él mismo se encargaría de establecerla. Luego, incapaz de contener su indignación, comenzó a insultar al papa y al rey. Como este último había violado el tratado, debería volver a la prisión. De lo contrario, nunca vería a sus hijos.

—¡Quiera Dios que esta querrela pueda arreglarse entre nosotros, de hombre a hombre! ¡Dios manifestará su justicia!

Era un desafío al estilo antiguo, la invocación al Juicio de Dios. ¿Se atrevería el rey-caballero a sustraerse a sus obligaciones? En cuanto al papa, si quería tomar partido por una parte de su rebaño en lugar de dedicarse a ser un buen pastor, el emperador convocaría un concilio para juzgarle. En privado, calificó al Médicis de bastardo y de grosero.

Aquel día de septiembre iba a suponer el comienzo de una etapa. Carlos había demostrado hasta entonces cierta ingenuidad e inconsciencia. No dudaba de la palabra dada bajo juramento. Entonces se dio cuenta de que ni la religión pasaba por encima de la política. Para él, aquello era una monstruosidad, no comprendía todavía que un tratado inaplicable podía no ser aplicado por una nación decidida a sobrevivir, ni que la Santa Sede pudiera oponerse a la unidad imperial.

Estaba convencido de que le asistía el derecho y de que los otros habían cometido una infamia. Aquella sensación liberó los instintos crueles que dormitaban en él. Los desafortunados hijos del rey de Francia fueron tratados con un rigor inhumano que Enrique II no olvidaría jamás; sus criados fueron enviados a las galeras o vendidos como esclavos. Los lugartenientes imperiales en Italia, en especial el condestable, recibieron autorización para dar rienda suelta a los salvajes que tenían a sus órdenes. Finalmente, Hugo de Moncada recibió la misión de expulsar de Roma al papa si éste no se separaba de la Santa Liga. Una nueva calamidad contribuyó a incrementar la violencia.

Según la tradición, los hombres encargados de llevar al sultán el anillo del rey de Francia murieron en Bosnia, pero el gran visir Ibrahim, enterado de lo ocurrido, mandó buscar la sortija, la encontró y se la puso en el dedo. Sea como fuere, el hecho es que fueron enviados como intermediarios un polaco, Laski, y un húngaro, Frangepani.

Solimán y sus ministros tomaron antes que nada precauciones en Asia Menor y se aseguraron la inmovilidad de Polonia durante cinco años. El 2 de febrero de 1526, un magnífico regalo al enviado francés hizo saber que estaba tomada la gran decisión. El 9 de agosto las masas otomanas cayeron sobre Hungría. El reino estaba muy dividido, y Transilvania llevaba ya su propia política. Sus ejércitos no podían compararse con los del invasor. Los caballos y las cimitarras tendrían que hacer frente a una artillería formidable.

El encuentro tuvo lugar cerca de las tierras pantanosas de Mohacs. El rey Luis II de Hungría esperaba la llegada de los soldados de Transilvania, pero éstos no llegaban. Los oficiales de Luis, encolerizados al ver la media luna, le obligaron a entrar en acción. Los innumerables turcos se abrieron ante el furioso ataque de la caballería que, con el rey al frente, avanzó hasta el lugar donde se encontraban los cañones, cuyas descargas los fulminaron. No obstante, algunos llegaron hasta cerca del sultán, pero no consiguieron capturarlo. Los jenizaros salvaron a su señor desjarretando a los caballos. Llevados por su propio impulso, los supervivientes fueron a sumergirse en las aguas pantanosas; entre ellos estaba el rey Luis. Aquello fue su tumba y, por mucho tiempo, la de Hungría. Los turcos conquistaron la mayor parte del país y se llevaron como esclavos a cien mil hombres, mujeres y niños.

De acuerdo con el pacto firmado en tiempo de Maximiliano entre los Habsburgo y los Jagellón, Fernando de Austria, cuñado de Luis II, que no dejaba hijos, debía heredar Bohemia y Hungría. Los estados de Bohemia aceptaron elegir al archiduque. La Dieta de Presburgo hizo lo mismo en lo que a Hungría se refería, pero otra Dieta, reunida por iniciativa de los turcos y en la que también tuvo parte la diplomacia francesa, eligió al voivoda de Transilvania, Juan Zapoly. La guerra prosiguió.

«Que esto no haga olvidar al rey de Francia que debe enviar cuanto antes un ejército a Italia», escribió el papa al tener noticia del desastre sufrido por la Cristiandad.

Es cierto que su propia situación era trágica. La poderosa familia de los Colonna, aliada del emperador, había comenzado ya las hostili-

dades después de haber reclutado a todos los bandoleros de los Abruzzos. Como los franceses no hacían acto de presencia, Clemente VII consiguió, con dinero, una tregua y cometió la loca temeridad de enviar sus tropas a aumentar el número de las de la Santa Liga, que había vencido a los españoles en Lodi. Inmediatamente, los Colonna se unieron a Hugo de Moncada, que acababa de desembarcar. Sus bandas se apoderaron fácilmente de Roma y la saquearon. El papa, refugiado en el castillo de Sant'Angelo, tuvo que pagarles para que abandonaran la ciudad, después de absolverles y de retirarse de la Liga. Para Carlos, era un débil consuelo de la batalla de Mohacs y de los acontecimientos que estaban ocurriendo en Alemania.

«Queridos señores: desencadenaos..., exterminad, degollad y que quien tiene poder actúe.» Así alentados por Lutero, los príncipes tomaron represalias feroces contra los campesinos. ¡Qué ocasión perdida! Si el emperador hubiera protegido y apoyado al pueblo frente a los señores, habría podido doblegar a aquellos vasallos que desdeñaban su autoridad, detener los progresos de la Reforma y restaurar el Imperio. El espejismo borgoñón, el tiempo perdido en vanas discusiones con Francisco I, le habían costado caros, pues su propio hermano, obligado a hacer frente al peligro turco, estaba reducido a la impotencia.

Se reunió una Dieta en Spira. Decidió que, mientras no se convocara un concilio, cada Estado, cada ciudad del Imperio actuara según su criterio en lo referente al edicto de Worms, es decir, a la Reforma. El elector de Sajonia, Juan, sucesor de Federico y ardiente seguidor de Lutero, hizo aplicar la doctrina al hereje; Alberto de Prusia, gran maestro de la orden teutónica, fundó un Estado laico; una parte de Brandeburgo, Hesse y numerosas ciudades adoptaron las nuevas creencias. En otras regiones reinaba la anarquía.

La dominación de la Iglesia comenzaba a dejar paso a la tiranía de los príncipes, las espadas del Señor según Lutero, aunque en un principio sus ideas al respecto eran muy distintas. Arrastrado por los acontecimientos, sería luego el primero en «legitimar y en fundamentar en Dios el poder absoluto de los príncipes... El tirano más odioso merece la misma obediencia que el rey más paternal. ¿Sus actos? Dios los quiere como son» (Lucien Febvre, *Un destin, Martin Luther*).

A pesar de estar convencido de la esencia divina de su poder, Carlos no llegaba tan lejos. Estamos ante una de las paradojas de la Historia: un apóstol de la libertad ha terminado oponiendo al César una doctrina cesarista carente de todo contrapeso. Además, la oponía a su pesar, pues no era eso lo que había querido decir al afirmar que se debía al emperador una sumisión temporal en la independencia espiritual. Pero, en aquella época, no se podía impedir que el alma y el cuerpo fueran juntos.

A fin de cuentas, al finalizar el año Carlos y Lutero se enfrentaban con el mismo enemigo, el papa, que había faltado ya a sus compromisos. El 17 de septiembre, el emperador había criticado al papa en una larga carta fechada en Granada. En ella reproducía sus acusaciones verbales, esgrimía la amenaza del concilio y la de complacer a los alemanes

prohibiéndoles que siguieran con sus donativos a la Santa Sede. El documento llegó a Roma hacia el 9 de diciembre y, poco después, a Alemania, donde provocó gran entusiasmo.

Aquello decidió al viejo jefe de los lansquenetes, el luterano Georges Frundsberg, a reclutar tropas para reforzar el ejército imperial de Italia, en difícil situación ante el de la Santa Liga. Fernando le había enviado ya dinero procedente de sus bienes personales. Frundsberg vendió sus casas, muebles y joyas. Recibió diez mil ducados del Borbón. No hubiera bastado con ello si los alemanes luteranos no hubieran sentido un deseo irrefrenable de luchar contra el Anticristo (el papa) y de saquear Italia. Se congregaron catorce mil lansquenetes, que, a pesar del invierno, de los suizos y de los venecianos, atravesaron los Alpes.

No tenían ni artillería ni caballería y el ejército de la Liga podría haber acabado con ellos si su jefe, el duque de Urbino, no hubiera querido antes arrancar algunas prebendas al papa. Clemente VII regateaba también con el duque de Ferrara, que quería Módena y Reggio. Un enviado del emperador le había prometido estas ciudades, adelantándose en veinticuatro horas al enviado pontificio. El duque decidió complacer a Frundsberg y dejarle partir, dándole cuatro piezas de artillería.

El valiente *condottiere* Juan de Médicis, llamado *Juan de las Bandas Negras*, la esperanza de Italia, no lo sabía cuando atacó a los alemanes. Y lo pagó caro: fue derrotado y herido de muerte. Frundsberg y el Borbón se reunieron en Bolonia.

Mientras tanto, Lannoy había desembarcado al frente de las tropas españolas. El papa se dirigió a él, solicitando una tregua que el virrey concedió previo pago de doscientos mil ducados, pero, tras una violenta protesta de Francisco I, Clemente VII se retractó casi de inmediato. Sus tropas derrotaron a los españoles en Frosinone, y Nápoles se sublevó. Lannoy tuvo que aceptar el 15 de marzo una segunda tregua que esta vez ya no tenía cláusulas económicas y especificaba la retirada de Frundsberg.

Había estallado una sedición entre los italianos del Borbón. Pronto se contagió a los lansquenetes, que se olvidaron rápidamente de su cruzada. Unos y otros gritaban: «¡Dinero! ¡Dinero!»

Después de vender las joyas de las iglesias, sus jefes ofrecieron doce mil ducados. Los soldados querían ciento cincuenta mil. Penetraron en la tienda del Borbón pero no consiguieron acabar con él, y entonces dirigieron sus lanzas contra Frundsberg, mientras éste intentaba calmarles. Ante aquella actitud de unos hombres para quienes había sido un ídolo, el viejo guerrero cayó fulminado de una apoplejía y murió. El embajador imperial, llegado con la intención de presentar el convenio firmado entre el papa y Lannoy, tuvo que huir para salvar su vida.

Según el informe del mismo embajador, lo que ocurrió a continuación no respondía a un plan premeditado y se produjo sin que Carlos tuviera conocimiento de ello. No podemos fiarnos de su palabra, pero, por otra parte, tampoco sabemos con seguridad lo que ocurrió. Según Gregorio Leti, el emperador habría enviado a Borbón y a Lannoy, reunidos y reconciliados, una carta que debería mantenerse en el más ri-

guroso secreto: «Id a Roma y haceos pagar. Yo no puedo hacerlo. Sabéis que este juego viene ya de antiguo. Haced lo imposible por acabar de una vez y no os fiéis nunca de las firmas del papa.»

Los defensores de Carlos afirman que el Borbón actuó por su propia cuenta. Hasta entonces no había sacado ningún provecho de su desertión y quería apoderarse de Roma y de Nápoles, «cambiar su ducado por un reino». Así opinan Martin du Bellay y Gregorio de Casale. Otros creen que el condestable fue arrastrado por sus tropas, fascinadas ante los prodigiosos tesoros de la Cristiandad reunidos en Roma, ciudad casi indefensa y al alcance de los bárbaros.

En cualquier caso lo cierto es que, con él como único jefe, los lansquenetes abandonaron la artillería y su impedimenta para poder ir más aprisa, y avanzaron como un torrente hacia la Ciudad Eterna. Lannoy se había retirado prudentemente a Florencia, que tuvo la fortuna de ser respetada. El marqués del Vasto había rechazado la colaboración de sus españoles, pues decía que el Borbón desobedecía al emperador, pero seguía habiendo españoles. El papa contó demasiado tiempo con el ejército de la Liga y en el último momento no pudo sacar a los romanos el oro suficiente para contener la avalancha.

El 5 de mayo el Borbón apareció al frente de sus bandas y pidió paso. Clemente VII le excomulgó. El asalto se produjo al día siguiente, al amparo de la niebla. El condestable fue uno de los primeros en penetrar, bien porque quería animar a sus hombres o porque quería pasar inadvertido al protagonizar un crimen que podía asombrar al mundo entero. Murió, en efecto, de un arcabuzazo que Benvenuto Cellini se vanagloriaba de haber disparado.

Sus soldados se adueñaron de la ciudad. Gracias al francés Guillaume du Bellay, que había acudido a prevenirle, el papa pudo refugiarse en el último momento en el castillo Sant'Angelo. Desde lo alto del mismo pudo presenciar la matanza de ocho mil hombres, mujeres y niños, y el espectáculo alucinante del saqueo.

No se libró nada. Arremetieron contra iglesias, palacios, casas burguesas y mausoleos. Todo lo que el fervor del mundo y, sobre todo, su temor al infierno amontonó allí durante siglos estaba en manos de los mercenarios. Los luteranos estaban encantados de profanar la Babel pontificia; transformaron las salas de los cónclaves en cuadras, los santuarios en lugares de perdición, rompieron las estatuas, se jugaron a los dados los objetos de culto o los tiraron al río, violaron a las damas nobles, arrastraron a los cardenales a través de las calles antes de desplomarse por los efectos del vino. Los españoles, más sobrios y más metódicos, torturaron a los prelados y comerciantes para que les entregaran sus bienes; los napolitanos destacaron por su ferocidad. De nada servía que Rafael hubiera pintado la llameante espada de San Pedro derrotando a Atila. San Pedro era impotente mientras no se alejara de su Iglesia corrompida.

El mundo quedó aterrorizado. Todo parecía venirse abajo. El Santo Padre, cautivo y escarnecido; la herejía, en alza; el Infiel en el corazón de Europa... ¿No eran aquellos los signos del fin de los tiempos?

15. Las vueltas de la fortuna (1527-1529)

El 22 de marzo de 1527, en Valladolid, daba a luz la frágil emperatriz Isabel. Sus dolores eran terribles y se mordía las manos para evitar el llanto. Médicos y comadronas, desconcertados, le decían que no tuviera reparo en llorar.

—Moriré si es preciso —dijo la orgullosa princesa— pero no lloraré.

Los dolores eran tan terribles que mandó dejar a oscuras la habitación para que nadie pudiera verle la cara. Al caer la tarde, y mientras estallaba una furiosa tormenta, dio finalmente a luz al archiduque-infante don Felipe, heredero de las coronas de su padre. Este le cogió en sus brazos y exclamó:

—¡Que Dios te sea siempre misericordioso y que te ilumine para gobernar sabiamente a tus súbditos!

Luego, ante la incredulidad de los cortesanos, aquel hombre taciturno prorrumplía en grandes manifestaciones de alegría. A pesar de la tormenta, abandonó el palacio a cuerpo gentil y recorrió varias leguas hasta llegar al convento de San Pablo. Allí se detuvo, empapado, y se dirigió a una pequeña capilla, cayó de rodillas y dio gracias al Cielo.

Su exaltación duró mientras se celebraron las fiestas en honor del recién nacido. Después del bautismo, Carlos pisó por primera vez un ruedo y se enfrentó con un toro, demostrando un arte que entusiasmó a sus súbditos. Quedaron disipadas las dudas sobre el valor de aquel soberano que, a sus veintisiete años, no había hecho nunca la guerra.

Todavía duraban las celebraciones cuando llegaron las noticias de Roma. Las llevó Gattinara. En sus memorias confiesa que dudó entre dos posturas: asumir plenamente la responsabilidad de lo ocurrido o rechazarla con indignación. Finalmente, no se inclinó por ninguna de las dos actitudes y Carlos decidió dejar que las cosas siguieran su curso antes de intervenir. Por lo demás, la flota de Andrea Doria, dueña del mar, hacía casi imposibles las comunicaciones entre España e Italia.

Cabría imaginar al rey católico aterrorizado ante la dimensión del drama y la profanación cometida contra San Pedro. Es cierto que se puso de luto y puso fin a las festividades. Pero en el fondo estaba alegre y orgulloso. Tras haberle entregado al rey de Francia, y a pesar de que no había sabido aprovecharse de tal gracia, la Providencia ponía en sus manos al papa. Era una demostración clara de que Dios condenaba a un pontífice indigno, de que sólo el emperador tenía la misión de representar y de servir a la Iglesia.

Aunque las maldiciones parecían amontonarse en todas partes, Carlos no había estado nunca tan alegre. Encargó a Alarcón, antiguo guar-

dián de Francisco I, que se convirtiera en carcelero de Clemente VII, encerrado en el castillo de Sant'Angelo, y Alarcón se atrevió a escribirle: «Las piedras de la Cristiandad se levantan contra Su Majestad.» No se inmutó lo más mínimo. Mandó redactar lo que podríamos llamar un libro blanco, con el fin de demostrar que el derecho estaba de su lado. Sus admiradores han querido ver en él una especie de Antimaquiaveio.

En Roma, los soldados seguían sin jefe y dedicados a sus obras de pillaje, a pasear a los preladados montados en asnos o a combatir entre sí. Destruyeron algunos palacios para vender la madera y el mármol. Sus excesos y las enfermedades que éstos provocaron les privaron de su fuerza militar. Lannoy intentó hacerse con ellos, pero su tratado con el papa le había quitado toda autoridad y tuvo que retirarse a Nápoles, donde se había declarado la peste. Durante aquel tiempo, los signatarios de la Santa Liga habían reafirmado su alianza y los franceses preparaban una nueva expedición más allá de los Alpes.

Sólo en julio salió Carlos de su inmovilismo, enviando a los príncipes cristianos una circular ambigua. Lamentaba la catástrofe «aun cuando creemos que no ha sido tan grande como han afirmado nuestros enemigos y aun cuando veamos que todo ha ocurrido como resultado del justo juicio de Dios, más que por la fuerza y voluntad de los hombres..., sin que en ningún momento nosotros hayamos dado nuestro consentimiento».

La lección del tratado de Madrid no había servido para nada. El emperador daba una nueva prueba de su obstinación granítica comportándose con Clemente VII igual que lo había hecho con Francisco I. Pierre de Veyre, señor de Mont-Saint-Vincent, fue el encargado de transmitir su voluntad a Roma, sometida al control de Lannoy. Había que llevar prisionero al papa a España, a no ser que comprara su libertad dando «las garantías más completas frente a posibles engaños o actos de mala voluntad». El César exigía ni más ni menos que la cesión de los Estados Pontificios, incluyendo el castillo de Sant'Angelo.

Esperó hasta el 18 de agosto a enviar a su mensajero, para que los desgraciados romanos tuvieran que sufrir más tiempo a la soldadesca. Cuando Veyre llegó a Italia, Lannoy, que habría podido actuar como moderador, había muerto víctima de la peste. El papa rechazó unas exigencias tan desproporcionadas. ¿Se produciría el espectáculo inaudito de un vicario de Cristo llevado en cautividad?

En Valladolid esta perspectiva constituía una grave preocupación. El confesor imperial protestaba. Gattinara también. Hubo un fuerte debate en el Consejo, cuyos principales miembros pidieron la puesta en libertad del pontífice. Carlos derramó lágrimas, dijo que había que aceptar la voluntad manifiesta de Dios. El papa podría salir cuando quisiera de la fortaleza, bastaba con que ofreciera las «garantías» solicitadas. Era el mismo lenguaje que el del año anterior.

Mientras tanto, un ejército francés penetraba en Italia a las órdenes de Lautrec y ocupaba Alejandría, mientras que los venecianos derrotaban cerca de Cerdeña a la flota imperial. La de Andrea Doria controlaba por completo las aguas del Tirreno.

Los guardianes del papa decidieron guardarlo en lugar seguro, en Nápoles. Viendo que querían seguir el mismo camino de Francisco I, Clemente VII siguió su ejemplo. Aceptó de repente todas las condiciones del emperador con la restricción mental de que no tenía por qué cumplir la palabra dada. Las puertas del castillo de Sant'Angelo se abrieron y el papa huyó a Orvieto, donde denunció el tratado.

Carlos se indignó una vez más, mostrando su actitud unilateral. Sólo veía su propio derecho sin tener en cuenta el de los demás. No se daba cuenta de que su dureza «autorizaba a todos los demás a convertirse en zorros, ya que no podían ser leones».

El 22 de enero de 1528, el heraldo Tuyenne, representante del rey de Francia, y el heraldo Clarence, representante del rey de Inglaterra, fueron recibidos con toda solemnidad en Valladolid. Guyenne leyó una larga requisitoria, al finalizar la cual Francisco I declaraba «que atacaría al emperador y le perjudicaría en sus países, tierras y sujetos» mientras no obtuvieran satisfacción tanto él como sus aliados. Carlos se apresuró a responder.

—Me sorprende que vuestro rey me desafíe, pues, siendo mi prisionero en guerra justa y contando con su palabra, no puede hacerlo legítimamente.

Luego cambió de tono, trató a Francisco de «cobarde y malvado» y le envió un mensaje que repetía dichas palabras varias veces en distintos contextos. El rey, furioso, respondió así al embajador imperial, Perrenot de Granvela:

—Ignoro que el emperador haya tenido nunca mi palabra. En primer lugar, en ninguna de las guerras en que he estado tuve ocasión de verle ni de tropezarme con él.

Estaba tocando un punto sensible. Mandó luego leer un desafío redactado según la costumbre antigua, en que trataba a Carlos de mentiroso y le desafiaba a un duelo. Hacía ya mucho tiempo que no se enfrentaban dos soberanos en el campo del honor. Tampoco en esta ocasión lo harían. El destino de los imperios no dependía ya de la habilidad de un campeón.

Lautrec recibió importantes refuerzos. Habría podido hacerse fácilmente con el Milanesado, donde las tropas de Antonio de Leyva morían de hambre, pero Francisco I cometió el error de ordenarle conquistar el reinol de Nápoles. En su marcha, el mariscal había liberado a las ciudades lombardas de los soldados imperiales y luego siguió bordeando la costa. Con aquella actitud estaba provocando el malestar entre los italianos y sobre todo en el papa, que no quería para nada a los franceses en el sur.

De repente, Clemente VII se puso en contacto con el emperador. Este cayó finalmente en la cuenta de que, si debilitaba demasiado a la Santa Sede, corría el peligro de fomentar la aparición de Iglesias nacionales en Francia, en Alemania y en Inglaterra. Volvió, demasiado tarde, al antiguo tratado de Lannoy, prometió entregar al papa Rávena y otras ciudades ocupadas por... los venecianos. Clemente VII se ofreció a ir libremente a España, acompañado de Wolsey, a fin de preparar un acuer-

do general. Luego cambió de opinión. Le habían aconsejado que no se fiara demasiado de la lealtad de Carlos.

Mientras tanto, en Roma, los soldados seguían sin jefe y amenazaban con cambiar de lado si no recibían dinero. El príncipe de Orange consiguió encontrar sesenta mil ducados, se los entregó, se puso al frente de ellos y los dirigió contra los franceses. Mientras iba de camino, la caballería se amotinó, la artillería se perdió. Lautrec habría podido destruir aquella masa desorganizada, pero cometió el error de dejarla huir tras un breve cañoneo.

Sin embargo, el camino estaba libre y se puso sitio a Nápoles; la flota de Doria bloqueaba la ciudad en la parte marítima. Hugo de Moncada, ya virrey, intentó liberar el puerto. Fue derrotado y perdió la vida. Le sustituyó el príncipe de Orange. «Si resistimos un mes, estaremos totalmente acabados», escribió al emperador. Sus tropas, hambrientas, le pedían cien mil ducados y le amenazaban con una nueva revuelta.

A pesar del aparente cambio de Clemente VII, Carlos pasaba una vez más de la victoria a la derrota. Su hermano había enviado a Italia un ejército alemán a las órdenes del duque de Brunswick, pero aquellos luteranos, que saqueaban los tesoros de las iglesias provocando la indignación de los italianos, cayeron víctimas de la peste y se dispersaron en seguida.

Un error de Francisco I, error político tan garrafal como su error militar en Pavía, cambió bruscamente el curso de los acontecimientos y, como para demostrar una vez más el destino pendular del emperador, le colocó en una situación de privilegio.

El verdadero árbitro de la situación era Andrea Doria, mezcla de *condottiere* y pirata, señor del mar que impedía las comunicaciones entre España y el resto del Imperio y tenía al emperador prácticamente prisionero en la Península Ibérica, pues no podía arriesgarse a navegar. Doria vivía en Génova, donde tenía emboscados sus navíos. Su contrato (pues en una época que se proclamaba todavía caballeresca todo era comercio) estaba a punto de expirar cuando el rey decidió crear en Savona un puerto que representaba un peligro demasiado grande para la insolente prosperidad económica y financiera de sus compatriotas.

Doria, indignado, pidió que se renunciara a dicha empresa. Pidió también la independencia de su ciudad. Lautrec insistió a su señor para que accediera; el embajador veneciano, Contarini, le hizo ver el desastre que podía provocar su negativa. Francisco I no quiso escucharles.

—¡No se irá! —les decía.

Doria se fue. Una mañana, los acorralados napolitanos vieron con estupor cómo los barcos que les tenían cercados izaban las banderas imperiales y estandartes con el emblema *Plus Ultra*. Desembarcaron y les entregaron los víveres destinados a los franceses. Por su parte, los soldados de Lautrec comenzaron a sufrir hambre y, muy pronto, la peste. Una carta desesperada enviada por el mariscal al rey cayó en manos de sus enemigos y fue publicada inmediatamente a bombo y platillo. Pronto, la mayoría de las ciudades italianas se pusieron también al lado del emperador.

Lautrec murió y su ejército levantó el asedio. Los españoles y los lansquenets le aplastaron en Avesa. El 28 de octubre de 1528 la flota del *condottiere* fondeaba en Génova, que pasaba a ser ciudad imperial, aun cuando Doria promulgó una constitución aristocrática. Francisco I trató de reparar su error, confió un nuevo ejército, menos numeroso que el anterior, al conde de Saint-Pil, que no consiguió recuperar Génova y fue aplastado en Landriano.

Clemente VII se dio cuenta de lo que ocurría y envió al nuncio Schio a Barcelona a firmar en su nombre un tratado «de paz y de confederación perpetua» con el emperador. El papa concedía la investidura del reino de Nápoles, absolvía a los culpables del saqueo de Roma, prometía coronar al César y entregarle la cuarta parte de los beneficios de la Iglesia para que pudiera organizar una cruzada contra los turcos. A cambio, conseguía la devolución de sus estados, a través de los cuales los ejércitos imperiales tendrían derecho de paso, incluyendo las ciudades que ocupaban los venecianos; recibiría la protección de Su Majestad. Además, los Médicis serían restablecidos en Florencia, de donde les habían expulsado las repúblicas francófilas.

El acuerdo se selló con el matrimonio de dos bastardos: Margarita de Austria, nacida del extraño encuentro de Ourdenarde, y Alejandro de Médicis, sobrino del papa. Gattinara recibió el capelo cardinalicio.

Mientras tanto, el inmenso ejército del sultán se había puesto de nuevo en marcha. Amenazaba Viena y Alemania. Quizá hubiera provocado un nuevo cambio en la situación, pero dos mujeres querían poner término a una guerra que arruinaba a Francia e impedía el comercio de Flandes. Margarita de Austria, la regente de los Países Bajos, consideró que era el momento propicio. Por su parte, a la realista Luisa de Saboya le importaban muy poco los sueños transalpinos y el triunfo de los infieles. Lo que ella quería era liberar a los Hijos de Francia, en peligro de muerte, y conservar la unidad del reino.

Carlos dio carta blanca a su tía, recordando que no debía renunciar a Borgoña. Las dos damas, que eran amigas desde la infancia, acudieron casi solas a Cambray, en secreto. Se alojaron en dos casas contiguas. Bastó derribar un muro para unir las. Entre el 7 de julio y el 15 de agosto de 1529 discutieron sus posturas sin contemplaciones.

El principal obstáculo seguía siendo la intransigencia de Carlos sobre Borgoña. Decidieron dejar de lado aquel problema; Margarita se contentó con recordar «los derechos que el tratado de Madrid reconocía al emperador». Era una afirmación meramente teórica. Borgoña seguía perteneciendo a la Corona de Francia, que se incorporaba las propiedades del condestable de Borbón, aun cuando el tráfuga fuera rehabilitado y aun cuando su hermana heredara sus demás bienes. Los hijos del rey recuperarían su libertad. El rescate sería enorme, dos millones de escudos de oro, pero se reduciría gracias a la dote de Leonor de Austria, con quien Francisco I se decidiría por fin a casarse. Realista como una auténtica Capeto, Luisa de Saboya había conseguido lo que a sus ojos constituía lo esencial. Poco le importaba unir en contrapartida a la Cris-

tiandad frente al Turco después de haber empujado a éste contra el emperador y dejar a los italianos a merced del Habsburgo tras haberles prometido ayuda y protección. Maquiavelo habría aplaudido si Florencia, su patria, no hubiera figurado entre las víctimas.

Sin embargo, hubo concesiones terribles, ignominiosas. Francisco I que, hasta el último momento había hecho a sus aliados falsas promesas, traicionaba con todo descaro a Venecia, a Florencia, a Ferrara, a los napolitanos opuestos a España y, por otra parte, a los viejos amigos de Francia en los Países Bajos, el duque de Gueldre y los La March. El rey se comprometía a no hacer nada en su favor. Renunciaba al Milanesado y a su soberanía sobre Artois, prometía combatir contra Venecia si la República no abandonaba las ciudades reivindicadas por el papa. Repudiaba al sultán y a los luteranos, ya que «el tratado sólo se hacía en consideración de los progresos de los turcos y de los problemas cismáticos que pululaban como consecuencia de la tolerancia».

Se olvidaba de Inglaterra, pero en este terreno estaba tranquilo. Desde hacía dos años Enrique VIII buscaba los medios jurídicos para librarse de su mujer, Catalina de Aragón, a fin de casarse con la bella Ana Bolena y tener descendencia masculina. En mayo se había llevado el asunto ante un tribunal eclesiástico reunido en Inglaterra bajo la presidencia de dos cardenales que representaban al papa. El 23 de julio, éstos habían interrumpido las negociaciones como consecuencia de las gestiones conminatorias del emperador ante Clemente VII.

Carlos consideraba como una ofensa personal la persecución a que estaba sometida su tía y se oponía resueltamente al divorcio, con gran indignación de Enrique. Francisco no temía que se produjera un acercamiento entre los dos soberanos. Tenía también intención de conservar sus relaciones con el sultán.

Por eso, no pareció impresionarse demasiado ante las protestas que se levantaron contra él. El tratado de Cambray, conocido como Paz de las Damas, era un acto indigno. Carducci, orador de Florencia, calificó la conducta de Francia de «impía e inhumana». Italia caía en manos de la Casa de Austria. Sufriría las consecuencias durante tres siglos.

Carlos obtuvo un triunfo inaudito después de tantos peligros y reveses. ¡Y el oro comenzó a llegar a raudales! El papa, Francia, Sforza y Venecia le entregaron como tributos centenares de miles de ducados; *El Dorado* americano seguía fiel a sus promesas, aun cuando sus envíos en oro fueran claramente inferiores a los que habían recibido los Reyes Católicos.

Cortés, nombrado en 1522 gobernador general de Nueva España, administraba el territorio a la española, demostrando una brutalidad que encolerizaba a los indígenas e indignaba a sus rivales. Su popularidad y su gloria eran inmensas, pero no faltaban detractores. Le acusaban de que se creía lo que los aztecas decían de él: que encarnaba a la Serpiente de plumas, a la imagen viviente del dios Quetzalcóatl; le acusaban, sobre todo, de que quería hacerse rey.

Aunque su atención se centrara en España, en Italia y en Alemania, Carlos estaba decidido a no perder un ápice de su poder al otro lado

del océano. Hasta entonces había tenido escrúpulos de conciencia para aceptar la conquista de México. Cambió de opinión al ver el fracaso de su orden de caballeros caritativos: los indios no hacían ninguna diferencia entre los blancos y desconfiaban de su Dios. Decidió que tenía que imponerse. ¿No había ordenado él que en Nueva España los indios debían convertirse al cristianismo por propia voluntad; que estaba prohibido privarles de sus bienes; que había que «tratarles con espíritu de amor y de amistad»? Cortés tuvo que acudir a justificarse. Lo consiguió, en cierta medida, y volvió cargado de nuevos títulos, aunque insuficientes a sus ojos. En adelante estaría asesorado por una Audiencia, una especie de Parlamento, que limitaba su autoridad. El hijo de Juana la Loca gobernaba con autoridad su imperio: siempre en nombre de la pobre reina, encerrada en Tordesillas.

En aquel verano de 1529, Carlos, con su poder inigualado, parecía el único jefe de la Cristiandad —de Europa— frente a los invasores musulmanes. No se dejó embriagar lo más mínimo ante el nuevo giro de los acontecimientos; conocía a la perfección los caprichos de la fortuna y, además, no había conseguido su deseo más ardiente: Borgoña. Por otro lado, veía en los acontecimientos la confirmación irrefutable de su misión. Su firmeza y obstinación recibían recompensas inesperadas. En consecuencia, estos rasgos de su personalidad se fortalecieron hasta convertirse en características casi legendarias de su persona y de su familia.

16. César triunfante (1529-1530)

Desde su matrimonio, Carlos vivía feliz con su frágil emperatriz que, el 21 de junio de 1528, le había dado una hija, la archiduquesa-infanta María de Austria, y se encontraba de nuevo encinta en la primavera de 1529. Aquellos tres años iban a ser los únicos en que, a pesar de sus grandes problemas políticos, tuvo la fortuna de vivir en comunión perfecta con un ser adorado.

Otro hombre habría vacilado sin duda ante la perspectiva de una separación que podía ser larga. Pero no era éste un sentimiento capaz de hacer dudar a un emperador, que había sido alumno de Adriano Floriszoon. Enrique VIII, por su parte, había firmado una tregua en Hampton Court y el mar no ofrecía ya peligros. Gattinara urgía a su señor para que fuera a Italia, donde debía ser coronado. Italia representó siempre a sus ojos el centro vital del gran Imperio. Pero no era sólo Italia. El emperador llevaba tanto tiempo lejos de Alemania que sólo percibía un lejano eco de su formidable agitación. Anunció a su hermano Fernando su intención de visitar aquellos territorios con la intención de solucionar —así lo decía él, ingenuamente— todos los conflictos y litigios.

Antes de salir recibió al aventurero Francisco Pizarro, que en cuatro ocasiones había intentado conquistar Perú y se preparaba para un nuevo intento. Carlos aprobó su proyecto y le nombró capitán general de la Nueva Castilla.

Después de despedirse de su esposa, el emperador se embarcó gloriosamente en Barcelona en el *Capitana*, buque insignia de Andrea Doria. Iba acompañado por su Consejo. Estaba formado por Gattinara, único italiano, cuatro españoles y cuatro flamencos, entre los que descollaba la personalidad de Perrenot de Granvela. Cobos era el más escuchado entre los españoles.

La emperatriz, nombrada regente, estaría seis años sin ver a su marido y atravesaría grandes dificultades como consecuencia de las intrigas de señores codiciosos, eternamente descontentos. Aquella princesa, que había aportado una dote fabulosa y veía cómo el oro del Nuevo Mundo llegaba en grandes cantidades a Sevilla, tuvo no obstante muchas preocupaciones económicas, pues la guerra y la diplomacia exigían sumas de vértigo.

Vivía con sus hijos en condiciones de reclusión y de austeridad, sin residencia fija, entre Ocaña, Toledo, Aranjuez, Medina del Campo y Madrid.

Carlos desembarcó en Génova el 12 de agosto de 1529. Allí se reunieron con él sus generales. Todos juntos discutieron sobre el destino que convenía reservar a la península. Antonio de Leyva, por quien el emperador tenía mucha consideración, rechazó violentamente la idea de una vuelta al estado de cosas anterior. Se decidió crear una liga italiana sometida a la obediencia imperial en el momento en que se venciera la resistencia de Florencia y de Venecia.

Luego hubo que esperar la llegada de noticias sobre la ofensiva turca, última esperanza de Venecia. Un veneciano, Gritti, hijo bastardo del viejo dux, era consejero del gran visir, Ibrahim Pachá.

Los turcos habían conseguido crear, frente a la Hungría de Fernando de Austria, otro reino húngaro gobernado por los Zapoly. Había sido resultado de la iniciativa de Ibrahim y de Gritti. Con gran indignación de los jenizaros, aquéllos les habían impedido saquear la ciudad de Buda.

En septiembre, el ejército del sultán se puso nuevamente en marcha. El 27, Solimán el Magnífico llegó ante los muros de Viena, defendida por una débil guarnición alemana a la que Carlos no había podido enviar como refuerzo más que unas compañías españolas. Si bien los turcos contaban con una considerable superioridad numérica, los alemanes disponían de un arma nueva, el arcabuz largo, mientras que el sultán no había podido atravesar con su artillería pesada la llanura húngara, transformada ya en un lodazal a causa de las lluvias del otoño. Sin embargo, la victoria turca parecía segura. Menos el rey de Francia, toda la Cristiandad estaba alarmada.

Aun cuando se haya exagerado la importancia de la batalla de Poitiers, lo cierto es que el Islam, antes de aquel frenazo, parecía que iba a invadirlo todo. Luego había ido retrocediendo: había perdido, en particular, la Galia meridional, Chipre, Creta, Sicilia y España. El furioso ataque de los turcos le llevaba ahora ante las orillas del Danubio. Si los musulmanes se extendían por Alemania mientras conservaban los Balcanes y dominaban el Mediterráneo, el mundo occidental sufriría sin duda una perturbación semejante a la caída del Imperio romano y su civilización experimentaría una mutación formidable.

El arcabuz largo, la lluvia, el frío —insoportable para personas venidas de Asia— y, finalmente, el hambre, consecuencia de los terribles estragos causados en la agricultura, inclinaron la suerte del lado cristiano. Los jenizaros tenían que ser llevados a la fuerza al combate; decían que preferían morir bajo el sable de sus jefes que por los disparos del arcabuz largo. Un tráfuga reveló el secreto de las minas que el sultán había ordenado colocar. El 14 de octubre, Solimán renunció al intento y se batió en retirada, mientras que el conde de Salm, héroe de la defensa, moría de las heridas recibidas. Era el primer fracaso de los otomanos, el final de sus éxitos en el norte.

Pudo apreciarse entonces, con sorpresa, un extraño contraste. Carlos V, lúcido y fiel a sí mismo, no se vanaglorió lo más mínimo por aquella especie de milagro. No lo atribuyó siquiera a la intervención divina: «El Turco, escribió, se ha retirado más por necesidad que por las ayudas que pensara que iban a ir en contra de él.»

Por el contrario, el gran visir, inquieto por su suerte personal, organizó una inmensa fiesta como si su señor hubiera vencido. Los embajadores de Venecia, Hungría, Polonia y Moscú saludaron en ella al Magnífico. Francisco I no se atrevió a enviar representantes.

Poco importaba aquello al emperador. Ante la sumisión del papa, el repliegue de Francia, la derrota del sultán y el gran escándalo del divorcio que arrebató a Inglaterra su posición de árbitro, Carlos dominaba sin duda la escena mundial.

Nunca el *Imperator* se mostró menos soberbio. Repetía:

—No he venido a hacer daño a nadie. Sólo quiero restablecer el orden y la paz.

Había que comenzar por Italia. Carlos creía que podía imponer su ley, pero no había contado con el genio nacional para el regateo y las *combinazione*. Las negociaciones duraron varios meses. Milán volvió de nuevo a manos de los Sforza; los Médicis recibieron promesas sobre Florencia. El papa acudió entonces a Bolonia y esperó a Su Majestad, que se vengó de sus ardidés retrasando su llegada hasta el 5 de noviembre. Es curioso que ni Carlos ni sus consejeros comprendieran que al humillar de aquella manera al papa estaban proporcionando nuevas armas a los luteranos alemanes y a Enrique VIII.

En Bolonia siguieron confabulando varias semanas. Finalmente, el 23 de diciembre de 1529, se firmó el tratado en virtud del cual se creaba la Liga Perpetua de los Estados italianos. Al parecer, estaba dominada por la virtud de la moderación. En realidad, introducía un sistema de vasallaje: cada miembro de la Liga debía suministrar al emperador hombres y dinero, convertirse en instrumento dócil en sus manos. La gran efervescencia de Italia, que favorecía los crímenes, las traiciones, las intrigas personales, pero también la aparición de todas las formas del genio, iba a apaciguarse poco a poco, a morir bajo el peso de un orden asfixiante.

Llegaron a Bolonia embajadores florentinos. El emperador les indicó que fueran a ver al papa, quien exigió la abolición del gobierno popular, «sistema de esclavitud universal», y el restablecimiento de los Médicis. Mientras se prolongaba la discusión, un ejército imperial dirigido por el príncipe Felipe de Orange puso sitio a Florencia. El príncipe tardaría seis meses en vencer la resistencia de sus habitantes y perdería la vida como consecuencia de los combates.⁴

Carlos, que cumplía así su promesa, no se olvidó de tratar de nuevo el tema del matrimonio de Enrique VIII. Para él, su tía Catalina era como una segunda madre, y su prima María como su hermana, a pesar de que había sido su prometida. Confirmó que no consentiría la anulación del matrimonio.

El cardenal de Tournon y el obispo de Tarbes habían advertido al papa, en nombre de Francisco I, que su negativa podía ocasionar la pérdida de varios millones de fieles. El embajador veneciano en Londres, Ludovico Falier, demostró intuición profética cuando escribió al Senado de la Serenísima República: «Su Santidad el papa no es muy respetado por el rey (Enrique VIII) porque no le ha concedido la disolución de su

matrimonio. Esto, si Dios no lo remedia, será de gran utilidad para la Corona de Inglaterra y un gran perjuicio para la Iglesia romana.»

Carlos no era tan clarividente. El encargado de reunir a la Cristianidad no imaginaba que, al cumplir su deber de solidaridad familiar, iba a dividirla de forma irremediable. Y el papa, aun cuando tuviera conciencia de ello, no se encontraba en situación de ofrecerle resistencia. Y, por tanto, no resistió.

Wolsey fue la víctima de aquel estado de cosas. No había podido complacer a su señor. Las circunstancias le hicieron perder su provechosa situación de negociador entre Inglaterra y el emperador. Además, era enemigo de Ana Bolena. Perdió su cargo. Hizo correr el rumor de que el rey sería excomulgado si no se separaba de su amante. Unos meses más tarde era detenido. Murió en el momento justo para librarse del hacha del verdugo.

Parecía que se había llegado a un entendimiento completo entre el papa y el emperador. Nada impedía ya la coronación. Hasta Venecia parecía dispuesta a llegar a un arreglo e, impaciente por obtener el perdón, había delegado por lo menos a seis personajes importantes para que felicitaran a Su Majestad y le expresaran «la satisfacción de la República por la concordia y la paz general conseguidas gracias a él».

Carlos habría deseado que la ceremonia tuviera lugar en Roma, pero los recuerdos del saqueo de la Ciudad Eterna estaban todavía demasiado frescos y podían estropear por completo la celebración. Sirvieron de pretexto las noticias de Alemania, que eran ciertamente desastrosas. Se agilizaron los preparativos, lo que dio al acontecimiento un aspecto algo insólito.

El 22 de febrero de 1530, en Bolonia, el papa colocaba en la frente del Habsburgo la corona de hierro de los reyes lombardos y, el 24 de febrero, la corona de oro de los emperadores. Se había mantenido la augusta tradición: el sucesor de Carlomagno recibía la misma consagración que su ilustre antecesor. Al menos Carlos veía así aquella especie de apoteosis. Nunca llegó a sospechar que era el último emperador elegido que recibía la corona de manos de un pontífice.

Por lo demás, ¿podía decirse que el Sacro Imperio Romano Germánico recuperaba su gloria de antaño? A los grandes electores ni siquiera les habían avisado. Sólo estaba presente un señor alemán, el conde palatino Felipe, porque había acudido a dar a conocer la victoria de Viena. Los demás alemanes eran los tres mil lansquenets de Antonio de Leyva. Todo lo que brillaba en el cortejo imperial era de procedencia española o italiana. Si bien el conde palatino portaba el globo delante del emperador, que cabalgaba entre dos cardenales, el duque de Saboya llevaba la corona, el marqués de Monferrato el cetro y el duque de Urbino la espada.

La cabalgata, saludada con las aclamaciones rituales, pasó bajo un arco de triunfo de madera lleno de flores, de banderas y de trofeos que se hundió nada más pasar el emperador. A pesar de haber estado tan cerca de la muerte, Carlos no se inmutó. No quiso escuchar a los que acusaban al papa de haber preparado un atentado ni cambió de actitud

hacia él. Su tía Margarita le había informado de los peligros que corría al entrar en contacto con la Corte pontificia.

Sin embargo, Clemente VII no tenía motivos para estar descontento, ya que, después de tantas desgracias, había recuperado íntegramente las posesiones de la Iglesia y restablecido a su familia en Toscana. En cuanto el emperador tenía derecho a creerse el amo de una Italia donde países extranjeros se disputaban desde hacía casi cuarenta años la hegemonía europea. Los franceses no iban a reaparecer en Roma y en Nápoles hasta dos siglos y medio más tarde.

Una vez impuesto el orden habsburgués en el sur, era el momento de instaurarlo en Alemania. Fernando, que temía todavía a los turcos, presionaba a su hermano para que fuera a Viena. Carlos pensaba de otra manera. Convocó una Dieta en Augsburgo «para apaciguar todas las discordias, para ofrecer los errores del pasado a Nuestro Señor Jesucristo, así como para escuchar todas las opiniones y reunirse en una verdad auténticamente cristiana, y, finalmente, para acabar con todos los malentendidos que haya podido haber por ambas partes».

Seguía estando convencido de que podría reformar la Iglesia sin dejar de respetar el dogma. Estaba tan ajeno a la verdadera naturaleza de las cosas que pensaba incluso que las dificultades de Alemania y las aspiraciones tumultuosas de unos y otros le ayudarían a recuperar su autoridad imperial.

Gattinara trató de ponerle en guardia. Los alemanes no aceptarían combinaciones «a la italiana».

—Los asuntos alemanes son asuntos alemanes, señor, ¡no se engañe en eso! Con estos hombres hay que actuar con decisión. Al principio gritarán, luego os adorarán.

El emperador, sin ninguna prisa, salió de Bolonia en la primavera, atravesó el puerto del Brennero y llegó a Innsbrück, la ciudad favorita de su abuelo Maximiliano. Fue recibido entre grandes muestras de alegría. Por fin, Carlos de Austria se dejaba ver en Austria.

El 4 de junio de 1530, cuando todavía no habían terminado las fiestas, moría de repente Gattinara, víctima de un ataque de apoplejía. Aunque su poder había disminuido, el acontecimiento era de notable importancia. «El canciller —escribía el embajador veneciano Nicolás Tiépolo— tomaba resoluciones (excepto en el tratado de Madrid) y decidía personalmente. A él se dirigían los embajadores y con él trataban y resolvían sus asuntos antes de pasar a la Corte.»

Aquel gran ministro legaba a su señor las ideas nacidas de su concepción romana del imperio y de la influencia humanista de Erasmo, a quien admiraba profundamente. Las ideas penetraron muy lentamente en el espíritu de Carlos, pero, una vez incrustadas allí, ya no hubo forma de desalojarlas. El emperador, convencido de ser el jefe supremo, el ordenador y, según una expresión de la época, el «gerente» de la Cristianidad, no dudaba ni de su poder ilimitado, ni de sus deberes consigo mismo, ni de su responsabilidad ante Dios.

Los embajadores venecianos, como muchos de sus súbditos que se quejaban de ello, le consideraban como un extraño en sus propios rei-

nos. Había sido precisamente Gattinara quien le había infundido un sentimiento muy claro de su universalidad. En 1530 Carlos pretendía situarse por encima de las psicologías, de las tendencias, de los conflictos internos de cada uno de sus dominios, incluso cuando se trataba de problemas religiosos. El emperador representaba la unidad del poder y de la fe, aun cuando un emperador humanista fuese demasiado propenso a resolver de forma idealista y teórica problemas terriblemente concretos.

En adelante, gobernaría él en persona. Nicolás Tiépolo escribiría al año siguiente: «Ahora nada se resuelve sin que Su Majestad lo sepa, lo comprenda y dicte su voluntad... Al principio, a causa del abandono de sus funciones, se consideraba que no tenía demasiada cabeza, pero ahora todos reconocen su gran prudencia y en su Corte se dice que nadie demuestra mayor capacidad de juicio que él.»

El canciller no tuvo sustituto. El emperador contaba con un sólido equipo de administradores, de generales, de juristas, de diplomáticos, de teólogos y de conquistadores sobre los que, sin prodigarles favores, ejerció siempre notable ascendiente y que le mostraron siempre, cosa rara en dicho siglo, una lealtad inquebrantable. Entre ellos se distribuyeron las diferentes funciones. Cobos se encargaba de los asuntos de España. En cuanto a los «asuntos generales», recayeron sobre Perrenot de Granvela, con lo que se convirtió en el consejero principal de Su Majestad.

Aquel borgoñón del Franco Condado había sido secretario de Margarita de Austria. Personaje inteligente, fuerte, astuto, tenía lo que algunos han llamado un «talento plúmbeo», pues puso en marcha un gran aparato burocrático, antecesor de las administraciones modernas. Escribía sin descanso y el historiador, obligado a compilar sus interminables despachos, maldice aquella facilidad de palabra que anegaba al soberano con un diluvio de argumentos en favor y en contra.

La lentitud de aquel sistema convenía a Carlos, que era aficionado a los informes y expedientes y, antes de decidir, sopesaba, rumiaba y deliberaba hasta el infinito consigo mismo, más que con su Consejo. En el momento en que se proponía meter en cintura a un país en plena erupción, había un nuevo gobierno y un príncipe liberado de sus sucesivos tutores y forjado por sus convicciones y por sus experiencias. El gobierno y el príncipe iban a descubrir a los alemanes, tras nueve años de separación.

Como es obvio, puede ser de gran interés observar a Carlos V en esta etapa decisiva de su reinado y de su vida.

17. Carlos a los treinta años (1530)

A sus treinta años, el soberano más poderoso del mundo tiene el aspecto de un hombre maduro. Está endeble, arrugado, cargado de espaldas; tiene el rostro cubierto por una densa barba y sus labios son gruesos; el defecto de su mandíbula inferior —que se va acentuando con el tiempo— le da un aire inquietante y refleja la degeneración de su estirpe. Sus dientes picados y el mal olor de boca le hacen poco fascinante. Sólo la mirada refleja la majestad, la inteligencia, la astucia, la convicción inquebrantable que nos han transmitido los lienzos de Amberger y de Tiziano.

Generalmente viste ropa de lana oscura, al estilo español, y se cubre la cabeza con un gorro de terciopelo, el único brillo era el del Toisón de oro que lleva sobre el jubón, colgado de un cordón de seda. El emperador tiene una apariencia sumamente frágil en medio de señores cuyas plumas, brocados, joyas y ornamentos multicolores parecen doblar su volumen. Y sin embargo, por lógica, debería haber tenido las dimensiones de un Gargantúa, pues ni el gigante de Rabelais tuvo mejor apetito que el emperador.

Nos quedamos cortos hablando de apetito. Con el tiempo la voracidad de aquel cazador que había perdido la afición a las grandes cacerías, de aquel caballero que prefería su despacho a su caballo, adquiere proporciones desconcertantes. Sólo la ciencia de un psiquiatra podría descubrir qué ambiciones irrealizables, qué aspiraciones desmedidas encontraban una válvula de escape en su glotonería. Devoraba insaciablemente tortillas de sardinas, *alalunga* (atún blanco pescado en Malta) adobado, tordos con ginebra, anchoas en aceite, corzos, asados de jabalí, a veces de zorro, pavos enviados desde México, sopas con tropezones y escabeches llenos de especias. Todo ello fuertemente condimentado y salpimentado. El barón Falconetto, maestresala, se desesperaba al no descubrir nuevos condimentos que agradaran a su señor. Un día en que éste se quejaba sin demasiado mal humor, el barón le dijo, en tono de broma, que debería prepararle un potaje de relojes, pues la pasión del Habsburgo por estos objetos iba también en aumento.

Milagrosamente, aquellos alimentos consumidos casi sin masticar por la dichosa mandíbula no dejaban grasa en su cuerpo enclenque, pero le provocaron otros sufrimientos, sobre todo la gota. Esta se manifestó por primera vez en España. Una segunda crisis, mucho más grave, se produjo en la época de su coronación y le hizo recordar las vanidades de las grandezas humanas. A partir de entonces no conseguirá librarse de aquel mal. Pronto se le sumaría el asma.

Los médicos rogaron a Su Majestad que aligerara sus menús, que los hiciera menos nocivos. Su Majestad les respondía que estaban designados para el cargo que ocupaban con la intención de permitirle comer a gusto, y se negó a cambiar de costumbres. O al menos, si es que cambió, lo hizo de mala gana, pues los ejercicios a que se entregaba entusiasmado el joven Carlos de Gante habían dejado de divertirle.

El emperador se levantaba tarde, oía tres misas y se encerraba con sus papeles. Los cortesanos decían que pasaba el tiempo «de la misa a la mesa», lo que es injusto, pues trabajaba sin descanso. Quería saberlo todo, analizaba todos los informes. Los enviaba en seguida a un ministro; pero cuando trataban de algún problema verdaderamente grave, imponía su voluntad y la mantenía aun cuando fuera evidente que había cometido un error.

Estaba siempre rodeado de una Corte numerosa. Sus miembros, con excepción de los que formaban parte del Consejo, no influían en sus decisiones. Fiel a las costumbres de la Casa de Borgoña, exigía que se mantuviera la etiqueta, el ceremonial introducido por el duque Felipe el Bueno y que Carlos endurecerá hasta transformarlo en un mecanismo tan pesado que acabaría aplastando a sus débiles descendientes.

No tenía amigos, sólo servidores o mercenarios. Los más útiles de éstos recibían grandes cantidades de dinero (por ejemplo, Doria). Granvela y Cobos obtenían casi setenta mil escudos al año. La gran mayoría no recibía muy buen trato. El embajador de Venecia escribía: «Es voz unánime en esta Corte que Su Majestad no ha estado nunca dispuesto a pagar los servicios, lo que hace que todo el mundo se queje de no ver recompensados los servicios prestados. Entre los numerosos ejemplos recuerdo uno que me contó el anciano coronel Aldana: un soldado mayor, que había llevado a Su Majestad la espada y el guantelete del rey Francisco I cuando fue hecho prisionero, sólo recibió cien escudos. El soldado se alejó, desesperado.»

La espada, el guantelete... Aquellos símbolos habrían tenido un valor incalculable a los ojos de un verdadero caballero. Carlos —y ahí está el sorprendente contraste de su personalidad— quiere ser el campeón de las grandes tradiciones medievales, hasta el punto de proponer al rey de Francia resolver sus diferencias en un duelo; pero los flamencos le han transmitido una mentalidad burguesa que no podrá disimular. En muchos casos, el burgués triunfará sobre el príncipe nostálgico de las cruzadas. Algunos hablarán entonces de su «alma doble».

Y le vino bien tener cierta vocación burguesa, gracias a la cual se adelantó a su tiempo, a la vez que defendía tenazmente valores ya desfasados. De lo contrario, ¿cómo habría salido de sus tremendos problemas financieros, que superó tramando increíbles combinaciones de empréstitos y de préstamos usureros, recurriendo al crédito de las ciudades, de los comerciantes y de los banqueros, que acabaron por tener sumo interés en evitarle la bancarrota? A propósito de este soberano indiferente a los simples mortales y, a la vez, burgués astuto en los negocios dirá otro embajador: «No ha prodigado sus sentimientos, pero tampoco el dinero.»

En efecto, muestra muy pocos sentimientos, excepto a la emperatriz. Las demás mujeres son simples compañeras de aventuras vergonzosas que oculta con el mismo celo con que Francisco I pregona sus amores. Quizá con excepción de dos bufones capaces de divertir a aquel hombre melancólico, ningún familiar podía vanagloriarse de contar con el cariño del emperador.

Una devoción excesiva y un rigor moral sin concesiones eran compatibles con un egoísmo absoluto, con la falta de generosidad, con la carencia de toda piedad y hasta la crueldad, generalizada entre los grandes, y, sobre todo, con el rencor: «Su cólera no se apaga hasta que consigue la venganza —escribe por entonces un veneciano observador—, no se preocupa por las acciones deshonorosas de sus ministros, pero... ha tenido en la sombra a algunos de sus capitanes por envidia a su gloria.»

¿Va a convertirse, por fin, en un gran hombre de Estado? Todo el mundo reconocía «la excelencia de su entendimiento» y su gran dedicación. Su lentitud, la dignidad soberana que nunca le abandonaba parecían demostrar su paciencia y la profundidad de sus reflexiones. Y, en efecto, reflexionaba mucho porque necesitaba tiempo para comprender.

Hemos visto que, en esta fase de su evolución, cuando concibe una idea ya no la abandona. Otra contradicción: el emperador de los sueños grandiosos se ve frenado por la importancia que concede a asuntos insignificantes. Jean Giono lo comprendía bien al escribir: «Se pierde en los detalles: una vez perdido, su sentido de la orientación burgués le lleva a seguir lentamente la menor huella de camino que consiga llevarle a alguna parte, y muchas veces al mismo lugar al que le habrían llevado la violencia y la audacia. Da el pego sabiendo que lo da: Ulises con la armadura de Ajax y con todas las letanías necesarias para reconfortar a un alma indecisa.» (Jean Giono, *La bataille de Pavia*.)

¿Indeciso, a pesar de tanta firmeza, de tanta obstinación?

Sin duda. La firmeza, la obstinación sólo se consiguen —y en qué forma tan implacable!— tras largos debates interiores.

La fuerza del emperador procede de la experiencia que ha tenido de los caprichos de la fortuna. «Las dificultades que son fruto del momento no le asustan. Las oportunidades del momento no le tientan; conoce la fragilidad de las mismas. La idea vencerá siempre sobre el azar.» (Walter Tritzsch.) La fuerza de las realidades casi ni le afecta, pues su visión del universo es una visión interior.

Su debilidad depende de la forma muy particular de su imaginación. Esta, compañera inseparable del sedentario (Carlos tiene espíritu sedentario aun cuando vaya recorriendo el mundo), le empuja hacia los gigantes monumentos del pasado; la monarquía universal no es, en definitiva, más que la resurrección de un Imperio romano basado en la unidad de la fe. Por el contrario, no le deja ver el partido que podría sacar de las revoluciones de su tiempo para construir y dominar un mundo nuevo.

La idea de aprovecharse de la Reforma, que no ha logrado todavía comprender, para convertirse en un autócrata temporal y espiritual a la

manera de Enrique VIII, no se le ocurre en ningún momento, a pesar del desprecio que siente hacia el papa. Tampoco se le ocurrirá emplear el oro y los soldados de España para formar las estructuras que faltan en Alemania.

Carlos V no intenta construir un edificio adaptado a las prodigiosas mutaciones de la época. Quiere conservar, restaurar, reformar a su manera, es decir, inspirándose en el pasado. Desde luego, no se le pasa por la cabeza disminuir el terrible poder de la Inquisición. Pero, ¡que nadie se lleve a engaño! A pesar de la gran contradicción —una más— es un emperador humanista que, mientras cabalga hacia Augsburgo, espera poner orden en Alemania para luego unificar el Occidente, un emperador lleno de gusto y de sensibilidad artística, gran aficionado a la pintura que, en lugar de ordenar a Tiziano que le representara como a un semidiós —como habría hecho Luis XIV, su tataranieto—, preferirá refrenar el pincel del maestro.

Segunda parte

EL SUEÑO UNIVERSAL (1530-1558)

18. «La pura palabra de Dios» (1530-1531)

El mes de mayo de 1530 Carlos descubrió una Alemania profundamente diferente de la que había abandonado en 1521. Sin embargo, no tenía todavía conciencia de los males irremediables que había causado la larga ausencia, que trataría de justificar en sus Memorias. Al encargarse a su hermano que le representara, creía que la regencia podría ejercerse con eficacia en Alemania, lo mismo que la ejercía su tía Margarita en los Países Bajos. Ahora bien, la estructura imperial no se prestaba a tal forma de gobierno. La autoridad del emperador era limitada y estaba mal definida, por lo que sólo su prestigio personal podía imponerla y acabar con los interminables conflictos jurídicos. Por otra parte, Fernando, que tampoco sabía casi alemán, había sido educado por un español, Fernando de Aragón, y había una diferencia abismal entre un grande de España vinculado a la Corona y un príncipe germánico soberano en sus dominios. Además, el rey de Bohemia había interrumpido demasiado joven su aprendizaje político. Le orientaba un español, el marqués de Salamanca, ministro hábil pero doblemente impopular a causa de su origen y de su cargo de recaudador de impuestos.

Fernando demostraría a lo largo de su vida grandes cualidades de hombre de Estado. Pero carecía de carácter y de experiencia. Era imposible de todo punto que aquel muchacho de veintiún años pudiera controlar la doble revolución política y religiosa que se había producido en ausencia de su hermano.

Aureolado con la corona de Carlomagno, el emperador habría tenido los medios necesarios para tal misión. Habría podido ganarse o vender a los grandes señores en discordia, congregar a los caballeros,⁵ apoyarse en los doctores más influyentes en medio de la furiosa tormenta ideológica, defender al clero católico, proteger a los campesinos y reorganizar un comercio anárquico. Sobre todo, habría podido lograr del papa que abandonara parte de sus desorbitantes imposiciones económicas y el gobierno absoluto de los conventos y de las iglesias.

En Francia, el Concordato había regulado las relaciones entre la Iglesia y la realeza, en beneficio del monarca. Enrique VIII afirmaría muy pronto brutalmente su independencia de Roma. Aunque sea dudoso que exista verdaderamente un «sentido de la Historia», sería imposible negar el movimiento centralizador que, incluso en España, impulsaba a los Estados a adquirir su aspecto moderno.

En Alemania, por el contrario, los señores se liberaban de sus vínculos feudales para proclamarse totalmente independientes y creaban así

una galaxia de principados que ya no intentaban defender frente al enemigo, pues de ello se encargaban los mercenarios. En cambio seguían explotando a los campesinos hasta el punto de provocar su sublevación.

Esta revuelta, dirigida por Lutero, era también —como se ha dicho en alguna ocasión— fruto de sus principios evangélicos. Y Lutero favorecía igualmente las ambiciones de los reyezuelos. Estos, antes tan odiados, ganaban en popularidad al abrazar sus doctrinas.

La herejía, «corolario lógico de la rigidez del cristianismo» (Orestes Ferrara), ha surgido muchas veces a lo largo de la Historia, generalmente sin salir del ámbito espiritual y de la conciencia de los individuos. Pero a comienzos del siglo XVI «se entremezcla —escribe Ferrara en su obra *Le XVI^e siècle vu par les ambassadeurs vénitiens*— con los intereses de los príncipes, se infiltra en las creencias de las multitudes por influencia de una cultura excitante y gracias a las transformaciones económicas. Las discusiones del momento sobre los textos bíblicos proceden, históricamente hablando, de un estado social, cultural y político en ebullición».

Los príncipes, después de aplastar a los ingenuos campesinos, han aprovechado la ocasión para consolidar su soberanía y para secularizar en beneficio propio los inmensos territorios y los múltiples beneficios de la Iglesia. Así se forma en torno a una ideología mal definida una Alemania nueva antimiedieval, antirromana y antiimperial en el momento preciso en que Carlos intenta resucitar el Imperio Romano Germánico.

Lutero ha vencido ya sobre él y, sin embargo, no ha realizado su verdadero objetivo. ¿Es, como suele decirse, uno de los padres del mundo moderno? Podríamos añadir, como hace Lucien Febvre en su biografía de Lutero: «Siempre que se haga constar escrupulosamente lo involuntaria que fue dicha paternidad, lo mal que cumplió el indeseable hijo los deseos de su progenitor.» Había querido la reforma y la libertad y, sin duda, había desbaratado la omnipotencia de la Santa Sede. «Pero ¿habrá que proclamar como un triunfo que, en lugar de un yugo pesado, haya puesto el yugo todavía más pesado del príncipe, del Estado creado y enviado al mundo por Dios para velar por los intereses, las costumbres y hasta los dogmas de la comunidad cristiana?» (Febvre).

En 1529, mientras la Inquisición española comenzaba a perseguir a los herejes, sujetos en adelante a la pena de muerte, los católicos habían logrado figurar en mayoría en una Dieta congregada de nuevo en Spira. Les faltó tiempo para revocar las decisiones adoptadas en 1526. Se exigió a los estados reformados que aceptaran en su sueño organizaciones católicas, aunque los príncipes de dicha confesión no tenían obligación de hacer otro tanto con las organizaciones heréticas. Los luteranos protestaron públicamente y establecieron una alianza entre sí.

Aquello no era inconveniente para que los teóricos de la reforma se atacaran con virulencia. Si el emperador no comprendía la amplitud del malestar político existente en Alemania ni la extensión de la herejía que había llegado ya hasta el norte de Europa, ¿cómo iba a comprender algo en las violentas polémicas entre Lutero y el extremista Zwinglio y el prudente Melancton, como la controversia en torno el tema de las

imágenes, la multitud de comentarios contradictorios que, lejos de crear una doctrina de amor, sembraban la semilla del odio?

Además, ¿qué necesidad tenía de comprender nada? Las ideas acabarían imponiéndose no sólo al azar sino también a los hechos. Poco a poco, metódica, lentamente, avanzando de síntesis en síntesis, como hacen los hombres de carácter, cuya imaginación prescinde de las contingencias, se ha formado una opinión, se ha trazado un camino, que nadie le impedirá seguir. Sus victorias sobre los comuneros de España, sobre Francia, Italia y la Santa Sede le convencen de que podrá acabar fácilmente con la resistencia de una Alemania predestinada a ser el eje de su sistema.

No quiere utilizar la fuerza. Sólo recurrirá a ella si los sordos y ciegos voluntarios se empeñan en seguir siéndolo. Lo que él quiere conseguir es una reconciliación general, un feliz compromiso entre todos los antagonistas. El nieto de los Reyes Católicos, que dieron a la Inquisición sus poderes desorbitados, tiene como fuente de inspiración la prudencia y moderación de Erasmo; de un Erasmo según el cual la reforma interior de la Iglesia debe llevarse a cabo con el consentimiento y la aprobación de unos y otros. Carlos había ordenado a la Inquisición que prohibiera los ataques contra el filósofo de Rotterdam.

El emperador, en un primer momento, intenta conseguir la concordia a través de transacciones, de concesiones mutuas. Luego, como había podido saber Clemente VII en Bolonia, sería necesario convocar un concilio que pusiera fin a las querellas teológicas y cuyos decretos fueran inapelables.

Los posibles descontentos sentirán entonces el poder del emperador. ¿No era cierto que los concilios de los primeros siglos habían salvaguardado la unidad de la fe gracias al apoyo de los emperadores romanos?

Hay que subrayar que esta concepción no es del todo utópica. La actitud de Carlos respecto al papa y el espantoso saqueo de Roma le había dado cierta popularidad en Alemania. Un revolucionario, Ulrich van Hutten, le escribió enviándole poemas llenos de alabanzas. Los reformados, aunque orgullosos de sus prodigiosos avances, no tenían ninguna seguridad de poder triunfar. Por eso querían aceptar la discusión.

Lutero, condenado en Worms, no podía aparecer ante la Dieta. Le representó Melanchton. Era un hombre mucho menos exaltado que el antiguo fraile agustino, de espíritu sereno, dispuesto a tratar. Llegó a escribir al nuncio: «Ningún dogma nos separa de la Iglesia romana.»

Carlos no dudaba de que podía lograr su objetivo. Nadie le había informado de que los príncipes estaban dispuestos a utilizar todos los medios para impedirlo. La Reforma les ofrecía demasiadas ventajas.

El emperador hizo su entrada en Augsburgo rodeado de una pompa pocas veces igualada. En la cabeza del cortejo figuraba una interminable cohorte de alemanes con armadura: primero los famosos lansquenets, tristes héroes del saqueo de Roma, resplandecientes con las joyas allí robadas; les seguían los miembros de las casas de los grandes electores, que iban delante de los demás príncipes del Imperio, de los

duques y de los condes. Después de aquellos personajes cubiertos de acero cabalgaban señores borgoñones, flamencos y españoles cubiertos de terciopelos, de brocados y de sedas. Luego venían los miembros de la casa del rey Fernando, bohemios, húngaros y austríacos con vestidos de púrpura y oro; después la casa imperial en amarillo y oro, luego el gran elector Juan de Sajonia, luterano, que llevaba la espada de Carlomagno. Por fin apareció el baldaquino que protegía al emperador, sobriamente vestido a la española, lo que hacía admirar más su elegancia y majestad. Detrás de él caminaban el rey de Bohemia y de Hungría, el nuncio, el legado pontificio y la gran multitud, roja y violeta, de cardenales, prelados o dignatarios eclesiásticos.

Todos se dirigieron a la catedral, donde oyeron misa, incluidos los luteranos. Animado por las aclamaciones recibidas, consciente de que había producido una gran impresión, Carlos creía tener ganada la partida desde el primer momento. A la salida de la ceremonia pidió a los príncipes reformados que se reunieran con él y les preguntó, sin más preámbulos, sin no querían hacer cesar en sus tierras las predicaciones que inquietaban los espíritus y fomentaban la discordia.

—Esas predicaciones —dijo el landgrave Felipe de Hesse— reflejan la sola y pura palabra de Dios.

—No vengo aquí a discutir de teología —replicó el emperador bastante irritado—. Esas predicaciones crean divisiones y problemas.

El anciano Margrave Georges de Brandeburgo, militarote violento, exclamó:

—¡Nunca, señor, nunca abandonaré la palabra de Dios! ¡Prefiero arrodillarme ahora mismo y que me corten la cabeza!

Carlos no estaba acostumbrado a enfrentarse con actitudes tan intransigentes. Quedó un tanto desconcertado y respondió involuntariamente en flamenco:

—No, querido príncipe; en mi reino no habrá cabezas cortadas.

Al día siguiente, los luteranos se negaron a participar en la procesión del Corpus Christi. ¡Qué cabezotas eran! Carlos llegó a echar de menos las complicaciones de Clemente VII y las sutilezas italianas, que tanto desprecio le inspiraban.

La Dieta duró seis meses y el emperador realizó en todo momento ímprobos esfuerzos para reconciliar a los hermanos enemistados. Nada podría hacerle más feliz. Durante algún tiempo tuvo tentaciones de convocar al propio Erasmo, siguiendo las presiones de algunos de sus asesores, sobre todo de Granvela, pero luego cambió de opinión. La atmósfera estaba demasiado envenenada y el autor del *De Sancti Eccliesiae Concordia* provocaría también nuevas tormentas.

En nombre de los reformados, conocidos en adelante como protestantes, Melanchton presentó la famosa *Confesión*, a la que los católicos, dirigidos por el doctor Eck, opusieron una *Refutación*. Los protestantes redujeron sus exigencias a cinco, relacionadas con la comunión, el matrimonio de los sacerdotes, la supresión del canon de la misa, la conservación de los bienes eclesiásticos confiscados y la celebración de un concilio.

En este último punto la discrepancia era rotunda. Los luteranos querían un concilio nacional alemán; el emperador, un concilio universal. No tenía la menor intención de favorecer la formación de Iglesias nacionales.

No obstante, transmitió las propuestas de Melanchton al papa, que las rechazó sin pérdida de tiempo. Clemente VII no podía aceptar que los problemas religiosos fueran resueltos por una autoridad temporal, y sobre todo temía a un concilio que pudiera enfrentarsele.

Carlos no se desanimó. Convocó una comisión de sacerdotes, juristas y teólogos pertenecientes a los dos campos y llegó a intervenir personalmente en los debates. Consiguió moderar a los católicos, mientras que Melanchton hacía otro tanto con los suyos. Pero Lutero, desde la distancia de su retiro, proclamaba la incompatibilidad absoluta entre el papa y él, y Zwinglio lanzaba proclamas incendiarias. Además, los príncipes de una y otra confesión levantaban un obstáculo frente a la posibilidad de un acuerdo que podía hacer al emperador tan poderoso en Alemania como lo era el rey de Francia en su país. Evidentemente, Felipe de Hesse abandonó Augsburgo.

Ante el fracaso de la comisión, la política ocupó el primer plano. Se olvidó la religión y se discutieron apasionadamente asuntos muy diferentes. Había llegado el momento de pagar las deudas que los Habsburgo habían contraído en el instante de la adquisición de Wurtemberg. Nadie quería proporcionar el dinero necesario para ello al sucesor de Carlomagno, señor del Nuevo Mundo. Hubo que recurrir al expediente vergonzoso de devolver Wurtemberg a los duques de Suabia.

Asustado ante tal desorden, Carlos pensó que debía asegurar inmediatamente su sucesión y hacerlo de manera satisfactoria para los alemanes. Su hijo, educado en España, sólo tenía tres años. Lo más sensato sería elegir a su hermano Fernando como rey de los romanos. Pero había que contar con la rapacidad de los electores. Una elección imperial se paga muy cara. ¿Dónde encontrar los fondos? En aquella ocasión difícil, los Wittelsbach de Baviera, hasta entonces fieles al emperador, le traicionaron y se opusieron a su proyecto, creando así una grave escisión entre los católicos.

En el mismo momento los protestantes se proclamaron decididamente hostiles a un concilio ecuménico, «contrario al Evangelio y a sus propias conciencias». Carlos, cruelmente castigado, les preguntó si le colocaban entre los enemigos de los Evangelios.

En definitiva, la Dieta, que tantas esperanzas había provocado, terminaba de forma lamentable. Votó, con ciertas dificultades, subsidios que permitirían al emperador combatir a los turcos y condenó a los herejes, pero les concedió un plazo de un año para abjurar de sus errores. Después de tomar esta decisión absurda se disolvió.

Inmediatamente, los príncipes protestantes constituyeron en torno al elector de Sajonia y al landgrave de Hesse la llamada Liga de Esmalcalda, origen de las guerras de religión alemanas. Amparándose en la defensa de los intereses de la fe, demostró una vez más la importancia primordial de la política. Su objetivo verdadero, aunque no reconocido,

era proteger las adquisiciones territoriales realizadas a costa de la Iglesia. Durante la Revolución francesa desempeñaría un papel análogo el interés de proteger a los compradores de bienes nacionales.

Por otra parte, los príncipes proclamaron abiertamente sus respectivas soberanías; su contribución a la comunidad imperial dependería de su buen criterio. Alemania se negaba a seguir «el sentido de la Historia».

Este fracaso de Carlos V, que, aunque acostumbrado a los caprichos de la fortuna, no esperaba un cambio tan brusco, fue la segunda de su grandes decepciones después de la que le había causado la pérdida definitiva de Borgoña. Esta experiencia endureció su carácter y precipitó la evolución al término de la cual el descendiente de los Habsburgo y de Carlos el Temerario se sentiría plenamente español.

¿Qué debía hacer? ¿Recurrir a la fuerza? Desde Roma, su antiguo confesor, Loaysa, convertido en cardenal de Osma, intentó disuadirlo por todos los medios. El 18 de noviembre de 1530, y luego otra vez el día 30, le había escrito en este sentido: «Si los herejes quieren ser perros, que lo sean, y Vuestra Majestad cierre los ojos, pues no tenéis fuerza para castigarles... Vuestra conciencia es buena: procurad que vuestro Estado no se pierda... Vuestra Majestad no debe empeñarse en llevar las almas a Dios. En adelante sólo debe ocuparse de mantener los cuerpos sujetos a su obediencia.» Carlos escuchó gustoso al cardenal, a pesar de que su realismo no encajaba con su propia personalidad, pues temía un nuevo ataque de los turcos y no tenía ejército disponible.

En cuanto al dinero, utilizó con otros fines los créditos aprobados por la Dieta. Los electores, espléndidamente retribuidos, eligieron a Fernando rey de los romanos el 1 de enero de 1531. La coronación tuvo lugar el día 11, en Aquisgrán.

Margarita de Austria no tuvo tiempo de enterarse de esta gran innovación realizada a costa de la Bula de Oro, pues, por primera vez, era el hermano y no el hijo el llamado a suceder al emperador. Aquella mujer singular había muerto de agotamiento a los cincuenta y un años. Había realizado la proeza de conseguir de los Países Bajos, en beneficio de su sobrino, quince millones de escudos en diez años y, no obstante, dejar a las provincias flamencas y holandesas en una situación de gran prosperidad. Había negociado la paz de las Damas y, a pesar del problema del divorcio, había conseguido mantener los contactos políticos y económicos con Inglaterra. Gracias a ella, los Países Bajos eran en 1530 los estados más ricos y mejor administrados del gigantesco imperio, aun cuando hubiera una severa represión de la herejía. En 1525, en La Haya, moría el primer luterano quemado vivo.

¿Quién podría sustituir a una regente de su talla? Carlos tuvo una feliz inspiración y eligió a su hermana María, viuda del infortunado rey Luis de Hungría, muerto en Mohacs. La princesa, de veinticinco años, se le parecía muchísimo. El retrato de Tiziano Vecellio nos muestra, de forma casi caricaturesca, bajo la toca austera, los grandes ojos, los labios gruesos y la archifamosa mandíbula.

Intelectualmente, a pesar de su juventud, María tenía las cualidades de su tía, la pasión y el sentido de la política, la apertura de espíritu, la

paciencia, la habilidad y una flexibilidad unida a una firmeza inquebrantable cuando se trataba de temas esenciales. Era muy piadosa y, aunque se interesó por la doctrina de Lutero y llegó a comulgar una vez a la manera protestante, quería permanecer fiel a la memoria del esposo con quien había pasado sólo cinco años. No tenía intención de sacrificarse dos veces, como su hermana Leonor. Impuso una condición: el emperador no le obligaría nunca a aceptar un segundo matrimonio. El emperador aceptó, siempre que su hermana aceptara, a cambio, el compromiso de no proteger a los herejes. Así aclaradas las cosas, María de Hungría, como se la llamaba, comenzaría a gobernar a los flamencos, entre los que consiguió en seguida gran popularidad.

Harto de los alemanes, Carlos decidió ir a verla en su primera patria, donde no había estado desde hacía diez años. Antes de marcharse, encargó a uno de sus mejores consejeros, un discípulo de Erasmo, Cornelius Schepper o Schepperus, que examinara la situación tal como se presentaba tras la fallida Dieta y que le formulara algunas propuestas. Schepper siguió el consejo del obispo Stadion y envió un largo informe. Stadion llegó a las mismas conclusiones que el cardenal de Osma. Era imposible resolver por la fuerza el problema religioso. Los luteranos ganaban continuamente terreno a causa de la corrupción del clero. Resultaba más adecuado hacerles concesiones tácitas en el terreno del dogma: «El emperador no tendría que aprobar a Lutero, sino simplemente tolerar lo inevitable.»

Este tipo de política no iba con el carácter de Carlos, pero se vio obligado a seguirla provisionalmente, por falta de medios para poner en práctica alguna otra. A sus ojos, lo esencial era la celebración de un concilio ecuménico. Con incansable obstinación, trató de imponer esta idea al papa y a los protestantes, encontrando la misma resistencia en todos los frentes.

¿Y la Liga de Esmalkalda? Si hubiera atacado inmediatamente, habría pillado al emperador desprevenido. Por el contrario, se puso a la defensiva, convencida de que el soberano querría vengarse de la obstrucción durante la Dieta. No fue así. Por el contrario, no se trató siquiera de aplicar las penas pronunciadas contra los rebeldes, ni se persiguió con efectividad a los usurpadores de bienes eclesiásticos. Carlos siguió los consejos de Osma y de Stadion. Con su lentitud y actitud contemporizadora quitó a la Liga, al menos momentáneamente, su espíritu agresivo, escapando así de un peligro muy grave.

Sus Consejos tuvieron ocasión de redactar un edicto que contenía importantes innovaciones económicas y sociales, y en el que se proponía la unificación del derecho penal en un código que debería publicarse al año siguiente con el nombre de *Majestas Carolina*.

Los príncipes de la Liga de Esmalkalda se habían reunido, según sus palabras, «para defender los derechos y los privilegios del Imperio». Conservaron su organización pero sin tomar las armas, y no vacilaron en buscar la alianza de Francia y de Inglaterra. Francisco I respondió rápidamente a su llamada y les envió embajadores, primero a Gervais Wain y luego al hábil Guillaume du Bellay. Enrique VIII, encantado de

jugar una mala pasada a quien impedía su divorcio, colaboró con dinero. Estaba en el aire la espada de Damocles.

Mientras tanto, Carlos recorría con gran contento los paisajes de su juventud. Estuvo en Gante, Malinas y Bruselas, y se permitió disfrutar de ciertos placeres.

También convocó a los Estados Generales y celebró en Tournai un capítulo del Toisón de oro. Nombró caballeros a su hijo Felipe, a los reyes de Portugal y de Escocia, a cinco alemanes, a cuatro españoles, a tres italianos, entre ellos a Andrea Doria, y a numerosos flamencos. Se celebraron fiestas en la más pura tradición de los duques de Borgoña.

Estas eran las distintas caras de Carlos V, guardián de las tradiciones medievales, hombre de negocios necesitado de dinero, mediador poco afortunado entre las nuevas doctrinas religiosas y la Iglesia, cuya reforma constituiría siempre uno de sus objetivos.

Sus estados, ya monstruosos, iban a crecer desmesuradamente. En enero de 1531, Francisco Pizarro había desembarcado en Perú a la cabeza de ciento ochenta y tres hombres y de treinta y siete caballeros. Con estos medios conseguiría anexionarse el más prestigioso de los imperios precolombinos.

19. El peso del mundo (1531-1534)

Unos meses antes se consumía sin estruendo en Portugal una mujer de sesenta y ocho años que, en su testamento, había repetido varias veces las palabras «Yo, la Reina». Reina de Castilla y de León, soberana de las tierras descubiertas desde la época de Cristóbal Colón, la princesa Juana, a quien sus enemigos llamaban *la Beltraneja*,⁶ había tenido todos los derechos para serlo, pues era hija legítima del rey Enrique IV de Castilla y de su esposa, una infanta de Portugal. Pero su tía Isabel (más tarde denominada la Católica) había confiscado su corona tras haberla mandado declarar bastarda y ganado la guerra emprendida en su nombre por Alfonso V de Portugal. Luego, se había llegado a un acuerdo que arrojaba a la desgraciada a las tinieblas exteriores.

La muerte de esta exiliada hacía por fin a la prisionera de Tordesillas, su prima Juana la Loca, heredera indiscutible de Castilla. Hasta entonces Carlos usurpaba, en nombre de su madre, la mayor parte de España y de las Indias occidentales.

Aquella situación no había impedido a los españoles mostrarse perfectamente leales hacia él desde el momento en que los borgoñones habían dejado de explotarles. No ofrecían demasiada resistencia bajo el puño firme del arzobispo de Toledo, Juan de Tavera, que los administraba durante la regencia de la emperatriz. Aun cuando este prelado impetuoso no temiera oponerse a veces a las decisiones de Carlos, éste reconocía que sus reinos ibéricos eran los que menos problemas le causaban y además le proporcionaban excelentes tropas y metales preciosos. A pesar de los privilegios de algunos de los reinos, sobre todo de Aragón, era allí donde mejor se aplicaba el sistema absoluto y personal que habría deseado imponer a su imperio. Y era allí donde las novedades religiosas habían tenido menos repercusión.

Todo aquello inclinaba cada día más al emperador hacia España y, paradójicamente, le obligaba a espaciar sus visitas a un país del que se creía seguro. Es interesante señalar que no iría ya nunca como emperador, sino como rey, y esta conducta, a contrapelo de su política general, iba a contribuir a fortalecer el nacionalismo de los reinos peninsulares.

Entre los múltiples expedientes que pasaban por sus manos en Bruselas a comienzos del año 1531, concedía prioridad a los referentes a la religión y al inextricable asunto del divorcio de Enrique VIII. El 27 de febrero el Parlamento de Westminster dio una voz de aviso. Por primera vez, uno de sus documentos designaba al rey como jefe supremo de la Iglesia.

El emperador se enfureció. Encargó al embajador Mai que reprendiera duramente al papa, asustado por las consecuencias de su evasivas inevitables. «Entre otras quejas y amenazas —escribía el embajador dando cuenta de su misión—, le he dicho que me veía obligado a exigir justicia, justicia que él debía respetar, por muy desagradable que pudiera serle, pero que él creía que se debían evitar estos disgustos interrumpiendo el curso de la justicia.» Es decir, que no se debía excomulgar a Enrique VIII.

Se ha condenado muchas veces a Clemente VII, «hombre de escasa buena fe, ávido de dinero y de beneficios»; no le quedaba otro remedio que andarse con rodeos entre un emperador que le recriminaba así y un Tudor encolerizado que podía protagonizar un cisma.

Francisco I se aprovechó de la situación, pues el papa y Enrique VIII intentaron ganarse sus simpatías. Acababa de acceder a la imposición de Carlos haciendo coronar en Saint-Denis a Leonor de Austria, con la que se había casado el año anterior. Por instigación de Luisa de Saboya, había colocado al frente de su Consejo al mariscal de Montmorency, personaje tosco y brutal, muy fiel a los valores tradicionales, pero defensor también de la autoridad real.

Montmorency, que odiaba igualmente el desorden, el inconformismo, la desobediencia al papa o al soberano, era partidario de una monarquía absoluta que arrancara sin contemplación los gérmenes de las revoluciones. Carlos V respondía de hecho a su ideal mucho mejor que un Francisco I, protector de Rabelais y aliado con el sultán. Considerando que Europa era lo suficientemente amplia para dar cabida a dos grandes príncipes, el mariscal soñaba con verla unida bajo los cetros fraternales del heredero de San Luis y del nieto de los Reyes Católicos.

Pero Francisco, más preocupado por su reino que por la Cristianidad, se indignaba ante la idea de una alianza que colocaría a Francia en situación de vasallo. Además, no había perdido la esperanza de reconquistar su querido Milanesado. Otros miembros del Consejo, en especial el almirante Chabot de Brion, le animaban a correr el riesgo de la lucha, aunque tuviera que lanzar a los perros contra el lobo, es decir, a los turcos y a los luteranos contra el emperador.

Fue esta última política la que se impuso. La ocasión era propicia. Los reyes de Francia y de Inglaterra prometieron ayudarse mutuamente. En Scheyern se llegó a un acuerdo entre Francia y la Liga de Esmalcalda, que recibió numerosos subsidios. El valioso agente Rincón fue enviado a Constantinopla.

Estos pasos, comprometedores desde el punto de vista de la religión, hacían mucho más aconsejable la amistad con el papa. Clemente VII tenía una sobrina o, mejor, una prima, de doce años, Catalina de Médicis, hija del duque de Urbino. Francisco pensó en prometerla con su segundo hijo, Enrique, duque de Orleans, a quien Montmorency habría querido unir con la infanta de Portugal, hija del primer matrimonio de la reina Leonor. El cardenal De Gramont consiguió del papa la promesa de que «no casaría a su sobrina sin consentimiento del rey», y el 24 de abril de 1531 se firmó el contrato.

Contrato digno de la magnificencia del rey-caballero: en él se preveía para el príncipe una renta de treinta mil libras, un derecho de viudedad de diez mil y un castillo para su mujer. En cuanto a la dote, sería, «teniendo en cuenta la Casa en que entra ella (Catalina), la que desee Su Santidad». En unos artículos secretos incorporados en forma de anexo se estipulaba que el papa ayudaría al duque de Orleans a recuperar los ducados de Milán y de Urbino (el padre de Catalina había muerto). La verdadera aportación de la desposada sería nada menos que estos ducados, más Livorno, Módena y Reggionell'Emilia. Esto permitiría al segundo hijo de Francia renunciar a sus derechos sobre Bretaña, patrimonio de su madre, que pasaría en su integridad a su hermano mayor, el delfín Francisco.

El cardenal de Gramont llevó el documento a Clemente VII, que lo aprobó el mes de junio. Luego, el pontífice pareció no tener prisa en firmarlo. Contando con aquel arma, se sentía capaz de resistir al emperador. No respondió al desafío de Enrique VIII. Quedaron en suspenso el divorcio del rey de Inglaterra y el matrimonio del duque de Orleans.

«El emperador había convocado la Dieta imperial en Ratisbona para poner en práctica lo que se había decidido en la Dieta de Augsburgo, con el fin de poner remedio a lo que se ha dicho antes.» Con estas palabras tan poco expresivas recordaría Carlos en sus Memorias un acontecimiento que tenía en principio una importancia trascendental, pues se trataba de castigar a los herejes obstinados.

De hecho, el emperador no pensaba en utilizar medios violentos. Aferrado a su gran proyecto, sólo intentaba imponer el concilio ecuménico. El 25 de enero de 1532 llegó a Aquisgrán, remontó el Rin y entró en Ratisbona el 28 de febrero. Sufrió entonces un tercer ataque de gota, más grave que los anteriores. La naturaleza parecía complacerse en humillarle cuando se presentaba o parecía presentarse en la cumbre del poder.

Durante casi dos años se reprodujo la eterna disputa. El emperador propuso nuevamente un concilio ecuménico, como si fuera de su incumbencia el convocarlo, y los protestantes solicitaron de nuevo un concilio alemán. Mientras tanto, llegaron noticias estremecedoras.

Solimán el Magnífico había enviado una misiva injuriosa al rey Fernando. Hungría, decía en ella, era propiedad del sultán, lo mismo que «las tierras de más allá, hasta el océano occidental, destinadas a darle tributo». El, el sultán, era «el único y verdadero emperador de Occidente, el califa, y no el desafortunado e impotente rey de España». La marea iba a llegar una vez más hasta Viena. De repente, las disputas entre cristianos parecieron absurdas. La Dieta suspendió sus actividades y se firmó en Nuremberg un tratado de paz. Obligado a actuar a marchas forzadas, Carlos capituló: aunque no renunciaba al concilio, concedía libertad religiosa a Alemania. Por fin, se admitía una tolerancia recíproca, quedaban en suspenso todos los procesos en curso relacionados con los asuntos eclesiásticos y se anulaban todas las sentencias pronunciadas en la misma materia. A cambio, los príncipes católicos y protestantes prometían su colaboración militar.

Los bancos y las ciudades concedieron créditos. Se recurrió de nuevo a los lansquenets alemanes, a quienes se sumaron los veteranos españoles e italianos, a las órdenes del marqués Del Vasto, contingentes flamencos y holandeses mandados por el conde de Nassay, y soldados procedentes de Bohemia y de Hungría. Por primera vez desde hacía diez años el emperador se puso al frente de sus tropas. Había ordenado a Andrea Doria que atacara directamente los territorios turcos del Mediterráneo. El genovés, mimado siempre por la victoria, tomó Coronea, Zante y Patras.

Solimán, que avanzaba hacia Viena, vio alzarse frente a él un ejército variopinto, pero fuerte y animado por el ardor de los cruzados. A pesar de su inmenso orgullo no era temerario y no quiso correr, tan lejos de sus bases, el peligro de una derrota que podía ser decisiva. Se retiró.

El emperador, de nuevo triunfador, entró en Viena el 23 de septiembre de 1532. Hizo saber al papa que quería verle para preparar el concilio y meter en vereda a Enrique VIII. Clemente VII no se atrevió a decir que no. Dio una muestra de buena voluntad ordenando al rey de Inglaterra que se separara de Ana Bolena, embarazada del rey, y que volviera a Catalina, pero no llegó a amenazarle con la excomunión. De todas las maneras, ya era demasiado tarde. Según el embajador veneciano Capello, Enrique, convencido por los astrólogos de que Ana le daría un hijo, se había casado ya con ella en secreto. El único resultado del requerimiento pontificio fue una entrevista en Bolonia entre los reyes de Francia y de Inglaterra. Estrecharon sus vínculos. Francisco prometió intervenir en favor del divorcio aprovechando el matrimonio de su hijo con Catalina de Médicis.

Carlos no se preocupó demasiado por dicha entrevista. Después de atravesar el Brennero, llegó el 14 de noviembre a Bolonia, donde el papa le hizo esperar tres semanas. Estuvieron confabulando desde comienzos de diciembre al 24 de febrero de 1533.

Clemente VII, a pesar de su profunda repugnancia, aceptó sin resistencia la convocatoria del concilio. Llegó en su complacencia hasta hacer propuestas concretas sobre la sede de la gran asamblea, y sobre las normas y métodos que regularían las discusiones. El programa, decía, debía presentarse al rey de Francia y a los príncipes luteranos.

Era una propuesta sensata y el emperador no tuvo argumentos para rechazarla. El Médicis respiró. Había ganado mucho tiempo, quizá había conseguido enterrar el proyecto.

Se firmó un acuerdo. Además de las disposiciones referentes al concilio, establecía una acción común de la Cristiandad contra los turcos y un nuevo pacto que obligaría a los estados italianos a respetar el orden establecido.

Aunque el emperador no había logrado todo lo que deseaba, se daba por satisfecho. Consideraba, como dice en sus Memorias, que el estado de sus asuntos le permitía regresar a España y volver a ver a su mujer. La sucesión al Imperio quedaba garantizada dentro de su familia: Fernando era un gobernante maduro y tenía firmemente en sus manos

Bohemia y su parte de Hungría; la regente María se mostraba en los Países Bajos digna sucesora de su tía Margarita; Italia estaba sometida, y el papa, al parecer, con buena disposición; el sultán había retrocedido; Francia no causaba inquietudes inmediatas y las Indias occidentales traían tanto oro como en el reinado de los Reyes Católicos. El emperador volvía a encontrarse en su lugar más lógico: en la cumbre de la pirámide.

Así es como decía él que veía las cosas y como se las presentaba a los demás. En secreto, estaba preso de una perpetua angustia. La excesiva superficie de su reino, su discontinuidad territorial, la longitud de los viajes, la eterna plaga de la falta de dinero, daban carácter precario —como él sabía de sobra— a todas sus victorias. Pero no era éste su principal sufrimiento. Veía a su alrededor cómo los hombres se liberaban de sus antiguas reglas sin haber podido crear disciplinas nuevas y actuaban, según él, como locos, totalmente desorientados, ebrios con una libertad adquirida prematuramente.

El espíritu rectilíneo y conformista del Habsburgo no podía admitir ni comprender algunas maniobras que le escandalizaban. ¿Era concebible que el cristianísimo rey se aliara con el Gran Turco y ayudara económicamente a los herejes; que un rey de Inglaterra, defensor de la Fe, amenazara con cambiar la religión de su pueblo para casarse con su amante; que el papa fuera un modelo de doblez y que su Corte estuviera dominada por la corrupción; que los príncipes alemanes hicieran de Lutero un apóstol con el único fin de apropiarse de los terrenos eclesiásticos?

No sólo desaparecía una época: con ella se iba una ética, una moral. Y Carlos, fiel a su concepción, quizá estrecha pero no carente de grandeza, se sentía responsable del viejo edificio dispuesto a derrumbarse. No se resignaba a ello, no imaginaba el supuesto sentido de la Historia. Estaba decidido a hacer frente a los demonios que, desde el Renacimiento, se habían adueñado de los hombres. Aunque tuviera que hacerles frente él solo.

Era un hombre reservado y los que le rodeaban no entendían un comportamiento cuya causa estaba en la inquietud de su alma. A periodos de actividad inmensa, de trabajo febril, sucedían fases en que no tomaba ninguna decisión y se negaba a responder a las preguntas de los ministros. Hablaba entonces en voz muy baja y extraña, con la mirada perdida en el vacío, reflejando en su rostro un total abatimiento. Luego, sin transición, gastaba bromas pesadas, soltaba carcajadas estridentes o daba rienda suelta a su voracidad.

Algunas veces seguía absorto en sus documentos hasta horas intempestivas; en ocasiones se negaba a examinarlos, pedía un caballo y galopaba como un loco. Había señores inquietos que pronunciaban en voz baja el nombre de Juana la Loca. Se equivocaban: entre la madre y el hijo la diferencia era profunda. Ella deseaba huir de un mundo que no quería aceptar. Este intentaba cargar con todo su peso.

Andrea Doria recibió a Su Majestad en Génova y festejó suntuosamente su presencia durante doce días. Mientras celebraban un banquete

en el buque insignia, surgieron de las olas dioses marinos y sirenas. La vajilla de plata, una vez usada, fue arrojada por la borda. Carlos embarcó el 9 de abril. Después de un viaje agitado en que los vientos no pudieron llevarle hasta Marsella, llegó el 22 a Barcelona y tuvo la satisfacción de abrazar a la emperatriz.

¿Podría disfrutar un poco del reposo que toda Europa deseaba para curar sus heridas después de tantas guerras? No. Las circunstancias no lo permitían. Había en todas partes demasiados odios, demasiadas pasiones, demasiados intereses, demasiadas ideologías agresivas, demasiado temor.

El sultán, en guerra con Persia, aceptó firmar con el rey Fernando un tratado de paz que había negociado Schepper. Se negó a incluir en él al emperador, diciendo:

—No puedo abandonar al rey de Francia, pues es mi hermano.

En Inglaterra se confirmaban los temores. El 23 de mayo el arzobispo de Canterbury anuló el matrimonio de Enrique VIII con Catalina de Aragón, y legalizó el que, desde enero, unía secretamente al rey y a Ana Bolena. Carlos, furioso, exigió al papa que reaccionara inmediatamente. Clemente VII respondió que en aquellas circunstancias el poder espiritual no podía nada sin el temporal. Era el emperador quien debía reaccionar antes, si consideraba oportuno atacar a la vez a Inglaterra y a Francia, cosa que, en su opinión, sería un error.

El emperador, como sabemos, no abandonaba fácilmente una idea. Presionado por él, el papa tuvo que publicar una bula que anulaba el matrimonio con Ana Bolena y declaraba ilegítima su descendencia. El heredero por cuya causa se había realizado una revolución nació el 7 de septiembre. ¡Qué desilusión: era una hija, que recibió el nombre de Isabel! Pero nada podía detener ya la máquina. La Iglesia anglicana se separó de la Iglesia universal.

¿Consideraba Clemente que aquel error del emperador le permitía mostrarse más independiente? Algunos historiadores importantes, en particular Braudel, han considerado que el eje del Imperio de Carlos V iba de los Países Bajos a Italia. En el momento en que el emperador se alejaba, se producían señales de inquietud.

La negociación del matrimonio entre Enrique de Orleans y Catalina de Médicis venía arrastrándose desde hacía dos años. Concluyó en el otoño. El 11 de octubre de 1533 Clemente VII y Francisco I se entrevistaron en Marsella con la pompa a que uno y otro eran tan aficionados. Se alojaron en la misma casa. Sus respectivas habitaciones sólo estaban separadas por una puerta. Tuvieron ocasión de «llorar juntos sus desastres comunes» y de sellar el acuerdo que, destinado a llevar a los Valois a Italia, iba a introducir a Italia en casa de los Valois. Cuando todo estuvo concluido, es decir, cuando el rey cayó en la trampa, Catalina hizo su aparición. El mismo papa celebró el matrimonio, que se vio rodeado de gran esplendor. No tenía la menor intención de mantener sus compromisos ni de hacer pagar a su sobrina las consecuencias de su mala fe. Por eso, con el fin de hacer indisoluble la unión entre aquellos muchachos de catorce años, exigió que se consumara inmediatamente.

Carlos no dio importancia a esta peripecia. Tenía otras preocupaciones, en este caso a propósito del Mediterráneo, único camino de unión entre España y el oeste de Italia, Sicilia y el Adriático.

El corsario musulmán más famoso era un príncipe pirata, Khair-Ed-din o Barbarroja. Este se había enrolado a las órdenes del sultán y recorría las costas realizando incursiones por el territorio, llevándose muchachos y, sobre todo, muchachas destinadas al harén del Magnífico. Un día se presentó ante Nápoles al frente de cien barcos, saqueó la ciudad sin encontrar resistencia digna de tal nombre, y asoló las islas de Sicilia y Cerdeña. Era ya propietario de Argel. Desde allí arremetió contra Túnez, se apoderó de la ciudad y mandó levantar una fortaleza impresionante. Mientras tanto, los turcos recorrían la costa dálmata, hasta Friul, y llegaban hasta Carintia.

Mientras Francisco I se aliaba con el papa, llegaba a Francia un emisario de Barbarroja. El embajador de Venecia, que tenía motivos suficientes para estar al acecho, lo comentó en seguida: «Mientras que la Corte estaba en Marsella, el enviado de Barbarroja llegó a Puy a entrevistarse con el rey. Después de este encuentro celebraron otra entrevista en Châtelleraut donde se llegó a un acuerdo con el Turco y con Barbarroja.» Giustiniani no estaba muy bien informado. Once barcos otomanos habían llegado a Marsella con una numerosa delegación que, con gran escándalo de los habitantes, había pasado un mes en la ciudad bajo la protección de las autoridades antes de establecer contacto con el rey en Châtelleraut y acompañarle a París.

Por otra parte, Francisco I intentaba conseguir el apoyo efectivo de los protestantes alemanes mostrándose tolerante para con sus correligionarios, ya numerosos en Francia. Clemente VII, soberano temporal más que pontífice, le había perdonado por adelantado aquella especie de infidelidad a la Iglesia.

El obispo Jean du Bellay se entrevistó en Augsburgo con el prudente Melanchton. Los dos buscaron una fórmula de conciliación, con gran indignación de los extremistas de una y otra parte. En aquel momento cabía la posibilidad de evitar dos siglos de guerras, de matanzas y de condenas.

A pesar de un nuevo ataque de gota el emperador recorrió España, donde el descontento era grande. Se le criticaba por destinar los hombres y recursos del país a su política imperial, por dejar que se hundiera el comercio, por no reprimir la agitación de los moriscos, por abandonar el Nuevo Mundo en manos de aventureros y, sobre todo, por no garantizar la seguridad de las costas.

Carlos, impasible, estuvo en Madrid, en Toledo, en Valladolid. Tordesillas estaba cerca. Ni se le pasó por la cabeza ir a visitar a su madre. Como si el Cielo hubiera querido castigarle, la emperatriz tuvo un parto prematuro y el nuevo hijo no sobrevivió. Luego se produjo la peste. Los soberanos se instalaron en Madrid.

En el otoño, la situación del emperador era crítica. Carlos representaba para Francia una amenaza perpetua, ya que sus dominios formaban una especie de cerco alrededor del territorio francés. Pero tam-

bién Carlos corría peligro de verse cercado por Francisco I, Solimán, los príncipes alemanes y hasta el papa. De repente, como si el destino quisiera intervenir en su favor, se produjeron dos golpes espectaculares que cambiaron radicalmente la situación.

Clemente VII murió el 25 de septiembre. El emperador hizo saber que no tenía intención de influir en el cónclave, pero, mediante oraciones públicas, expresó el deseo de que el nuevo jefe de la Iglesia se preocupara más de lo espiritual que de lo temporal. El 13 de octubre fue elegido el cardenal Farnesio, que adoptó el nombre de Pabio III. Aunque su carrera tenía como base el hecho de haber sido hermano de una amante de Alejandro VI Borgia y tenía dos hijos, era un sacerdote austero. Anunció inmediatamente la convocatoria del concilio.

Cinco días más tarde, un pastor fanático llamado Marcourt echaba por tierra la obra de Melanchton y de Jean de Bellay. En las calles de París, y hasta en la puerta de la cámara real, aparecieron carteles donde se insultaba a los dogmas de la Iglesia. Francisco I se sintió herido personalmente y no pudo oponerse al formidable movimiento de opinión que se manifestó contra los herejes. Siempre había deseado acabar con la disidencia, de una u otra manera, a fin de conservar la unidad de su reino frente a una amenaza del exterior. La conciliación había fracasado y, a su pesar, se veía obligado a organizar una represión que, de acuerdo con los tiempos, iba a ser implacable. Calificó a la nueva doctrina de «podredumbre». Los príncipes luteranos se alejaron de él.

El emperador tenía las manos libres en Europa, al menos mientras su rival no tramara nuevas amenazas. Sin pedir consejo a nadie, decidió enfrentarse al sultán y arrebatarle Túnez.

20. Los caprichos del destino (1534-1537)

Como administrador de la Cristiandad, su misión esencial era combatir, hacer retroceder al Infiel; como Rey Católico, debía librar a España de los peligros que representaba un Africa del Norte sometida al sultán. Por fin, a los treinta y cinco años de edad, va a intentarlo, va a dar la cara. Curiosamente, su proyecto encontrará oposición en España, incluso en el insoportable arzobispo de Toledo. Por ello realizará grandes preparativos con el mayor de los secretos.

Atravesó de nuevo Castilla y Aragón antes de instalarse en Barcelona, donde se concentraban las escuadras. Andrea Doria acudió con sus galeras; el rey de Portugal envió veintitrés carabelas; de Flandes llegaron setenta naves con diez mil hombres. Y mientras tanto los embajadores estaban tan ajenos a lo que ocurría que sólo hablaban en sus informes de las cacerías, de los torneos y de las fiestas de Su Majestad.

Para garantizar el éxito de su expedición, Carlos se ve obligado a dar un paso difícil, casi humillante. Encarga al conde palatino Federico que vaya a entrevistarse con Francisco I para expresarle su voluntad de paz y —¡qué dolor!— su renuncia definitiva a Borgoña. El rey de Francia no parece alegrarse. Responde con evasivas. Federico descubre que sigue enviando fondos a los príncipes alemanes.

No era eso todo. Francisco había enviado al sultán un verdadero embajador, Jean de La Forest. Este se había detenido en Túnez, donde había visto a Barbarroja y acordado con él un plan de guerra. Al verano siguiente, los franceses invadirían Saboya, llegando hasta Génova. Mientras tanto, la flota de Barbarroja atacaría las costas de Córcega y Liguria.

Los dos acudieron ante Solimán. Le propusieron que atacara el reino de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, mientras sus aliados penetraban por el norte de Italia. Solimán aceptó de buen grado.

Era la primera vez que un monarca cristiano se unía así con los musulmanes. La Cristiandad había estado siempre dividida, pero siempre se había unido sistemáticamente frente al Islam. La traición de uno de sus miembros —así lo entenderán muchos de sus contemporáneos— representa el fin definitivo de la Edad Media, quizá de forma más elocuente que la toma de Constantinopla. Francisco I inaugura el comportamiento del jefe de Estado moderno, exclusivamente interesado por el bien de su país. Ambiciosa, casi morbosamente, el Milanésado, pero para mantener a Francia en el lugar que le corresponde, para salvaguardar su identidad, tiene que defender el equilibrio del continente, impedir la marcha de su rival hacia la monarquía universal.

En esta ocasión, sus planes fracasan. La flota imperial, en la que viaja Carlos V, llega a Cagliari (Cerdeña) y recibe importantes refuerzos: galeras del papa, caballeros de San Juan, veteranos de las guerras anteriores, españoles, italianos y alemanes. En total son cuatrocientos doce barcos y setenta mil hombres: una fuerza colosal. Andrea Doria dirige las escuadras; el marqués Del Vasto, los ejércitos.

Se zarpa el 14 de junio de 1535. El 15, toda la potencia del emperador se despliega ante las ruinas de Cartago. Barbarroja, impresionado, no opone resistencia al desembarco. Confía a unos millares de turcos y de moros la defensa de la fortaleza La Goleta, que protege a Túnez, y trata de sorprender al enemigo por la espalda con su flota. Sufre una aplastante derrota, perdiendo sus ochenta embarcaciones.

El asedio de La Goleta durará un mes. El emperador había ordenado que no se dejara nada al azar. Sus órdenes son obedecidas a pesar de que, conforme va pasando el tiempo, el ejército sufre mayores penalidades. Carlos exige que las raciones de agua sean iguales, empezando por la suya propia. Sus soldados admiran su rostro impassible, pero lleva la angustia en el corazón y dirige a Dios ardientes plegarias. Participa en las escaramuzas, ataca en persona, con la lanza en ristre, a los moros que intentan desorganizar el ejército. En una ocasión, Alonso de Santa Cruz, historiógrafo de la expedición, dice «que corrió tal peligro que nunca se había visto al soldado más pobre arriesgar tanto su vida».

Los imperiales estaban casi sin víveres y no tenían otra salida que la victoria. Emprendieron el asalto, tras un terrible bombardeo, el 14 de julio. A pesar del penacho rojo que llevaba sobre la cimera del casco, Carlos no se puso al frente de la caballería, como lo había hecho Francisco I. No; el guardián del antiguo orden de cosas permanece en medio de su artillería, arma moderna un poco misteriosa, un poco mágica. Esto no es obstáculo para que combata valientemente. El caballo que monta muere en la batalla. Cae La Goleta. El vencedor encuentra allí numerosos cañones que llevan la señal de la flor de lis francesa.

La sed y el calor le habrían obligado a quedarse allí a no ser porque el anciano bey de Túnez, Muley Hassan, perseguido por Barbarroja, se puso de repente de su parte. Muley Hassan le indicó el emplazamiento de un pozo. Salieron hacia él inmediatamente, pero Barbarroja, previsor, les había tendido una emboscada. Los soldados imperiales, sorprendidos, se dejaron dominar por el pánico. Lograron salvar la situación con grandes dificultades. Barbarroja se retiró. Ya había hecho evacuar las riquezas y a las principales familias de Túnez. Estuvo a punto de ser capturado allí, pues, el 20 de julio, los prisioneros y los esclavos cristianos se rebelaron y abrieron las puertas de la ciudad. Casi milagrosamente consiguió embarcar y salir rumbo a Argel.

El emperador entra en Túnez: veinte mil esclavos cristianos, una multitud de prisioneros (en total casi setenta mil personas) son liberadas y bendicen a su salvador. A pesar de la orden de prohibición del pillaje, la ciudad es saqueada. El poder de Carlos no llegaba a tanto. Era imposible contener a una soldadesca que había pasado tantas tribulaciones. Por primera vez, Carlos asiste a los horrores de un saqueo. Los

palacios musulmanes son arrasados, y lo mismo ocurre con la famosa biblioteca árabe de la Universidad del Olivo; las mujeres son violadas, muchos hombres mueren degollados. El emperador recibe una profunda conmoción, piensa en el saqueo de Roma y tiene remordimientos.

—Soy yo —dice amargamente— la causa de estas desgracias.

Se siente dividido entre sentimientos contrarios. Por una parte, está orgulloso de haber dirigido victoriosamente una cruzada que la Casa de Borgoña había jurado emprender desde la caída de Constantinopla, de haber contraatacado y derrotado hasta en Africa a los turcos, terror de Occidente. Por otra parte, está descorazonado por las consecuencias de su éxito, experimenta la tentación de detener allí su empresa sobrehumana. El pensamiento de los múltiples combates que le quedan por librar le desanima. ¿Y si, después de alcanzar la gloria, renunciara a su carga y se retirara con la emperatriz a rezar en algún lugar apartado, lejos del mundanal ruido? Por desgracia, no puede; es responsable de la Cristiandad, administrador del poder de su madre, por quien, inesperadamente, llega a sentir envidia.

Entrega el reino de Túnez a Muley Hassan, no sin que este último hubiera firmado un tratado que le convertía en tributario de la Corona de España. La religión cristiana sería autorizada en sus tierras, se perseguiría a los piratas, las mercancías podrían intercambiarse libremente. España se anexionaba La Goleta y los otros puertos fortificados. Era el comienzo de la colonización europea en Africa del Norte desde la marcha de los romanos.

El 17 de agosto, el emperador desembarcó en Sicilia y pudo comprobar la extensión de su triunfo. La imaginación popular y una hábil propaganda habían atribuido a la expedición leyendas heroicas y pintorescas. El primer cruzado que volvía vencedor desde hacía siglos fue acogido en medio de manifestaciones de alegría delirante en Palermo y en Mesina. Allí le llegaron noticias agradables. El papa pedía que se reanudara la cruzada, se comprometía a enrolar en ella a todos los príncipes cristianos. Los turcos habían perdido fuerza; Persia había reanudado las hostilidades contra ellos, lo que constituía una ocasión para expulsarlos de Europa y del Mediterráneo. Carlos, deslumbrado, se dejó mecer en el sueño de sus antepasados: ¡Constantinopla, Jerusalén...!

¿Y Francisco I? Francisco, decepcionado en sus esperanzas, demostraba una actitud más acomodaticia, pero sin romper su alianza otomana. Daba a entender que si el duque de Orleans recibía el Milanésado, podría participar en la cruzada, como le imponía el tratado de Cambray. El asunto era delicado, sin duda. ¿Por qué no lo estudiaba la reina Leonor con la regente de los Países Bajos, su hermana, como Luisa de Saboya y Margarita de Austria habían negociado la paz de las Damas?

Carlos accedió. Las dos princesas, que no se veían desde hacía años, se esforzaron por encontrar un punto de acuerdo. El emperador vacilaba ante la idea de despojar al viejo Francesco Sforza, duque de Milán. Providencialmente, éste murió, dejando una viuda de catorce años. Entonces la dificultad procedía de que Enrique de Orleans estaba casado con la última Médicis legítima. ¿Y si, una vez dueño de Milán, inten-

taba destronar al bastardo Alejandro que reinaba en Florencia, y luego reivindicada sus derechos al trono de Nápoles? El emperador, que no quería correr tal riesgo, ofreció el Milanésado y la mano de la joven viuda al tercer hijo del rey, el duque de Angulema, de trece años de edad. Aquello no complacía a Francisco, pues, en tal caso, no podría impedir a Orleans que heredara Bretaña, según las cláusulas de su contrato matrimonial al contraer primeras nupcias con Claudia de Francia, hija de Ana de Bretaña, la primera prometida de Carlos. Ambas partes se mostrarán inflexibles.

El 25 de noviembre, el emperador llegó a Nápoles, que le recibió con el mismo entusiasmo que Sicilia. Tendría que quedarse allí cuatro meses, víctima de la gota, lo que, no obstante, no le impidió participar en el Carnaval. Durante aquel tiempo los acontecimientos se precipitaron. Catalina de Aragón moría el 7 de enero con gran alivio para Enrique VIII; un agente francés, Maraviglia, era asesinado en Lombardía, Francisco I concluía con Solimán una alianza en toda regla firmada por La Forest y reclamaba Soboya, invocando los derechos (discutibles) que había recibido de su madre. Había sido Clemente VII quien, en la entrevista celebrada en Marsella, le había llamado la atención sobre este *casus belli*.

El Valois estaba decidido a emprender la guerra. Si hubiera razonado como el paladín que hasta hacía poco había querido ser, habría combatido a la media luna a las órdenes del emperador; pero el interés nacional tenía, a sus ojos, más importancia que las consideraciones espirituales. Eran razones políticas las que le impulsaban a frenar en Francia el progreso de la Reforma. Eran razones políticas las que, a pesar de la contradicción que ello implicaba, impulsaban al heredero de San Luis a hacer imposible la gran cruzada.

También él tenía problemas económicos, aunque, al revés que el emperador, podía gravar libremente a los franceses. En la práctica, aquello significaba que no podía contar con demasiados mercenarios. En cuanto a la nobleza, desde la traición del condestable no le inspiraba mucha confianza. Se formó, pues, una infantería formada por hombres del pueblo repartidos en «legiones».

El emperador conocía estos preparativos. Aunque aparentaba que se estaba divirtiendo, reflexionaba detenidamente, como era costumbre en él, sobre los datos de la situación, sopesaba los pros y los contras. En marzo de 1536 llegó a una conclusión: atacaría, derrotaría a Francia. Luego, no tendría enemigos para su cruzada. De Nápoles salió hacia Roma, pues quería contar con el visto bueno de Pablo III. El mismo día en que llegaba a los Estados Pontificios, las «legiones» francesas, a las órdenes del almirante de Brion, atravesaban los Alpes. Conquistaron sin dificultad Saboya y Piamonte, y ocuparon Turín.

Sin embargo, la situación de Francisco I no era buena. Los luteranos alemanes guardaban todavía rencor al perseguidor de sus hermanos; el papa y los católicos no podían perdonar al amigo de los turcos; Enrique VIII, liberado de su primera mujer y a punto de mandar ejecutar a la segunda, ya no tenía necesidad de él.

Carlos entró en Roma con el inmenso prestigio que le daba la toma de Túnez; había un gran movimiento de opinión en su favor. De repente, parecieron borrarse en parte los horribles recuerdos de 1527. Veintidós cardenales, seguidos de un inmenso cortejo, salieron a recibir al emperador que cabalgaba bajo un palio, precedido de tres mil hombres de armas y rodeado de señores con plumas de colores llamativos. El pueblo, menos olvidadizo que la nobleza, manifestó en algún caso su protesta. Incluso cayó una piedra sobre uno de los hidalgos de la escolta.

Era el primer encuentro entre el emperador y el papa Farnesio. Pablo III se comprometió a convocar el concilio en Mantua para el mes de mayo del año siguiente. Era todo un éxito.

Carlos quería conseguir otro, y por sorpresa. El 17 de abril, los cardenales y diferentes miembros de la curia estaban reunidos en el Vaticano con ocasión de una fiesta. Vieron entrar al emperador acompañado del embajador de Venecia y de dos embajadores franceses acreditados, uno ante la Santa Sede y el otro ante él mismo. El papa no estaba informado de lo que ocurría. Tardó cierto tiempo en llegar.

En seguida, Carlos sacó de su bolsillo unas notas redactadas en español y, de repente, «lleno de pasión y cólera, con el rostro severo enojado», pronunció una furiosa diatriba contra Francia y su rey. Recordó todos sus agravios desde la ruptura de sus compromisos con la hija de Luis XII, cuando tenía cuatro años. Denunció las felonías de Francisco I. La invasión de Saboya constituía un ataque directo, pues el duque era vasallo y cuñado suyo (estaba casado con la hermana de la emperatriz). Su intervención duró una hora. En conclusión, el emperador proponía tres soluciones: la paz mediante el arbitraje del pontífice, la guerra o un duelo entre el rey de Francia y él mismo, en el que se jugarían, respectivamente, Borgoña y el Milanésado.

El discurso fue en español, por lo que los embajadores franceses le entendieron mal y el papa no mucho mejor. Pablo III recordó la necesidad de la paz para el mundo cristiano. Carlos le interrumpió. La mediación pontificia debería ser «activa». Si uno de los dos antagonistas no aceptada la decisión del papa, este último quedaría obligado a declarar la guerra. Pablo III evitó la trampa lo mejor que pudo. Volvió a hablar de la necesidad de la paz y se declaró contrario al duelo. Abrazó al emperador, que le besó la mano.

Al día siguiente, Carlos convocó a los franceses, a quienes entregó una traducción al italiano —un poco suavizada— de su discurso. Exigía la evacuación de Saboya antes de veinte días. De lo contrario, no cabría otra disyuntiva que la guerra o el duelo. En este último caso dejaba a su rival que eligiera las armas y el lugar de la cita. El 30 de abril llegó la información a Francisco I. Ni por un momento pensó en recoger el guante. Quedaban abiertas las hostilidades.

Brion, que había cometido el error de no apoderarse del Milanésado, cayó en desgracia. Montmorency, de buen o mal grado, había quedado en segundo plano. El rey, que actuaba muchas veces guiado por impulsos repentinos, volvió a recurrir a él. El gran maestro de Francia (tal era su nuevo título) no vaciló, con el fin de recuperar su poder, en

emprender una guerra que le molestaba profundamente. Fue nombrado lugarteniente general.

Habían quedado muy lejos las locuras caballerescas, la temeridad de Pavía. A pesar de sus arrebatos, de sus juramentos y de sus crueldades, Montmorency pensaba con lentitud, con prudencia, como un Fabius Cunctator, decían sus admiradores. Francisco I, arrepentido de sus errores de juventud, escuchaba con interés sus consejos. Dejó sólo unas guarniciones en Piamonte y en Saboya y se preparó a realizar acciones defensivas.

Por el contrario, Carlos estaba impaciente por actuar. La toma de Túnez le hacía saborear la gloria militar y deseaba realizar nuevas hazañas. Los dos antagonistas habían cambiado en cierta forma de personaje. De nada servía que el marqués Del Vasto y Antonio de Leyva, recordando la deplorable campaña de 1524, suplicaran a su señor que se conformara con recuperar Saboya. Carlos no quería saber nada de una guerra periférica; quería destruir a Francia, acabar con aquel obstáculo que le impedía cumplir su misión. Al parecer, disponía de los medios necesarios para ello.

Ordenó a María de Hungría que formara un ejército que, a las órdenes del conde de Nassau, invadiera Picardía; a Fernando, que mandara uno contra Champagne. Mientras tanto, él mismo, apoyado por las galeras de Andrea Doria, invadiría Provenza y luego Languedoc, donde recibiría refuerzos españoles antes de dirigirse hacia el norte. Teóricamente era el plan de un buen estratega.

La traición del marqués de Saluces, comandante de las tropas francesas en Piamonte, facilitó las cosas. En julio, mientras la artillería, la impedimenta y los lansquenets desembarcaban en Niza, el emperador, al frente del grueso de su ejército germano-italo-español, tomaba el camino por tierra, atravesaba el Var y acampaba en Saint-Laurent. Le acompañaban cincuenta mil hombres.

¿Qué medio había para contener semejante avalancha? Montmorency había pensado agrupar sus fuerzas en un amplio campamento atrincherado y dejar que el emperador tomara la iniciativa, como si fuera el conquistador, hasta que el hambre acabara con sus fuerzas. Para ello había que realizar una devastación total de la Provenza; pero el gran maestro no tenía un corazón que se conmoviera ante tales atrocidades. Fue un verdadero precursor, ya que inventó la táctica de la tierra quemada.

Mandó destruir un centenar de pueblos; se derribaron los molinos, se arrasaron los campos, se envenenaron los pozos, se desfundaron los toneles. Un admirable jardín había quedado convertido en un desierto, donde sólo quedaban los viñedos y las frutas, causantes de disentería en hombres castigados por el hambre. Los únicos lugares con provisiones eran las ciudades fuertes, Arlés, Tarascón y Marsella.

Al mismo tiempo, a cierta distancia de Aviñón, se levantaba un campamento digno de los romanos. Montmorency conocía a los autores de la Antigüedad. Admiraba sus atrincheramientos, sus fosos, sus empalizadas, su artillería, el orden perfecto impuesto a sus soldados.

El emperador avanzaba. Tomó Fréjus, Aix, donde se hizo coronar rey de Arlés, y luego tuvo que detenerse por falta de víveres. Se había alejado demasiado de Doria, que ya no podía avituallarle, y el país era un desierto desolado. Inseguro, levantó también un campamento. Viéndole inmovilizado dentro de un semicírculo, como un toro en el ruedo, los franceses sintieron renacer sus esperanzas. Pero el 10 de agosto, el delfín Francisco moría de repente después de beber un vaso de agua que le había ofrecido su escudero Montecuccilli.

Su desaparición, a los diecinueve años, cambiaba las perspectivas de futuro. El rey, ciego de dolor, no dudó un momento que Montecuccilli lo había envenenado por indicación del enemigo. Torturado, el infeliz escudero confesó todo lo que quisieron y sufrió el suplicio de los regicidas.

El emperador protestó enérgicamente contra tan grave calumnia. Los que le rodeaban respondieron echando la culpa a Catalina de Médicis, que se convertía en delfina. Era absurdo. Su imprevisto honor podía resultar fatal para la joven princesa estéril, indigna, por sus orígenes, de acceder al trono.

El 4 de septiembre, Enrique de Orleans, convertido en delfín, entró en el campamento de Aviñón, donde Montmorency hizo todo lo posible por complacerle. El hecho tendría importantes consecuencias, pues, desde aquel día, se entabló una amistad profunda entre el adolescente melancólico y el cuarentón más huraño de la Corte.

Mientras tanto, la enfermedad y el hambre iban diezmando a los soldados imperiales. Carlos no se atrevía a emprender en aquellas condiciones el asalto contra el campamento de Aviñón, y tomó la decisión de sitiar Marsella. La flota de Andrea Doria no pudo forzar la entrada del puerto, y el ejército, agotado, fracasó también ante las murallas. Antonio de Leyva murió. Hasta entonces el destino había favorecido siempre a Carlos. Ahora le volvía la espalda, y una vez más mostró su escándalo. En el siglo XVI no parecía normal que el hombre de guerra sacrificara fríamente a su estrategia poblaciones pacíficas.

Viendo cómo la victoria se le escapaba de las manos, el emperador intentó entablar una negociación. El nuncio sondeó a Montmorency, quien envió inmediatamente un trompeta a Granvela, declarando que estaba seguro de convencer al rey de que llegara a una paz «concluida con sinceridad, equidad y razón». Se equivocaba. Francisco I no tenía intención de tratar mientras no estuvieran liberados sus estados. El 14 de septiembre, Carlos ordenó la desastrosa retirada, dejando veinte mil cadáveres en el camino. «Se veían —escribe Martin du Bellay— hombres y caballos amontonados unos con otros... Los moribundos, confundidos con los muertos.»

En el Norte, los ejércitos imperiales no habían tenido mayor fortuna. El ataque germánico se había detenido en Champagne y el duque Claudio de Guisa, al defender Perona, había salvado a París de los flamencos del conde de Nassau. Aquel día nació en la capital la popularidad de los Guisa, popularidad que un día les llevaría a las puertas del trono.

Cansado de los campos de batalla, el emperador había decidido regresar a España, pero, antes de marcharse de Italia, encargó al vicescanciller imperial Matías Held que realizara una misión en Alemania. Apparentemente se trataba de mantener la paz de Nuremberg, pero su objetivo secreto era seguir de cerca el gran proyecto del concilio. Su Majestad no había quedado satisfecho en sus contactos con Pablo III, que le inspiraba tan poca confianza como Clemente VII. ¿Y si el papa, presionado por un Francisco I victorioso, renunciaba al concilio? ¿Sería posible reunir uno sin él? Dejando de lado los problemas dogmáticos, podría fortalecer la autoridad del emperador y del rey de romanos.

Held debía recabar la opinión de unos y otros a este respecto; debía también preparar a los príncipes para intervenir en contra de los turcos. Pero Carlos se había equivocado en su elección. Held iba a embarrullar todavía más los problemas y a molestar a la vez a los católicos y a los protestantes.

El 6 de diciembre el emperador desembarcaba en Barcelona y salía hacia Valladolid, donde le esperaba su mujer. Allí sufrió terribles dolores de gota, lo que debió moverle a hacer ciertas reflexiones. Lo cierto es que fue a visitar a su madre acompañado de Isabel. Era la primera vez que la mística emperatriz veía a Juana la Loca. Por desgracia no sabemos lo que ocurrió. Carlos llevaba veinte años sin pisar Tordesillas.

Aunque él no lo sospechara todavía, en aquel invierno de 1536-1537 la suerte le miraba con rostro propicio.

—¿Qué puedo ganar yo con la muerte del delfín Francisco? —había exclamado con indignación.

Ganaba la inmensa ventaja de tener un partido en la Corte de Francisco I. «Lo malo —escribía Montluc— es que en Francia las mujeres se meten en demasiadas cosas.» El nuevo delfín, Enrique, estaba dominado por su amante, diecinueve años mayor que él, la bella Diana de Poitiers. La duquesa D'Etampes, amante del rey, no podía soportar aquella situación. Diana, muy católica, muy apegada a las tradiciones, amiga íntima de Montmorency, tenía las mismas simpatías que éste hacia el emperador. Reunía en torno a su joven amante a la reina Leonor, a Montmorency, a los Guisa, todos ellos campeones de la unidad cristiana. Mme. D'Etampes contaba, por su parte, con un grupo en que figuraban la hermana del rey, Margarita de Navarra, su hijo menor convertido en duque de Orleans, Du Bellay y Brion, defensores de las nuevas doctrinas.

Aquella división en el círculo de personas que rodeaban a su enemigo debería proporcionar muy pronto al emperador una compensación a su derrota.

21. Desencanto y duelo (1537-1539)

Se había acordado que en 1537 los franceses entrarían en Italia y el sultán en Europa central, al frente de una gran tropa. El sultán cumplió su palabra y aplastó a los soldados imperiales en la batalla de Eszec, pero Francisco I olvidó su promesa y atacó Artois y los Países Bajos. Muchos se han preguntado por esta extraña actitud que permitía al emperador escapar de un grave peligro. Parece que la reina Leonor y Montmorency habían convencido al rey de que Carlos se lo agradecería y estaría dispuesto a entregarle el Milanésado. Quizá Francisco tuviera también miedo a la reacción de la opinión pública si su entendimiento con los turcos se hacía patente. Había obtenido ya del gran señor las famosas *capitulaciones* que hasta el siglo XX garantizarían a Francia una posición preponderante entre los otomanos.

Sea como sea, Solimán no le perdonó su mala fe y se perdió la ocasión de terminar la guerra. En Artois, los ejércitos franceses consiguieron éxitos que llenaron de temor a la regente de los Países Bajos. Actuando como soberana —lo que demuestra lo precaria que era la unidad del Imperio—, María de Hungría ofreció una negociación a Montmorency, que a pesar de sus victorias demostraba una actitud pacifista y aceptó encantado. Francisco I estaba enfermo. Cedió, y el 30 de julio se firmó la tregua de Bomy, que puso fin a las hostilidades en las fronteras del norte.

Sólo del norte. El rey se dejó cautivar de nuevo por el hechizo de Italia, donde Del Vasto había reconquistado Piamonte, excepto Turín y Pignerol. Entonces fue Carlos quien pidió una suspensión de las hostilidades. Todo iba mal. Un informe de Held le revelaba el fracaso completo de su misión en Alemania; el sultán, detenido entonces, podía pasar a la ofensiva; había problemas en Flandes, los protestantes se negaban a asistir al concilio porque éste se iba a celebrar en Italia y, sobre todo, las arcas, una vez más, estaban vacías, a pesar de que Pizarro había encontrado montones de oro en poder de los incas. Había sido necesario recurrir a una devaluación; el ducado español sería sustituido por la corona, que contenía el once por ciento de oro menos, y el Tesoro público no permitía reclutar a un solo mercenario. En cuanto a los bancos, que prestaban por miedo a que una bancarrota les hiciera perder sus créditos anteriores, se mostraban reticentes.

Francisco I, a pesar de sus propias dificultades financieras, habría podido forzar el destino, aprovechando las circunstancias. Pero ni él se decidía ni había nadie que le inspirase la energía necesaria. Su hermana

y Brion habían caído en desgracia y Mme. D'Etampes no era un genio de la política. Por el contrario, el otro grupo no dejaba de fortalecerse; una juventud turbulenta se aglomeraba alrededor del trono.

El rey debía creer que su moderación le haría merecedor del Milanésado, pero el movimiento decisivo fue fruto de su propia personalidad. No pudo soportar la impopularidad, las condenas de la generación más joven. El 17 de noviembre se firmó una tregua.

Montmorency y el cardenal de Lorena, un Guisa, se entrevistaron con los representantes del emperador. No consiguieron el Milanésado, pues Carlos sabía el resentimiento del sultán hacia Francia. La tregua se prolongó hasta el 12 de junio de 1538. Montmorency, como señal máxima de favor, recibió solemnemente la espada de condestable y «la gestión de todos los asuntos». Era un éxito para la política imperial.

Pablo III no se dio por satisfecho. Quería una paz absoluta; sin ella, la cruzada estaba llamada al fracaso. Formó una liga contra los turcos en la que tomaban parte el emperador, el rey Fernando y Venecia; pidió a Francisco I que renunciara a sus amistades sacrílegas y, aprovechando el prestigio recuperado por la Santa Sede, ofreció e impuso su mediación. El emperador y el rey, este último preocupado por la liga que le pedía su adhesión, accedieron a reunirse con él en Niza.

El duque de Saboya se negó a admitir a nadie en su castillo, último resto de sus estados, por lo que Pablo III tuvo que alojarse en un convento, Carlos en Villefranche y Francisco en Villeneuve, cada uno de ellos protegido tras altas murallas y por miles de hombres. La desconfianza era tal que los dos principales interesados no llegaron a verse. Cada uno de ellos escuchó por separado los reproches del papa. La reina Leonor hacía de mediadora entre su esposo y su hermano. En las monarquías absolutas existían los inconvenientes de la pasión, pero también se encontraba el antídoto a dicho veneno: el factor humano.

El Milanésado ocupó, como era de esperar, el centro del debate. Si lo conseguía, Francisco I estaba dispuesto a cualquier concesión. Carlos, que sabía lo poco que podía fiarse de su palabra, sólo aceptaba ceder el ducado tres años más tarde al joven duque de Orleans, que se casaría con una de sus sobrinas. Francisco pidió entonces un imposible: la cesión del Franco Condado. El papa comprendió que su esfuerzo estaba a punto de fracasar por completo y propuso una tregua de diez años, durante los cuales se procedería a la reforma y unificación de la Iglesia. Había convocado de nuevo el concilio, esta vez en Vicenza.

Mientras tanto, se mantendría el *statu quo*. Francisco conservaría Saboya, como castigo al inhospitalario duque. El rey cedió, no sin remordimientos, en el problema del sultán y de los protestantes alemanes, a quienes abandonaba una vez más. Salió precipitadamente de Niza. Carlos quería regresar a España cuando vientos contrarios le obligaron a quedarse en Génova.

Francisco I, melancólico, pensaba en lo ocurrido. Tuvo la sorpresa de recibir a un enviado de su rival que le proponía una entrevista en Aigues-Mortes. Desde su marcha de Niza estaba sometido a una presión incesante por parte de la camarilla de colaboradores y nunca había lo-

grado resistirse a ataques de tal naturaleza. El 14 de julio, en la atmósfera agobiante y malsana de Aigues-Mortes, se entrevistó con el emperador, a quien no veía desde hacía doce años.

Fue entonces cuando el embajador Francesco Giustiniani escribió al Senado de Venecia lo siguiente: «Entre estos dos señores encuentro tantas y tan grandes diferencias que, para armonizarlos, sería preciso... que Dios recreara a uno de los dos inspirándose en el modelo del otro. Mientras que Francisco no demuestra ninguna afición al trabajo absorbente de los asuntos públicos y se va con frecuencia de casa o en busca de otras diversiones, el emperador sólo demuestra interés por sus obligaciones y por su engrandecimiento. El rey francés es sencillo, abierto y muy liberal, y acepta fácilmente los consejos y opiniones de sus asesores; el emperador es muy reservado y terco en lo que defiende y duro en sus opiniones. Gobierna él mismo, sin dejarse influir por los demás.»

Protegidos por sus barcos, dotados de numerosos cañones, los dos enemigos disimularon sus sentimientos y se mostraron cariñosos. Leonor los abrazó, exclamando:

—¡Este es el tesoro y la cosa del mundo que más amo!

No se ahorraron demostraciones de afecto ni falsas palabras.

Carlos abrazó afectuosamente al delfín, a quien tan mal había tratado en Madrid y que ahora defendía su causa. Renovó su promesa de dar en dote el Milanesado al duque de Orleans. Francisco se comprometió a defender los estados del emperador mientras éste estuviera combatiendo a los musulmanes. Ni uno ni otro pensaban cumplir su palabra, pero el Habsburgo contaba con una ventaja, pues prometía al Valois satisfacer su gran ilusión y le obligaba a tomar partido públicamente contra su aliado.

El condestable, entusiasmado, proclamó que el emperador y el rey «podrían considerar en adelante sus respectivos asuntos como una sola cosa». El grupo de buenos católicos se vanaglorió de haber «convertido» a su rey. Era también una falsa esperanza. Al negarse a firmar un verdadero tratado de paz que hubiera dejado al emperador las manos libres en Europa, Francisco seguía impidiendo la cruzada.

Carlos volvió a España lleno de amargura. Las grandes fiestas con que fue recibido no le consolaron. Había escapado a las consecuencias de su derrota en Francia y parecía más poderoso que nunca; poseía un nuevo reino en Perú, con graves disensiones internas por cierto; se estaba formando un ejército contra los turcos. La Liga había previsto reunir trescientos barcos y cincuenta mil hombres, pero era evidente que no existía auténtico espíritu de cruzada.

El emperador, aunque no se atreviera a confesarlo, no creía poder cumplir el juramento hecho por su antepasado el gran duque de Occidente, el borgoñón Felipe el Bueno: el juramento de reconquistar Constantinopla. Se sentía terriblemente solo en medio de un mundo que intentaba reunir. El papa tomaba ya el camino de sus predecesores, los príncipes y los pueblos habían perdido el ideal de sus padres. El egoísmo nacional, el materialismo y hasta un fanatismo criminal se abrían paso en todas partes. Francia era un bloque compacto, indestructible.

La Inglaterra cismática se aislaba, la excomunión lanzada finalmente contra Enrique VIII no había producido ningún efecto; los protestantes ganaban continuamente terreno en Alemania, a pesar de que Fernando había formado una liga católica; el Turco, que habría retrocedido si hubiera tenido que hacer frente a un adversario unido, dominaba la tercera parte de Europa.

¿No representaban estos enemigos las fuerzas del futuro?

El emperador tenía el deber de conservar los valores sagrados del pasado. ¿Quién lo entendía así? ¿Quién le ayudaba de todo corazón? ¿Quién deseaba la grandeza y la unificación de la Cristiandad? En un universo en descomposición, ¿cómo levantar una barrera frente al caos?

Estos sombríos pensamientos dejaron paso a la alegría cuando el emperador vio de nuevo a su esposa. ¡Qué felicidad verla inmutablemente bella, tan graciosa en su majestad, tan firme en su fragilidad! Van de Barcelona a Valladolid, y luego a Toledo. La emperatriz está encinta. Carlos acogerá la noticia como un mensaje de aliento del Cielo. Deseaba ardientemente un segundo hijo, pues el primogénito, su único heredero, don Felipe, era muy enclenque y enfermizo.

De repente, desaparece su melancolía. Experimenta de nuevo un gran cariño por España, a la que quiere ofrecer un gran destino. ¿Por qué, a pesar de recibir los tributos del Nuevo Mundo, no tendría la prosperidad de Venecia y de los Países Bajos? Con su amigo el duque de Gandía hace planes en este sentido, olvidando siempre que el temperamento de los españoles no les predisponía a seguir las huellas de los flamencos.

Por el contrario, numerosos informes le tienen al tanto de la grave situación por la que atraviesan las Indias occidentales, donde el trabajo forzado y las enfermedades siguen provocando un trágico descenso de la población. Pone al frente del Consejo de Indias, encargado de administrar dichos territorios, a hombres generosos, algunos de los cuales han pertenecido a la escuela de Erasmo. Todos los años, América envía a la metrópoli unas setenta toneladas de oro y mil doscientas toneladas de plata, más de doscientos cincuenta mil ducados. En adelante, como afirma Chaunu, es éste un rasgo habitual de la política imperial.

Carlos desearía también que España se convirtiera en lugar privilegiado del arte y de la cultura, como en otros tiempos lo fuera Borgoña —¡eterna obsesión!—. En verdad, podía orgullecerse del prestigio conseguido por un país todavía subdesarrollado en el tiempo de los Reyes Católicos. Las costumbres, las modas españolas se imponían en el extranjero. El código de honor español seducía a los seguidores de una caballería que desafiaba a los tiempos modernos. En la Corte de Francia el delfín y Diana de Poitiers, para demostrar su oposición al rey y a su favorita, elogiaban todo lo que venía del otro lado de los Pirineos. La novela de Montalvo, *Amadís de Gaula*, se tradujo al francés y consiguió un éxito prodigioso. El emperador y España salen ganando. Es la época en que Carlos establece nuevas reglas rígidas para una etiqueta que llegará a convertirse en una institución y será imitada poco a poco por la mayor parte de las Cortes.

Cuando llegó la primavera de 1539, el horizonte aparecía cubierto de nubes. La convocatoria pontificia había tropezado con tanta oposición y mala voluntad que Pablo III decidió suspender el concilio hasta nueva orden. Carlos se habría visto más afectado si sus preocupaciones no estuvieran totalmente centradas en su mujer. La emperatriz estaba enferma. Sus partos habían sido siempre muy dolorosos.⁷

Tuvo un parto prematuro y el hijo apenas vivió unas horas.

Dolor que se convierte en angustia. Isabel no se recupera. Durante varias semanas su fiebre experimenta grandes altibajos. El emperador se olvida de sus asuntos oficiales. Va sin descanso del dormitorio a la capilla y de la capilla al dormitorio.

El 1 de mayo, mientras intenta concentrarse en unos informes, un monje —única persona que se atrevió a encargarse de ello— fue a comunicarle que se había perdido toda esperanza. Carlos corrió a la cabecera de la moribunda. Ella no esperaba un resultado fatal, pero, al saber la verdad, no demuestra ninguna emoción. Con gran calma y estoicismo habla a su marido de Dios, del paraíso, de la resurrección. Luego saca fuerzas de flaqueza para levantarse y vestirse sola, rechazando toda ayuda. Ya está. Se encuentra preparada. Exige que en adelante, y sobre todo después de su muerte, nadie la toque. Los sacerdotes llegan cuando ya no tiene conciencia. La más bella soberana del mundo muere a los treinta y seis años con un pequeño crucifijo de marfil entre las manos y los ojos fijos en su esposo.

Para cumplir sus órdenes hubo que renunciar a embalsamarla. El camino de Toledo a Granada, donde se encuentra el panteón de los Reyes Católicos, es largo y en el sur de la península el calor aprieta con fuerza. El viaje dura diez largos días. El cadáver desprende un olor que pone enfermos a los miembros del cortejo conducido por el pequeño archiduque-infante don Felipe, que entonces tenía tan solo doce años de edad. Por fin llegan a su destino. La implacable etiqueta exige que se abra el ataúd y que el joven príncipe identifique a la emperatriz. Se retira la mortaja y aparece un rostro descompuesto, irreconocible. El muchacho cae al suelo, desmayado. Recordará siempre aquella terrible impresión.

Mientras, Carlos se había refugiado en el monasterio de San Jerónimo, en Lila, cerca de Toledo. Permanecerá en él hasta el 27 de junio, olvidado del mundo, dedicado por completo a la oración y a la meditación. Vuelve con fuerza la tentación de deshacerse de su carga. ¿Merecen los hombres que se libere un combate cuyo sentido no llegan a comprender, cegados como están por viles pasiones? Carlos siente un placer amargo llevando una vida casi monacal. Los ministros temen que no salga del convento. ¿Puede abandonar su imperio a un heredero de doce años? Sería el fin de la Cristiandad.

El emperador obedece la llamada del deber. Vuelve a ocuparse de sus asuntos pendientes, pero ha cambiado mucho. El dolor y la gota le han envejecido a pesar de que tiene menos de cuarenta años. Tiene los miembros deformes y la mandíbula, que ha seguido creciendo, le obliga muchas veces a tener la boca abierta; los cabellos están ya blancos; la

expresión de su rostro no será ya nunca alegre, aunque la mirada conserve su penetrante luz.

Carlos V vestirá en adelante de negro, y este duelo, imitado en seguida por la nobleza, será en cierta forma el símbolo de una España altiva, intransigente, desdeñosa de los demás, enamorada de los espectáculos sangrientos o macabros. El Habsburgo se había convertido en un español de arriba abajo, precisamente en el momento en que se iba a ver obligado a dedicar su atención a Alemania y a los Países Bajos.

Poco después de salir de San Jerónimo vuelve a Tordesillas a ver a su madre. Nunca, sin duda, se había sentido tan cercano a ella.

22. Francia, Gante, Ratisbona, Argel (1539-1541)

El elector Joaquín de Brandeburgo tenía un plan para reconciliar a católicos y protestantes. Como el concilio se había convertido en la manzana de la discordia, el emperador aceptó ayudar a su ejecución. Envió al hábil arzobispo de Lunden y al peligroso Matías Held a Frankfurt, donde se enfrentaron los representantes de las dos religiones. Aunque ninguna de las dos partes se mostraba conciliadora, el arzobispo llegó a la consecución de una tregua bastante favorable a los luteranos, pues debían suspenderse durante quince meses todas las gestiones emprendidas contra ellos. Era el aspecto político del problema, pues dichas gestiones se referían a la secularización de los bienes eclesiásticos. En cuanto a los problemas teológicos se discutirían en una conferencia que se celebraría más adelante en Worms.

Aquel acuerdo provocó la indignación del papa, que calificó al emperador de Anticristo y al arzobispo de traidor. ¡Católicos y protestantes se habían puesto a la misma altura y habían legalizado tácitamente las expoliaciones de la Iglesia! Pablo III envió su bendición a Francisco I.

El emperador se disponía a pasar a Italia para solucionar este problema cuando le llegaron voces de alarma de María de Hungría. Aunque había tenido la prudencia de mantener en los Países Bajos el federalismo borgoñón, constituyendo las Diecisiete Provincias, y había creado un Gran Consejo y varios Consejos colaterales, Gante, su ciudad natal, se había sublevado y la revuelta se extendía por Flandes.

Gante, que sufría la competencia de Amberes, se negaba a desembolsar cuatrocientos mil florines destinados a pagar (en parte) las últimas guerras, guerras contra los turcos, que no preocupaban a los flamencos, y contra Francia, uno de sus socios comerciales. Los privilegios de la ciudad la eximían de la obligación de pagar impuestos que no hubieran sido votados por ella misma, y no era éste el caso. El movimiento degeneró muy pronto, el pueblo se enfrentó a los patricios y los extremistas hicieron reinar el terror.

Había que restablecer el orden, con toda urgencia, en los estados más ricos del Imperio. ¡Gante había llegado a apelar a la soberanía del rey de Francia! A pesar de su mala salud, el emperador resolvió someter personalmente a los rebeldes, pero para ello tenía que relizar un viaje infernal. Para llegar por mar hasta los Países Bajos tenía que exponerse a las tempestades y a la flota de Enrique VIII, que no le perdonaba. El incendio tendría tiempo de extenderse. Si iba por Italia, Alemania sería un obstáculo más largo y peligroso todavía; no podía fiarse de los príncipes protestantes.

Si creemos lo que dice en sus Memorias, Carlos recibió entonces un mensaje apremiante de Francisco I. El rey le invitaba a atravesar Francia, ofreciéndole todas las garantías del mundo. La verdad es que había sido el emperador quien había formulado la petición a su cuñado. Montmorency, deseoso de orden y de paz, le prestó un servicio de valor incalculable consiguiendo el consentimiento de su señor. Es cierto que el emperador prometía formalmente conceder el Milanésado al duque de Orleans. Aquella promesa debería ser suficiente para deslumbrar al rey, encantado además de demostrar su espíritu caballeresco.

Antes de partir de España, Carlos redactó un nuevo testamento. En él recordaba los objetivos sagrados que sus sucesores deberían perseguir: unir a la Cristiandad, extirpar la herejía, rechazar a los turcos y establecer una paz perpetua. Para ello, proponía una gran unión dinástica entre los Habsburgo, los Valois y las ramas menores de dichas casas. El duque de Orleans, si se casaba con su hija María o con su sobrina, podría recibir, junto con el Milanésado, Borgoña y hasta los Países Bajos, suprimiendo así los motivos de discordia. El segundo hijo del rey Fernando tendría por su parte un reino y se uniría a Margarita de Francia, hija menor de Francisco I. Así la monarquía universal tendría forma de un condominio familiar al que se asociarían Inglaterra y Portugal. Se pondría fin al principio de las naciones independientes y separadas, fatalmente enemigas, principio que sólo servía para fomentar la anarquía.

Cabe suponer que el emperador era sincero cuando, en la frontera francesa, confirmó su promesa sobre el Milanésado.

La Corte de su rival le mostró toda la admiración y entusiasmo que los franceses saben prodigar a sus adversarios. Había un contraste sorprendente entre el emperador enclenque, tullido, víctima de un resfriado, y Francisco I, que, aunque acababa de salir de una grave enfermedad, seguía, en palabras del embajador veneciano Mates Dandolo, «tan bello, franco y ágil como el mejor caballero del mundo; su rostro siempre estaba radiante».

Del 10 de diciembre de 1539, fecha en que saludó al rey en Loches, hasta el 20 de enero de 1540, Carlos, agotado y nervioso, tuvo que ir de fiesta en fiesta, de castillo en castillo, atravesando arcos de triunfo. Creyendo seducirle, fascinarle, Francisco cometía de nuevo el error que había cometido con Enrique VIII, y no consiguió más que molestar a su invitado. Una broma acabó por ponerle de mal humor. El joven duque de Orleans, saltando sobre su espalda, gritó:

—¡Sois mi prisionero!

Carlos creyó oportuno halagar a la reina de Navarra, hermana del rey, la Margarita de las Margaritas, hablando de un matrimonio entre don Felipe y su hija Juana d'Albret. Repararía de esa manera el daño causado a los Albret por Fernando de Aragón cuando les arrebató la Navarra española.

El emperador fue también a Chantilly para visitar a su buen amigo el condestable, pero procuró mantenerse alejado de los favoritos y de sus intrigas.

Las propuestas hechas a Mme. D'Etampes y el gran diamante caído a los pies de la bella mujer son leyendas nacidas en 1627 en la obra de Scipion Dupleix, *Histoire générale de France*, repetidas después y embellecidas de muchas maneras. Una carta del embajador Bonvalot, escrita seis meses después de los hechos, revela, por el contrario, que la duquesa sentía hacia el emperador «un odio invencible» a causa de su actitud «glacial».

¿Cambió Carlos de opinión como consecuencia de sus desagradables impresiones? Dejó muy claro que sería muy poco cortés presentar la investidura del Milanesado como el precio de su paso por Francia. Nadie se atrevió ya a hablarle de ello. Por el día, los ilustres rivales competían en gracia y alegría. Por la noche, apenas dormían, uno vencido por la tentación y el otro por la inquietud.

El suplicio finalizó en Valenciennes. Los embajadores del rey que habían escoltado a Su Majestad «consideraron que allí debía confirmar lo que había prometido al salir de España, pero el buen príncipe... respondió que no haría nada antes de hablar con su Consejo de los Países Bajos». También Francisco había buscado la disculpa de los Estados Generales para violar el tratado de Madrid.

El Consejo, y sobre todo María de Hungría, protestaron enérgicamente. Sin embargo, en el palacio del Louvre seguía viva la esperanza.

Carlos era vengativo por naturaleza. Sus decepciones y sus sufrimientos físicos habían terminado por volverle cruel. Cuando logró imponerse en Gante, mandó ejecutar a veintiséis notables, confiscó sus bienes, revocó sus privilegios, expulsó a los sospechosos y mandó levantar una fortaleza cuya guarnición, mantenida por la ciudad, se encargaría en cierta manera de mantenerla cautiva. Finalmente, exigió una ceremonia expiatoria: descalzos, con una cuerda al cuello, los principales de la ciudad tuvieron que pedirle perdón de rodillas.

Apenas superado este peligro, surgieron otros. El más grave vino de un nuevo protagonista en la escena política europea: el duque de Clèves y Juliers, que había heredado numerosos señoríos, en particular el de Güeldres. Estaba emparentado con Enrique VIII y con el elector de Sajonia. Sus territorios, repartidos entre el Rin y el Elba, constituían una amenaza para las posesiones imperiales.

En aquel momento, Venecia hacía saber a Francisco I que el emperador «no tenía la menor intención de concederle el ducado de Milán..., pues dice que al ponerlo en otras manos él quedará muy debilitado y su enemigo se fortalecerá». El rey, furioso, respondió ofreciendo al duque de Clèves la mano de Juana d'Albret. Nunca había visto bien el proyecto de unión entre su sobrina y el archiduque-infante. Carlos se asustó. Había convocado una Dieta para tratar de solucionar el problema de los protestantes, y estaba pensando en la posibilidad de hacer una segunda expedición a Africa. Todo ello se vendría abajo si debía enfrentarse con Francisco I y el duque de Clèves. Recordó de repente una idea expresada en su testamento e hizo al rey una propuesta muy generosa: el duque de Orleans se casaría con su hija María y recibiría el Milanesado, los Países Bajos, el Franco Condado, casi todas las anti-

guas provincias de Carlos el Temerario. Sólo le quedaría por conseguir Borgoña.

La mentalidad de un jefe del Sacro Imperio no era la de un soberano de una nación que estaba consiguiendo su unidad. El rey se negó en redondo a comprometer dicha unidad creando un nuevo feudo. Se negó también a evacuar Saboya y Piamonte. De esta forma, se caminaba hacia la guerra.

Rincón explicó al sultán que, al negarle el Milanesado, el emperador se había enemistado para siempre con Francisco y había acercado a los aliados. Solimán preparó una nueva incursión en Hungría. Barbarroja y la flota francesa actuarían de común acuerdo en el Mediterráneo cuando llegara el momento oportuno. Orgullosa del éxito conseguido, Rincón fue a informar a su señor y a recibir instrucciones.

Era la ruina de la política de Montmorency, que no había conseguido convencer al emperador de que debía mostrarse más complaciente. Mme. D'Etampes no cesaba en sus ataques. El condestable pidió que le dejara en libertad. El rey le retuvo, pero fue sólo un respiro. En la primavera de 1541, a pesar de la oposición de la reina Margarita, del partido «bien-pensante» y hasta de su pequeña hija, el rey obligó a Juana d'Albret a casarse con el duque de Clèves. Durante la ceremonia, la novia, abrumada bajo el peso de los ropajes, fingió que le resultaba imposible llegar al altar.

—¡Echátela al cuello! —ordenó el rey a Montmorency.

Y el terrible señor feudal tuvo que hacer de criado.

En respuesta, el emperador nombró a su hijo duque de Milán. El condestable fue destituido de su puesto en la Corte. Le sustituyeron en el Consejo amigos de la favorita, el mariscal D'Annebaut, el cardenal de Tournon y Brion.

En tal coyuntura el emperador no tenía otro remedio que neutralizar a los protestantes alemanes, horrorizados por la persecución que Francisco I estaba desencadenando contra sus correligionarios. Durante el año 1540 los teólogos de los dos bandos habían seguido discutiendo y, gracias a la diplomacia de Granvela, que observaba sin intervenir abiertamente, habían llegado a una especie de acuerdo a pesar de la obstrucción del nuncio Morone, al que Granvela echó en cara que buscaba la división de los alemanes.

El emperador creyó que podía inaugurar la Dieta en Ratisbona. Rechazó la pompa habitual y llegó en febrero de 1541. Tuvo que esperar dos meses a que los príncipes, prelados y embajadores respondieran en número suficiente a su llamada. Por petición suya, el papa había delegado, en lugar de en Morone, en el cardenal Contarini, veneciano, jefe de un movimiento reformista pero estrictamente católico. Calvino y Melancton, que se habían hecho amigos poco antes, acudieron a Ratisbona; en cambio no se presentó Lutero, lo que algunos consideraron lamentable.

Carlos no temió intervenir una vez más en los debates doctrinales, movido por el deseo de descubrir una solución al problema. Estuvo siempre animado por el espíritu de Erasmo, lo que le llevó a cometer el error

de dar a una Dieta, asamblea política, el carácter de una asamblea religiosa. Como jefe de la Cristiandad, no vacilaba en enfrentarse al papa haciendo a los luteranos concesiones inaceptables para la Santa Sede. Quería buscar la conciliación entre Roma y la Reforma, pero Pablo III desconfiaba del soberano de Italia, y los príncipes alemanes temían también que el emperador estableciera en Alemania un poder monárquico. Sólo le apoyaba el landgrave de Hesse, que era bigamo y temía la reacción de los otros señores alemanes. La política intervenía en la religión y la religión en la política.

A pesar de estos obstáculos se realizó un gran esfuerzo. Granvela obtuvo la aprobación de Calvino para un texto que se llamó la *Justificación*. Redactó veintitrés artículos a los que dio el título general de *Libro de Ratisbona*. Los teólogos lo aprobaron. Por desgracia, en cuanto la Dieta tuvo conocimiento de ello, católicos y protestantes formularon sus reservas. Todos los artículos parecían excesivos a unos e insuficientes a otros.

Lutero condenó la *Justificación* y calificó el *Libro* de «hiena y Talmud». El era depositario de la verdad y no admitía la existencia de un papa. Pablo III, obligado a su vez a mostrarse intransigente, declaró que sólo el concilio estaba capacitado para tratar de aquellos temas. Así abortó la última tentativa humanista de salvar la unidad cristiana.

La discusión se había prolongado ya tres meses y Carlos no sabía cómo poner fin a una Dieta tan decepcionante como las otras. Aunque el cuerpo no le respondía, conservaba su agilidad mental y, en medio de las disputas teológicas, examinaba los preparativos de la expedición que quería realizar contra Argel en otoño, cuando hubiera remitido algo el calor.

Debía intentar por todos los medios que los protestantes frustraran su proyecto. El 28 de julio convocó a una delegación católica y a una delegación protestante. Las reunió en habitaciones diferentes. El mismo hizo de emisario, yendo de una a otra habitación. Como parecía imposible llegar a un compromiso, optó por la peligrosa solución de prometer a cada uno lo que deseaba. Concedió a los protestantes mucho más de lo que habían conseguido en el tratado de Nuremberg: la garantía de su seguridad en territorios gobernados por príncipes católicos, su admisión en la sección judicial de la Cámara imperial, el reconomiento implícito de sus ministros, protegidos como los eclesiásticos de toda confiscación, y el derecho a adoptar determinadas medidas en relación con los monasterios. El elector de Brandeburgo, que había convertido la Reforma en religión de Estado, no sería molestado por ello hasta el concilio. Se concedía amnistía al landgrave de Hesse. A cambio, éste juraba mantener a la Liga de Esmalkalda al margen de la influencia política francesa.

En cuanto a los católicos, el emperador renovaba su alianza con ellos y se comprometía a que el papa pagara la cuarta parte de los gastos realizados en defensa de la buena causa. Se comprometía también, tácitamente, a actuar con mala fe frente a los herejes. ¡Qué prodigios de flexibilidad y de maquiavelismo le obligaba a hacer aquella política de

funámbulo! Carlos tenía que hacer esfuerzos ímprobos. Nada podía serle más repugnante, pero no veía otra salida.

El 29 de julio, tras escuchar una Declaración imperial que recogía sólo algunas de las disposiciones adoptadas, la Dieta votó el reclutamiento de doce mil hombres destinados a combatir a los turcos. Luego, se disolvió.

Unas semanas antes, mientras estaba concentrado en sus piadosas preocupaciones, Carlos había logrado vengarse de un hombre especialmente odiado: el embajador francés ante el sultán, Antonio Rincón. Este había roto con el rey francés e iba a transmitir sus mensajes a Solimán. En Rívoli, donde se había detenido, le pusieron sobre aviso. Abandonó allí sus mensajes y continuó su camino. Cuando bajaba por el Po, su embarcación fue asaltada por dos barcos cargados de soldados imperiales, que mataron a Rincón y a su acompañante, el capitán Fregoso. La emboscada la había preparado el marqués Del Vasto.

Se levantó un clamor de indignación. El emperador proclamó su inocencia y prometió castigar a los asesinos, pero no hizo nada. Regresó a Italia mientras que los turcos invadían de nuevo Hungría y destruían el débil ejército de Fernando. Ocupaban ya toda la llanura, donde levantaron mezquitas. Carlos no se había opuesto a su avance. Le convenía que estuvieran distraídos en Europa central. Así tendría la seguridad de obtener en Argel el mismo éxito que en Túnez.

Carlos V se había convertido en el emperador errante. A pesar de sus enfermedades, no dejaría de correr de un país a otro. Por desgracia no contaba con las líneas de comunicación de que había disfrutado Carlomagno y que Napoleón lograría establecer en su momento. Sin esta deficiencia y sin escasez de dinero habría tenido mayores probabilidades de «construir Europa».

Se entrevistó con el papa en Luca y le pidió que convocara un concilio y que, atendiendo el deseo de los protestantes, éste se celebrara en una ciudad alemana. Pablo III se indignó. Influenciado por una familia ambiciosa, reanudaba la tradición de los pontífices, esencialmente preocupados por los asuntos temporales y por los territorios italianos. Censuraba a Carlos por su complacencia con los herejes y por sus inclinaciones a la monarquía universal. Por su parte, Carlos sentía una gran desconfianza. Los dos hombres no se entendían en nada.

El viajero llegó a Córcega, donde se estaban reuniendo su flota, a las órdenes de Andrea Doria, y el ejército, mandado por Fernando de Gonzaga. Había centenares de barcos y veinticuatro mil soldados alemanes, italianos y españoles. Entre los capitanes se encontraba el mismo. Hernán Cortés.

Argel, con tropas muy inferiores en número, entre las que figuraban sólo mil quinientos turcos, parecía incapaz de resistir. Barbarroja estaba ausente. Le sustituía un italiano convertido al Islam y pirata con el nombre de Hassan Haga. Carlos intentó comprarle. Sólo consiguió recibir de él una respuesta insolente. Entonces ordenó levar anclas.

Al día siguiente el tiempo empeoró. Era mediados de octubre y Doria, considerando que era una época demasiado avanzada del año, acon-

sejó posponer la expedición hasta la primavera. El emperador se limitó a responder:

—Ya que estamos preparados, debemos llegar hasta el final.

El 20 de octubre, la armada llegó a la altura de Argel y tuvo que soportar fuertes tempestades durante los dos días siguientes. No obstante, el desembarco tuvo lugar el día 23. Gran parte de los caballos y del material se quedó en las galeras, que tuvieron que permanecer lejos de la costa. El emperador tomó tierra, seguro de conseguir la victoria.

No contaba con los elementos. Durante la noche del 24 al 25 se desencadenó un furioso huracán. Ciento cincuenta embarcaciones se fueron a pique, otras tuvieron que arrojar al mar la artillería e incluso derribar los mástiles. Al amanecer, la caballería musulmana atacó y sorprendió al ejército imperial. Los italianos emprendieron la huida. El emperador se había colocado al frente de los alemanes y rechazó el ataque. Si los musulmanes hubieran sido más numerosos y hubieran estado mejor dirigidos, habrían podido arrojar a los invasores al mar, cambiando la suerte de Europa.

Una vez pasada la alarma, Cortés, en su papel de conquistador, aconsejó atacar de nuevo. El emperador no quiso correr tan grave riesgo y ordenó la retirada. Fue precisa toda la habilidad de Andrea Doria para reembarcar al ejército, que perdió por lo menos un tercio de sus efectivos. Se refugió en Bujía.

De allí Carlos salió hacia Mallorca y luego hacia Cartagena. Por una vez, los nervios le traicionaron y no pudo evitar derramar amargas lágrimas. ¿Acaso le había castigado Dios por la brutalidad con que eran tratados los indios, a pesar de sus órdenes y de las del Consejo de Indias? Entre el inmenso correo, lleno de malas noticias, que le esperaba, había una comunicación del obispo Las Casas en la que denunciaba tales abusos y, como siempre, intercedía en favor de los indígenas. Proponía que, para mejorar su situación, se trasladaran a las posesiones españolas cuatro mil negros de Africa. El emperador admitió tan horrible insinuación. El campeón del cristianismo se convirtió en el primer responsable de la trata de esclavos.

Las buenas intenciones pueden conducir a los más graves delitos.

23. Alianza impía, guerra inútil (1542-1544)

«El rey de Francia, viendo el fracaso del emperador en el asunto de Argel e imaginando que los gastos que había tenido que realizar le habían dejado sin dinero, con el pretexto de una pequeña ofensa que había recibido [la muerte de Rincón], atacó al emperador en los Países Bajos.»

Así es como presenta las cosas Carlos en sus Memorias. Desde luego, el asesinato de sus embajadores y la derrota imperial en Argel no fueron ajenos a la ruptura de la tregua de Niza por parte de Francisco I. Pero existían otras causas, entre ellas el funesto espejismo del Milanésado y, sobre todo, la necesidad de evitar la monarquía universal, que podía cambiar los destinos de Francia.

Francisco I había acumulado gran cantidad de dinero y realizado una inteligente preparación diplomática, gracias a la cual el sultán, Dinamarca, Suecia, Escocia y el duque de Clèves estaban de su parte. Reclutó nada menos que cinco ejércitos. La importancia de las dos camarillas de su Corte era tal que al repartir los cargos tuvo que buscar un prudente equilibrio, para neutralizar los efectos de su enemistad.

El delfín iría al frente de las tropas encargadas de apoderarse del Rosellón —campo de batalla poco frecuente—, y el duque de Orleans, jefe del partido de Mme. D'Etampes, mandaría las que debían conquistar Luxemburgo. El mariscal Annebaur sería mentor de uno; el duque Claudio de Guisa, del otro. Por primera vez desde hacía tiempo un Borbón se convertía en jefe militar. El joven conde de Enghien, otro amigo de la favorita, recibió el agradable encargo de implantar la flor de lis en Italia.

A partir de julio de 1542 los turcos comenzaron a atacar el sur de la península y derrotaron en Hungría a un ejército de Fernando; Enghien bajó a Lombardía; los daneses bloquearon los puertos del norte; los soldados del duque de Clèves —a las órdenes de un militar brutal, el mariscal de Rossheim— causaron estragos en Brabante y en Flandes; el delfín sitió Perpiñán y el duque de Orleans tomó Ivoy, Montmédy y Luxemburgo, pero no consiguió entablar contacto con Rossheim como pretendía, a fin de cortar Flandes en dos. A pesar de ello, la situación del emperador era casi desesperada.

Durante aquellos meses trágicos, Carlos no se movió de España, donde buscaba desesperadamente el dinero que necesitaba. Las Cortes no se lo daban en la cantidad suficiente. El tributo de las Indias había descendido mucho a causa de los problemas de Perú. Las fuentes au-

xiliares estaban agotadas. Se vendieron cargos, títulos de nobleza, decoraciones y hasta la legitimación de los hijos de sacerdotes. No era suficiente. Quedaba el recurso supremo: encontrar una dote.

La hermana menor del emperador, Catalina de Austria, se había casado con el riquísimo rey de Portugal, Juan III. El hermano pidió la mano de la hija de ambos, María, para don Felipe. Los dos jóvenes tenían quince años y eran por dos veces primos hermanos. Juan III no tenía simpatía a los españoles y no quería vaciar sus arcas: ofreció resistencia. Su esposa puso el grito en el cielo. Carlos amenazó. Movidó por el temor que le inspiraban la una y el otro, el pobre capituló. Por si fuera poco, debió prometer también su hijo a la segunda hija del emperador, Juana de Austria, y pagar las dos dotes: ¡ochocientos mil escudos de oro!

Era un respiro. La guarnición de Perpiñán le concedió otro. Los franceses creían que la plaza estaba casi desarmada, pero, misteriosamente advertido de los planes de su enemigo (¿por Mme. D'Etampes, movida por el odio al delfín?), el emperador había mandado instalar una poderosa artillería que hizo fracasar a los sitiadores.

Circuló el rumor de que Su Majestad iba a acudir en defensa de la ciudad, dispuesto a librar una gran batalla. Cuando el rumor llegó a oídos del duque de Orleans, el joven príncipe perdió la cabeza. No podía aceptar la idea de que su hermano obtuviera para él solo el honor de tal hazaña, dejó parte de su ejército a Guisa y con el resto salió hacia el sur.

En Montpellier supo que el delfín había tenido que batirse en retirada. No habría batalla. Al menos en el Rosellón. En los Países Bajos, las cosas cambiaban. Aprovechándose de la situación, la indomable María de Hungría, que había hecho prodigios, recuperaba Luxemburgo y rechazaba a los hombres del duque de Clèves. La campaña, que había comenzando con síntomas de convertirse en una catástrofe para el emperador, acababa volviéndose a su favor. Gracias, es cierto, a la ligereza de los franceses.

Su rey no tardó en cometer otro error. El rey de Escocia acababa de morir, dejando como heredera a una hija de pocos años, María Estuardo. Enrique VIII quería que se casara con el hijo que había tenido de su tercera esposa y así unificar los dos reinos. Aquello iba en contra de los intereses de Francia. Francisco I, en lugar de actuar con prudencia, incitó a la regente María de Lorena a que se negara de plano y le envió tropas.

Ahora bien, en aquel momento Enrique VIII había vuelto al catolicismo y al recuerdo de Catalina de Aragón, a quien quizá había mandado envenenar. Había devuelto a su hija María sus derechos a la sucesión. El problema escocés supuso una gran conmoción, resucitó su antigua amistad hacia Carlos y sus viejos celos contra el soberbio Valois. Se rompió el tratado de Moore, obra maestra de Luisa de Saboya, y se selló una alianza entre el Imperio e Inglaterra.

Se acordó mantener secreta dicha alianza hasta junio de 1543, para que el Tudor tuviera tiempo de prepararse. En tal fecha, se ordenaría a Francisco I que abandonara al sultán e indemnizara a los príncipes cris-

tianos de los daños que había contribuido a causar. De lo contrario, el emperador procedería a reconquistar «su» Borgoña, y Enrique «su» reino de Francia.

Francisco I no sospechaba la existencia de tan formidable coalición cuando, en primavera, sus ejércitos y el del duque de Clèves atacaron de nuevo los Países Bajos. Cayeron Landrecies y otros lugares. En Alemania los príncipes luchaban entre sí.

El emperador preparó su salida de España sin muchas prisas. Nombró a su hijo príncipe de Viana y lo hizo reconocer como regente. No estaba seguro de lo que podía depararle el futuro y redactó tres documentos de gran interés. El primero no ha llegado hasta nosotros, pero sabemos que era una justificación de sus actos destinada a ser leída ante las Cortes en caso de que se produjera su muerte. Era una prueba de la singular importancia que había adquirido la opinión pública.

El segundo exponía las obligaciones del joven príncipe. Debía amar y temer a Dios, amar la justicia y practicarla con compasión, mantener una actitud impasible, no dejarse dominar nunca por la cólera y escuchar las opiniones de los distintos Consejos, del duque de Alba, del arzobispo de Toledo, de Cobos y de su antiguo preceptor, don Juan de Zúñiga. «No os entrometáis en asuntos privados y no prometáis nunca nada ni de palabra ni por escrito... Recordad que si os habéis convertido en un hombre, no es para seguir vuestros caprichos y apetitos sino para adquirir razón y conocimiento.»

El tercer documento, estrictamente confidencial, revelaba el pesimismo y la melancolía del soberano, que mostraba las dificultades que atravesaban sus reinos y emitía juicios muy duros sobre los mismos consejeros que dejaba a su hijo. Invitaba a Felipe a la continencia, «pues el abuso de la carne destruye la salud y es nocivo para la descendencia. Recordad lo que ocurrió con vuestro tío Juan [el hijo de los Reyes Católicos], cuya muerte me valió la posesión de estos reinos». Finalmente, le aconsejaba que estudiara.

Era demasiado tarde. Distanciado de sus padres, el príncipe había sido educado lejos del mundo exterior, en un vacío moral absoluto. Don Juan de Zúñiga, que le trataba como a una divinidad viviente, le había rodeado, al estilo borgoñón, de una Corte de aduladores, fastuosa y protocolaria en exceso, pero no se había preocupado demasiado de su formación. Convencido de ser un personaje superior al común de los mortales, Felipe sufría, sin embargo, un complejo de ignorancia que le hacía desconfiado de los demás y de sí mismo.

A sus diecisiete años recibió sobre sus hombros la carga de España y del Nuevo Mundo. El emperador se despidió de él en Barcelona y se embarcó casi en secreto en Palamós. Andrea Doria logró escapar a los navíos turcos y lo llevó sano y salvo a Savona. Era su séptimo viaje a Italia.

El papa y el emperador se entrevistaron en Bussetto. Las cosas fueron peor todavía que en Lucca. Pablo III, que había aceptado la ciudad de Trento como lugar de la convocatoria del Concilio, estaba impaciente por inaugurarla, pero, decía él, la guerra se lo impedía. Conminó a

Carlos a terminarla, bajo pena de excomunión. El emperador le reprochó su tolerancia hacia Francisco I:

—El Santo Padre trata al agresor, aliado de los turcos, como se trata en el Evangelio al hijo pródigo.

No obstante, había casado a su hija natural, Margarita, con el nieto del papa, pero la codicia de los Farnesio era superior a la acreditada avidez de los sobrinos del pontífice. Los Farnesio exigieron Milán a cambio de una ayuda militar de la Santa Sede, y esperaban muchos otros favores. El emperador replicó que en adelante no se concedería a ningún extranjero ningún beneficio, ninguna pensión procedente de España. Decididamente, no cabía esperar nada de un papa convertido en juguete de los que le rodeaban.

—Veo —le dijo Carlos en su última entrevista— que todos vamos a acabar haciéndonos turcos, pero yo quiero ser el último en hacerlo.

Esta casi ruptura produjo una magnífica impresión en los protestantes alemanes. Fiel a su compromiso, el bígamo landgrave de Hesse se opuso a la admisión del duque de Clèves en la Liga de Esmalkalda. Carlos recibió la desagradable noticia de que algunos monasterios imperiales, así como el arzobispo de Colonia, se habían pasado al bando de la Reforma.

En la fecha convenida, Enrique VIII declaró la guerra a Francia. Gracias al dinero portugués, el emperador había reclutado un gran ejército. Francisco I ocupó de nuevo Luxemburgo, convencido de que su rival quería reconquistar aquella provincia cuyo nombre había llevado. Habría hecho mejor en enviar refuerzos al duque de Clèves, pues Carlos había decidido librarse en primer lugar de tan peligroso vasallo. Al elector Juan Federico de Sajonia, que trató de intervenir en su favor, le dijo: «Aunque viera que se aproximaban los turcos por el otro lado, atacaría primero a Clèves.»

Derribó como castillos de naipes cuatro de las principales fortalezas del duque. Este se había refugiado en Düsseldorf. No hubo necesidad de atacar la ciudad. Clèves, viéndose perdido, salió a recibir al emperador, y le esperó arrodillado en el camino. Tuvo que aceptar el tratado de Venloo, en virtud del cual abandonaba la alianza francesa y renunciaba al ducado de Güeldres. Enrique VIII acababa de repudiar a su hermana, Ana de Clèves, cuarta esposa de Barba Azul. La madre de la infeliz murió de dolor.

En el otoño un ejército inglés desembarcó en Calais y tomó Guines. Carlos, al frente de cuarenta mil hombres, avanzó hacia Landrecies. Francisco abandonó en seguida Luxemburgo y salió a su encuentro con fuerzas prácticamente iguales. Los dos estaban impacientes por llegar a las manos, al menos era lo que decían, pero habían perdido la fogosidad de la juventud. Ambos consideraron demasiado fuerte la posición del otro y se retiraron cada uno por su lado.

Mientras tanto, Francisco I no había vacilado en dejar que treinta mil turcos ocuparan Tolón, que quedó convertido en un campamento musulmán. Desde aquella base su flota sembraba el pánico en las costas mediterráneas. Barbarroja saqueó Niza, mientras que en Hungría

Solimán se apoderaba de la fortaleza de Gran, considerada como inexpugnable; todo el reino estaba en sus manos.

Carlos no regresó a España a pesar del matrimonio de su hijo, que tuvo lugar el 13 de noviembre de 1543. Convocó la Dieta, que inauguró en Spira el 31 de enero de 1544. Como siempre, pidió fondos para luchar contra el Infiel y su aliado. El landgrave de Hesse y el elector de Brandeburgo denunciaron a quien, en su opinión, no merecía ya el nombre de Cristianísimo, y el vicescanciller Naves causó una profunda emoción entre los protestantes al leer una carta por la que Francisco I se ofrecía a abandonarlos a cambio del Milanésado. El cardenal Farnesio, legado pontificio, salió en defensa de Francia, pero con tanta parcialidad y tan poca habilidad, que se produjo un fenómeno sorprendente. Lutero y Calvino había condenado la alianza entre el papa, los turcos y Francisco I, y los protestantes tuvieron que ponerse de parte del emperador, frente a los católicos reticentes.

Como era lógico, esperaban su recompensa. El emperador se la concedió en forma de una Declaración que —cosa inaudita— hablaba de «dos religiones» y recomendaba la tolerancia mutua hasta la próxima Dieta, que se ocuparía de realizar una «reforma cristiana». Se encargaría de ello la Dieta, y no el concilio, dada la mala voluntad del papa. Hasta entonces se confirmaban todas las concesiones anteriores.

Pablo III, indignado, condenó la Declaración. Recordó que, desde Nerón, todos los que se habían opuesto al vicario de Cristo habían terminado trágicamente. La Dieta no se inmutó. Votó créditos que permitirían reclutar veinticuatro mil hombres y cuatro mil caballeros.

Una mala noticia vino a empañar la euforia que sucedió a dichos acontecimientos. El 14 de abril, en Italia, el conde de Enghien había aplastado en Cerisoles al ejército del marqués Del Vasto. No pudo tomar Milán, pues recibió orden de defender Francia frente al peligro de invasión. No obstante, Del Vasto no podría atacar hacia el sudeste ni avanzar hacia Lyon, como se esperaba.

¡No importaba! El emperador y el rey de Inglaterra iban a ponerse de acuerdo para penetrar en Francia. Entre los dos disponían de casi cien mil hombres. ¡El Valois estaba a su merced!

Enrique VIII, olvidando que el lugar de reunión era París, se entretuvo en asediar Montreuil y Boulogne. Sin esperarlo, el emperador invadió la Champagne. No pudo tomar al asalto la plaza fuerte de Saint-Dizier a causa de la rivalidad entre alemanes y españoles, y debió organizar un asedio en toda la regla; gracias a ello se salvó París. El delfín recibió el mando del ejército que el rey había logrado formar, con la orden de evitar la batalla y, al mismo tiempo, impedir que el enemigo atravesara el Marne. Después de mes y medio, Carlos, descorazonado, estaba dispuesto a renunciar a Saint-Dizier cuando una circunstancia fortuita permitió a Granvel descubrir la clave que utilizaban los generales franceses. Se escribió una carta falsa en la que el duque de Guisa invitaba al conde de Sancerre, gobernador de la plaza, a capitular. Y Sancerre capituló el 17 de agosto, con gran alegría de Carlos, que se creyó ya dueño de París.

Si Enrique VIII hubiera cumplido sus compromisos, la capital habría corrido grave peligro, pero Boulogne se resistía y la vanidad de Barba Azul no le permitía levantar el sitio. No obstante, Carlos siguió avanzando. El rey había esperado una vez más vencerle por hambre y había ordenado realizar crueles devastaciones. El ejército imperial «estaba en las últimas» cuando se apoderó de Epernay y de Château-Thierry. El delfín había almacenado en Epernay reservas de víveres. Según Martin du Bellay, quiso retirarlas a tiempo y derribar el puente que daba acceso a la plaza. El enemigo se le adelantó, se hizo con el puente intacto y se apoderó de las provisiones.

Entonces, Diana de Poitiers y sus amigos se indignaron ¡Había sido Mme. D'Etampes la que había entregado el código secreto de los generales, la que había impedido la destrucción del puente! Lo cierto era que Epernay y sus almacenes habían sido incendiados, pero las calumnias contra la favorita produjeron una impresión duradera en el pueblo.

Aunque sus tropas se habían entregado a los peores desmanes y saqueado las feraces campiñas, el emperador siguió avanzando hacia París, que no había visto tan cerca a los alemanes desde Bouvines.

—No puedo liberar a mi capital del miedo —dijo Francisco I—, pero todavía puedo hacer frente a la mala fortuna.

El delfín disponía de buenas tropas, más de cuarenta mil hombres, y estaba impaciente por conseguir su primera victoria. El padre, por el contrario, estaba cansado, enfermo, desengañado. Por su parte, Carlos estaba atormentado por unos escrúpulos que ningún príncipe de su época había sufrido. ¿A qué debía su éxito, quizá un triunfo decisivo? Al apoyo de los protestantes alemanes, a las concesiones impías que él les había hecho. ¿No acababa de escribir Lutero un panfleto en su favor? El jefe de la Cristiandad vencía cuando traicionaba su misión. En cambio, cuando quería servir a Dios tropezaba con obstáculos insalvables. ¡Misteriosos designios de la Providencia!

Entonces llegó al campamento imperial un humilde monje, mensajero de la reina Leonor. Traía una propuesta de paz. Carlos no tenía otra idea que la de restablecer el orden en la Iglesia y en el Imperio, la de meter en razón a unos herejes cuya actitud no podía soportar. Enrique VIII había sido el primero en romper el pacto. El podía, sin remordimientos de conciencia, pagarle con la misma moneda.

Carlos deseaba restablecer la paz entre los Habsburgo y los Valois; Francisco I, también. El hombre de Marny, el aliado de la Sublime Puerta, renunciaba a las aventuras, a la querida Italia; quería dejar descansar a sus pueblos. Tenía otro móvil, de orden familiar. Las amantes del padre y del hijo habían sabido hacerlo tan bien, que entre los dos hombres existía un verdadero antagonismo, y él trataba de favorecer al duque de Orleans a costa del delfín. Por esto aceptó casi con entusiasmo lo que hacia poco había rechazado.

Las negociaciones fueron extraordinariamente rápidas y concluyeron el 18 de septiembre de 1544 en el tratado de Crespy. El duque de Orleans se casaría con la hija o con la sobrina del emperador; una recibiría en dote los Países Bajos y el Franco Condado; la otra, el Milane-

sado; pero ambos territorios seguirían encuadrados en el Imperio. A su hijo, convertido así en vasallo del emperador, el rey le concedería una gran herencia: los ducados de Orleans, Borbón, Angulema y Chatellerault, lo cual era un grave atentado contra la unidad del reino. Renunciaba a la alianza turca y abandonaba una vez más su soberanía sobre los antiguos dominios de Carlos el Temerario, Flandes, Artois y Charolais. A cambio conseguía la libertad del territorio, la renuncia definitiva del emperador a Borgoña y, si prometía evacuar Saboya y Piamonte, al menos conservaría dichas provincias hasta el matrimonio del duque de Orleans.

Muchas veces se ha alabado a Francisco I por haber puesto fin tan pronto a una guerra perdida —antes incluso de que el emperador supiera que los ingleses habían entrado en Boulogne—. De hecho, si se hubiera aplicado el tratado, Francia habría tenido que pagar un precio muy elevado. También presentaba graves inconvenientes para la monarquía de los Habsburgo y Carlos no estaba satisfecho. En cuanto al delfín, había sido sacrificado en beneficio de su hermano. Su camarilla se inquietó y, con un giro brusco, se convirtió en defensora de la política nacional. Por el contrario, el grupo Orleans-Etampes se puso por completo del lado de la política del emperador.

La reina Leonor, el duque de Orleans y una gran parte de la Corte, entre cuyos representantes figuraban ochenta damas, acompañaron a Su Majestad hasta Bruselas. Mme. D'Etampes viajó en la misma litera que la reina. Francisco I había dado a sus hijos estas sorprendentes recomendaciones:

—He decidido entregaros al emperador como hijo y servidor. Honradle como a un padre y obedecedle como a un amo.

Durante las fiestas con que se celebraron en los Países Bajos tan imprevistas amistades, se reunió en Fontainebleau, en casa de Diana de Poitiers, un misterioso consejo de guerra. Junto al delfín y sus amantes estaban el duque de Guisa, su hijo, el conde de Aumale, el conde de Enghien y su hermano, el duque de Vendôme. Los conjurados buscaban febrilmente los medios para impedir la aplicación del tratado. Consultaron a varios letrados. Fruto de ello fue una protesta solemne contra el abandono de derechos inalienables de la Corona y de provincias de las que el rey no podía ya disponer. El documento, firmado por el delfín el 12 de diciembre, quedó confiado a la custodia de dos notarios.

El emperador, muy bien informado, barruntó lo ocurrido. El 27 de enero de 1545 escribió a su embajador Saint Mauris una carta destinada, en apariencia, a calmar al príncipe y, en realidad, a echar leña al fuego. Concluía diciendo: «No queríamos tratar nada que no fuera agradable al dicho delfín y, principalmente, a su hermano, el duque de Orleans.»

Se produjo una violenta discusión entre Francisco I y su heredero, que siguieron enemistados hasta los últimos momentos de la vida del rey. El delfín se negó a asistir en adelante al Consejo. Olvidando su inclinación hacia España, había recuperado el viejo odio alimentado durante su cautividad en Madrid. En lugar de a un admirador, Carlos tendría en el futuro rey de Francia a un enemigo declarado.

24. «¡Y Dios ha triunfado!» (1544-1547)

¡Qué milagro! Por primera vez, Carlos está libre a la vez del rey de Francia y del sultán, demasiado ocupado en sus fronteras orientales. Hasta el punto de que uno de los mejores agentes imperiales, Veltwick, va a Constantinopla con una misión. El mismo Francisco I la respalda. Se firma una tregua de un año entre la Sublime Puerta y el rey Fernando. Las negociaciones continúan. Carlos podrá consagrarse en cuerpo y alma a los problemas religiosos y a Alemania.

Se ha dicho que en aquel momento se consideraba capaz de obligar a la Iglesia a aceptar la Reforma, y a los reformados a hacerse católicos. Es caricaturizar el pensamiento del alumno de Adriano de Utrecht, del admirador de Erasmo. A pesar de lo que se dijera en Spira, el emperador es incapaz de concebir la existencia simultánea de dos confesiones. No sólo porque es emperador, sino también porque tal idea representaba una monstruosidad a los ojos de sus contemporáneos.

La libertad de cultos es una idea muy antigua, conocida en el mundo pagano. La decadencia y la caída del Imperio Romano tuvieron, entre otras consecuencias, la de dar a la religión el poder que hasta entonces estaba reservado al Estado.

La unidad de la fe adquirió desde entonces el valor de dogma. La Edad Media lo había defendido con una intolerancia que el siglo XVI no hizo nada por disminuir. Como única herencia democrática de la Iglesia primitiva queda el concilio, a quien corresponde, cuando las circunstancias lo exigen, establecer la ortodoxia.

Si Carlos había pedido con tanta insistencia la convocatoria de tal asamblea, no lo hacía movido por un espíritu retrógrado. Dada la forma de entender su misión, pretendía reprimir los abusos de la Iglesia y conservar la fe, incorporando a la doctrina secular la nueva doctrina. Fue una desgracia que la política envenenara las cosas, que el papa no fuera digno de la tiara, que algunos príncipes alemanes adoptaran las enseñanzas de Lutero para satisfacer su rapacidad y conseguir la independencia. El emperador no podía reconocer estas realidades. En sus Memorias escribirá que, desde 1539, tenía la decisión de arremeter contra los rebeldes herejes. Sin duda, había pensado en ello, pero seguía todavía meditándolo durante el invierno de 1544-1545, que pasa en Bruselas, sufriendo terriblemente de un undécimo ataque de gota.

Su hermana, María de Hungría, le acompañaba en aquellos momentos. Le insistió con todas sus fuerzas en que no atacara a los protestantes y le recordó las desgracias que había sufrido el emperador. Se

gismundo después de la condena de Juan Huss. Le aconsejó también que no entregara su hija al duque de Orleans. Los Países Bajos no aceptarían el cetro de un Valois. Carlos le hizo caso en este punto. El príncipe se casaría con su sobrina Ana de Austria, hija de Fernando, la cual, según el tratado, recibiría como dote el Milanesado. Francisco I verá realizado su gran sueño.

Había que cumplir otro compromiso: celebrar una Dieta que precediera a la «reforma cristiana», tal como se había prometido a los protestantes de Spira. Se elige como sede la ciudad de Worms. Por desgracia, el emperador, paralizado por la gota, no puede acudir. Sigue empeñado en buscar un acuerdo y pide a su hermana que le represente, proyecto que tropieza con la susceptibilidad de Fernando. En definitiva, será Granvela quien presida los debates hasta la llegada de Carlos.

Pablo III tenía miedo, y con razón. Aquella asamblea laica, en que se iban a discutir problemas de fe, pondría en tela de juicio la autoridad de la Iglesia universal. Además, corría el peligro de confirmar el acuerdo entre el emperador y los protestantes, tan temido en Roma. Ante tal situación, el papa convocó el concilio en Trento, el cuarto domingo de Cuaresma (15 de mayo de 1545).

Situación comprometida. ¿Cómo podría tratar la Dieta los mismos problemas de que se iba a ocupar el concilio? Casi todo dependía de la disposición de los protestantes. Había cambiado su actitud hacia un emperador demasiado poderoso, en su opinión, después del tratado de Crespy. No demostraron ningún signo de buena voluntad, y se negaron a participar en el concilio, a menos que Carlos garantizara el triunfo de sus tesis, es decir, que asumiera el papel de un Enrique VIII.

Según sus Memorias, el emperador contaba con ello. ¡Qué magnífica ocasión de ruptura! En realidad, cuando llegó por fin a Worms prometió a su hermana que intentaría llegar a un arreglo. Ya había conseguido que se retrasara el concilio.

En la Dieta, los protestantes se mostraron huraños y tercos. En compensación, recibió una agradable sorpresa del cardenal Farnesio, legado pontificio. Había depositado en Augsburgo cien mil ducados que Su Santidad ofrecía en concepto de aportación a la cruzada. La suma podría incrementarse. ¡Buen prelude para una reconciliación! ¿No debían acercarse Carlos y Farnesio en un momento en que Margarita de Austria, la hija natural del emperador, iba a tener un hijo de su esposo, Octavio, nieto del papa?

Hubo conversaciones secretas y el cardenal regresó a Roma precipitadamente. Una semana después de su regreso, Pablo III ponía a disposición del emperador doce mil hombres y otros cien mil ducados y le autorizaba a apropiarse de un millón de ducados procedentes de los bienes eclesiásticos de España para hacer la guerra a los herejes.

Después de dar las gracias al Santo Padre, Carlos le criticó la publicidad que había dado al asunto. Calmó lo mejor que pudo a los protestantes y disolvió la Dieta después de prometer que la «reforma cristiana» se emprendería más tarde, en Ratisbona. Encargó a sus embajadores que retrasaran todavía más el concilio.

En julio tuvo un nieto. Será don Carlos, de trágicos recuerdos. La joven madre murió pocas horas después del parto.

El papa se aprovechó de la situación. Dio a su hijo, Pedro Luis Farnesio, las provincias de Parma y de Plasencia, feudo dependiente del ducado de Milán pero que él consideraba como bienes de la Santa Sede. Gozará también de una buena posición estratégica: los Estados Pontificios tendrían un escudo defensivo.

El emperador se preguntaba cómo debía reaccionar, cuando la situación general sufrió un gran cambio. El 9 de septiembre de 1545 el duque de Orleans moría de la peste a los veinticuatro años. Estaba visitando las regiones castigadas para levantar su moral, y como buen bravucón, se había empeñado en acostarse en la cama de un hombre que había fallecido a causa de la plaga. La desaparición del duque destruía por completo la obra realizada por Crespy. Carlos sintió un gran alivio y declaró nulo el tratado.

Francisco I, desesperado ante la pérdida de su querido hijo, vio también cómo el Milanésado se le escapaba una vez más. Sin pérdida de tiempo, firmó la paz con Enrique VIII, que le devolvió Boulogne tras una indemnización económica, y preparó otra guerra contra el emperador. Envío suntuosos regalos a Solimán, pidiéndole que reanudara su antigua política. Entregó cien mil escudos a la Liga de Esmalkalda.

El sultán, siempre preocupado por el este de su imperio, le dio buenas palabras, pero no rompió con Weltwick. En cambio, los príncipes protestantes endurecieron su postura, impulsados por el elector Juan Federico de Sajonia y del landgrave Felipe de Hesse, convencido de que ya no tenía que andar con contemplaciones con el emperador. Este perdió la esperanza de llegar a un compromiso, pero, antes de pasar a la acción, trató de dividir a sus adversarios. Dejó de oponerse al concilio, que se reunió por fin en Trento el 13 de diciembre de 1545. Casi simbólicamente, Lutero murió unos meses más tarde.

¡El concilio! Desde la época en que recibía las enseñanzas del futuro Adriano VI, Carlos soñaba con el «Gran Sínodo» que purificara a la Iglesia y reconciliara a los cristianos. La realidad fue amarga y decepcionante. Desde la primera sesión se vio claro que aquel concilio, reunido en vísperas de una guerra de religión, un concilio ecuménico celebrado sin la presencia de los protestantes, iba a originar un enfrentamiento entre el papa y el emperador.

Este deseaba conceder prioridad a la reforma interna de la Iglesia. Sólo entonces el concilio tendría la autoridad necesaria para definir su doctrina e imponerla a todos. Si los protestantes seguían resistiéndose, demostrarían que no actuaban por motivos religiosos. El papa, por el contrario, prefería dar prioridad a la teología, como aconsejaba una costumbre milenaria. Ya habría tiempo de ocuparse del resto cuando los padres se hubieran puesto de acuerdo en lo doctrinal. Los dos se mostraban igualmente obstinados. Se imponía una transacción: se tratarían, alternativamente, ambas cuestiones.

Pero Pablo III tenía ventaja. Sólo los prelados españoles y napolitanos, dirigidos por el cardenal Pacheco, defendían la tesis imperial. No

podían imponerse ante la curia ni ante los notables dialécticos de la Iglesia, que tenía ya teólogos eminentes, a diferencia de lo que ocurrió en los primeros momentos de la predicación de Lutero. Los tres legados eran hombres de gran valía. Como no tenían delante ningún disidente, trataron de aprovechar la ocasión para dar al catolicismo un arma nueva. A sus ojos sería un crimen perder tal ocasión y crear problemas graves queriendo limitar los beneficios eclesiásticos, cambiar las costumbres del clero, recordarle los deberes olvidados, en resumen, someterle a una disciplina que podía parecerle insoportable. Los padres se centraron en los problemas de la fe, no en los de la política, y no tuvieron en cuenta las recriminaciones profanas.

A lo largo de las sesiones se examinaron temas como la interpretación de las Escrituras, el pecado original y la madre de Cristo. En los tres casos, las decisiones adoptadas chocaron frontalmente con las creencias protestantes. Los que no las aceptaran quedarían excomulgados. Se abordará también el problema de «la justificación por la fe», que hará la separación insalvable. De la reforma de la Iglesia, nada concreto, excepto vanas promesas.

Carlos se impacientaba. ¿Tendría que enfrentarse de nuevo a la Santa Sede, tolerar un segundo saqueo de Roma? No. Para dirigir el concilio, lo mejor, pensaba él, era dominar antes de nada la situación en Alemania. Había convocado la Dieta en Ratisbona, en la que los protestantes iban a exigirle que cumpliera sus compromisos. Al marcharse de Flandes después de haber celebrado un capítulo del Toisón de oro, prometió una vez más a su hermana que no desencadenaría una guerra civil.

En Spira se encontró con el landgrave de Hesse y con el conde palatino, pasado poco antes a la Reforma. Pidió que los protestantes expusieran su punto de vista al concilio. Felipe de Hesse, que al parecer no se preocupaba ya por el problema de su bigamia, se mostró tan intransigente como los padres conciliares. Se negó en redondo; las posturas eran demasiado enfrentadas para intentar una aproximación. Los príncipes protestantes se consideraban, además, tan independientes del papa como del emperador. Querían la confirmación pura y simple de las libertades concedidas dos años antes con carácter provisional. Aquello sería, objeto Carlos, renunciar a toda posibilidad de entendimiento. ¿Entendimiento? El landgrave aconseja insolentemente a Su Majestad que lea y estudie los Evangelios. Le da cuenta de que en la Dieta no se iban a cumplir las promesas. Decide no acudir.

—Todo el mundo quiere reformas —se lamenta el emperador—, ipero nadie quiere ayudarme a hacerlas!

Pero no está desalentado, pues había conseguido realizar algunas maniobras astutas. El duque Guillermo de Baviera era desde hacía tiempo un adversario peligroso entre los católicos alemanes. El emperador concedió entonces en matrimonio a su hijo a Ana de Austria, hasta hacía poco prometida del duque de Orleans. Le hizo concebir esperanzas sobre el electorado que arrebataría al conde palatino si éste se mantenía firme en la herejía. Los Habsburgo y los Wittelsbach podrían disfrutar de un siglo de reconciliación, pero el acuerdo debía quedar secreto.

El elector Juan Federico de Sajonia (rama ernestina de la dinastía) tenía un primo, Mauricio (rama albertina), joven belicoso, devorado por la ambición, con el que se disputaba los cuatro grandes monasterios que acababan de pasarse a la Reforma. Eran los beneficios más ricos de Alemania. Mauricio, yerno del landgrave de Hesse, era una de las figuras más sobresalientes de la Liga de Esmalkalda. Se vanagloriaba de que iba a ganar el país entero para la causa de los Evangelios, según la terminología de los luteranos.

Granvela le comunicó los buenos sentimientos del emperador hacia él. Si acudía a la Dieta, Su Majestad estaría dispuesto a ofrecerle el protectorado de los monasterios y hasta el electorado de Sajonia, donde Juan Federico se había mostrado indigno del cargo. Entonces, el príncipe cambió de campo, arrastrando tras de sí a dos terribles militares de la Liga de Esmalkalda, Juan de Brandeburgo-Kustrin y Alberto-Alciádes de Brandeburgo-Kulmbach.

Felipe de Hesse y Juan Federico de Sajonia había cometido el grave error de declarar una guerra particular al duque de Brunswick y de expulsarle de sus estados. Su soberano, el emperador, tenía una excelente razón para combatirle como violador del derecho, sin necesidad de invocar razones religiosas. Había reclutado tropas gracias al dinero del papa, y la Liga de Esmalkalda se preparaba también, pero Carlos intentó antes de nada evitar un enfrentamiento sangriento.

El 10 de abril de 1546 llegó a Ratisbona. Los príncipes protestantes no estaban presentes. Algunos no tenían la menor intención de acudir. Los otros, excepto Mauricio de Sajonia, se limitarán a enviar representantes y harán esperar a Su Majestad durante casi dos meses. El emperador disimuló su irritación. Además, un nuevo tratamiento le había eliminado los dolores de gota. Carlos, curado por el momento, se sintió de nuevo rejuvenecido.

Los cortesanos y oficiales veían encantados cómo el que hasta entonces no era más que un viudo enfermizo y lúgubre compartía sus placeres. En Ratisbona había muchas distracciones, sobre todo en los baños públicos. Carlos no debía haber tenido relación con una mujer desde la muerte de la emperatriz. Le presentaron a una criatura tan bonita como poco huraña, Bárbara Blomberg, hija de un artesano de la ciudad. Mucho más tarde, se la convertirá en Bárbara de Blomberg y se le atribuirá un padre burgomaestre y una ascendencia noble.

La aventura será breve y carente de toda poesía. Es posible que si el emperador se sometió entonces a un tratamiento de «madera de guayaco» fuera causa de algún contagio venéreo de la joven que, bien pagada, siguió practicando su comercio con varios caballeros de la Corte.

Carlos no dudará en considerar como suyo el hijo que ella tendrá el 24 de febrero de 1547, el futuro don Juan de Austria, vencedor de Lepanto. Siempre se había preocupado mucho de sus bastardos. A éste, aunque no lo reconoció, lo arrebató a su indigna madre y encargó su educación a un noble español, don Luis de Quijada.⁵

La Dieta se inauguró finalmente el 5 de junio de 1546. El emperador quería que realizase la síntesis que el concilio se resistía a intentar, pero

tuvo que renunciar en seguida a tales ilusiones. Los católicos ponían todo en manos de la asamblea de Trento. En cuanto a los protestantes, a pesar de estar profundamente divididos, coincidieron en su negativa a acudir y exigieron de nuevo que se diera carácter definitivo a las concesiones provisionales obtenidas en Spira. Querían incluso que pudieran beneficiarse de ellas los futuros conversos. El emperador les respondió con una carcajada estridente, manifestación insólita que dejó petrificados a los asistentes.

Desencantado, Carlos escribió a su hermana diciéndole que la guerra era ya el único medio de restablecer la situación. A pesar de sus diferencias con el papa, firmó con él el tratado que había quedado en suspenso desde las propuestas del cardenal Farnesio y ordenó que se activaran los preparativos militares. Pablo III dio a conocer un manifiesto en que daba la apariencia de que actuaba como brazo secular de la Santa Sede.

El estruendo de los preparativos militares resonó desde Nápoles a los Países Bajos. Los príncipes protestantes enviaron a Ratisbona embajadores. ¿Qué significaba aquel zafarrancho? Carlos respondió:

—Todavía no me he cansado de buscar un terreno de unión para todos los estados. Los que me ayuden en esta tarea sabrán lo que significa contar con mi buena voluntad y mi amistad. Pero quienes se nieguen a obedecer tendrán que sufrir el peso de mi autoridad.

¡Desobediencia! La palabra sonaba mal a los oídos de unos potentados que se consideraban independientes. Carlos envió a cada miembro de la Liga de Esmalkalda un mensajero especial encargado de explicar que desobedecían «todos aquellos que, so pretexto de religión, se entregan con plena conciencia a prácticas interesadas contra él y obstaculizan la jurisdicción del Imperio y quieren apoderarse de los bienes de la Iglesia».

Era más que suficiente para dar cohesión a la Liga. Las tropas reunidas por ésta se encontraban a las órdenes de un célebre veterano, Schärtlin von Burtenbach. Schärtlin raptaría al emperador en Ratisbona, si los jefes de la Liga se ponían de acuerdo entre sí. Sus disputas le impidieron también detener al ejército que estaba a punto de franquear los Alpes.

Así comienza la primera de las guerras de religión, especialmente feroces por estar santificadas, que van a asolar a Europa durante varias generaciones y a costarle millones de muertos.

¿Fue Carlos el responsable? Lo cierto es que hizo todo lo posible por reconciliar a los hermanos enemigos. Incluso en el momento en que se produjo la ruptura sentía aversión a las acciones violentas. Tenía intención de hacer una guerra a la italiana en que la habilidad de manobra sustituyera al encarnizamiento sangriento, de tal manera que el adversario tuviera que reconocerse vencido antes de que hubiera casi efusión de sangre.

El 20 de julio llegó a Ratisbona un contingente de flamencos y de españoles procedente de Bohemia. Inmediatamente, Carlos desterró del Imperio al elector de Sajonia y al landgrave de Hesse. Se disolvió la

Dieta. El 12 de agosto, el ejército imperial se reunió con el ejército pontificio, conducido por Octavio Farnesio, el marido de Margarita de Austria. El emperador concedió el Toisón de oro a su yerno.

Por su parte, los príncipes de la Liga de Esmalkalda se habían reforzado. Habían proclamado la deposición de «Carlos de Gante», que había faltado a su juramento violando la constitución. Le enviaron un mensajero para hacer saber que se consideraban libres de toda obligación para con un tirano poseído por el demonio. Según la tradición, el portador de tal mensaje merecía la muerte. El emperador le perdonó la vida.

La campaña, comenzada el 31 de agosto, fue larga y llena de altibajos. Carlos había sufrido un nuevo ataque de gota, que le atormentaba sin piedad. No obstante seguía cabalgando, medio acostado en su montura, con la pierna envuelta en una especie de saco y la voz ahogada por el dolor. En aquel estado, indiferente a las balas, desafiando la muerte, no dejaba de dar órdenes a sus generales y de ocuparse de sus soldados, entre los que consiguió una inmensa popularidad. Aquel hombre paradójico había estado alejado de los campos de batalla en su juventud, prefiriendo brillar en los torneos y en las corridas de toros. Cuando, en su edad madura, le abrumaban las enfermedades, se comportaba como un héroe.

Su mérito era todavía mayor si se tiene en cuenta que no buscaba hazañas espectaculares. Sufrió un furioso bombardeo y ordenó a sus tropas que no se movieran. Fiel a su táctica, quería evitar los enfrentamientos. Un nuevo ejército llegado de Flandes a las órdenes de Van Buren, impetuoso capitán descendiente de un hijo natural de Felipe el Bueno, le dio la ventaja numérica y le permitió maniobrar a lo largo del Danubio con la maestría de un jugador de ajedrez. Muchas veces, sus generales, creyendo que la ocasión era propicia, le suplicaban y le presionaban para que emprendiera una batalla campal. Siempre se negó a aceptar.

Mauricio de Sajonia, traicionando a su primo, había congregado a su alrededor a los protestantes de Sajonia, mientras que el rey Fernando hacía otro tanto con sus correligionarios de Bohemia. Los dos unieron sus ejércitos y Juan Federico tuvo que buscar refugio en sus dominios. Felipe de Hesse quiso entonces negociar. El emperador se negó y se convirtió sin problemas en dueño de Alemania del Sur. Tal como había deseado, sus pérdidas habían sido mínimas.

Numerosas delegaciones acudieron hasta él, se arrojaron a sus pies y le juraron fidelidad.

—Quedáis indultados —les dijo Granvela, por la clemencia natural de Su Majestad, que no quiere la pérdida de los estados del Imperio.

Pero Su Majestad necesitaba dinero y los rebeldes arrepentidos tuvieron que pagar fuertes multas. Carlos pudo ir a reposar a Ulm, aunque no por mucho tiempo. Aquel mes de enero de 1546 en que murió Enrique VIII, el viento cambió de signo bruscamente. El papa, descontento ya con ciertas promesas hechas a Mauricio de Sajonia en favor de los protestantes, ambicionaba para su insaciable hijo el gobierno de Milán. Fernando de Gonzaga lo consiguió y retiró su contingente, pro-

vocando la indignación del emperador. Francisco I, próximo a su fin, concedió importantes subsidios al landgrave y a Juan Federico, que reconquistó sus estados después de capturar diez regimientos imperiales. Cambiando bruscamente de actitud, los protestantes de Bohemia le enviaron un ejército.

Todo el edificio amenazaba con venirse abajo una vez más. Carlos estaba en cama, pagando sus esfuerzos físicos y morales. Haciendo un esfuerzo supremo, se precipitó a Nuremberg, reunió a sus tropas y avanzó hasta Eger, en Bohemia. Era una especie de fantasma semiparalizado, con los cabellos blancos, los párpados casi cerrados y la mandíbula caída, casi sin voz. Aquella aparición bastó para petrificar a los bohemios sublevados. ¿No habían prestado juramento a un emperador cuya apariencia le daba un aire sobrenatural? El ejército volvió sobre sus pasos.

Infatigable, aquel fantasma ambulante llegó en varios días al Elba, decidido a enfrentarse con Juan Federico en su campamento de Meissen. Juan Federico había salido ya hacia Mühlberg. El emperador partió tras él. El descubrimiento de un vado —un milagro diría más tarde una leyenda piadosa— les permitió atravesar el río sin que lo supiera el sajón. Este, atacado finalmente por su primo, creyó que sólo tenía que enfrentarse con una vanguardia. Le hizo frente y se encontró rodeado. «No fue una batalla, fue una llegada por un lado y un derrumbamiento por el otro.»

Aquel 24 de abril de 1547 se había logrado una victoria total. El emperador no había perdido más de diez hombres. Controló lo mejor que pudo el furor de los húsares húngaros de Fernando, que al grito de «¡España!» (pues no sentían simpatía por el Imperio) comenzaron la matanza de los alemanes, sus enemigos jurados.

Aquel día, Carlos V no iba de negro. En su armadura brillaban el rojo y el oro, los colores de Borgoña. Dijo:

—¡He venido, he visto y Dios ha triunfado!

25. Habrá guerras de religión (1547-1549)

Capturado por los húsares, el enorme Juan Federico fue llevado ante su vencedor:

—Muy poderoso y muy gracioso emperador, soy vuestro prisionero.

—¿Ahora me llamas emperador? ¡Hace poco te dirigías a mí en otros términos!

Juan Federico perdió su fortaleza de Wittenberg y su electorado pasó a Mauricio de Sajonia, mientras que el duque de Brunswick recuperaba sus estados. Un episodio significativo de aquellas luchas más familiares que religiosas: los dos príncipes estaban jugando al ajedrez cuando el sajón recibió la noticia de que había sido condenado a muerte. A pesar de todo, acabó tranquilamente la partida. Carlos le indultó, pero, ante su negativa a abjurar, lo mantuvo en cautividad.

No aceptó la mediación de Mauricio de Sajonia en favor de su suegro, Felipe de Hesse, que fue a pedir perdón sin ningún resultado y permaneció también prisionero.

—¿Hasta cuándo? —preguntó su yerno irritado.

—Hasta que esté seguro de su futuro comportamiento.

En aquel mismo momento los estados de Bohemia apelaban también a la clemencia de su rey. Fernando les impuso condiciones rigurosas. Como estaba interesado en que los distintos pueblos se mezclaran entre sí, obligó a la nobleza checa a ceder parte de sus bienes a señores austríacos. Provocó así un rencor que se mantuvo vivo hasta 1918.

Excepto la villa de Bremen, que se resistió, toda Alemania estaba por primera vez sometida al emperador, aun cuando el descontento de Mauricio de Sajonia y su fidelidad al luteranismo fueran obstáculos insuperables para la creación de una liga imperial (Reichsbund) unificadora. En Baviera se oponían también los ultracatólicos.

Afortunadamente, el sultán estaba en calma. Francisco I había muerto el 31 de marzo, suspirando:

—Señor, ¡qué pesada es esta corona que creía que me habías dado como un don!

Al margen de lo que se pueda pensar sobre la importancia del factor humano en la Historia, es innegable que su desaparición, después de la de Enrique VIII, iba a tener repercusiones profundas y a modificar muchas cosas.

Desde el año anterior, la «crisis» que había reducido considerablemente el tributo de las Indias estaba resuelta y las fabulosas minas volvían a rendir como antes.

He aquí a Carlos V en la cumbre de su gloria y más poderoso que nunca, más incluso que después de Pavía. En aquella época no pensaba más que en entrar en posesión de Borgoña. Era el sueño de un joven. Ahora, enfermo y precozmente envejecido, tenía una ambición de mayores vuelos. Había visto, veía cómo se desintegraba la Europa cristiana, igual que se había desintegrado el Imperio Romano; veía cómo el individualismo de las naciones y el de los pensadores echaba por tierra un orden que él tenía la misión de conservar; veía una decadencia de los valores espirituales, precursora de grandes desgracias para la humanidad. No le deslumbraban ni los descubrimientos, ni el prestigio de la Antigüedad, ni los progresos de la razón y de la ciencia, ni la magnificencia, tan queridas por otros príncipes. No buscaba el placer.

Aunque no creía ciegamente en el mito de la tradición, quería llevar a sus fuentes a un mundo extraviado, devolverle la unidad perdida. La monarquía universal no era, en su concepción, un medio de opresión, sino un instrumento adecuado para un ordenador supremo. Ese era el provecho que pensaba obtener con la victoria que acababa de ofrecerle el Cielo.

La enseñanza de la Historia comete muchas veces el error de proclamar como incontrovertibles los acontecimientos tal como se produjeron. En 1547 no parecía claro que católicos y protestantes formaran dos bloques entregados, en nombre del mismo Dios, a un combate implacable. Al menos Carlos no quería admitir tal fatalidad. Lo intentará todo para tapan la brecha que se había abierto en la Cristiandad.

Había prescindido del papa. Pablo III, asustado por las consecuencias de la batalla de Mühlberg, actuó inmediatamente contra él. Envío a Francia, a Venecia y a los príncipes italianos emisarios encargados de negociar la formación de una liga antiimperial.

El 11 de mayo, uno de sus legados, el cardenal del Monte, con la excusa de una epidemia inexistente y de la ausencia de los protestantes, proclamó que el concilio se trasladaba a Bolonia. El cardenal Pacheco y los prelados hispanoportugueses se opusieron, pero en vano. El papa disponía de la mayoría, que dio su aprobación.

El emperador se encolerizó y prohibió a sus partidarios que fueran a Italia. Escribió a su hermano que, si el papa no cambiaba de actitud, él mismo convocaría otro concilio para emprender una reforma a fondo de la Iglesia, sin consultar con la Santa Sede.

Envío a Roma una protesta solemne.

Mientras tanto, la acción de la Santa Sede había resucitado la hostilidad de Francia. El nuevo rey, Enrique II, había confiado el gobierno al condestable, partidario de la paz, pero sufrió también la influencia de los Guisa, del duque Francisco, hijo de Claudio, y de su hermano Carlos, Lorenas insaciables y protegidos por Diana de Poitiers. Frente al inmovilismo de Montmorency, los jóvenes inquietos representaban el movimiento, el amor a la gloria y a las conquistas. Enrique II, espíritu aventurero y de cortos alcances al mismo tiempo, admirador de las hazañas de los caballeros y enemigo de Carlos, les escuchaba encantado, a pesar de las advertencias de su tutor.

El papa se había apresurado a imponer el capelo cardenalicio a Carlos de Guisa, a ofrecer la Rosa de Oro a la reina Catalina de Médicis y a enviar perlas admirables a Diana de Poitiers. Primer resultado: Enrique II pidió al emperador que fuera a rendirle homenaje en su coronación, en calidad de conde de Flandes. El emperador respondió que acudiría al frente de cincuenta mil hombres.

No se preocupó demasiado, pues los ingleses no habían evacuado todavía Boulogne y, sobre todo, Veltwick había conseguido su objetivo. Se había firmado una tregua de cinco años entre el emperador y el sultán. La Dieta pudo reunirse en Augsburgo el 1 de septiembre. Su Majestad trató de convencer a los protestantes de que fueran a Trento, donde se habían quedado algunos de los padres conciliares. Su deseo era que los cristianos vivieran en paz. Los príncipes accedieron, pero no el papa.

Pronto sufriría las consecuencias. Su hijo, Pedro Luis Farnesio, que se había hecho notar por sus disparatadas exacciones, murió asesinado en el castillo de Plasencia. Al día siguiente, Fernando Gonzaga ocupó la ciudad y la compró a los rebeldes que habían cometido el crimen, instigados por él. El emperador ratificó su tratado y confiscó la plaza. Era la ruptura completa con Roma.

Loco de rabia y de dolor, Pablo III llamó a los frailes en su ayuda. En el Louvre no faltaban personas ansiosas de reanudar las guerras de Italia: Catalina de Médicis, que reivindicaba la Toscana, herencia de sus padres; Diana de Poitiers, deseosa de vender a la Santa Sede el marquesado de Crotona, antes propiedad de sus antepasados; los Guisa, impacientes por hacerse un principado al otro lado de los Alpes. Había además en la Corte numerosos *fuorusciti*, es decir, refugiados que habían sido hasta hacía poco jefes del partido francés en Milán, Génova, Nápoles o Florencia.

El cardenal de Guisa, enviado a Roma en calidad de embajador extraordinario, tenía la firme intención de hacer saltar el polvorín. Por fortuna, el rey no tenía la misma fascinación que su padre por Italia, y el condestable era partidario de conservar la paz. Su odio contra los Lorena aguzó su ingenio; el dogo se le volvió zorro y maniobró con tal habilidad que no pudo prosperar la política de sus rivales. El cardenal Du Bellay partió a su vez con la intención de lograr una mediación.

El descendiente de los Reyes Católicos no tenía ya ninguna consideración hacia la Santa Sede. Ordenó a sus representantes que se dirigieran al papa en términos insolentes y trató a los nuncios de forma injuriosa. Para salvar la unidad, el emperador sustituirá al pontífice, se atribuirá directamente un poder eclesiástico como el de los emperadores romanos en los primeros tiempos del cristianismo.

Era ir más lejos todavía que Enrique VIII, para quien él mismo había pedido la excomunión, pero con la intención contraria. En vez de preparar un cisma, Carlos quería servir a la Iglesia, una Iglesia a la que se sentía estrechamente vinculado a pesar de que se resistía a aceptar su ayuda. No escuchó a los príncipes alemanes que le aconsejaban que presidiera personalmente el concilio, que hiciera adoptar los principios

esenciales de la Reforma y luego penetrara en Italia al frente de su ejército y obligara al papa a someterse. ¡A pesar de que Pablo III había llegado a solicitar la alianza con el sultán!

Durante el año que pasó en Augsburgo, el emperador estuvo muchas veces enfermo de gota y con fiebres. Redactó un testamento adicional para su hijo, al que recomendaba que no renunciara nunca a Borgoña, «nuestra patria». Aunque aquellas palabras estuvieran escritas en español, ni España, con la que muchas veces sentía afinidades tan profundas, ni la Alemania que él intentaba mantener unida por todos los medios habían podido borrar de su espíritu la imagen de los grandes duques de Occidente.

Carlos pensaba también en su herencia imperial, que habría deseado transmitir a Felipe después de la muerte de Fernando, a quien había designado como sucesor. La corona pasaría luego al hijo de este último, el archiduque Maximiliano. Así, las dos ramas de los Habsburgo se ayudarían siempre. Se encargaba a María de Hungría que tanteara al rey de romanos para ver qué pensaba sobre un tema tan delicado.

Todo aquello no impedía al emperador sumergirse en los problemas teológicos. Ayudado por eminentes doctores, sobre todo por el humanista Julio Pflug y por el obispo Helling, buscaba la fórmula adecuada para salvar la integridad de la fe haciendo a los protestantes las concesiones más amplias posibles.

Se mantenía el principio de un concilio que se pronunciaría en último lugar y ante el que deberían inclinarse todos. Como no se daban las condiciones para dicho arbitraje, el emperador, por propia iniciativa, establecía un *modus vivendi* provisional. En sus Memorias utilizaba este término, que luego fue reemplazado por el de *Interim*. Es curioso que, al publicar el 30 de junio de 1548 la ordenanza relativa al famoso *Interim de Augsburgo*, el campeón de la universalidad se viera obligado, a su pesar, a aplicar el funesto principio de sus adversarios, el de *Cujus regio, ejus religio*, que obligaba a los sujetos a seguir los preceptos de su soberano. Tal era el irresistible impulso del nacionalismo.

El *Interim* imponía al Imperio el respeto a los dogmas católicos y a sus ritos, respeto por el que velaría la autoridad temporal. Por otra parte, admitía la comunión bajo las dos especies, el matrimonio de los sacerdotes y algunas modificaciones a la doctrina de la «justificación por la fe», lo que iba en contra de las decisiones ya tomadas en Trento. El papa protestó inmediatamente: una autoridad laica no podía modificar los decretos de un concilio.

No obstante, Carlos creyó que había ganado, que había llevado a los protestantes al seno de una Iglesia que él se encargaría de reformar. Y, en efecto, en Augsburgo las dos partes aceptaron, milagrosamente, el *Interim*. ¿Era la conclusión del gran debate iniciado hacía treinta años? Un católico intransigente de Baviera, el doctor Leonhard von Eck, fue el primero en protestar en nombre de la fe. La política se mezcló muy pronto, pues los príncipes católicos tenían miedo a la centralización imperial. Se negaron a ceder en lo más mínimo y declararon que el *Interim* debía aplicarse a los protestantes, no a ellos.

Naturalmente, los reformados se indignaron, a pesar de los esfuerzos de Melanchton. La intervención de tropas españolas en Constanza, donde había habido problemas, contribuyó a envenenar las cosas. Frente al de Augsburgo se proclamó un *Interim de Leipzig*. Carlos veía sus esfuerzos condenados al fracaso. Habría guerras de religión, sin duda.

Los historiadores han criticado muchas veces su política de aquel periodo, crucial para la paz ideológica de Europa. Se le ha acusado de tiranía y de compromiso, de obstinación y de versatilidad, de intolerancia y de trapacería, de inercia y de precipitación. Se ha contrapuesto, erróneamente, la actitud del joven novicio que trató a Lutero en 1520 con la del soberano lleno de experiencia de 1548.

Es indudable que, ante las ambiciones y la codicia de los príncipes, el fanatismo de los doctrinarios y los zigzagueos pontificios, sólo el emperador mantuvo sin desviaciones su voluntad de conciliación y de unión. Pero el viento de la Historia no soplabá en la dirección que él había elegido.

Por el contrario, dos acontecimientos representaron la victoria de la agresividad y del racismo. El primero fue la fundación de la Compañía de Jesús, cuyas constituciones definitivas había aprobado Pablo III. «Equipo volante al servicio de la Cristiandad», es decir, instrumentos de combate del catolicismo, los jesuitas, bajo la dirección de Ignacio de Loyola, iban a intensificar la lucha contra la Reforma. Conviene señalar que Carlos no les autorizó nunca a que se instalaran en los Países Bajos.

En España «el frente de cristianos viejos» (nosotros diríamos «integrista»), aprovechando que el soberano estaba distraído en Alemania, rompió la barrera que había puesto a sus excesos. Su antiprotestantismo adquirió un aire de cruzada y su odio a los judeocristianos, los *conversos*, se expresó sin contemplaciones.

Estos judeocristianos, descendientes de los judíos que habían preferido la conversión al exilio, ocupaban lugares importantes, incluso en la Iglesia. Francisco de Los Cobos, encargado de los asuntos españoles en el Consejo imperial, era uno de ellos. Cuando quedó vacante la sede del arzobispo de Toledo, primado de España, se opuso, sin ningún resultado, al nombramiento del preceptor del infante, Silíceo, hombre de origen muy humilde, tan notable por su ascensión social como por su espíritu intolerante y rencoroso. Enemigo mortal de los judíos, lo era por razones más raciales que religiosas. El deseo de vengarse de Los Cobos hizo el resto. El 23 de julio de 1547, ante la imprudencia cometida por Roma de conceder una canonjía a un *converso*, propuso a su capítulo un estatuto llamado más tarde *de pureza de sangre*, que se aprobó.

Conviene señalar, con Sicroff y Pierre Chaunu, que el concepto de pureza de sangre procedía del pueblo. «Es la nobleza, como en el caso de Sancho Panza, de los que no tienen nada pero, gracias a la pureza de sangre, pueden situarse en una posición aceptable... Iba a adquirir el carácter de una revolución social en la que, so pretexto de la pureza de sangre, se pondrían en tela de juicio la posición y los privilegios de que disfrutaban los nobles en virtud de su nobleza.»

En el capítulo de Toledo, los judeocristianos intentaron resistir. El deán Del Castillo fue su portavoz. Se organizó una fuerte polémica y el asunto llegó finalmente ante el emperador. Ni él ni el papa, por una vez de acuerdo, respaldaron a Silíceo, pero tenían otras preocupaciones y el movimiento adquirió cada vez mayor amplitud. Los estatutos se multiplicaron por toda España, «fraccionando a la sociedad en una multitud de cuerpos replegados en una forma perniciosa de desconfianza». Poco a poco, la bloquearon, dándole como estandarte «la dignidad exclusiva de la raza». Cuando Felipe sucedió a su padre, consagró esta deplorable ética, que debía ser una de las principales causas de la decadencia española.

Si bien Carlos no pudo combatirla, al menos no la aprobó en ningún momento. Algunos años antes había intentado limitar el poder de la Inquisición, quitándole su competencia cuando se trataba de monjes o de sus propios familiares. Quería someter el Santo Oficio al clero. Pero, lejos de apoyarle, el clero le opuso resistencia, sobre todo cuando tenía necesidad de dinero. Carlos acabó abandonándolo a la Inquisición, que con la teoría de la pureza de sangre adquiriría un nuevo campo de acción.

¡Qué cansado y descorazonado se encontraba mientras recorría una vez más el Rin para dirigirse a los Países Bajos! La gota seguía torturándole y padecía asma y numerosas indigestiones, pues no renunciaba a sus excesos en la mesa. Era el momento de preparar su sucesión.

¿Y el *Interim*? El papa había calculado las consecuencias de la fe de los príncipes católicos. Incapaz de desprenderse de su familia, propuso un arreglo. Si Octavio Farnesio, sucesor de Pedro Luis como duque de Parma, recuperaba Plasencia, Su Santidad trataría de convencer a los recalcitrantes.

Carlos, exasperado, rechazó la oferta. Como su buena voluntad tropezaba con continuos obstáculos, decidió cambiar de actitud. Los protestantes habían aceptado el *Interim*, así que tendrían que respetarlo, aun cuando les hubieran engañado los católicos. De éstos se ocuparía más adelante. ¡En Alemania y en otras partes! Pablo III estaba muy anciano y agotado. Suspendió de nuevo el concilio y reconoció, por fin, el *Interim*.

Carlos pudo pensar en el futuro de su dinastía y de sus estados.

Los dos hermanos, Carlos y Fernando, el borgoñón convertido en español y el español convertido en austríaco, se habían entendido siempre bien, excepto a la hora de decidir si los recursos del Imperio debían consagrarse fundamentalmente a las guerras contra Francia e Italia o a la lucha contra los turcos. El problema sucesorio vino a perturbar sus relaciones. El rey de romanos no había visto con buenos ojos el complicado proyecto de su hermano.

Ana Jagellón y él formaban una pareja feliz. Sus quince hijos, aunque sometidos a una rígida etiqueta, habían recibido una educación excelente. Sus padres temían verles contaminados por la herejía. Tenían sus motivos. La nueva religión se infiltraba por todas partes. Un día se descubrió que el archiduque Maximiliano tenía entre sus preceptores a

un amigo y discípulo de Lutero y se tomaron medidas draconianas. Era demasiado tarde. La mente rápida y despierta del joven príncipe había recibido el germen revolucionario.

Maximiliano era un joven inteligente, jovial, amable, ávido de vivir y aprender. A los diecisiete años fue enviado junto al emperador, que no veía con buenos ojos su fantasía e independencia, pero no podía ponerles freno. Acostumbrado a la libertad relativa de la Corte austríaca, Maximiliano no hizo nada por disimular su aversión al entorno negro y rígido de su tío.

¡Qué contraste entre aquel adolescente impetuoso y los infantes de España! Carlos había querido ser español y sus hijos lo eran en grado sumo, a pesar de sus cabellos rubios y de sus ojos azules. Causaba admiración la fe, la gravedad, por no decir el monolitismo intelectual, de Felipe. Su hermana mayor María nos es conocida a través del retrato debido al pincel de Antonio Moro. Tenía la delicadeza de su madre y era una lástima que la terrible mandíbula habsburguesa hubiera destruido la armonía de sus rasgos. Su mirada revelaba el formidable orgullo de su familia, su conciencia de pertenecer a una especie casi sobrenatural. No emana el menor encanto de aquella muchacha altiva y severa. Como su hermano, era de una piedad exaltada. El catolicismo más exacerbado sería su único ideal, el único horizonte de su vida.

Todo la distanciaba de su brillante primo. El emperador, interesado en entremezclar las dos ramas de su Casa, decidió casarlos. Fernando, muy poco entusiasmado, no podía rechazar tal honor. Para conceder a la infanta un título digno de su posición, aceptó dar inmediatamente a su hijo el de rey de Bohemia, sin renunciar a conservar el gobierno del país. Pero no reconoció los derechos de Felipe a la corona imperial.

Maximiliano estaba furioso. No tenía ninguna ilusión ni por una esposa española ni por un título real ilusorio. Decidió olvidar sus penas en los festejos de Augsburgo, pues la Dieta encargada de salvar al cristianismo fue la más alegre del siglo. El archiduque se divirtió sin freno. Cuando el emperador se marchó de la ciudad, hubo casi que obligarle a ir a España a reunirse con su prometida, que sólo se enteró en el último momento cuando todo estaba decidido.

Tras un viaje muy penoso, el matrimonio se celebró en Valladolid el 14 de septiembre de 1548. No se consumaría hasta comienzos del año siguiente, cuando el archiduque superó por fin sus prevenciones. No las superó nunca en relación con su cuñado, con quien siempre se llevó muy mal. El plan del emperador —la fusión de las dos ramas— parecía quimérico. No obstante, su ejecución siguió adelante. La joven pareja recibió la regencia de España, mientras que Felipe se embarcaba con dirección a los Países Bajos. El emperador quería presentar a su hijo a las provincias en que reinaría más adelante. Había disuelto los vínculos que unían a algunas de ellas con el Imperio, con el fin de hacer de todas ellas un verdadero Estado «indivisible» que se uniría *de facto* a España cuando los Estados Generales aceptaran a Felipe como su futuro soberano. Medida prudente de unificación que además seguía la tendencia nacionalista. Era ésta una corriente irresistible.

A pesar de las ejecuciones de Gante, a pesar de la terrible sangría de dinero, los Países Bajos habían conservado intacto su amor hacia el bisnieto de Carlos el Temerario. La popularidad de la regente era también muy grande. Por eso, la decepción fue mucho mayor cuando llegó el infante.

Imagen consumada de la altivez, del hieratismo y de la mentalidad de los españoles, Felipe tenía un temperamento situado a una distancia sideral del temperamento flamenco. No había en él nada «de atrayente ni de juvenil». Su padre no hablaba español cuando llegó al país de los Reyes Católicos y había sufrido por ello. Felipe no hablaba francés, y mucho menos *thiois*. No quiso recibir más que a los señores que sabían expresarse en español. A esta causa de incompreensión se añadió su horror al vino y a las canciones, que tan generosamente se prodigaban en las fiestas borgoñonas. Aquel descendiente del Temerario, que no se cansaba nunca de acudir a procesiones, se desmayó en el primer torneo al que asistió. ¿Qué príncipe era aquél?

El emperador quiso forzar el destino. Imponiéndose una vez más a la inexorable gota, emprendió un largo viaje a través de las provincias en compañía de su hijo, de María de Hungría y de la reina Leonor, que había venido desde Francia encantada. Fue una dura prueba para el príncipe y una desagradable revelación para la nobleza y el pueblo. Pero se impuso el prestigio del emperador. Los Estados Generales reunidos en Bruselas reconocieron a Felipe como heredero de los duques de Borgoña. Si no hubiera estado tan interesado en aquel hijo decepcionante o, más bien, si no hubiera escuchado la voz de la sangre, Carlos habría comprendido que estaba aliando el fuego con el agua. Si en vez de a Felipe hubiera colocado a Maximiliano, se habría ahorrado grandes desgracias y se habrían salvado miles de vidas.

No es cierto que la Historia sea indiferente a los caracteres de ciertos hombres. A no ser que un poder misterioso modele dichos caracteres para facilitar la marcha de la Historia.

26. La monarquía universal (1549-1551)

Aun cuando había capitulado al aceptar el *Interim*, Pablo III trabajó hasta el último momento contra el emperador. El 10 de noviembre de 1549 murió de pena por culpa de Octavio Farnesio, que, llevado de sus ambiciones desmesuradas, traicionaba a todo el mundo y llegó a combatir a su hermano Horacio, duque de Castro.

El nuevo pontífice ¿sería amigo del emperador o del rey francés? De ello dependía el equilibrio de las potencias y muchas otras cosas, desde lo más respetable a lo más mezquino. Francia contaba con dos candidatos: el viejo cardenal Juan de Lorena y el cardenal de Ferrara, ambos tíos del duque Francisco de Guisa. Enrique II envió no menos de cuatrocientos mil ducados a su embajador, Claudio de Urfé, para que corrompiera al Sacro Colegio.

Carlos, falto de dinero como siempre, habría estado en clara situación de inferioridad de no haber sido porque Montmorency había temido, en el último momento, la elección de un papa que contribuyera a engrandecer todavía más a sus rivales. La religión parecía totalmente ausente del cónclave y, sin embargo, los cardenales estuvieron a punto de demostrar lo contrario: por un solo voto el trono de San Pedro no pasó a manos del cardenal inglés Reginald Pole, independiente de los dos partidos.

Luego, las intrigas se multiplicaron. Montmorency ordenó claramente a los franceses que dieran su voto a un adversario del cardenal de Ferrara, que parecía a punto de triunfar, es decir, a un partidario de la Casa de Austria. Una torpeza de Ferrara frustró sus esperanzas.

En definitiva, la tiara fue a parar al cardenal Del Monte, que se había opuesto al emperador al ordenar el traslado del concilio, pero le era favorable. Tomó el nombre de Julio III. Era un hombre inestable, irascible y sin embargo flexible, a veces indolente y a veces inquieto, amante de la buena comida. Se le atribuían costumbres poco recomendables. Carlos se mostró satisfecho. La desaparición de Pablo III supuso un gran alivio para él.

Quedaba su familia. Cansado de las intrigas de Octavio, el emperador propuso al papa que le quitara el ducado de Parma. Octavio llamó a Francia en su ayuda y Enrique II, empujado por las Guisa, se declaró en seguida su protector. Julio III sufrió un arrebató de cólera tan fuerte que la Iglesia de Francia estuvo también a punto de separarse de la Iglesia universal. Hubo una guerra breve, pero que causó grandes daños a las poblaciones y a las finanzas del emperador, cuyas tropas ocuparon el ducado.

Montmorency pudo impedir que el conflicto adquiriera mayor amplitud. En busca de su viejo proyecto, trataba de acercarse a su señor a aquel a quien tanto había admirado. Carlos puso fin a las conversaciones exigiendo la evacuación previa de Piamonte.

Sus pensamientos, no obstante, estaban entonces en otra parte. Acababan de renacer todas sus esperanzas, pues había conseguido de Julio III la reanudación del concilio de Trento y la participación de los luteranos; pero, sobre todo, había logrado que se tratara el tema de la «reforma cristiana» de la Iglesia. Si, por una extraña contradicción, no se hubiera mostrado tan intolerante en los Países Bajos como comprensivo en Alemania, si no hubiera obligado a la regente a condenar a los protestantes a la hoguera, el Habsburgo habría desempeñado el papel de árbitro, y hasta de moderador, frente a un Valois ferozmente encarnizado en contra de los reformados. Enrique II consideraba la herejía como un mal endémico, individual, análogo a los crímenes de derecho común, mientras que Carlos seguía fiel a la idea de conseguir la vuelta de sus adeptos a una Iglesia purificada.

En París se sucedieron autos de fe de gran crueldad. Cinco protestantes fueron quemados en la hoguera y otros tres estrangulados durante uno de los que se celebraron en presencia de la Corte. Carlos podía contar con que los príncipes luteranos de Alemania no se atreverían nunca más a buscar la alianza de quien martirizaba a los suyos tan cruelmente.

A comienzos del año 1550, Carlos estaba en el punto más alto de la grandeza humana. Por primera vez desde el combate entre los pontífices y los emperadores germánicos había conseguido triunfar a la vez en el plano espiritual y en el plano temporal, reunía en su mano las dos espadas. Ni siquiera Carlomagno lo había logrado. El rey de Polonia se casó con una hija de Fernando. El zar Iván el Terrible esperaba del papa una corona. Inglaterra, víctima de las luchas intestinas y gobernada por un rey de diez años, perdía importancia. Sin Francia, hueso inasimilable, la monarquía universal habría estado al alcance de la mano. Pero aquella potencia abrumadora era también singularmente frágil.

Su principal debilidad procedía, evidentemente, de su falta de recursos. El Consejo de Hacienda español elaboraba con el mayor secreto informes en los que comparaba los ingresos con los gastos. Por desgracia no conocía demasiado bien ni los primeros, muchas veces gravados con antiguas cargas, ni los segundos, imprevisibles por su multiplicidad. De todas las maneras, el déficit era enorme, y el emperador tenía que pedir prestado todos los años: dos millones doscientas setenta mil ducados antes de la campaña de 1544 en Francia, un millón ochocientos mil ducados antes de la de Alemania en 1547. Vivía de sus deudas, pues los banqueros le prestaban siempre con el fin de salvar sus viejos créditos, que el pago mismo de los intereses impedía devolver. Este peculiar sistema financiero no había cambiado prácticamente desde comienzos del reinado. El emperador se indignó mucho cuando su hija María se atrevió a reclamar los trescientos mil escudos de la dote que le había prometido.

Los Países Bajos, principal fuente de riqueza, ya no podían soportar más y María de Hungría se negaba a aumentar la presión. No les quedaba ya ni lo necesario para encargarse de su propia defensa. La regente aconsejó a su hermano que no reapareciera por Bruselas a no ser que él mismo corriera con los gastos, que se elevarían a trescientas mil coronas. No podía ni pensar en hacer tal dispendio y Su Majestad se quedó en Alemania.

El otro *El Dorado* era el Nuevo Mundo. Pero ¡a qué precio! En México la población había pasado de veinticinco millones de habitantes en 1518 a seis millones en 1648. En Perú se producía un fenómeno semejante. En el conjunto de Nueva España, unos cuarenta mil colonos hacían trabajar a ocho o nueve millones de indios, cuyas enfermedades y los malos tratos sufridos les impedían aumentar la producción.

Carlos no era culpable de aquel estado de cosas. En 1542, por instigación de Las Casas, había promulgado «Nuevas Leyes» destinadas ante todo a liberar a los indios de la autoridad directa de los *conquistadores* propietarios. Otro religioso, Francisco de Vitoria, le incitó a definir el estatuto jurídico de los indígenas, a los que se reconoció cierto derecho sobre su país y hasta algunos privilegios. El rey de España, o más bien de Castilla, se convirtió en rey de las Indias, que gobernaría de acuerdo con sus leyes, limitándose a exigirles el pago de un tributo. Era, al menos en principio, hacerles independientes de los colonos y someterlos únicamente a la Administración.

Se había creado un verdadero Estado y se habían establecido dos virreinos: el de Nueva España (México) y el de Perú. El poder pertenecía en gran parte a la *Audiencia*, especie de Parlamento formado por los funcionarios. Sus miembros procedían de las universidades españolas. Carlos creó siete de ellas para controlar los dos millones de kilómetros cuadrados de su imperio de ultramar. La de Santo Domingo existía desde 1511.

Las «Nuevas Leyes» significaban el fin de la *Conquista*. No pudieron evitar un combate feroz entre los beneficiarios de dicha conquista y los miembros liberales del Consejo de Indias, de tal manera que los indígenas tardaron mucho tiempo en experimentar algún beneficio. Mientras tanto, algunos misioneros franciscanos soñaban en secreto con edificar otra Cristiandad «conforme con el reino del Espíritu Santo», un Estado indio y cristiano no hispanizado.

Se produjeron grandes enfrentamientos cuando el emperador tuvo la idea de acabar con el monopolio español enviando a México colonos flamencos. Estos últimos fueron asesinados u obligados a regresar, y Las Casas, ofendido, actuó en adelante casi como un rebelde. Para restablecer la situación, Carlos envió a un teólogo de Salamanca, Pedro de La Gasca. Este actuó con tal habilidad que a su regreso pudo informarle de la llegada de dos millones en oro, ganga inesperada.

El emperador victorioso se veía condenado a encerrarse en sus cuentas. En el umbral de la monarquía universal, padecía las preocupaciones de un burgués amenazado por la quiebra. No tenía todavía conciencia de un drama económico, peor aún que el drama financiero. En

tiempos de los Reyes Católicos, Castilla, sin ser próspera, tenía una industria principalmente textil. Las exportaciones de lana hacia Flandes habrían podido adquirir gran desarrollo, ya que ambos países tenían el mismo soberano. El descubrimiento de América destruyó toda esperanza en aquel sentido. Mientras que *El Dorado* atraía a los hombres emprendedores, por las aventuras y los tesoros, se creaba una necesidad de productos manufacturados que provocaba una inflación galopante.

En el momento de su matrimonio Carlos había abandonado a Portugal el comercio de las especias. El oro y la plata constituían casi el único tributo de las Indias. Se consideraron como una riqueza absoluta que no debía llegar a los extranjeros y las Cortes pidieron que se prohibiera su exportación. Carlos prometió que haría respetar aquella medida, pero se guardó de respetarla él mismo. Sus banqueros alemanes, italianos y flamencos recibieron en pago licencias que les permitían el tráfico de metales preciosos.

La fijación autoritaria de los precios, los edictos suntuarios, la importación sistemática de los productos de consumo habitual, la condena de la usura en un momento en que los bancos de Sevilla se veían obligados a prestar a la Corona —y, por consiguiente, a hundirse—, el contrabando organizado que consiguió llevarse una vez hasta el noventa por ciento de un envío americano y, finalmente, la persecución de los moriscos y de los conversos acabaron por estropear el mecanismo. Los países extranjeros descubrieron rápidamente los medios de aprovecharse de aquella situación paradójica de un reino, virtualmente el más rico del mundo, que preparaba metódicamente su propia ruina. La excusa de sus dirigentes era que debían resolver, sin la menor preparación, problemas absolutamente nuevos. Todavía no existían las ciencias económicas.

Mientras España languidecía, Alemania refunfuñaba. Los príncipes, fueran católicos o protestantes, no soportaban el absolutismo del emperador. Le censuraban haber dispuesto de los Países Bajos y del Milanesado en detrimento de la soberanía imperial. Les indignaba no ver a su alrededor más que consejeros borgoñones, flamencos y españoles. Los prisioneros Juan Federico de Sajonia y Felipe de Hesse se habían convertido en mártires. Los electores de Maguncia y de Colonia protestaron contra la presencia de tropas españolas en Alemania y contra la altanería de sus jefes.

Acosado por la gota, Carlos perdía cada vez con más frecuencia la frialdad marmórea que había sido una de sus armas favoritas. Respondió con violencia que había destinado seis millones de ducados a los asuntos de Alemania y que el Imperio no había proporcionado ni la décima parte de dicha cantidad. ¡Qué bonito quejarse de los españoles y de los flamencos, cuyas riquezas habían permitido restablecer el orden!

Aquellas palabras no sentaron muy bien a los príncipes. Bremen estaba siempre en estado de rebelión. En Magdeburgo se sublevaron los protestantes. Carlos no se inquietó demasiado. ¿No disponía de un campeón valiente y fiel, Mauricio de Sajonia, que tanto le debía? El joven elector montaría la guardia mientras él arreglaba el problema siempre pen-

diente de su sucesión. Fernando y María de Hungría intercambiaron numerosas cartas a este respecto, pero sin ningún resultado.

Después de declarar a Magdeburgo al margen del Imperio y de encargar a Mauricio que ejecutara su edicto, Carlos se dirigió a Augsburgo, donde había convocado la Dieta. Llegó el 8 de julio en compañía de su hijo y de su hermana. Fue mientras subía por el Rin cuando comenzó a dictar su Memorias a su secretario Van Male.

Granvela murió el 21 de ese mismo mes.

—¡He perdido mi alma! —exclamó el emperador desesperado.

Era, en efecto, una grave pérdida en un momento en que los asuntos de familia iban a complicar gravemente los asuntos públicos. Le sucedió el obispo de Arras, hijo del desaparecido.

La Dieta transcurrió pacíficamente. En cambio, la querrela de los Habsburgo adquirió proporciones inauditas. El rey de romanos había ido a Augsburgo. Carlos intentó hacer aprobar un memorándum destinado a probar que Felipe sería, después de él, el mejor emperador posible. ¿Cómo podría defenderse Alemania contra Francia sin los Países Bajos? ¿Podría defenderse Italia sin los soldados alemanes?

A pesar de los buenos oficios de María de Hungría, Fernando no quiso ni oír hablar de aquella propuesta. La discusión llegó a ser tan acalorada entre los dos hermanos que Carlos decidió interrumpirla durante un mes. Cuando la reanudó, el rey de romanos, a quien apoyaba María, se negó a tomar ninguna decisión en ausencia de su hijo. Maximiliano tuvo que desplazarse desde España.

Mientras le esperaban tuvieron información del éxito de Mauricio de Sajonia ante Magdeburgo. El elector había atacado, vencido y desarmado cerca del monasterio de Verden a las tropas rebeldes, tropas reclutadas probablemente gracias al dinero francés. Curiosamente, Mauricio las contrató en seguida a su servicio. La confianza del emperador no sufrió por ello. El, tan suspicaz, estaba convencido de la lealtad de aquel príncipe cuya fogosidad y temeridad le habían conquistado. Le calificaba de amigo, título que no prodigaba. ¡Si Felipe se pareciera más a él! Mauricio estaba asediando Magdeburgo: tenía la intención de quedarse con la ciudad, como había hecho con los soldados.

Por su parte, Maximiliano se alejó a toda prisa de España, de su ceremonial, de sus monjes, de sus autos de fe y de sus corridas. Estaba enfurecido contra Felipe, al que no tenía la menor intención de ceder la corona y, al llegar a Augsburgo, se negó a verle. El caso era muy grave. ¿Iba a romperse la unión de la Casa de Austria? El emperador, alarmado, llamó a su hermana, que había vuelto a los Países Bajos. La regente hizo el viaje de Binche a Augsburgo en un tiempo récord: ¡sólo doce días!

Se reanudó la disputa. Carlos se obstinaba todavía más al ver que Maximiliano no podía disimular su simpatía hacia los luteranos. Su hermano terminó capitulando, pensando para sus adentros que los electores se las arreglarían para cerrar el camino a Felipe. ¿Cómo podían preferir aquel infante que tanto les desagradaba a un archiduque profundamente alemán? Felipe no había causado mejor impresión en Alemania que en los Países Bajos.

La negociación finalizó, en apariencia, el 9 de marzo de 1551. Se firmó un Pacto de Familia. Fernando, en cuanto fuera emperador, nombraría a su sobrino vicario imperial en Italia, pediría su elección como rey de romanos y le daría a una de sus hijas en matrimonio. Maximiliano pasaría a ser rey de romanos cuando Felipe se convirtiera en emperador. El archiduque no quiso firmar. Tuvieron que contentarse con su palabra. En cuanto a los electores, manifestaron en seguida su descontento.

Carlos acababa de cometer un grave error que ha provocado numerosas dudas entre los historiadores. Es cierto que la existencia del eje España-Países Bajos-Alemania podía parecer indispensable para la conservación del inmenso imperio habsburgués, pero los contrastes entre sus pueblos y la personalidad del hombre llamado a unirlos hacían inviable la supervivencia de un estado de cosas que había sido momentáneamente posible gracias al prestigio, a la tenacidad y al esfuerzo incansable del nieto de los Reyes Católicos.

El Pacto de Familia, lejos de consolidar tan complejo edificio, comprometía gravemente su equilibrio. Dividía a la dinastía. Fernando encontraba muy amarga aquella recompensa a su abnegación y, por el contrario, creaba un vínculo entre los príncipes alemanes, indignados al ver surgir, a través de un tosco artificio, el espectro de una monarquía hereditaria.

Los embajadores venecianos señalaron en seguida dicha reacción. «Todos los príncipes germánicos están, en general, en contra de la grandeza del emperador», escribía Sanuto. Y Cavalli: «No puede haber peores relaciones que las que mantiene él con Alemania. He hablado con sus amigos y con sus enemigos y he comprobado que todos se quejaban igualmente de Su Majestad.»

¿Cómo explicar este paso en falso? ¿Fue quizá consecuencia de la enfermedad? Carlos sentía cómo se acercaba su fin y quería en cierta manera quemar etapas, forzar el futuro de forma absolutamente contraria a sus métodos habituales. Sus sufrimientos físicos le cambiaron el carácter. En Innsbrück, donde se había asentado, se le veía pasar de la actividad febril a una extraña apatía y, en los dos casos, era prisionero en cierta forma de sus sueños.

El concilio iba a reanudarse el 1 de mayo. En aquella ocasión, una enorme mayoría de los padres —veintiocho italianos, veinticinco españoles y un húngaro— seguiría sus directrices; algunos protestantes habían prometido acudir. Carlos creyó que iba a lograr su objetivo. En el momento en que estaba a punto de unificar a la Iglesia y al Imperio, se negaba a tomarse en serio la agitación de pequeños potentados que él consideraba sometidos.

Dio otra muestra de su trastorno mental, trastorno que, como siempre, animaba a sus enemigos a evocar el recuerdo de su madre. Mientras se vanagloriaba de llevar a los protestantes al redil, decidió perseguirlos. En los Países Bajos, algunas mujeres habían sido enterradas vivas. Algunos profesores alemanes fueron destituidos a causa de sus creencias. Un hombre fue encarcelado porque, siendo ciudadano de una

ciudad católica, Ulm, había hecho bautizar a su hijo según el rito reformado. Una mujer sufrió la misma pena porque había dicho al ver pasar una procesión:

—¿Es que Dios no ve lo bastante claro sin necesidad de tantos cirios?

A Su Majestad llegaron voces de alarma. ¿Qué importaba aquel griterío? El concilio comenzaba sus sesiones; los cuñados enemigos, Felipe y Maximiliano, habían salido juntos hacia España. A través de una especie de bruma, Carlos perseguía de nuevo quimeras. Volvía a pensar en la cruzada, soñaba por última vez en la conquista de Constantinopla y de Jerusalén.

Le hicieron saber que, después de apoderarse de Magdeburgo, Mauricio de Sajonia se la había anexionado y que enviaba emisarios al extranjero. ¡Qué locura! Mauricio era casi hijo adoptivo del emperador, el responsable del orden en Alemania.

Otros informes hablaban de una pequeña revolución ocurrida en la Corte de Francia. Montmorency, enemistado con Diana de Potiers, había perdido su preponderancia en el Consejo. Eran los Guisa quienes dirigirían la política del rey, y los Guisa querían reanudar las hostilidades.

Lo demostraron rápidamente. Enrique II, tomando como pretexto el asunto de Parma, declaró la guerra al papa, no sin proclamar su sumisión a la Iglesia.

Carlos tuvo que admitir que se trataba de un preludio. El espejismo de la cruzada se desvanecía definitivamente. Por quinta vez, se reemprendía el duelo entre el heredero de Luis XI y el de Carlos el Temerario.

27. El crepúsculo del Sacro Imperio (1551-1553)

El rey de Francia declaró la guerra en el mes de septiembre de 1551, basándose en su protesta después del tratado de Crespy, a pesar de que éste había sido ya denunciado, y reivindicando los derechos abandonados por Francisco I sobre Flandes, Artois, Nápoles y Milán. Además, se proclamaba protector de las libertades germánicas, así como de los príncipes prisioneros.

El 5 de octubre, Mauricio de Sajonia, que maquinaba una de las más refinadas traiciones de un siglo en que éstas abundaron, entró en conversaciones con él. María de Hungría se enteró y se lo hizo saber inmediatamente a su hermano. El emperador, increíblemente ciego, se negó una vez más a sospechar del querido muchacho. ¿No le había dado éste una prueba palpable de su lealtad enviando teólogos protestantes al concilio? Mucho más peligrosa era la escasez de dinero. Los dos millones de oro de La Gasca se habían fundido como la nieve con el sol, sobre todo a causa del ridículo asunto de Parma. ¿Dónde podría encontrar más?

También el concilio preocupaba a Carlos. Quizá más que la guerra. Los comienzos habían sido muy prometedores; la llegada inesperada del arzobispo griego de Tesalónica había hecho concebir grandes esperanzas. Pero, en aquel momento, los electores eclesiásticos solicitaban ya una suspensión, diciendo que la guerra iba a unir a franceses y protestantes. El mismo papa se aprovechó de la situación para rechazar toda reforma que privara a la Santa Sede de un solo ducado y llamó a Roma a los prelados italianos. Carlos respondió diciendo que impediría que el concilio tomara una sola decisión referente al dogma antes de la publicación de las reformas.

Mientras que intentaba desesperadamente salvar su gran proyecto religioso, sus enemigos se ponían de acuerdo. El sultán aceptó sumarse a ellos y, el 15 de enero de 1552, el tratado de Chambord y, luego, el de Friedwald, entre Francia y los príncipes alemanes representados por Mauricio de Sajonia, prepararon el camino para una conmoción cuyas consecuencias se prolongarían durante siglos. Otto de Habsburgo lo ha subrayado con gran claridad: «Fue la primera vez que un documento internacional establecía el derecho a las nacionalidades; el Santo Imperio perdía, por tanto, su razón de ser.»

Los príncipes, que concedieron a Enrique II el título de vicario imperial, le otorgaron el derecho de apropiarse del obispado de Cambrai y de los tres obispados loreneses, Metz, Toul y Verdún. La razón invo-

cada era que los habitantes de las cuatro ciudades hablaban francés. Aquello trastornaba los conceptos del derecho feudal, creando un principio absolutamente nuevo.

El rumor de lo ocurrido no tardó en llegar a las cancillerías. Sólo el emperador, cuya morbosa obstinación debe compararse con determinados fantasmas de su madre, no se dio por enterado. Se preocupaba por Italia, donde Siena se había rebelado y donde el mariscal de Brissac había comenzado las operaciones. Se preocupaba, sobre todo, por las disposiciones de su hermano.

En Francia la expedición lorenesa desencadenó un gran entusiasmo. «Todos los jóvenes se alejaban de su madre y de su padre para alistarse; la mayoría de las tiendas estaban cerradas, pues muchos artesanos se habían dejado llevar por el deseo de ver el río Rin.» Algunos historiadores aprecian en la nueva dirección tomada por la política de los Valois un proyecto, largamente madurado, de extensión hacia el Este. Otros, que consideran esta idea absolutamente anacrónica, afirman que la Corte de Francia sólo pensaba en «un viaje a tierras alemanas».

Sea como fuere, se formó un gran ejército a las órdenes del condestable, que, impaciente por conseguir el favor real, pronunció ante el Parlamento una violenta requisitoria contra el emperador, a pesar de que sentía gran admiración por él.

Admiración poco justificada en aquel mes de marzo de 1552. Cuando estaba expuesto a los mayores peligros, Carlos no tenía casi tropas a su alrededor. Se quedó inmóvil en Innsbrück, preocupado por el concilio, soñando quizá todavía con su monarquía universal.

De repente, todo estalló a su alrededor. Enrique II avanzaba hacia Lorena. Los turcos avanzaban desenfrenados hasta Croacia; su flota, en colaboración con la de los franceses, bloqueaba a Andrea Doria y saqueaba las costas italianas. Los príncipes protestantes de Alemania lanzaban un manifiesto. Rechazaban solemnemente a un emperador que utilizaba tropas extranjeras y confiaba los sellos a flamencos. Nunca más se someterían «al yugo de los españoles y de los sacerdotes de Roma».

Al fiel Mauricio se le ocurre nada menos que reclamar la libertad de su suegro, ¡el landgrave de Hesse! Tras algunas vacilaciones, Carlos le manda llamar. El joven elector se dirige hacia él al frente de sus tropas. Sólo a última hora se descubre lo que ocurre. Viene, según sus palabras, a conservar las libertades religiosas y las tradiciones imperiales; viene a liberar a los prisioneros del tirano.

El 4 de abril, los protestantes entraban en Augsburgo, mientras que María de Hungría enviaba una llamada patética a Fernando. Abrumado, enfermo, Carlos es presa del pánico. ¡No debía caer en manos de los rebeldes! El 6 de abril, a medianoche, sale del castillo de Innsbrück por una puerta falsa, acompañado únicamente por dos chambelanes y tres servidores. Con grandes dificultades colocan en el caballo su cuerpo casi paralizado y comienzan, a través la nieve, por caminos casi intran-sitables, una marcha disparatada.

El pequeño grupo llegó agotado al puerto de Ehrenberg. Se enteran —¡afortunadamente!— de que Mauricio de Sajonia avanza en sentido

contrario y no está lejos. Deben dar la vuelta y regresar precipitadamente a Innsbrück. La aventura ha durado dos días. Por circunstancias del azar, en el castillo nadie se había percatado. Creían que Su Majestad estaba enfermo.

La situación seguía siendo trágica. Mauricio se vanagloriaba de que iba a «coger al zorro en su guarida», cuando la Providencia intervino de nuevo. Los lansquenets del sajón, que no habían recibido su paga, se amotinaron y se negaron a avanzar durante tres días. Tres días que permitirán a Fernando intervenir. Paradójicamente, los roces con su hermano resultaron provechosos para este último, pues impulsaron a Mauricio a escuchar las ofertas de mediación del rey de romanos.

Los dos hombres se entrevistaron en Linz, el 19 de abril, y estuvieron en conversaciones durante un mes. Mauricio obtuvo la promesa de que se atenderían sus reivindicaciones y se liberaría a los cautivos. Se firmaría una tregua después de una segunda reunión en Passau.

Mauricio había solicitado aquel plazo con el fin de perpetrar otra fechoría. No había renunciado a «coger al zorro» y se precipitó hacia Innsbrück. Carlos no podría escapar. Todos los caminos estaban cortados, hacia los Países Bajos, hacia Alemania, hacia el mar. Y, sin embargo, el emperador se le escapa entre los dedos. Alertado o guiado por un presentimiento, sale por segunda vez, atraviesa el Brennero en condiciones espantosas, sigue por el valle del Drave y llega a Villach, en Carintia. Más tarde le echarán en cara haber huido tan lejos. En aquella ocasión singular había perdido el control de sí mismo.

Mauricio no le atrapó por unas horas. Preguntó cínicamente a Fernando si seguía en pie su compromiso y Fernando le tranquilizó en tal sentido. Había comprendido que, al perder a su presa, el excelente discípulo de Maquiavelo estaba preparándose a traicionar a sus aliados. Además, se había quedado sin subsidios.

Las grandes empresas de aquella época estuvieron siempre sometidas a problemas de dinero.

Los franceses esperaban ver a las tropas alemanas avanzar a su encuentro y luego proseguir juntos hacia el Rin. Se sorprendieron al saber que marchaban en sentido inverso. Aquello no les impidió que invadieran Lorena y depusieran al joven duque, de sólo diez años de edad. Montmorency se ganó el sobrenombre de *Néstor*, al apoderarse de Metz por la astucia. Toul y Verdún no resistieron más, pero la facilidad de tales operaciones no evitó graves horrores a sus habitantes.

Enrique II avanzó por el Rin como vencedor, aunque había fracasado ante Estrasburgo. Un grabado alegórico celebra el «triunfo de los franceses» durante el «viaje a Austrasia»; en él se ve un gallo montado en un carro al que va enganchado un león imperial que saca lastimosamente la lengua.

Al mismo tiempo, había sido derrotado el ejército pontificio. El Santo Padre presentó sus respetos al rey francés, que, en un gesto de magnanimidad, le concedió la paz.

En cuanto al concilio, asustado por la proximidad de Mauricio o fingiendo estarlo, se dispersó. ¡Otra esperanza fracasada!

¡Cuántos sufrimientos y humillaciones embargaban al emperador! Una de ellas, y no la menor, fue la conferencia de Passau, aunque la caprichosa fortuna decidiría ponerse entonces de su lado. Los alemanes no eran insensibles a las conquistas de los franceses ni a sus exacciones. Se manifestó una especie de sentimiento nacional. Mauricio de Sajonia tenía las manos más libres para olvidarse del tratado de Chambord. El obispo de Bayona, invitado a Passau como representante del rey de Francia, comprendió la situación y se marchó del lugar.

Fernando cedió ante el traidor en todos los aspectos. La «paz incondicional e ilimitada» supondrá la libertad política y, sobre todo, la libertad religiosa en el Imperio, es decir, la vuelta al caos, pues las ligas ocuparían el lugar de la autoridad central; el protestantismo, reconocido según el principio *cujus regio, ejus religio*, estará en condiciones de igualdad con la religión católica. La siguiente Dieta deberá ratificar la situación. Era lo que Pablo III había querido evitar: la asamblea laica sustituiría al concilio.

Cuando le presentaron el acuerdo, el emperador se opuso con indignación. Estaba dispuesto a hacer grandes concesiones si el resultado era la unidad cristiana, pero no podía admitir una dualidad que consagraba la ruina de sus esfuerzos desde el comienzo de su reinado.

—La verdad es una e indivisible, la fe debe serlo también.

Se resistió dos meses antes de aceptar el tratado, que llevará sólo la firma de su hermano. Prohíbe a su Consejo que le hablen de ello.

Si se resigna es porque está sediento de venganza contra Francia y porque, excepcionalmente, Alemania vibra al unísono. ¿Podría salvarse todavía el alma del Imperio? Aquella perspectiva, la necesidad de recuperar un prestigio que le permita, quizá, invertir la situación, devuelven el ardor a aquel enfermo, más muerto que vivo. Casi milagrosamente, se recupera, rejuvenece.

En Villach busca dinero y soldados. El banquero Fugger le adelanta cuatrocientos mil ducados. Nápoles le concede cincuenta mil. Génova renuncia a los intereses de los dos últimos préstamos. Ya era posible reclutar soldados españoles e italianos. Algunos príncipes alemanes no habían suscrito la paz de Passau. El emperador consiguió convencer a uno de ellos, Juan de Brandeburgo-Krustin. Quedaba el terrible margrave Alberto Alcibíades de Brandeburgo-Kulmbach. Este último representante de los caballeros bandidos saqueaba indiscriminadamente los principados protestantes y las ciudades católicas. ¡No importaba! Con pleno dominio de sus facultades, el emperador se marcha de Villach. ¡Qué cambio en cuatro meses! El hombre despavorido que huía en medio de una naturaleza hostil, recorría majestuosamente el país que le rechazaba; se había convertido de nuevo en emperador.

Atravesó Estrasburgo y llegó a Wissemburgo. Allí comunicó a su hermana su intención de reconquistar Metz. No podía abandonar a los franceses una plaza que les permitía sortear las defensas de los Países Bajos y separar Flandes del Franco Condado. La regente puso el grito en el cielo: le parecía insensato acometer una empresa semejante en el otoño. Por el contrario, el duque de Alba, uno de los generales vence-

dores en Mülberg, defendió con entusiasmo la tesis contraria. Si el ejército se refugiaba en sus cuarteles de invierno, emprendería la desbandada.

El repentino cambio de opinión de Alberto Alcibíades resolvió las dudas. El terrible margrave ponía quince mil mercenarios en manos del emperador, cuyos efectivos pasaban a ser de casi sesenta mil hombres, cifra considerable. A cambio, se admitían todas las expoliaciones del bandido, se le perdonaban todos los abusos cometidos hasta entonces.

La defensa de Metz se había confiado al duque Francisco de Guisa. El condestable trató de paralizarle, pero intervino Diana de Poitiers, que le obligó a entregar importantes avituallamientos a su rival. En Francia y en Alemania el asunto había adquirido, de forma inesperada, una dimensión nacional. Los jóvenes hidalgos, ávidos de gloria, acudieron en tropel a Metz; había incluso italianos, como Horacio Farnesio, el duque de Ferrara y Pedro Strozzi, pariente próximo de Catalina de Médicis.

Guisa se preparó sin pérdida de tiempo. Cuando los imperiales llegaron ante la plaza, se encontraron los campos devastados, cinco barrios destruidos y poderosas fortificaciones. Tuvieron que organizar un asedio en regla, que comenzó en la peor época del año, el 20 de noviembre. El emperador, que sufría los dolores incesantes de la gota, entregó el mando al duque de Alba y se retiró a Thionville.

Allí le llegaron malas noticias. Después de quince mil cañonazos el recinto fortificado había cedido, pero había un segundo anillo de murallas, de reciente construcción. La nieve, el barro y el frío hacían estragos entre los soldados, cuyo ímpetu comenzaba a flaquear.

Carlos no aceptó la idea de una derrota. Desafiando una vez más sus miserias físicas, se dirigió en litera hasta la fortaleza y ordenó un ataque general. Fueron inútiles los intentos de disuasión. El heredero del Temerario estaba animado por el furor sombrío y obstinado que causó la perdición de su antepasado. Sabía muy bien lo que significaría una retirada.

El ataque comenzó... pero se detuvo a mitad de camino. Las tropas habían percibido las vacilaciones de sus jefes directos y retrocedieron ante el obstáculo. El duque de Alba se batió en retirada, prefiriendo evitar una batalla que sólo podía representar un desastre para sus fuerzas. El emperador, furioso, se lo reprochó con dureza. Se negaba a desistir y mandó que se recurriera a las minas, a pesar de que la lluvia y el hielo dificultaban su empleo. Los franceses conocían, además, algunos medios para evitar las explosiones. El emperador suspiró:

—La fortuna es una mujer, no le gustan los viejos.

El 1 de enero de 1553, levantó el sitio, dejando tras sí treinta mil hombres. Guisa, caballerosamente, se ocupó de los heridos y de los prisioneros hambrientos.

Alguien ingenioso, jugando con las palabras *Metae* (Metz) y *meta*, compuso en latín un pareado que significaba:

Tú que querías llegar más allá de las Columnas de Hércules, detente ante Metz, pues Metz es la última meta a la que vas a llegar.

Las consecuencias serán incalculables. Guisa es el nuevo dios de los franceses. En Italia el impacto es prodigioso, la gloria de los Valois adquiere brillo inusitado. Enrique II casa a su hija natural, Diana de Francia, con Horacio Farnesio, se declara protector de Siena y envía a Strozzi, con el título de mariscal, al frente de un ejército para combatir a Cosme de Médicis, un bastardo, sucesor del también bastardo Alejandro, asesinado en 1533.

Pero todo esto es anecdótico en comparación con el antagonismo francoalemán, que durará más de cuatro siglos, y con el crepúsculo del Sacro Imperio Romano Germánico, institución sagrada a la que Gattinara quería devolver su esplendor.

—Aquí sólo debe mandar uno —había dicho Carlos después de su elección.

Al margen de lo que se pueda pensar al respecto, el poder absoluto representaba en aquel momento el imperativo categórico, la única fórmula política capaz de formar un Estado coherente y de lograr que participara en el bienestar creciente de la Europa del siglo XVI. Si el Habsburgo hubiera gobernado directamente en Alemania, «mediante una lenta adaptación, creadora de cosas estables, habría concentrado en torno a su persona los intereses de las nuevas clases productoras y las inquietudes de la pequeña nobleza, a fin de formar una fuerza activa, rescatándola del desorden moral en que había caído. Los intelectuales se habrían enganchado, como siempre, al carro del poderoso en lugar de entretenerse en especulaciones teológicas. Los mismos príncipes y las ciudades comerciales habrían cedido parte de sus poderes a cambio de una riqueza mayor» (O. Ferrara).

Pero el destino había colocado el viejo imperio bajo la misma corona que cobijaba a estados nuevos, con vocaciones muy diferentes. Su titular estuvo al principio demasiado tiempo ausente de su reino, demasiado ocupado en reconquistar Borgoña o en dominar Italia; era ya tarde cuando se dedicó a renovar el majestuoso monumento, legado de la Edad Media. Y entonces dio la impresión de que pretendía un objetivo dinástico, que buscaba la unidad de su poder y no la del Imperio. Los príncipes y la burguesía, que contaba con la formidable palanca del cisma religioso, se dedicarían a contrarrestar sus esfuerzos. Rodeada de vecinos que caminaban hacia su futuro colectivo, Alemania se disgregó.

Enrique II había renovado la alianza con el sultán, «aunque prefería seguir caminos distintos tanto por mar como por tierra». A pesar de la mala coordinación, los turcos seguían dominando el Mediterráneo y sus tropas rebasan, de nuevo, Buda. Si Solimán hubiera sido en verdad merecedor de su sobrenombre de «el Magnífico» y si no hubiera mandado estrangular a su visir Ibrahim, principal artífice de sus victorias, quizá el Imperio islámico, que llegaba ya desde Hungría hasta Bagdad, hubiera podido sustituir al desfalleciente Imperio de los sucesores de Carlomagno. El mundo habría sido distinto.

Pero Solimán no respondía a la imagen que la posteridad ha guardado de él. Era un soberano bárbaro, irritable, vanidoso, indolente, sometido a la influencia de la sultana favorita, la funesta Roxelana (de ori-

gen cristiano, como Ibrahim). Ni él ni su pueblo estaban dotados para grandes empresas políticas, para creaciones duraderas. No obstante, en 1553, su fuerza parecía abrumadora ante la descomposición germánica.

Carlos tenía una desgana y un resentimiento amargos. El 6 de febrero abandonó Alemania para no volver más. Al llegar a Bruselas cayó en un estado de depresión física y moral tal, que circuló el rumor de su muerte. Renunció a conceder audiencias y a escribir. ¿De qué iban a servir, si Dios le había abandonado?

No, ¡Dios no le abandonaba! El joven rey Eduardo VI de Inglaterra murió y su corona podía ir a las manos de su hermana, la católica María, la prima, la antigua prometida de Carlos. La unidad imperial dejaba de ser la última ocasión de lograr la monarquía universal. El juego de las alianzas matrimoniales le brindaba otra. Los Habsburgo habían conseguido sus éxitos más clamorosos gracias a los matrimonios. *Tu, felix Austria, nube.*

El emperador resucitó.

28. La última esperanza (1553-1554)

La Inglaterra de los Tudor era un hervidero de rumores, de crímenes, de conspiraciones, de suplicios. Y, en medio de tanta sangre y lágrimas, sentaba las bases de su Estado, levantaba sus instituciones, inventaba en cierta manera los derechos ciudadanos.

Al final de su vida, Enrique VIII, que había rechazado siempre la doctrina de Lutero, se inclinó de nuevo hacia el catolicismo. Una violenta reacción en sentido contrario tuvo lugar bajo el reinado de su hijo. En nombre de Eduardo VI gobernó un protector ambicioso y cruel, el duque de Northumberland, que no dudó en sacrificar a su propio hermano cuando éste se le enfrentó.

María, viendo el peligro en que se encontraba, llamó en su ayuda al emperador. Carlos intentó inútilmente raptarla. Su fracaso no le amargó demasiado, pues si hubiera salido de Inglaterra, la princesa habría perdido toda posibilidad de acceder al trono. Según la última voluntad de Enrique VIII, ella debía suceder a su hermano si éste moría sin hijos, pero Northumberland había intentado anular aquel testamento con otro falso. ¿Quién iba a imaginar entonces que los días del joven soberano estaban contados?

En cuanto supo su situación, el emperador, que había recuperado de repente el gusto de vivir y de reinar, envió a Inglaterra a tres hombres de confianza. Uno de ellos, Simon Renard, oriundo del Franco Condado, protegido de Granvela, era realmente digno de su apellido (*renard* significa zorro). Los embajadores no pudieron entablar contacto con Northumberland.

El 7 de julio se enteraron, por conducto privado, que el rey había muerto el día anterior. El Consejo no se lo comunicó hasta el día 10 y al mismo tiempo les invitaba a marcharse de Inglaterra. No tenían, les informaron, ninguna razón para ver a la princesa María, pues la heredera al trono era Jane Grey, bisnieta de Enrique VII, casada con el hijo de Northumberland. Renard replicó que el emperador no aceptaría nunca que trataran a María como una bastarda. Intimidó al Consejo, se quedó y pudo seguir de cerca la acelerada marcha de los acontecimientos.

Una vez entronizada Jane Grey, Northumberland quiso hacer caer a María en una trampa. La princesa huyó de Londres, congregó gran número de partidarios y fue proclamada reina el 19 de julio. Northumberland tuvo que inclinarse ante los hechos. Fue encerrado en la Torre con su hijo, su nuera y sus amigos, mientras que conseguían la libertad muchos hombres notables, encarcelados durante los dos reinados pre-

cedentes. Uno de los más eminentes, Gardiner, obispo de Winchester, pasó a ocupar el puesto de canciller.

El emperador tuvo noticias de todo ello el 29 de julio. Al día siguiente envió un mensaje a su hijo, entonces en España, para preguntarle si aceptaría casarse con María. Lo cierto era que Felipe había solicitado ya la mano de una infanta de Portugal, hermana de su primera mujer. Por fortuna, los mezquinos regateos producidos sobre el tema de la dote habían retrasado la realización de aquel proyecto, cuyas ventajas no se podían comparar con las del matrimonio inglés. Carlos escribía por entonces: «Nada puede ser en este momento más propicio para resolver las dificultades de nuestros estados y de Francia... Si este matrimonio puede contraerse con un extranjero, creo que los ingleses no aceptarían a nadie mejor que a mí, pues siempre me han demostrado su simpatía. Pero a mí no me seducen los estados grandes y nuevos... En caso de que me hicieran proposiciones, creo que sería conveniente que propusiera vuestro nombre. Las ventajas serían tan grandes y tan evidentes, que no hay ni necesidad de explicarlas» (T. González).

Felipe tenía veintiséis años y, si nos guiamos por sus retratos de aquella época, no carecía ni de prestancia ni de cierta belleza, a pesar de la mirada plúmbea y de la severidad del rostro, marcado por el sello habsburgués. María, once años mayor que él, había sido muy guapa en su primera juventud, pero veinticinco años de dificultades habían borrado todos sus encantos. Era una mujer pequeña y delgada, con grandes ojos claros, pelirroja, de voz varonil y vibrante. Era muy inteligente, hablaba cinco idiomas y tenía, según el veneciano Soriano, un carácter «terrible y obstinado». Por el contrario, otro veneciano, Gioavanni Michele, escribía: «Todo lo que le falta en belleza física lo tiene compensado por las cualidades de su alma.»

Felipe debía pensar en todo esto cuando respondió, desde Valladolid: «Si ellos [los ingleses] quieren proponer matrimonio a Vuestra Majestad, si os encontráis dispuesto, sería la mejor solución.» Pero, como Habsburgo digno de su nombre, añadía: «En caso de que Vuestra Majestad siga opinando lo que decía por escrito... sabe que, como hijo obediente, no debo tener otra voluntad que la vuestra.»

La carta no llegaría a Bruselas hasta el 11 de septiembre. Sin esperar a conocer su contenido, Renard comenzó a moverse, a pesar de la oposición del canciller, que apoyaba a un candidato inglés, Courteney, perteneciente a la familia real. La reina dio a entender que, ya que había sido la prometida del emperador entre 1522 y 1525, debía casarse con él. Carlos declaró que estaba demasiado viejo y demasiado enfermo y Renard pudo proponer al hijo.

María dudó durante varias semanas. Por fin el 27 de octubre, la antevíspera de su coronación, prometió a Renard que se casaría con Felipe. ¿Sus verdaderas razones? María quería restaurar el catolicismo y pensaba que no le sería posible sin el apoyo del emperador, apoyo que le parecía igualmente necesario para conservar una corona tan en peligro. Siempre había estado orgullosa de su sangre española y se alegraba de unirse de alguna manera a la patria de su madre. Finalmente, co-

metía el error de creer que sus arruinadas finanzas encontrarían remedio. Uno de los miembros del Consejo, sir William Paget, desempeñó en ese caso un papel decisivo.

Fue inútil que Gardiner consiguiera de la Cámara de los Comunes que fuera a suplicar a María que eligiera como esposo a uno de sus súbditos. María despidió a los diputados con una violencia que recordaba a la de su abuela, Isabel la Católica.

Los ingleses no tenían demasiado cariño por los extranjeros en general ni por los españoles en particular. El emperador se apresuró a enviar un contrato que pudiera tranquilizarles. Lo llevó una delegación imperial y el Parlamento lo aprobó. Si nacía un hijo, reinaría en Inglaterra y en los Países Bajos, mientras que don Carlos, el hijo de Felipe, conservaría España, Italia y las Indias. El emperador concedería una dote anual equivalente a ocho mil libras inglesas. Si los nuevos esposos no tenían heredero, se romperían los vínculos entre España e Inglaterra a la muerte de la reina. Felipe no tendría a su servicio a ningún español considerado como indeseable en Inglaterra, donde fijaría su residencia.

El príncipe firmó en Valladolid un poder que autorizaba a los enviados de su padre a concluir lo convenido. Luego, recurriendo a una picardía que había recibido los honores de una tradición, declaró solemnemente ante varios testigos, «una vez, dos veces, tres veces y todas las veces que sea necesario para dar a su acción valor legal», que los términos de aquel contrato unilateral no correspondían a su voluntad y que sólo se comprometía a casarse.

No hay ningún documento que lo demuestre, pero algunas alusiones contenidas en la correspondencia de ambos autorizan a creer que el emperador y la reina habían aprobado este doble juego. Maquiavelo había triunfado en su siglo.

El contrato, solemnemente firmado en Londres el 12 de enero de 1554, provocó un momento de euforia. En medio de los suplicios de un ataque de gota, Carlos veía cómo se realizaba un milagro en favor de los suyos. El Atlántico, que quitaba decididamente su supremacía al Mediterráneo, iba a convertirse en un lago totalmente sometido a la Casa de Austria; Francia, asediada por todas partes, quedaría condenada a la impotencia, incapaz de hacer nada contra los Países Bajos y de extenderse por América del Norte. En cuanto a Alemania, ¿cómo podría resistirse a la atracción de una potencia tan formidable?

Carlos tenía también la sensación de reparar una de sus mayores faltas. A pesar de su amor hacia Isabel, se había reprochado muchas veces el haber roto en 1525 sus compromisos con María. Si se hubiese casado con ella, habría evitado muchos reveses y Enrique VIII no se habría atrevido nunca a separarse de la Iglesia universal. Restablecida su fortuna y tranquilizada su conciencia, el emperador pensó que tardaría muy poco en librarse de su carga.

El emperador hizo a Felipe rey de Nápoles para que no tuviera un título inferior al de su esposa. El prometido no demostró ninguna prisa en dirigirse hacia las brumas del norte. Todo lo contrario. Recorrió lentamente España, dejó que se pudrieran en La Coruña los aprovisiona-

mientos acumulados para su viaje. Se declaró la peste entre la tripulación de la flota dispuesta a llevarle a Inglaterra. En varios meses sólo escribió una carta a su padre, que estaba muy nervioso.

«Por Dios —ordena Su Majestad al duque de Alba—, jarreglaos para que mi hijo se comporte como debe!» Y encargó al embajador Vargas que dijera al nuevo rey de Nápoles:

—Por el amor de Dios, ¡dad la impresión de que estáis satisfecho!

Felipe encuentra más atractiva a su amante, doña Ana de Ulloa, que a la mujer ya marchita que se le ofrecía. Se comportaba como si esperara que un acontecimiento inesperado fuera a echar por tierra todos los planes, y, a decir verdad, la situación era explosiva. Si los españoles estaban descontentos ante la perspectiva de perder los Países Bajos, muchos ingleses estaban furiosos. Desde finales de enero de 1554, sir Thomas Wyatt protagonizaba una sublevación que parecía capaz de arrebatar el frágil trono de la hija de Enrique VIII. Excepto Renard, todos los representantes del emperador huyeron de Londres. Pero la reina, dando muestras de una energía increíble, dio la cara y consiguió reunir al pueblo en torno a su persona. El 8 de febrero, el conde de Pembroke derrotó y detuvo a Wyatt. La rebelión había fracasado.

No era normal en tales circunstancias demostrar clemencia. Aquella vez, quizá por el temor existente, la represión adquirió una amplitud que causó gran impacto en una opinión pública ya hastiada de tantos excesos. Junto con Wyatt fueron ejecutados los personajes detenidos al comienzo del reinado, la mayoría de los cuales eran ajenos al complot. Entre ellos se encontraban la conmovedora Jane Grey y su esposo.

Las calles de Londres se llenaron de ahorcados y el hacha del verdugo no descansó. María Tudor, por la que los embajadores venecianos muestran enorme admiración, comenzó a ganarse el horrible sobrenombre de «la Sanguinaria», que no se merecía ni más ni menos que los demás miembros de su familia. «Cuando los sobrenombres tienen un fundamento serio —ha escrito Orestes Ferrara—, expresan una tendencia general que se aplica en seguida al dirigente, por la eterna y mala costumbre que existe de resumir en él las glorias o los crímenes que son patrimonio de toda una sociedad.»

Se planteó un grave problema de relación con Isabel, hermanastra de la reina, hija de Ana Bolena. María la temía como a la peste; los representantes del emperador, también. «Por desgracia —escribe uno de estos últimos, don Juan de Mendoza—, las leyes inglesas están tan mal hechas que no se la puede condenar si no es reconocida como culpable.»

Con gran disgusto de María, no se pudo demostrar su culpabilidad. Tuvo que contentarse con encerrarla en el castillo de Pontefract.

Una vez restablecido su poder, la reina parecía capaz de destruir la obra cismática de su padre, tal como ella siempre había deseado. Desde Roma, el cardenal Pole, por quien sentía veneración y a quien Julio III había nombrado como legado, le insistía en que colocara a su reino a los pies de la Santa Sede. En Inglaterra seguía habiendo personas fieles a la Iglesia. Los demás se dividían entre protestantes y anglicanos (ésta era la tendencia principal), dispuestos a aceptar la vuelta a cierta

forma de catolicismo sin el papa, a quien aborrecían y, sobre todo —tema esencial, igual que en Alemania—, sin que el clero y los monasterios recuperaran los bienes confiscados.

Julio III había enviado a Londres a un agente secreto, a uno de sus prelados favoritos: Commendone. Este envió un mensaje no menos confidencial de la reina: María se declaró dispuesta a hacer anular las leyes religiosas votadas en tiempo de su padre y de su hermano, pero pidió que se le concediera tiempo para preparar a la opinión pública. Deseaba ardientemente la pronta llegada del cardenal Pole, portador de un perdón general del Santo Padre a todos los que habían actuado en contra de la Iglesia.

Salió el cardenal hacia Inglaterra. Entonces se produjo un nuevo conflicto, del todo imprevisto, entre el papa y el emperador. Todos los informes habían convencido a Carlos de que era imposible imponer a la vez a los ingleses el matrimonio español y el catolicismo. La reina debía, si no elegir entre los dos, sí al menos pasar de una etapa a otra. En Roma, donde se conocía tal situación, se decía que el pueblo preferiría mucho antes la misa que la Casa de Austria.

Podría creerse que Carlos no ponía nada por delante de los intereses de la fe. Tenía, desde luego, la conciencia de un rey católico, y sin embargo, consideraba que su deber era la razón de Estado. Además, desconfiaba de Pole. Se rumoreaba que aquel hombre ambicioso quería volver al mundo (todavía no había recibido las órdenes sagradas) para casarse con la reina María. Se decía incluso que había conocido los planes de Wyatt.

En el momento de llegar al Palatinado, el cardenal se encontró con don Diego Hurtado de Mendoza, que, en nombre del emperador le prohibió continuar su ruta. Sus vehementes protestas no servirán de nada; tampoco las del papa. Renard recibió la misión ingrata de calmar a María y de hacerla entrar en razón. Enviar protestantes a la hoguera y quitar a sus nuevos propietarios las tierras de los conventos eran los medios más eficaces para impedir su matrimonio.

Julio III, furioso, no abandonó la partida e intrigó por todos los medios en Inglaterra. También en Francia.

El emperador prorrumpió en amenazas contra él, condenó los desórdenes de su vida privada, que comprometían gravemente su salud. Pensó en declarar vacante la Santa Sede.

En Londres, la reina había hecho elegir un nuevo Parlamento, que había aprobado el matrimonio. Luego, los diferentes partidos se enfrentaron de tal manera que hubo que disolver la Cámara. ¡Y Felipe sin llegar! Su retraso molestaba a la reina y complicaba la situación. Renard aconsejó que, para aumentar la popularidad del rey de Nápoles, se enviara dinero para sacar a flote el tesoro de su prometida y pagar pensiones a los ministros y a los principales señores. Pero el emperador se veía obligado a pedir créditos al cuarenta por ciento, mientras que los comerciantes pagaban en general del siete al ocho por ciento. Serán los comerciantes de España quienes proporcionen trescientos mil ducados a los ingleses.

Había llegado ya la primavera. Estaba a punto de reanudarse la guerra con Francia. Julio III tenía intención de encargarse a Pole que mediara entre los beligerantes. El cardenal, que no logró demasiado con su misión, obtuvo al menos poder ir a París y a Bruselas. Carlos le echó en cara que estaba de parte de Enrique II. El memorándum francés bastaría para reanudar las hostilidades.

Los hechos se produjeron con rapidez. Mientras los franceses penetraban en Marienburgo, los imperiales tomaban y arrasaban Théroouanne, y luego Hesdin, donde encontró la muerte Horacio Farnesio. En cuanto al condestable, protagonizó en Cambrésis una campaña «tan estéril en acciones brillantes como lamentable por sus resultados».

Era un preludio. Por instigación de Guisa, un gran ejército, dirigido por el rey y el condestable, invadió los Países Bajos y avanzó hacia Bruselas. Como antes Mauricio de Sajonia, tenían la intención de apoderarse del emperador. En ese momento, Felipe acababa de desembarcar en Southampton. El 25 de julio de 1554 se casó con María en Winchester. Por desgracia, la situación era tan crítica en los Países Bajos que el emperador le ordenó que pasara sólo una semana con su esposa y que luego fuera a reunirse con él. Renard se atrevió a formular una objeción: sería un error terrible teniendo en cuenta que el almirante inglés lord Howard, en conflicto con el almirante de Flandes, debía estar ayudando en secreto a los franceses.

Muy bien, pero los soldados que retrocedían ante fuerzas superiores tenían necesidad de un paladín, una presencia real. El emperador de cabellos blancos, tullido y tembloroso en pleno verano, realizó un esfuerzo prodigioso: se puso al frente de sus tropas y, por última vez, demostró los talentos de estrategia que durante tanto tiempo había tenido inactivos. Tras realizar hábiles maniobras, atacó al enemigo el 13 de agosto de 1554 ante Renty, que estaba asediada. La batalla fue indecisa. Uno y otro bando se atribuyeron la victoria. Lo esencial fue que los franceses se batieron en retirada mientras que el condestable fracasaba ante Namur. Unos días antes, en Italia, el duque de Alba, Cosme de Médicis y el marqués de Marignano habían aplastado a Strozzi y habían ocupado Siena. El emperador ordenó a su hijo que se quedara en Inglaterra.

¡Quién hubiera imaginado el año anterior que podría remontar tan rápidamente la adversidad! Incluso sus finanzas iban mejor, pues el matrimonio Habsburgo-Tudor había dado ya un formidable impulso al comercio de los Países Bajos, mientras que Francia estaba abrumada por el peso fiscal. Y en septiembre llegó la noticia de algo que podía cambiar la faz de mundo. Aunque Renard se mostraba prudente, los médicos de la reina no dudaban: ¡estaba encinta! ¡Qué alegría, qué inmensa alegría!

Quedaba una nube negra: Alemania. El emperador se había resignado a convocar la Dieta que debería ratificar la paz de Passau, pero no quiso comparecer ante ella. Nunca sancionaría la división religiosa y política del Imperio. Dejó a su hermano que se encargara de realizar tan horrible sacrificio.

La muerte de Mauricio de Sajonia en un combate contra Alberto Alcibíades no le afectó. Ya no le importaba el Imperio, había fracasado

en ese terreno. Sabía que el Pacto de Familia no se iba a respetar, que su hijo no sería sucesor de Carlomagno. En compensación, Felipe dominaría el Occidente, desde Londres hasta Lima, no como emperador, desde luego, sino como jefe de una nación nueva o de varias naciones unidas. Aquel triunfo político era el fracaso de un ideal.

Carlos no tenía otra preocupación que pasar la antorcha. Desde hacía varios años había encargado a sus arquitectos españoles que le construyeran una residencia cerca de un monasterio de jerónimos en Yuste (Extremadura). Tanto si había descubierto él mismo el lugar en uno de sus viajes por España como si se lo habían descrito otras personas, estaba convencido que no podía encontrar un retiro más adecuado a sus deseos.

Mientras tanto, cambiaba sus inmensos castillos por una casita perdida en el fondo de un parque. Se había hecho preparar dos habitaciones en las que una enorme estufa alemana caldeaba el ambiente como si fuera un horno. El emperador se encerró allí, entre sus papeles, distribuyendo su tiempo entre el trabajo, la oración, las atenciones que le prodigaban sus médicos, sin demasiados resultados, y sus comidas, más monstruosas que nunca. Como postre le gustaba tomar a la vez ponche ardiendo y melones helados. En el extranjero, sobre todo en Roma, algunos decían que no estaba en su sano juicio.

En cuanto se enteró del embarazo —supuesto— de María, envió a uno de sus agentes, Eraso, a hacer saber a Felipe que, resuelto como estaba desde hacía tiempo a despojarse de la púrpura y a abandonar el mundo, tenía ya prisa por realizar su proyecto. El rey de Nápoles debía prepararse a sucederle sin tardanza. En enero, los vientos del mar eran favorables entre los Países Bajos y España. El emperador tenía la intención de aprovecharlos para llegar al lugar de descanso que necesitaban su cuerpo dolorido y su alma lastimada.

29. Las últimas pruebas (1554-1555)

Tenía demasiada prisa. Europa, en ebullición, no le dejaba todavía alejarse de ella. En Inglaterra, aunque el propio Renard había confirmado el embarazo, la partida distaba mucho de estar ganada. Se temían nuevas conspiraciones. Los españoles del séquito del rey no se entendían con los ingleses. Había surgido una rivalidad entre Renard y el favorito de Felipe, Ruy Gómez de Silva. El Parlamento se negaba a coronar al marido de la reina.

Sin embargo, Felipe hacía lo posible por mostrarse seductor y, con sorpresa por su parte, se estaban ganando de hecho a los feroces habitantes de la isla.

—¡Mirad! ¡Es bello como un ángel! —gritaban los curiosos a su paso cuando, el 12 de noviembre, en compañía de su mujer, inauguró un nuevo Parlamento que, gracias a la intensa presión de la Corona, tenía mayoría católica.

Desde septiembre, el rey participaba en las actividades del Consejo y, a pesar de su ignorancia del inglés, ejercía en él la autoridad de un soberano. Ni la reina ni los ministros tenían experiencia de gobierno. Algo singular: el futuro Felipe II, cuyo reinado iba a durar casi medio siglo, no se mostró nunca más sagaz que durante los pocos meses en que se ocupó de los asuntos ingleses, con los que no estaba familiarizado en lo más mínimo.

En aquel mismo mes de noviembre, Carlos le hizo saber que posponía su abdicación para una fecha más tardía. Pole recibió finalmente autorización para ir a Inglaterra con la condición de comprometer, en nombre del papa, a no molestar a los poseedores de los bienes eclesiásticos.

Poco después de su llegada se reunieron las dos Cámaras para escuchar lo que tenía que decirles. La reina y el rey pidieron perdón por las faltas cometidas por su pueblo; el cardenal legado dio la absolución y admitió de nuevo a Inglaterra «en la unidad de la Iglesia». El Parlamento, tras anular las legislaciones de Enrique VIII, promulgó otra, extraordinariamente rigurosa, contra la traición —se consideraba como tal todo acto desagradable para el príncipe—. Se restablecieron los tribunales de justicia de los obispos y se les otorgó el derecho de vida y muerte.

El 4 de febrero, el canónigo John Roger, convicto de herejía, moría en la hoguera, aclamado por una multitud indignada. Sería el primero de una larga serie. Los escritores reformados calcularon en cuatrocientos el número de víctimas.

El emperador no tuvo la menor responsabilidad en aquella persecución. En cuanto a Felipe, parece que intentó moderarla. Su confesor franciscano, fray Alfonso de Castro, no temió predicar la clemencia ante la Corte. Ocurrió entonces uno de esos fenómenos paradójicos que se producen en la Historia. Las llamas en que fallecieron los protestantes convirtieron para siempre a la reina en *María la Sanguinaria*, y en cambio rodearon a Felipe de una aureola de prestigio ante la opinión del mundo católico. Se convirtió en el restaurador de la fe, en el campeón de la Iglesia, título que conservó hasta el punto de que con el tiempo parecería que representaba a la Iglesia mejor que el papa.

En su fuero interno el pueblo inglés no aceptaba ni la vuelta a los antiguos ritos ni a un monarca español, aun cuando no sintiera ninguna animosidad personal contra el rey. Veía la construcción de monasterios, la reposición de las estatuas de los santos y la celebración de la misa con sentimientos en los que se mezclaban el temor y la esperanza. La esperanza era la misma a la que se aferraba el emperador: el nacimiento de aquel niño que María, perdidamente enamorada de su esposo, tenía la certeza de llevar en sus entrañas y que cambiaría el futuro.

Carlos habría deseado restablecer la paz antes de retirarse. Sin demasiada convicción, el papa pidió a los príncipes cristianos que se reconciliaran, que se unieran por fin contra los infieles y los herejes; la reina María propuso actuar como mediadora. El condestable, que había recuperado gran parte de su crédito, acosó a su señor y le mostró las ventajas que le ofrecía aquella ocasión de poner fin a un conflicto estéril. Catalina de Médicis, Diana y los Guisa pidieron en seguida una nueva campaña en Italia.

La voluntad de Enrique II oscilaba como un barco a la deriva. El 23 de marzo, Montmorency le arrancó una autorización para negociar, pero el mismo día moría Julio III y todo quedaba en suspenso.

El emperador indicó a su embajador en Roma, don Juan Manrique, «que impidiera la elección de un hombre malvado», sin nombrar a nadie. Felipe, por el contrario, preparó instrucciones precisas y tortuosas. Citó los nombres de los cuatro cardenales que gozaban de sus preferencias y redactó una carta autógrafa en favor de un quinto, el cardenal de Santa Croce, carta únicamente destinada a ser enseñada al interesado si era elegido. En otra carta especificaba que había que impedir por todos los medios la elección del cardenal Caraffa, arzobispo de Nápoles, sospechoso de tener simpatías por Francia.

Carlos se quedó consternado cuando le presentaron aquellos documentos. Escribió a su hijo: «Es un problema que provoca grandes escrúpulos; se trata de nombrar a personas adecuadas para esta dignidad y hasta ahora nosotros no hemos tenido nunca el deseo de hacerlo.»

¡Qué conflicto! ¿Debía contradecir o bendecir a quien iba a sucederle poco después? En definitiva, dejó salir las cartas después de haberlas guardado el tiempo suficiente para que llegaran demasiado tarde. Y, en efecto, don Juan Manrique las recibió sólo cuando ya se había elegido al cardenal de Santa Croce, que adoptó el nombre de Mar-

celo II. Era el 9 de abril. Por desgracia, Marcelo II murió el día 30 del mismo mes.

Se celebró un segundo cónclave y el embajador siguió la consigna recibida. Además, Felipe había considerado oportuno enviar copia de sus mensajes a los cardenales del Imperio, para que todos estuvieran perfectamente informados. Por eso, cuando salió elegido Caraffa, que se hizo llamar Pablo IV, consideró al emperador y a su hijo como enemigos mortales. Don Juan Manrique llevó su indignación al colmo haciendo circular el rumor de que el cónclave no se había desarrollado «de forma canónica».

El nuevo papa, de setenta y nueve años de edad, era un anciano duro, violento e incluso frenético, manejado por sobrinos codiciosos, pero, a diferencia de sus predecesores, deseaba ardientemente la reforma de la Iglesia. ¡Qué ironía! Aquel pontífice, amigo de Francia, que los Valois llevaban esperando sesenta años, era el primero con el que, en otras circunstancias, Carlos habría tenido posibilidades de realizar su deseo más íntimo.

Aquella primavera, en que había creído que por fin iba a conocer la paz, no le produjo más que sufrimientos. Entre sus enemigos reinaba el entusiasmo. Cediendo a su amante y a los Guisa, Enrique II rompió las negociaciones de paz iniciadas en Marcq bajo la dirección del cardenal Pole y se declaró dispuesto a una lucha sin cuartel. El cardenal de Lorena fue enviado a Roma con la intención de formar una liga ofensiva y defensiva contra el emperador. Las guerras de Italia iban a reanudarse a pesar del condestable, que, en su obstinación, seguía intentando negociar.

En cuanto al papa, su rabia no conocía límites. Encargó a la Inquisición que preparara un procedimiento que permitiera excomulgar al emperador y a su hijo, y trató de arrebatar a Felipe el derecho a subir al trono de España. Carlos encargó al duque de Alba, virrey de Nápoles, que hiciera entrar en razón al Santo Padre. El, un hombre tan piadoso, casi místico, estuvo siempre en conflicto con el papado. Y aquel papa, su peor enemigo, estaba interesado en lograr la reforma moral que sus antecesores habían evitado por todos los medios. Pablo IV prohibió el concubinato de los sacerdotes, arrojó de Roma a las mujeres públicas y a la manada de parásitos que vivían a expensas de la Iglesia, prohibió la venta de los obispados, envió a los preladados a sus diócesis y a los monjes a sus conventos.

Por el contrario, no admitió la presencia de protestantes en el concilio, pues, según él, la misión primordial de éste era condenarlos. El emperador se opuso a una convocatoria del concilio, suspendido por Julio III por un periodo de diez años. No quería ver el triunfo de la Contrarreforma, cuya rigidez chocaba con su ideal humanista.

El 13 de abril de 1555 murió la verdadera reina de Castilla, de Aragón, de Nápoles y de las Indias. A los setenta años, Juana la Loca, que tantos años llevaba enterrada en vida, expiraba en la fortaleza de Tordesillas. Carlos dejó de ser su mandatario en el momento en que se preparaba a alejarse del mundo. Aquella muerte le causó una profunda im-

presión, pero significó también un gran alivio. Su madre le había enseñado el camino. Tenía escrúpulos en renunciar al trono mientras lo tuviera en nombre de ella. Pero no podrá hacer la renuncia con el corazón tranquilo.

En el mes de julio le llegó la noticia de la catástrofe: la reina María no iba a dar a luz, su embarazo era un embarazo histérico.

Felipe intentó que le reconocieran como posible sucesor de su esposa, amenazó a la triste enamorada con marcharse de Inglaterra y no volver nunca si no conseguía aquella satisfacción. María hizo todo lo posible, pero era pedir demasiado. El 2 de agosto se preparó a partir y pidió a sus consejeros que buscaran razones convincentes para la reina. No sabemos las que presentó él. El hecho es que zarpó el 4 de septiembre. El 8 estaba al lado de su padre, con el que pasó cuatro días a solas en el castillo de Roelx.

Los dos contemplaron, sin duda, las ruinas de su ambición desmesurada. En adelante, Felipe sólo podía esperar de Inglaterra que se pusiera de su parte durante la próxima guerra. La Casa de Austria no será nunca su soberana. Era un proyecto antinatural. Hacía de la realeza la causa y de la nación el efecto, cuando la verdad de la época era exactamente al revés.

Esta verdad se plasmaba en aquel mismo momento en Augsburgo, donde la Dieta, con gran retraso, se reunió bajo la presidencia del rey de romanos. Se ratificó la paz de Passau. *Cujus regio, ejus religio*: cada pueblo debería adoptar, entre las dos confesiones, la que eligiera su príncipe, un príncipe tan independiente del emperador como del papa, si se inclinaba hacia Lutero. (Sólo se consideraba a los luteranos, pues el calvinismo no estaba reconocido, lo que provocará las guerras del siglo siguiente.) El que se negara a adoptar la religión de su señor se vería obligado a emigrar a un país donde estuviera reconocida la suya. Era una caricatura de la libertad de pensamiento. Las secularizaciones anteriores a 1552 recibían confirmación oficial. Por el contrario, si un prelado católico se convertía, no podría ya secularizar su diócesis y convertirla en propiedad hereditaria.

La separación entre un imperio carente de poder temporal y de carácter sagrado y una España que camina hacia el nacionalismo acabará por poner fin al sueño universal. Carlos había creído posible borrar las consecuencias del tratado de Verdún, que había dividido Europa entre los nietos de Carlomagno. Dejará una Europa fuertemente fragmentada, una Cristiandad dividida. Durante cuarenta años había luchado por evitar aquella situación y estaba abrumado por su responsabilidad.

¡Qué ansias tiene de abandonar el mundo que le ha traicionado, de recogerse, de meditar en el interior de una España todavía indemne (así lo cree él) a las ideas nuevas! No quiere ni siquiera esperar al resultado de las dos negociaciones contradictorias que se están desarrollando. Mientras que, sin esperar al cardenal de Lorena, el embajador francés, d'Avanson, protegido de Diana de Poitiers, prepara el tratado con el papa, el sobrino del condestable, Coligny, y el abad de Bassefontaine se reúnen en Flandes con Simon Renard y el señor de Lalain. Incapaz de

decidirse, Enrique II juega a la vez el juego de la guerra y el de la paz. Este último será el bueno, pues el emperador sólo piensa en acabar.

Pero le queda pasar por la humillación suprema. El primer emperador que va a abdicar desde Diocleciano no podía hacerlo en situación de bancarrota, y el estado de las finanzas imperiales se había agravado una vez más. Y de forma dramática. Los banqueros estaban cansados de hacer préstamos, incluso al cuarenta y tres por ciento. Los atrasos impagados se acumulaban, alcanzando sumas fantásticas. Su Majestad debía, por ejemplo, novecientas sesenta mil coronas a la ciudad de Génova por un préstamo de trescientas cuarenta mil. Las rentas de los reinos de España estaban empeñadas en su totalidad. No quedaban más que los tributos de América y el emperador no quería privar de ellos a Felipe en el momento de su llegada al trono.

Había que encontrar un recurso que le permitiera retrasar el vencimiento fatal. Si se declaraba insolvente antes de marcharse, provocaría tal cólera en los Países Bajos que podían decidir retenerle. El emperador declaró que reducía en una cuarta parte las sumas que debía a sus diversos acreedores.

Es lo que se llamó *la sisa* o *la quita*. Al mismo tiempo se invitaba a los banqueros a realizar un nuevo préstamo, mediante el cual recibirían autorización para no pagar, al menos temporalmente, a sus propios acreedores. A pesar de todo, la banca de los Fugger, a la que Carlos debía la corona imperial y la mayor parte de sus éxitos militares, se verá también condenada a la quiebra.

Aquellas mezquinas maniobras permitirán abandonar dignamente la escena a quien había sido protagonista indiscutible del psicodrama de su tiempo.

30. Las despedidas difíciles (1555-1557)

Carlos quiso demostrar, hasta el final, que seguía siendo esencialmente el heredero de la Casa de Borgoña. Por eso renunció en primer lugar a su dignidad de gran maestro de la orden del Toisón de oro, el 22 de octubre de 1555; y por eso, el día 25, tuvo lugar la abdicación más grandiosa: la del duque de Borgoña, príncipe de los Países Bajos. Aquel espectáculo, admirablemente montado —nunca se había visto nada semejante— tenía un aire medieval, con algunas características del Renacimiento y otras que anunciaban ya el arte barroco. Tuvo lugar en la gran sala del castillo de Bruselas, ante los Estados Generales de los Países Bajos y todos los que formaban la Corte imperial, grandes de España, caballeros del Toisón de oro, ministros, consejeros... El archiduque Fernando, segundo hijo del rey de romanos, el duque Manuel Filiberto de Saboya y la duquesa de Lorena estaban también presentes.

El emperador, vestido totalmente de negro, hizo su entrada. Caminaba con dificultad, apoyando una mano en su bastón y la otra en el hombro del joven príncipe Guillermo de Orange, el mismo que levantaría a los Países Bajos en contra de la Casa de Austria y le arrebataría Holanda. Detrás de Su Majestad venían su hijo, el rey de Nápoles, la reina Leonor de Francia y la reina María de Hungría, que había decidido abandonar la regencia. Filiberto Brusellius, presidente del Consejo de Flandes, leyó el acta solemne de abdicación. Luego Carlos se levantó y, sin más ayuda que unas breves notas, pronunció un discurso que era un resumen y una justificación de su vida. Su necesidad de aclararlo todo, de analizarlo todo, de registrarlo todo le había impulsado a realizar aquel esfuerzo aparentemente superior a sus fuerzas.

Sus sufrimientos, la emoción y la deformación de su boca dificultaban la comprensión de sus palabras. No obstante habló extensamente y provocó una fuerte emoción.

Cuarenta años antes, dijo, había sido declarado mayor de edad en aquella misma sala. Luego, había recibido la herencia de sus dos abuelos y solicitado la corona imperial, no por una ambición desorbitada, sino para defender lo mejor posible a la Cristiandad frente a los turcos y a sus estados frente a sus enemigos. Sin regatear esfuerzos, había estado diez veces en los Países Bajos, nueve en Alemania, siete en Italia, seis en España, cuatro en Francia, dos en Inglaterra y dos en Africa. Cuarenta viajes o expediciones, cifra prodigiosa en aquella época. Había puesto su vida y sus fuerzas al servicio de sus ideas y de sus obligaciones de conciencia (era cierto). Siempre había combatido en contra de

su voluntad (lo que era menos cierto) y sentía un gran pesar por despedirse antes de que se restableciera la paz. Había concebido grandes esperanzas, pero se habían realizado muy pocas. La culpa era de las rebeliones de los luteranos y de las maniobras de sus enemigos (no habló de sus problemas financieros). Evocó los hechos de Innsbrück y, en varias ocasiones, el asedio de Metz, cuyo fracaso le había dejado una profunda herida. Tras haber cumplido su deber hasta el límite de sus fuerzas, estaba totalmente agotado. Habría renunciado antes a sus coronas si su madre no hubiera estado enferma y su hijo no hubiera sido demasiado joven. La primera había muerto y el segundo era plenamente capaz de lograr el bienestar de sus pueblos.

Terminó con gran dignidad:

—Sé que he cometido errores, por la inexperiencia de la juventud, por la presunción de la edad madura o por las deficiencias propias de la naturaleza humana. Pero, conscientemente, no he cometido ninguna injusticia con nadie. Si, no obstante, ha habido alguna injusticia, ha sido por ignorancia y por mi incapacidad. Lo lamento públicamente y ruego a todos a quienes pueda haber ofendido que me perdonen.

Derramó abundantes lágrimas y la asamblea prorrumpió en sollozos. Felipe II se arrodilló ante su padre, que le rogó encarecidamente que fuera siempre el defensor de la Iglesia y que gobernara en paz y justicia. El emperador se dirigió por última vez a los presentes: les recomendó que permanecieran unidos, que conservaran la fidelidad a su príncipe y a la fe de sus antepasados. Añadió:

—Aunque veáis llorar a un anciano fatigado, os suplico: no os conmováis.

María de Hungría lloraba también. Su hermano le agradeció los enormes servicios que le había prestado.

Felipe se excusó por no saber hablar en la lengua del país y cedió la palabra al obispo de Arras, quien, en su nombre, confirmó todos los antiguos privilegios que más adelante violaría. El emperador, incapaz de montar a caballo, fue colocado en un mulo que lo llevó lentamente a su casa.

Todo había terminado: Carlos V no sólo había transmitido a su hijo la más querida de sus posesiones: había renunciado también a la gran idea de la unidad espiritual y política de Occidente.

Habría deseado contar con vientos favorables para no pasar allí el crudo invierno, pero todavía le quedaban momentos difíciles. El 16 de enero de 1556, en sus habitaciones y sin ninguna ceremonia, entregó a Felipe las coronas de Castilla, de Aragón, de Sicilia y de las Indias. Al entregarle un cofre que contenía su último testamento e instrucciones detalladas, dijo que dedicaría el resto de sus días a hacer penitencia. La soledad le acercaría a Dios.

El 15 de diciembre el papa y el cardenal de Lorena habían decidido forma una Liga antiimperial dirigida por el duque de Guisa. Sin tener esto en cuenta, Coligny y el abad de Bassefontaine llevaron las negociaciones con tal habilidad que el 6 de febrero se concluyó, por dos años, la tregua de Vaucelles. Con admirable incoherencia, Enrique II, signata-

rio del primer tratado, firmó también éste, con gran indignación de Pablo IV, que, durante el consistorio de diciembre de 1555, había denunciado la ascendencia judía y mahometana del emperador.

Enrique II tenía sus razones para aquel cambio súbito. La tregua de Vaucelles respetaba las conquistas de Francia, los tres obispados, Saboya, Piamonte, Montferrato y las plazas de Toscana y de Parma. Representaba el apogeo de los Valois en Europa, la culminación de la política seguida desde Carlos VIII, la recompensa inesperada de tanto sufrimiento, oro y sangre.

Carlos, que seguía siendo emperador, ratificó aquella consagración de su derrota. En el fondo, Francia, que se había asustado al ver al Habsburgo en todas sus fronteras, era quizá más poderosa que él, gracias a su considerable población, a su coherencia y a las riquezas de que podía disponer el rey. Si Francisco I no se hubiera dejado llevar hasta el absurdo por sus deseos de expansión en Italia, quizá habría podido anexionarse Flandes y Artois, según deseaba Luis XI. Al menos Carlos había impedido aquella pérdida, conservando su país natal.

Poco después de la firma, el feliz negociador, Gaspard de Coligny, fue a saludar al emperador. Este le recibió con gran amabilidad. Recordó lo orgulloso que se sentía de ser un Valois de la Casa de Borgoña.

Había llegado el momento de renunciar también al cetro imperial, pero la actitud del papa no se lo permitía. Pablo IV se negaba a dar su aprobación a cualquier acto de un hombre a quien no creía en su sano juicio y a reconocer al rey de romanos y a su hijo Maximiliano, envenenados ambos, según él, por la herejía. Fernando, también muy hostil a la abdicación, pedía un aplazamiento. Maximiliano y su esposa fueron a comunicárselo a Bruselas.

Carlos se alegró de ver de nuevo a su hija, María, aunque le preocupaba su singular matrimonio. Al parecer no había nada en común entre el brillante austríaco tan semejante al emperador, cuyo nombre llevaba, y la envarada española, el uno amante de las novedades y la otra encerrada en sus devociones. Aquello no era inconveniente para que procrearan. Habían tenido ya seis hijos y tendrían otros nueve más.

Felipe había hecho saber a su primo que no le disputaría, llegado el momento, la corona imperial. Esperaba, a cambio, fondos para ayudarle a resolver una parte al menos de sus problemas financieros.

Por su parte, el emperador tenía que deshacerse de la inmensa Corte que le rodeaba, pagar los sueldos atrasados e indemnizar a los titulares de numerosos cargos. El oro de América debería permitir atender a estas obligaciones, pero ¿con qué lentitud llegaba!

Mientras se dispersaba la antigua Casa, se creaba la nueva, colocada bajo la dirección de don Luis de Quijada. Los consejeros encargados de aquella tarea decían que no podía contar con menos de setecientas sesenta personas. Felipe se asustó ante los gastos que podían ocasionar tantas personas. Su padre decidió rebajar la primera cifra a ciento cincuenta. Aquel cortejo le acompañaría hasta Yuste. Luego, se quedarían con él sólo cincuenta servidores, secretarios, médicos, cocineros, peluqueros, criados y el hombre indispensable, el relojero Giovanni

Torriano, conocido como Juanello, encargado de tener en funcionamiento los innumerables relojes de Carlos. La pensión anual, calculada en un principio en diecisiete mil ducados, se fijó luego en veinte mil. Era una cifra muy modesta para quien había poseído la mitad del mundo y las minas de *El Dorado*.

Así, hasta el último momento, el emperador sufrió las preocupaciones y las inquietudes de un pequeño burgués.

Por desgracia, tenía también otras, más graves. Felipe, que había cumplido a la perfección su tarea en Inglaterra, había demostrado su incapacidad frente a los Países Bajos desde el momento mismo en que se encargó de su gobierno. Sentía gran aversión hacia unos súbditos cuya lengua ignoraba y cuyas costumbres no podía soportar. No había en él nada de las antiguas aficiones borgoñonas. Durante varios meses Carlos se esforzó en enseñarle, en guiarle, sin hacerse demasiadas ilusiones. La obstinación del rey era todavía mayor que la de su padre, y su inteligencia no era comparable a la de éste.

Otro problema angustioso era el relacionado con la sucesión inglesa. ¿Qué ocurriría a la muerte de María si no tenía hijos, cosa que parecía inevitable? La reina estaba dispuesta a deshacerse de su hermana Isabel, a quien odiaba sinceramente, y, sin la intervención de Felipe, es probable que la princesa hubiera terminado en el patíbulo. El rey, en efecto, demostró tener buenos sentimientos con la que se convertiría en su peor enemigo y le arrebatara la supremacía de los mares. Además, dejando de lado a Isabel, la corona iría a parar legítimamente a la joven reina de Escocia, María Estuardo, prometida del delfín. La situación se inclinaría entonces a favor de Francia. Se concibió el plan de casar a la princesa con un aliado fiel de la Casa de Austria, el duque de Saboya, que desembarcó en Inglaterra. No se logró nada. Ni la reina ni el propio interesado deseaban aquella alianza.

Finalmente, estaba el papa, cuyas provocaciones no podían quedar impunes. El procurador general de la Santa Sede había anunciado su intención de declarar al padre culpable de prevaricación en el Imperio y al hijo en el reino de Nápoles. El duque de Alba recibió la orden de ocupar los Estados Pontificios.

La primavera había pasado, el verano llegaba ya a su fin. Carlos, impaciente, no quería ver la evolución de los acontecimientos. El 28 de agosto se despidió de Felipe, a quien pensaba que ya no volvería a ver más. Tenía la intención de vivir en Yuste en una soledad completa y de no recibir a ningún miembro de su familia. Pero no pudo evitar que sus dos hermanas, Leonor y María, embarcaran con él en Flessinga el 13 de septiembre en el *Bertandona*, que iría escoltado por otros cincuenta barcos.

La víspera había enviado a su hermano una carta en que le reconocía la dignidad imperial, pero su decisión debía recibir la sanción de los electores, y Fernando no tenía ninguna prisa en solicitarla.

El 1 de septiembre el duque de Alba había entrado en Roma. Era lo que quería Pablo IV. En virtud del tratado firmado el año anterior, llamó al rey de Francia en su ayuda. El mismo día de la marcha del em-

perador, un Consejo «lleno de voces y de gritos» enfrentaba en el Louvre a los partidarios de la guerra y a los de la paz. Enrique II vacilaba, como siempre. Diana de Poitiers hizo que la balanza se inclinara hacia el lado malo: se rompió la tregua de Vaucelles. Carlos tardó mucho tiempo en enterarse de este golpe teatral que iba a cambiar las cosas.

Desembarcó el 28 de septiembre en Laredo, donde nadie salió a recibirle, y emprendió la marcha hacia Extremadura. Su nieto, el infante don Carlos, que entonces tenía once años, fue a saludarle en Cabezón. ¡Qué espectáculo tan penoso! La decepción fue quizá mayor que tras la derrota de Metz o tras la capitulación religiosa de Ausburgo. ¡Aquél era el heredero de tantos reinos! ¡Era por aquel pobre muchacho hidrocéfalo, jorabado y cojo, claramente desequilibrado, por quien había librado tan rudos combates!

El embajador veneciano, Tiépolo, describía así al muchacho: «Es pequeño de estatura, de aspecto desagradable, feo y con un temperamento melancólico. Ha sufrido casi continuamente durante tres años fiebres cuartanas con algunos ataques de locura, lo que es más grave todavía, pues parece haber salido en esto a su bisabuela.»

Carlos dijo a sus hermanos:

—No me gusta su aspecto, y no sé si va a mejorar.

Ocultó su angustia. Aquel degenerado representaba ante él en cierta manera la imagen insoportable de lo que consideraba como su fracaso final.

Su viaje fue amargo, aunque él se limitara a sonreír ante la bajeza de los hombres. Sus antiguos súbditos no sabían cómo reaccionar. Como la historia de España estaba llena de hijos que habían destronado a sus padres, imaginaban que habría ocurrido algo semejante y temían ofender al nuevo amo si rendían honores al antiguo. De repente, dejaron de tener escrúpulos y comenzaron a desviar parte de las sumas de dinero que Felipe enviaba con mayor o menor regularidad. La situación fue a veces escandalosa y grotesca.

Carlos prohibió que se dijera nada a sus hijos. El no se quejaba y no podía soportar las lamentaciones de quienes le acompañaban, sobre todo las de sus hermanas. «Parece —escribía— que un viaje en compañía de viejas reinas es el viaje más penoso que se puede realizar.» Finalmente, consiguió convencerlas de que le abandonaran a mitad de camino. Ningún personaje de cierta importancia, con excepción del obispo de Salamanca, le rindió homenaje mientras atravesaba España. Aquella falta de respeto le hirió en lo más íntimo.

A mediados de noviembre llegó a Extremadura. Era la peor época del año. Los médicos consideraron que la bruma y las lluvias no serían propicias para la salud del enfermo. Les dijeron que en invierno hacía sol y en verano soplaba una brisa agradable. De todas las maneras, era imposible volver atrás.

La casa que estaban construyendo junto al monasterio de San Jerónimo de Yuste reproducía, según la tradición, el Prinsenhof de Gante, donde Juana la Loca había dado a luz cincuenta y seis años antes. Mientras terminaban la construcción, el emperador recibió la hospitalidad del

conde de Oropesa, en el castillo de Jarandilla. Sólo el 3 de febrero de 1557, después de un *Te Deum* y en medio de un gran repicar de campanas, pudo instalarse en su última morada: un edificio bello, menos amplio que un palacio, pero nada conventual, con una vista magnífica, lleno de obras maestras de diversas clases, muebles, tapices, pinturas, y objetos de arte, como demuestran los inventarios. Había hermosos jardines llenos de limoneros, de naranjos y de flores, y un patio en cuyo centro se elevaba una fuente.

Carlos se consideró satisfecho de su alojamiento, a pesar de las intrusiones indiscretas de los monjes jerónimos. No ocurría lo mismo con sus acompañantes, todos españoles, pues los italianos y los borgoñones se habían retirado. Los principales de ellos, Quijada y Caztelu, se lamentaban en sus cartas de la insoportable humedad y del aislamiento. Les preocupaba también el modo de vida de su señor, que, a pesar de las advertencias del confesor y de los médicos, seguían comiendo con la desmesura de siempre.

Era un problema muy serio hacer llegar hasta Yuste la enorme cantidad de pescado y de carne indispensable para saciar su apetito, por no hablar de los demás manjares. Su augusta cólera estallaba en cuanto se retrasaban los envíos. La Historia recuerda todavía la indignación que le provocó la llegada de un barril de anchoas estropeadas —¡anchoas, el plato preferido de Su Sagrada Majestad!

Una contrariedad de otro tipo entristecería al recluso. Aunque no quería ver a los que tenían a su cargo los asuntos públicos, procuraba estar informado de todo. Para su desgracia, parecía que los correos se perdían antes de llegar a su destino. La distancia entre el mundo y él adquiría proporciones imprevistas, a pesar de que el mundo, todavía estupefacto, deseaba tanto recibir noticias suyas como él deseaba tenerlas de sus antiguos Estados.

Como no llegaban noticias, comenzó a circular una leyenda. En realidad, nadie había entendido demasiado bien que un emperador de cincuenta y seis años abandonara en plena tormenta el más vasto imperio formado desde los romanos y que lo desmantelara al retirarse. Precisamente Carlos, que durante tanto tiempo, con una mezcla absolutamente personal de orgullo y abnegación, se había proclamado responsable único, «gerente» de la Cristiandad.

Sus admiradores atribuyeron su conducta a un fervor místico rayano en la santidad, a la necesidad de estar a solas con Dios antes de ser llamado a su presencia. Hicieron circular el rumor de que Carlos se había hecho monje y vivía ascéticamente en una celda del monasterio. Se describió incluso la ceremonia con que había sido recibido entre los jerónimos, tras ser dispensado de demostrar su «pureza de sangre» (¿por tener antepasados comprometedores?).

Sus enemigos, en primera línea de los cuales estaba el papa, declararon que se había vuelto loco, como su madre, y que, como ella, era víctima de sus fantasmas. Estas imágenes persistieron hasta mediados del siglo XIX, en que los archivos de Simancas comenzaron a revelar sus secretos y los historiadores, sobre todo ingleses (sir William Maxwell),

belgas (P. L. Gachard) y franceses (Mignet), dispusieron de medios para establecer la verdad. Así pues, ¿cuáles pudieron ser las causas de la abdicación de Carlos V? El agotamiento físico y la enfermedad corporal influyeron, sin duda, pero lo esencial fue el desaliento ante la frustración de un sueño, la comprobación de que las ideas nuevas, las naciones, la Reforma avanzaban victoriosas, que no era posible mantener a los hombres en la armadura gracias a la cual se habían defendido durante muchos siglos frente a sí mismos, y que era preciso dejarles correr hacia un mundo desconocido en que el campeón de la unidad veía profundos abismos.

Era normal que tal amargura hiciera renacer la fascinación ancestral por la aniquilación.

31. La ofrenda de un alma (1557-1558)

El 23 de marzo de 1557, el más importante de los consejeros de Felipe II, Ruy Gómez de Silva, llegó a Yuste para comunicarle —¡por fin!— grandes noticias. El rey había decretado en enero una bancarrota total. Se encontraba entonces en Inglaterra, adonde había ido con la intención de convencer a su mujer y al Parlamento de que se aliaran con él en contra de Francia, pues había estallado de nuevo la guerra. El duque de Saboya, hábil estratega a quien se conocía con el sobrenombre de *Cabeza de Hierro*, le aconsejó que renunciara provisionalmente a Italia, donde Guisa había acudido en ayuda del papa, y que atacara al enemigo en su mismo corazón, avanzando hacia París. Se congregó en Artois un poderoso ejército. Por desgracia, no había dinero para pagarle ni se podía recurrir al prestigio imperial para levantar su moral.

Felipe II pidió a su padre que le ayudara a culminar su imposible tarea. Le pedía, sobre todo, que abandonara su retiro. Si el emperador aparecía, aunque fuera en litera, al frente de las tropas, el efecto sería prodigioso y la victoria segura.

Durante dos días Ruy Gómez no dejó de pedir y suplicar. Carlos se negó a moverse. Había terminado ya el tiempo de sus grandes viajes. En cambio, aceptó la tarea de buscar fondos, una vez más, en España. Desde su refugio actuó de tal manera ante el clero y las ciudades, que Toledo dio cuatrocientos mil ducados; Córdoba, cien mil, y Sevilla, cincuenta mil.

Se descubrió un escándalo. Habían desaparecido sumas considerables debidas a la Corona. Fueron devueltas gracias al que ya no era nada. Aquello permitió preparar la campaña.

Inglaterra declaró la guerra a Francia. Felipe se marchó de la isla poco después, pero no se puso al frente del ejército, tarea que confió al duque de Saboya, sediento de venganza a causa de sus estados perdidos.

En Yuste, la vuelta del buen tiempo y el aire sano del bosque habían mejorado mucho la salud del emperador. Pudo incluso montar a caballo y pasearse por el monte. Durante mucho tiempo se ha dicho que sufrió una especie de iluminación mística, que estaba absorto en sus prácticas piadosas, excepto cuando estaba obsesionado por el sonido de sus relojes. Algunos han llegado a afirmar que se hacía llamar fray Carlos. En realidad, «Fray Carlos» se divertía asustando a los monjes invitándoles a compartir sus increíbles menús.

—¿Qué deberes me obligan a controlarme ahora? —respondía a las objeciones que le formulaban.

Aunque pensaba intensamente en su salvación, su espíritu, todavía despierto, dijera lo que dijera el papa, no había estado nunca más pendiente de las agitaciones del mundo. Por primera vez se encontraba en situación de observarlas, sin que le estorbaran mil detalles burocráticos.

Los correos llegaban hasta Yuste y salían con dirección a su hijo Felipe y a su hija Juana, viuda del príncipe don Juan de Portugal, a la que se le había confiado la regencia de España. El problema era su gran lentitud, la perpetua ansiedad de saber que se estaba jugando una vez más la suerte de Occidente.

Las tropas del duque de Saboya penetraron en tropel en Francia, por las rutas del norte. Coligny, al frente de unos centenares de hombres, se precipitó heroicamente hacia San Quintín y detuvo provisionalmente la invasión. Se envió en su ayuda un gran ejército confiado a Montmorency, cuyo prestigio militar había bajado mucho.

El condestable quiso introducir soldados en San Quintín y entablar en otro lugar una falsa batalla que desviara la atención del enemigo. Su treta, pronto descubierta, se volvió en su contra. Cuando ya demasiado tarde ordenó la retirada, le habían rodeado cuarenta mil hombres. Los franceses retrocedieron ordenadamente, mientras se iba cerrando la trampa. El condestable echó pie a tierra:

—Señores, aquí es donde debemos morir.

No murió, pero fue hecho prisionero con seis mil de los suyos. Tres mil cadáveres y cinco mil heridos cubrían la llanura. Así transcurrió, el 10 de agosto de 1557, la famosa batalla de San Quintín, que echó por tierra la gloria del reinado de Enrique II. Nunca se cumplió con más rigor la afirmación de Commines de que las derrotas militares tienen «cola larga y apestosa». Las últimas consecuencias de la falsa maniobra de Montmorency no se borrarían hasta la batalla de Rocroy (1643) y el tratado de los Pirineos (1659).

Cuando Carlos recibió tan prodigiosa noticia, tuvo un arrebató de entusiasmo, se imaginó a su dinastía triunfante, dispuesta por fin a lograr la monarquía universal.

—¿Está mi hijo en París? —preguntó.

Podría haber estado. Le habrían bastado tres días de marcha. Nada se oponía al avance de los españoles. Sin embargo, Felipe, sordo a las súplicas de Manuel Filiberto, había interrumpido su avance y le había obligado a dedicar sus fuerzas a sitiar algunas plazas, dando a los franceses tiempo de reponerse.

El rey justificaba su actitud recordando sus dificultades financieras, que eran reales, pero tenía otros móviles oscuros y complejos, entre los que dominaba el temor a ver que el prestigio de un capitán victorioso hacía palidecer el del monarca. El emperador lo adivinó, sin duda, pues dio rienda suelta a su cólera al enterarse de que su hijo no había estado presente en la batalla. Comprendió también que se había perdido la gran ocasión.

Un consuelo: Guisa había sido llamado precipitadamente desde Italia, dejando al papa desarmado. Pero, en lugar de tratar a Pablo IV como su padre había tratado a Clemente VII, mucho menos hostil, Felipe en-

cargó al duque de Alba que le ofreciera una paz digna. Sacrificó al aliado de la Casa de Austria, Marco Antonio Colonna, y solicitó «perdón por sus ofensas». Carlos, furioso, perdió toda esperanza en su heredero.

En septiembre, las reinas Leonor y María se instalaron en el castillo de Jarandilla. No se mostraron muy inoportunas, pues sólo se quedaron dos meses. Llegó un invierno muy crudo, lleno de malas noticias. El 7 de enero de 1558 Guisa tomó Calais, cabeza de puente que los ingleses tenían en Francia desde hacía dos siglos y que parecía inexpugnable. El gobernador de la plaza, protestante fanático, no había querido recibir ayuda de las tropas del rey católico. La reina de Inglaterra se llevó un disgusto tan grande que afectó a su salud. En cuanto a Carlos, escribiría a Quijada diciendo que había sido la mayor amargura de su vida.

La muerte de su hermana Leonor, ocurrida el 1 de febrero, le causó también una gran pena. Una victoria de los españoles en las Gavelinas y la noticia de que los electores le habían libertado por fin de la corona imperial le tranquilizaron un poco. Pero en seguida quedó abrumado por un grave disgusto: se había descubierto un foco luterano en Valladolid y era probable que hubiera otros.

¡La herejía había llegado a España! El nuevo arzobispo de Toledo, Carranza, profesaba también una doctrina bastante afín a la de los reformados. Según él, los sentimientos profundos de un hombre tenían más valor que sus acciones.

Como si siguiera reinando, Carlos ordenó a su hija, la regente, que ejerciera una represión implacable. No perdonaba a los protestantes que se le hubieran opuesto en todo momento, que no le hubieran comprendido a pesar de sus esfuerzos incansables en favor de la reconciliación en una Iglesia renovada.

Su repentino ardor dejó paso de nuevo a un decaimiento que se acentuó cuando supo que la reina de Inglaterra estaba gravemente enferma. Era previsible que, si moría, Inglaterra volviera al cisma. Todo el orden cristiano se vendría abajo, no habría más que una anarquía general que el recluso no quería presenciar.

No obstante, tuvo tiempo de saber que, por influencia de Diana y del condestable, prisionero, Enrique II deseaba ardientemente una paz que le permitiera emprender una guerra sin cuartel contra los protestantes franceses. Comenzaron unas conversaciones que terminarían, después de la muerte de Carlos, en el tratado de Cateau-Cambrésis, su suprema victoria, pues inauguraría un siglo de hegemonía española.

Los últimos meses del antiguo emperador habrían sido menos sombríos si hubiera podido prever cuál sería, en definitiva, el balance de su obra política. Según Karl Burckhardt, dicho balance podría resumirse en las palabras: *En vano...* «pues sus enemigos salieron fortalecidos de cada una de sus derrotas». No creemos que este juicio sea correcto.

España avanzaba, sin duda, hacia su ruina económica, debido, paradójicamente, a sus tesoros de ultramar, pero se convertía en una potencia imperial, la primera de Europa; los Países Bajos estaban a salvo, en plena prosperidad, en plena expansión cultural, libres del Imperio y

de Francia; Italia, tras salir de un desorden inmemorial, recibía, con la excepción de Venecia, bajo el dominio efectivo de la Casa de Austria, la estructura que iba a mantener hasta la invasión de Bonaparte; aunque los territorios alemanes seguían víctimas de sus demonios, Austria, Bohemia y Hungría (en la medida en que no había caído en manos de los turcos) formaban un conjunto que no se destruiría hasta 1918 y cuyos enemigos serían un día los primeros en lamentar su destrucción; las Indias occidentales, un continente entero, seguían siendo propiedad de sus conquistadores. Había habido que pagar un precio muy elevado, un genocidio; pero Carlos no lo había querido, sino todo lo contrario. Nunca había estado sometido, como su abuela, a la Inquisición ni, como muchos de sus descendientes, a los jesuitas.

En cuanto a Francia, que poseía hasta entonces los medios de quebrantar el inmenso y frágil edificio de los Habsburgo, iba a inclinarse ante ellos. Enrique II, en su lecho de muerte, pediría para su sucesor y para su pueblo la protección de Felipe II.

Era mucho. Era poco comparado con el fin del sueño borgoñón, con el avance otomano, con la decadencia irremediable del Sacro Imperio Romano Germánico, con la desunión de la Cristiandad.

Un segundo verano abrasó Extremadura. La esposa de Quijada, doña Magdalena de Ulloa, se instaló cerca de Yuste. Era la encargada de educar al hijo de Bárbara Blomberg, conocido con el nombre de Jeromín y sobre cuyo nacimiento había un falso misterio. La dama llevó consigo a aquel muchacho de once años, lleno de fuerza, de inteligencia y de vivacidad. Algunos dicen que Carlos no habló nunca con él. Más plausible parece la tesis según la cual el niño le hizo frecuentes visitas, con uno u otro pretexto, y al final, aunque no fue reconocido, se le revelaron sus ilustres orígenes.

¡Qué amargura debió sentir el orgulloso soberano comparando su descendencia legítima con sus hijos naturales! Felipe era un hombre sin talento y don Carlos un enfermo epiléptico. Por el contrario, la duquesa de Parma, Margarita, demostraba tal habilidad política que acabaría siendo regente de los Países Bajos. Y Jeromín parecía capaz de regenerar la raza «melancólica» de los Habsburgo-Trastámara. Decididamente, los designios de la Providencia eran inescrutables.

En el mes de agosto de 1558, sintiendo flaquear sus fuerzas y decepcionado de las cosas de este mundo, Carlos se preocupó casi únicamente por el más allá. Es entonces cuando se sitúa el episodio quizá más fantástico, y desde luego el más controvertido, de su larga carrera.

Durante siglos se aceptó la idea de que el hijo de Juana la Loca había querido asistir a sus propios funerales y que murió al finalizar dicha ceremonia, tan característica de los fantasmas de su familia. Luego, sus biógrafos modernos desmintieron enérgicamente este relato, pero sin ponerse de acuerdo entre sí. Por ejemplo, Brandi califica el episodio de mera leyenda. Tyler ni lo menciona. Tritsch admite que Carlos mandó celebrar una misa en su honor, después de haberlas mandado celebrar por el alma de los diferentes miembros de su familia. Otto de Habsburgo sólo habla de estas últimas.

En contrapartida, aunque se puedan formular serios reparos a la obra de Sandoval, escrita unos cincuenta años después de los hechos, su *Vida de Carlos Quinto* contiene un relato del prior de los jerónimos, Martín de Agulo, que concuerda en algunos detalles con el de otro religioso, el padre José de Sigüenza. Este último coincide a su vez con el *Manuscrit Jérémien*, descubierto por Bakhuisen van den Brink hace unos cien años en Bélgica, donde Felipe II no había procedido a la depuración de los documentos considerados poco favorables a su familia y a sus acciones.

Según dicho texto, el emperador preguntó a su confesor, fray Juan de Regla:

—¿No os parece que, una vez celebradas las exequias de mis familiares, puedo celebrar también las mías y ver lo que me va a ocurrir dentro de poco?... ¿No creéis que sería provechoso para mi alma?

—Sí —respondió el religioso—, y mucho. Las obras piadosas realizadas en vida son más meritorias y beneficiosas que las que se hacen por alguien después de su muerte.

Mignet, basándose en los relatos de los monjes, describió así la ceremonia, que tuvo lugar el 30 de agosto: «Se levantó en medio de la capilla un catafalco rodeado de cirios. Todos los servidores de Su Majestad llevaban ropa de luto. El piadoso monarca, vestido también de luto y con un cirio en la mano, había decidido verse enterrar y celebrar sus funerales. Pidió a Dios por aquel alma a la que había concedido tantas gracias en vida para que, llegado el momento supremo, tuviera piedad de ella. Fue un espectáculo que arrancó lágrimas y suspiros a los presentes... Carlos fue a hacer ofrenda de su cirio entre las manos del sacerdote como si estuviera depositando entre las manos de Dios su alma, que en la Antigüedad se representaba con un símbolo semejante.»

¿Cuál fue exactamente la enfermedad que se declaró al día siguiente? Dada la situación de la medicina en su época, es imposible decirlo con exactitud. Quizá la inactividad que siguió a una laboriosidad casi sobrehumana fue una causa determinante. El emperador había desayunado en una terraza expuesta a un sol abrasador y, por la noche, tuvo frío. La fiebre que se le declaró le condujo en tres semanas a la muerte.

El arzobispo de Toledo, Carranza, le administró la extremaunción y dijo que se salvaría por los méritos de la pasión de Cristo. Aquello parecía una herejía, los religiosos se escandalizaron. La Inquisición haría pagar cara su audacia al primado de España, cuyo proceso, iniciado unos meses más tarde, duraría diecisiete años.

Rechazado Carranza, el monje Villalba asistió al moribundo, que envió un último mensaje a su hijo e indicó las oraciones que habría que efectuar en su entierro. El 21 de septiembre de 1558, a las dos horas de la mañana, expiraba Carlos V.

Poco antes de su muerte, había estado meditando en la *Gloria*, cuadro sobre el Juicio Final donde Tiziano lo muestra, en primera fila de los elegidos, implorando el perdón de los pecadores, pues sólo él era responsable del gran desorden en que iba a debatirse Occidente y que él no había logrado evitar.

Notas

1. Ni que decir tiene que los genealogistas de los Reyes Católicos ocultaron con todo cuidado sus orígenes judíos y musulmanes. El papa Pablo IV los hizo públicos. Se destruyeron todas las copias, excepto una, de *El tizón de la nobleza*, panfleto en que el cardenal Mendoza demostraba en 1560 que toda la nobleza española, y por tanto la familia real, tenía tales ascendentes. El cardenal quería vengar una afrenta sufrida por su sobrino, el conde de Chinchón.
2. Se ha discutido mucho sobre la importancia de la herencia. Hoy en día se admite que representa hasta el ochenta por ciento en la formación de un individuo.
3. Pirenne ha señalado la especie de reparto que se produjo entre Carlomagno y los sucesores de Mahoma. Véase su obra *Mahoma y Carlomagno*. Madrid, Alianza, 1978.
4. El título de príncipe de Orange pasó a su sobrino Renato de Nassau y, a través de él, a Guillermo el Taciturno, a Guillermo III de Inglaterra y a la familia real de Holanda.
5. Los caballeros, hidalgos sin dinero y ladrones vivían sobre todo de las guerras privadas, prohibidas desde 1495. Aunque se habían convertido prácticamente en bandidos, Lutero los llamó «la espada del Evangelio». Tomaron las armas en 1522 y sucumbieron bajo el poder de los príncipes.
6. Porque la consideraban fruto de un amor adúltero de la reina, su madre, con un señor llamado don Beltrán.
7. En 1535 había nacido una niña, Juana. Se casará con el rey Juan Manuel de Portugal.
8. Don Juan de Austria verá a su madre una sola vez, muchos años más tarde, en 1576, y le echará en cara su vida desenfadada. Ella le responderá que no es hijo del emperador, sino de un admirador con el que había tenido relaciones por la misma época. No se ha podido aclarar el problema.

Cronología

- 1498 Nace Leonor, hermana de Carlos V.
- 1500 24 de febrero: nace en Gante Carlos, hijo de Felipe el Hermoso y de Juana la Loca.
- 1501 15 de junio: nace Isabel, hermana de Carlos.
- 1502 15 de febrero: Felipe y Juana llegan a España.
- 1503 10 de marzo: nace su hermano Fernando.
- 1504 26 de noviembre: muere Isabel la Católica. Su hija Juana recibe el reino de Castilla, Granada, León y las Indias. Hasta su regreso a Castilla, Fernando el Católico será regente.
- 1505 Fernando el Católico se casa con Germana de Foix.
- 1506 25 de septiembre: muere Felipe el Hermoso. De nuevo ocupa Fernando el Católico la regencia de la Corona de Castilla.
- 1507 14 de enero: nace Catalina, la hermana más pequeña de Carlos V. Juana es recluida en Tordesillas.
Fernando el Católico se encarga de la educación de su segundo nieto, Fernando.
18 de julio: Carlos es coronado en Bruselas como duque de Borgoña y conde de Flandes.
- 1508 4 de febrero: Maximiliano de Habsburgo, abuelo de Carlos, es proclamado emperador.
- 1509 Guillaume de Croy, señor de Chièvres, es nombrado gran chambelán de Carlos.
- 1515 Hereda de su padre, Felipe el Hermoso, los Países Bajos, Luxemburgo, el Artois, el Franco Condado, Flandes, Borgoña y el Charolais.
Sube al trono de Francia Francisco I.
Carlos firma con Francia un tratado de amistad.
- 1516 23 de enero: muere Fernando el Católico. Carlos hereda todos sus estados: Aragón —con Rosellón, Sicilia, Cerdeña, Nápoles y Baleares—, Castilla —con Canarias, Orán, Trípoli, Melilla y América— y Navarra.
- 1517 18 de septiembre: Carlos, que viene por primera vez a España, desembarca en Asturias.

- 4 de noviembre: visita a su madre en Tordesillas.
8 de noviembre: muere el cardenal Cisneros, regente de España desde la muerte de Fernando el Católico.
Guillaume de Croy, sobrino del señor de Chièvres, recibe la mitra de Toledo.
Lutero inicia su lucha por la reforma de la Iglesia.
- 1518 2 de febrero: se inician las sesiones de las Cortes de Valladolid. Las Cortes aragonesas, reunidas en Zaragoza, prestan juramento al nuevo rey.
- 1519 2 de enero: muere el emperador Maximiliano.
26 de febrero: se inauguran las sesiones de las Cortes de Cataluña, reunidas en Barcelona (hasta el 19 de enero de 1520).
28 de junio: Carlos es elegido rey de romanos y emperador.
Diciembre: se inicia el movimiento de las Germanías.
- 1520 31 de marzo: se abren las Cortes de Santiago, posteriormente reunidas en La Coruña.
Adriano de Utrecht es nombrado gobernador de Castilla.
Carlos V autoriza la Germanía de Valencia
Mayo: viaja a Inglaterra, donde concluye un tratado con Enrique VIII.
20 de mayo: parte para Alemania.
11 de junio: estalla la rebelión de las Comunidades de Castilla.
Carlos V es coronado rey de romanos.
- 1521 28 de enero: Carlos V inaugura la Dieta de Worms.
17 de abril: Lutero comparece ante la Dieta. No se retracta de su postura y el 26 de este mes el emperador le destierra. El elector Federico de Sajonia da asilo a Lutero en su castillo de Würzburgo.
23 de abril: batalla de Villalar, donde es derrotado el ejército comunero.
Mayo: invasión de Navarra. Comienza la primera guerra con Francia (hasta 1526).
Muere el señor de Chièvres.
Carlos V transfiere los cinco ducados austríacos a su hermano Fernando.
- 1522 Carlos V visita en Londres, por segunda vez, a sus tíos Enrique VIII y Catalina de Aragón. Firma con Enrique el tratado de Windsor contra Francia y surge un proyecto de matrimonio con la hija del rey inglés, María Tudor.
16 de julio: regresa a España.
28 de octubre: hace anunciar en Valladolid el «perdón general» para los comuneros (exceptuados 293 de ellos).
Adriano de Utrecht es elegido papa.
Diciembre: nace en Oudernade Margarita de Parma, hija de Carlos V y de Juana van der Gheyst.
- 1523 Fin de la rebelión de las Germanías.
- 1525 Las Cortes de Castilla reunidas en Toledo piden al rey que contraiga matrimonio.
24 de febrero: batalla de Pavía. Francisco I es llevado prisionero a Madrid.

- 1526 14 de enero: tratado de Madrid.
Marzo: Carlos V se casa con Isabel de Portugal en el Alcázar de Sevilla.
10 de marzo: Francisco I abandona España.
22 de mayo: se forma la Liga de Cognac, o Clementina, entre Francisco I, el papa, Venecia y Milán contra Carlos V.
Agosto: Carlos V desafía a Francisco I a realizar un singular combate.
Estalla la segunda guerra con Francia (hasta 1529).
Solimán el Magnífico invade Hungría.
Primera Dieta de Espira.
- 1527 Nace en Valladolid Felipe, primogénito de Carlos V y futuro rey de España.
6 de mayo: saqueo de Roma.
Creación de la Audiencia de Nueva España.
Se inicia la conquista del Yucatán.
- 1528 Nace la segunda hija de Carlos e Isabel, María, futura esposa de Maximiliano II.
Acuerdo entre Francisco I y Enrique VIII para declarar la guerra a Carlos V. Este lanza un nuevo desafío al rey de Francia, que, como el anterior, no se llevará a efecto.
Agosto: Carlos V sufre el primer ataque de gota.
- 1529 3 de agosto: tratado de Cambray, también llamado *Paz de las Damas*. Carlos V coopera en la defensa de Viena contra los turcos.
Sufrir su segundo ataque de gota.
- 1530 22 de febrero: Carlos V recibe del papa Clemente VII en Bolonia la doble corona de rey y emperador.
22 de marzo: abandona Bolonia y se reúne en Tirol con su hermano Fernando.
Interviene en el conflicto religioso alemán.
Julio: Dieta de Augsburgo.
Muere Mercurino de Gattinara.
Barbarroja ataca las costas de España e Italia.
- 1531 Los príncipes protestantes forman la Liga de Esmalkalda y se alían con Francia y Dinamarca contra el emperador.
- 1532 Paz de Nuremberg.
- 1535 Nace Juana, tercera hija de los reyes de España y futura madre del rey de Portugal, don Sebastián.
Junio: Carlos V dirige personalmente las expediciones de la Goleta y de Túnez.
Estancia de Carlos V en Italia.
- 1536 Francisco I invade Saboya y Carlos V declara la guerra (la tercera) a Francia (hasta 1538). El emperador recibe la ayuda del papa Pablo III.
- 1538 8 de febrero: alianza de Carlos V con el papa y Venecia contra los turcos.
18 de junio: tregua de Niza.
14-16 de julio: Carlos V se reúne con Francisco I en Aigues-Mortes.
20 de julio: regresa a España.
Octubre: redacta su primer testamento político.

- 1539 Muere la emperatriz Isabel.
Carlos V viaja a París.
Fin del motín de Gante.
10 de diciembre: entrevista con Francisco I en Loches.
- 1540 14 de febrero: Carlos V hace castigar en Gante a los rebeldes.
Permanece todo el año en los Países Bajos.
- 1541 1 de enero: parte para Alemania.
5 de abril: Dieta de Ratisbona (hasta el 29 de julio).
5 de julio: es asesinado el espía de Francisco I, Antonio del Rincón.
Septiembre-octubre: expedición española a Argel contra Barbarroja.
Francisco I firma una alianza con los turcos.
3 de noviembre: Carlos V regresa a España.
- 1542 Enero: sufre un nuevo ataque de gota.
Julio: estalla la guerra entre el Imperio e Inglaterra, por un lado, y Francia y los turcos, por otro (cuarta guerra con Francia).
- 1543 Se crea el virreinato de Perú.
11 de febrero: tratado secreto entre Carlos V y Enrique VIII contra Francisco I.
11 de abril: Carlos V parte para Italia, dejando como regente de España a su hijo Felipe.
Octubre-noviembre: campaña de Flandes.
- 1544 31 de enero: Carlos V inaugura la Dieta de Espira.
Julio-septiembre: campañas contra Francia.
18 de septiembre: paz de Crépy. El emperador y Francisco I acuerdan luchar juntos contra los turcos.
- 1545 Estancia del emperador en Alemania y Flandes.
Concilio de Trento.
- 1547 28 de enero: muere Enrique VIII de Inglaterra.
31 de marzo: muere Francisco I de Francia. Le sucede en el trono su hijo Enrique II.
Guerra de Esmalkalda.
24 de abril: batalla de Mühlberg.
Dieta de Augsburgo.
Carlos V dicta el *Interim* de 26 puntos, aparecido un año más tarde.
- 1548 Estancia de Carlos V en Alemania y Flandes.
- 1549 Viaja por los Países Bajos.
- 1550 Carlos V dicta sus Memorias.
- 1551 Septiembre: se reanuda la guerra entre Carlos V y Francia.
- 1552 15 de enero: se establece una alianza entre Enrique II de Francia y los príncipes protestantes alemanes, a la que se suma Mauricio de Sajonia, contra el emperador.
Carlos V intenta un acuerdo con los príncipes luteranos en la Dieta de Passau.

- 1552 Se disuelve el Concilio de Trento.
Noviembre: Carlos V inicia el sitio de Metz.
- 1553 Se levanta el sitio de Metz.
Se proyecta el matrimonio de Felipe con María Tudor, que acaba de acceder al trono inglés tras la muerte de Eduardo VI. Carlos V entrega a su primogénito el reino de Nápoles y el ducado de Milán.
- 1554 25 de julio: matrimonio de Felipe y María Tudor.
26 de diciembre: el Parlamento inglés se niega a sancionar a Felipe como rey de Inglaterra.
- 1555 Paz de Augsburgo, en la que se proclama la libertad religiosa de los Estados, pero no de los individuos.
- 1556 5 de febrero: tregua de Vaucelles.
Carlos V abdica en su hijo Felipe la corona de España, las posesiones italianas, los estados de la Casa de Borgoña y los territorios de Ultramar.
Cede a su hermano Fernando el Imperio y territorios austríacos.
- 1557 3 de febrero: se retira al monasterio de Yuste.
- 1558 21 de septiembre: Carlos V muere en Yuste.

Testimonios

Ramón Menéndez Pidal

Con el impedimento de su educación borgoña viene Carlos a España, y a poco, a fuerza de manejos políticos y de libramientos bancarios, se encuentra elegido, efectivamente, emperador. No puede imaginarse situación más confusa que la suya. Un rey de España que sube al trono sin poder hablar el español. Un emperador que se dice señor de todo el mundo y no es obedecido siquiera en toda Alemania; que lleva por título *rey de romanos* y es elegido únicamente por *alemanes*; que no es cabal emperador si no es coronado por el papa y que no manda en las tierras del papa. Todo el reinado de Carlos fue un continuado esfuerzo por eliminar estas contradicciones; por compenetrarse con la nación española, a la que tan ajeno se había educado; por hacer que aquella jefatura honoraria sobre los señores alemanes a que el Imperio venía reducido, se convirtiera en jefatura efectiva sobre la cristiandad entera; por armonizar, en fin, su política y la del papa dentro de los intereses universales.

(*Idea imperial de Carlos V*, 1940)

Salvador de Madariaga

Carlos V sugiere a la imaginación algo así como un alférez o banderín en torno al cual se produce el giro más espectacular que la historia de Europa ha conocido. En torno a él, como compañías de soldados bien instruidos, giran los destinos de numerosos pueblos y el de Europa entera. Estos vastos movimientos, no todos dentro de su campo de visión intelectual, aunque algunos le afectan hondamente, explican su fracaso y aun la grandeza trágica de su fracaso. En cuanto a la talla eminente de su persona en la Historia, se debe menos a su genio político, considerable sin imponer admiración, o a su genio militar —que se afirma todavía con más color y perfil sin por eso elevarle al rango de gran capitán—, que a su integridad, su dignidad y la envergadura de las ideas políticas que guiaron su conducta y que, por la misma índole de su destino, resultaron a la vez a la zaga y en vanguardia de su época; porque este gran emperador fue al mismo tiempo el último de los herederos de Carlomagno y el precursor de los europeístas de hoy.

(*Retrato de Carlos V*, 1969)

John Lynch

La unidad de la Cristiandad bajo el gobierno imperial y su defensa contra los musulmanes fue para Carlos V y muchos de sus contemporáneos la suprema misión que se le encomendaba. Parecía que sólo él tenía la voluntad y los medios para imponer la paz en Europa y dominar a sus enemigos. Un monarca, un imperio y una espada, ideal expresado en nobles estrofas por Hernando de Acuña, siguió ejerciendo un indiscutible atractivo sobre mucha gente, en un mundo dividido y en peligro. Sin embargo, persistían serias reservas entre algunos súbditos.

tos de Carlos: muchos españoles creían que su entronización perjudicaba los intereses nacionales de su país. La diversidad de sus herencias, por más poder que confiriera a su misión internacional, aumentaría inevitablemente las presiones sobre España a causa de sus compromisos extranjeros, aniquilaba sus proyectos y disminuía sus recursos. Así pues, la opinión española propiciaba una política nacional, no imperial, y los administradores españoles de Carlos consideraban a su señor ante todo como rey de España y no emperador de Europa. Con todo, sus contemporáneos no utilizaron la palabra «imperial» para aludir a la política de sus monarcas; se trata de un concepto forjado por los historiadores posteriores y asigna una coherencia y conciencia reflexiva a la política de Carlos que éste nunca tuvo.

(*España bajo los Austrias*, vol. 1, *Imperio y absolutismo*, 1970)

José Antonio Maravall

Pero lo sorprendente es que un fondo de actitud de desconfianza y estimación adversa del emperador se encontrara en personajes próximos a él, colaboradores suyos, cuyo testimonio, por consiguiente, echa abajo el mito de los entusiasmos castellanos en relación a aquél. Que la política castellana se manifestó siempre en desacuerdo con las directrices del gobierno imperial, esto es resultado claramente establecido por la publicación de nuevos documentos y el comentario que agudamente ha hecho de los mismos Jover. Pero citaremos dos pasajes que no creo hayan sido señalados hasta ahora por nadie y que, a nuestro parecer, son bien elocuentes, por debajo del carácter alusivo a que la censura de la época forzaba al escritor. Uno de ellos es de un colaborador imperial, del obispo Antonio de Guevara, quien en su obra, mitad ficción, mitad historia, *Una década de Césares*, en la fecha que hay que tener muy en cuenta de 1544, pone en boca de uno de sus personajes este consejo: «El príncipe que aveys de elegir sería yo de parecer fuese natural de vuestra tierra, porque el príncipe que no es natural, sino extranjero, primero pierde la vida que acaba de tomar amor con su república.» En la fecha que hemos dicho, el caso de ese príncipe extraño no era otro que el de Carlos V. Y otro escritor, encendido en amor a la patria —expresión que entonces es ya frecuente usar—, exaltador, en enérgica polémica, del honor y valores de la comunidad hispánica, a la que se siente radicalmente ligado, Jiménez de Quesada, comenta así de Carlos V: «Era cosa extraña ver un rey extranjero (digo nacido en extraña tierra, aunque él natural rrey d'España), venir a reinar a ella sin avella visto jamás, y junto con esto gobernarse por aquellos sus connaturales extranjeros.» Con la precaución que implican las palabras que el autor coloca entre paréntesis —como salvedad protectora, según maneras que conocen bien los que escriben bajo censura—, ese pasaje de Jiménez de Quesada, escrito en 1567, entraña toda una repulsa del gobierno del emperador, recordado unos años después.

(*La oposición política bajo los Austrias*, 1972)

Geoffrey Parker

Carlos sabía a su pesar, como todos sus contemporáneos, aunque menos eminentes, de la fragilidad de la vida. Su propio padre había muerto en 1506 (cuando Carlos sólo tenía seis años) y su madre, casi en seguida, se había vuelto loca sin remedio. El primer testamento de Carlos fue compuesto en francés en 1522, «con la certeza de que nada es más seguro que la muerte y nada más inseguro que su momento». En 1554, su última voluntad y testamento (significativamente compuesto en español) contenía la misma frase. Este fue el espíritu con que el emperador escribió sus cuatro series «de instrucciones» para guiar a su hijo y he-

redero en el caso de que la muerte le llamase repentinamente. [...] Estos legajos de consejos revelan, mejor que casi cualquier otra fuente, la habilidad política y la competencia de Carlos V. Las instrucciones, especialmente las de 1543, son una síntesis del arte de gobernar y un modelo para los actos de un buen príncipe. Constituyen, en palabras del gran erudito belga L. P. Gachard, «un monumento de prudencia, previsión, experiencia consumada en gobernar, de profundo conocimiento de los hombres y del mundo. Serían suficientes por sí solas para dar a Carlos V la reputación de ser el político más eminente de su tiempo». (*Felipe II*, 1978)

Joseph Pérez

La base alemana de la política de Carlos I es la culminación de la crisis planteada por la reforma luterana, crisis que afecta al soberano doblemente: porque amenaza la unidad espiritual de Europa en un momento de máxima tensión con el turco y porque amenaza la unidad política del Imperio. Carlos I había procurado primero una solución de compromiso entre las posiciones de Lutero y del papa; entre 1520 y 1530, aproximadamente, la chancillería imperial se esforzó por evitar la ruptura entre los dos bloques; era la época en que las doctrinas de Erasmo parecían inspirar a la Corte imperial y se buscaba una reforma de la Iglesia que tuviera en cuenta las críticas de los luteranos dejando a salvo el dogma católico en sus aspectos principales.

Las tentativas de conciliación (Dieta de Augsburgo, 1530) fracasaron ante la resistencia del papa, que no se decidió a convocar el concilio general, y los recelos de los magnates alemanes que veían en la reforma un medio de conservar y aumentar su poderío y no estaban dispuestos a aceptar la autoridad de un imperio sólido y fuerte. Andando el tiempo, la perspectiva de llegar a un compromiso entre católicos y protestantes se alejó más y más.

(«Expansión europea», en *Historia de España. La forja del Imperio*, 1981)

Manuel Fernández Álvarez

Pero lo cierto es que la recomendación que hace a su hijo Felipe [en el testamento], para que mirase por la conservación del patrimonio real, quedaba ya como mera fórmula, Carlos V no tenía autoridad moral para pronunciarse en estos términos: «Otrosí, encargo al dicho Príncipe, mi hijo y heredero, que mire mucho por la conservación del patrimonio real..., y que no venda, ni enajene ni empeñe alguna de las ciudades, villas y lugares, vasallos, jurisdicciones, rentas, pechos y derechos ni otra cosa perteneciente a la Corona Real...»

La norma era buena, pero el emperador la había vulnerado tantas veces que dada por él carecía de valor. ¿Acaso creía Carlos que su hijo podría realizar lo que él mismo no había conseguido?

(Introducción a la edición facsímil del testamento de Carlos V, 1982)

Bibliografía

- BRANDI, K.: *Carlos V*. Madrid, Editora Nacional, 1943.
- CARANDE, R.: *Carlos V y sus banqueros*. Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1967. 3 vols.
- CARLOS V: *Memorias*. Madrid, Cultura Hispánica, 1960.
- CHAUNU, P.: *La España de Carlos V*. Barcelona, Ediciones 62, s. a.
- FERNÁNDEZ ALVAREZ, M.: *La España del emperador Carlos V*. Madrid, Espasa-Calpe, 1966.
- LAPEYRE, H.: *Carlos V*. Barcelona, Oikos-Tau, 1972.
- MADARIAGA, S. de: *Carlos V*. Barcelona, Grijalbo, 1982.
- MARAVALL, J. A.: *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1958.
- MERRIMAN, R. B.: *Carlos V. El emperador y el imperio español en el Viejo y Nuevo Mundo*. Madrid, Espasa-Calpe, 1960.
- MENÉNDEZ PIDAL, R.: *La idea imperial de Carlos V*. Madrid, Espasa-Calpe, 1941.
- MEXÍA, P.: *Historia del emperador Carlos V*. Madrid, Espasa-Calpe, 1945.
- ROYAL, T.: *El emperador Carlos V*. Barcelona, Juventud, 1972.
- SÁNCHEZ MONTES, J.: *Franceses, protestantes, turcos. Los españoles ante la política internacional de Carlos V*. Madrid, C.S.I.C., 1951.
- SCHWARZENFELD, G. von: *Carlos V, padre de Europa*. Madrid, Cultura Clásica y Moderna, 1958.
- TYLER, R.: *El emperador Carlos V*. Barcelona, Juventud, 1955.
- WYNDHAM-LEWIS, D. B.: *Carlos de Europa, emperador de Occidente*. Madrid, Espasa-Calpe, s. a.

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

1. **Napoleón**, por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel**, por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein**, por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar**, por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi**, por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin**, por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cerdón.
6. **Lawrence de Arabia**, por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx**, por Werner Blumenberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill**, por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway**, por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.
10. **Shakespeare**, por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.
11. **M. Curie**, por Robert Reid. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
12. **Freud (1)**, por Ernest Jones. Prólogo de C. Castilla del Pino.
13. **Freud (2)**, por Ernest Jones.
14. **Dickens**, por J. B. Priestley. Prólogo de Juan Luis Cebrián.
15. **Dante**, por Kurt Leonhard. Prólogo de Angel Crespo.
16. **Nietzsche**, por Ivo Frenzel. Prólogo de Miguel Morey.
17. **Velázquez**, por Juan A. Gaya Nuño. Prólogo de José Luis Morales Marín.
18. **Pasteur (1)**, por René J. Dubos. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
19. **Pasteur (2)**, por René J. Dubos.
20. **Luis XIV**, por Ragnhild Hatton. Prólogo de Víctor L. Tapié.
21. **Bolívar**, por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila.
21. **Einstein**, por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge. (2.ª serie.)
22. **Russell**, por Ronald Clark. Prólogo de Jesús Mosterín.
23. **Rembrandt**, por Christopher White. Prólogo de Josep Guinovart.
24. **Julio César**, por Hans Oppermann. Prólogo de Agustín García Calvo.
25. **García Lorca**, por José Luis Cano.
26. **Edison**, por Fritz Vögtle. Prólogo de Manuel Toharia.
27. **Verdi**, por Charles Osborne. Prólogo de José Luis Téllez.
28. **Chaplin**, por Wolfram Tichy. Prólogo de Carlos Barbáchano.
29. **Dostoyevski (1)**, por Henri Troyat. Prólogo de Joaquín Marco.
30. **Dostoyevski (2)**, por Henri Troyat.
31. **Falla**, por Manuel Orozco.
32. **Van Gogh**, por Herbert Frank.

33. **Sartre**, por Walter Biemel.
34. **Buda**, por Maurice Percheron. Prólogo de Alfredo Fierro.
35. **Byron**, por Derek Parker. Prólogo de Pere Gimferrer.
36. **Juan XXIII**, por José Jiménez Lozano.
37. **Casals**, por Josep M. Corredor. Prólogo de Enric Casals.
38. **Lope de Vega**, por Alonso Zamora Vicente. Prólogo de Alonso Zamora Vicente.
39. **Rousseau**, por Sir Gavin de Beer. Prólogo de Manuel Pérez Ledesma.
40. **Galileo**, por Johannes Hemleben. Prólogo de Víctor Navarro.
41. **A. Machado**, por José Luis Cano. Prólogo de Mátyás Horányi.
42. **Garibaldi**, por Andrea Viotti. Prólogo de Santiago Perinat.
43. **E. A. Poe**, por Walter Lennig.
44. **Lorenz**, por Alec Nisbett.
45. **Juárez**, por Ivie E. Cadenhead. Prólogo de Fernando Benítez.
46. **Kepler**, por Arthur Koestler.
47. **Nelson**, por Tom Pocock. Prólogo de Laureano Carbonell.
48. **Humboldt**, por Adolf Meyer-Abich. Prólogo de Juan Vilá Valentí.
49. **Beethoven**, por Marion M. Scott. Prólogo de Arturo Reverter.
50. **Durero**, por Franz Winzinger.
51. **Wagner**, por Charles Osborne. Prólogo de Angel Fernando Mayo.
52. **Fleming (1)**, por Gwyn Macfarlane.
53. **Fleming (2)**, por Gwyn Macfarlane.
54. **Le Corbusier**, por Norbert Huse. Prólogo de Oriol Bohigas.
55. **Bach**, por Malcolm Boyd. Prólogo de Jacinto Torres.
56. **Carlomagno**, por Wolfgang Braunfels.
57. **Voltaire**, por Haydn Mason.
58. **De Gaulle**, por Jean Lacouture.
59. **Kennedy**, por André Kaspi.
60. **Gaudí**, por Joan Bassegoda.
61. **Balzac (1)**, por André Maurois.
62. **Balzac (2)**, por André Maurois.
63. **Bismarck**, por Wilhelm Monmsen. Prólogo de Francisco Gutiérrez.
64. **Cajal**, por José M.^a López Piñero.
65. **San Pablo**, por Claude Tresmontant.
66. **Carlos V**, por Philippe Erlanger.



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>



CARLOS V

En la Europa del siglo XVI, mientras Francisco I reinaba en Francia y Enrique VIII en Inglaterra, Carlos V se convirtió en dueño del imperio más grande conocido por la historia. Considerado como el «guardián de la cristiandad», el emperador luchó durante cuarenta años por defender los valores de un mundo que no tardaría en derrumbarse.

Philippe Erlanger, autor de numerosos libros sobre temas históricos, expone en esta obra los avatares de Carlos V y de su política sobre el telón de fondo de una época en la que se estaban fraguando cambios decisivos cuya influencia todavía perdura.

CARLOS V
Philippe Erlanger

CARLOS V

PHILIPPE ERLANGER



66

SALVAT

BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS